NUEVE CUENTOS MALVADOS

MARGARET ATWOOD

Lectulandia

Consagrada gracias a la fabulosa difusión de sus novelas *El cuento de la criada* y *Alias Grace* —ambas convertidas en series de éxito internacional—, Margaret Atwood despliega inteligencia y humor en abundancia en estos nueve cuentos sobre las facetas más absurdas y deliciosamente malvadas del ser humano. La irrupción de vampiros, de criaturas poseídas y de espíritus, que conviven con personajes y situaciones entrañables de la vida cotidiana, muda los relatos en originalísimas variantes sobre la inagotable materia de la enfermedad, la vejez y la muerte, a la vez que suponen una tenaz defensa de valores como el derecho a la diferencia y la libertad individual, y una aguerrida vindicación de las mujeres en un entorno hostil. Así, una escritora de literatura fantástica que ha enviudado hace poco sobrevive a una tormentosa noche de invierno guiada por la voz de su difunto marido; una anciana aquejada por el síndrome de Charles Bonnet asume la presencia de enanitos imaginarios mientras una turba disfrazada con caretas se congrega ante la residencia de la tercera edad donde vive para asaltar el recinto y prenderle fuego; o una sedimentación fosilizada con mil novecientos millones de años de antigüedad venga un delito cometido tiempo atrás. Salpicados de momentos estremecedores, estos divertidos relatos que invitan a la reflexión confirman a la autora canadiense como una incisiva cronista de nuestros impulsos más oscuros. Su mirada cáustica, lúcida y de una gran humanidad es el componente sustancial de una prosa implacable, un faro que no deja de iluminarnos entre tanta incertidumbre y confusión.

Margaret Atwood

Nueve cuentos malvados

ePub r1.0
Titivillus 02.10.2019

Título original: *Stone Mattress*
Margaret Atwood, 2014
Traducción: Victoria Alonso Blanco

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

ALPHINLANDIA

La lluvia helada se cierne desde el cielo, como reluciente arroz lanzado a puñados por algún convidado invisible. Allí donde cae, cristaliza formando una capa de hielo granulado. A la luz de las farolas se ve preciosa: como polvo de hadas plateado, piensa Constance. Aunque cómo no iba a pensar eso ella, con lo propensa que es a dejarse embrujar. Esa belleza es una ilusión, así como una advertencia: la belleza tiene su lado oscuro, igual que las mariposas venenosas. Más bien debería estar sopesando los peligros, los riesgos, el dolor que esta tormenta de hielo les causará a muchos; que ya les está causando, según dicen en las noticias de la televisión.

La pantalla de su televisor es plana, de alta definición, que Ewan compró para ver los partidos de *hockey* y fútbol. Constance preferiría recuperar la que tenían antes, la desenfocada, con aquella gente de una extraña tonalidad naranja y su tendencia a hacer ondas y fundidos: hay cosas que no salen bien paradas con la alta definición. Le molestan los poros, las arrugas, las vellosidades de la nariz, los dientes de blancura imposible: te los plantan en tan primerísimo plano que es imposible mirar para otro lado como harías en la vida real. Es como si te obligaran a hacer de espejo de baño para otro, de los de aumento: raras veces dan alguna alegría esos espejos.

Afortunadamente, en el parte del tiempo los presentadores se colocan a distancia. Ellos tienen mapas a los que atender, aspavientos que hacer con las manos, como los camareros en las películas glamurosas de los años treinta, como los magos cuando están a punto de descubrir a la damisela levitante. ¡Atención! ¡Observen las gigantescas franjas blancas que avanzan como columnas de humo sobre el continente! ¡Fíjense en el alcance de la tormenta!

El informativo se desplaza ahora al exterior. Dos jóvenes presentadores —un chico y una chica, ambos enfundados en estilosas parkas negras con halos de pelo claro alrededor de la cara— se encogen bajo sus paraguas chorreantes mientras los coches circulan a duras penas por delante de ellos, con los limpiaparabrisas a toda máquina. Ambos están entusiasmados; dicen no haber visto nunca nada parecido. Claro que no, son demasiado jóvenes. A

continuación se muestran imágenes de desastres: una colisión en cadena, un árbol que al caer ha aplastado parte de una casa, una maraña de cables eléctricos derrumbados por el peso del hielo que emite un parpadeo torvo, una hilera de aviones cubiertos de aguanieve retenidos en el aeropuerto, un enorme camión articulado echando humo que ha quedado volcado de canto porque su remolque ha dado un coletazo. Al lugar del siniestro han acudido una ambulancia, un camión de bomberos y un corrillo de operarios vestidos con ropa impermeable: hay un herido, una escena que siempre acelera los corazones. Aparece un policía, con el bigote salpicado de blancos cristales de hielo; ruega con severidad a la ciudadanía que se abstenga de salir a la calle. «Esto es muy serio —dice a los televidentes—. ¡No crean que podrán enfrentarse a los elementos!». Sus cejas ceñudas y escarchadas tienen nobleza, como las de aquellos carteles bélicos que infundían ánimos a la población en la década de 1940. Constance se acuerda de ellos, o cree acordarse. Pero quizá solo los haya visto en algún libro de historia o en algún museo o documental; qué difícil es, a veces, situar esos recuerdos con exactitud.

Al final, un leve toque de patetismo: se muestra un perro callejero, medio congelado, envuelto en una toquilla infantil de color rosa. Un bebé aterido de frío habría resultado más impactante, pero a falta de criatura habrá que conformarse con el perro. Los dos jóvenes presentadores ponen cara de decir «qué monada»; la chica le da unas palmaditas, y el animal agita con desgana la cola empapada. «Él ha tenido suerte», dice el chico. Podrían ser ustedes, se insinúa, si no se portan bien, salvo que a ustedes no los rescatarían. El chico se vuelve hacia la cámara y adopta una expresión solemne, aunque salta a la vista que lo está pasando en grande. La cosa no termina aquí, advierte, ¡porque el grueso de la tormenta aún está por llegar! En Chicago la situación es peor, como de costumbre. ¡Permanezcan atentos a sus pantallas!

Constance apaga el televisor. Cruza la habitación, baja la intensidad de la lámpara y luego se sienta junto a la ventana que da a la calle a contemplar la oscuridad iluminada por la luz de las farolas, a observar el mundo mientras se transforma en diamantes: las ramas, los tejados, las torres de alta tensión, todo refulge y centellea.

—Alphinlandia —dice en voz alta.

—Necesitarás sal —le dice Ewan, al oído.

La primera vez que se dirigió a ella, Constance se sobresaltó, se alarmó incluso —al fin y al cabo, hacía ya al menos cuatro días que Ewan había dejado la existencia tangible—, pero ahora ya no se altera tanto, por

impredecibles que sean sus apariciones. Es maravilloso oír su voz, aunque no pueda confiar en mantener conversación alguna con él. Sus intervenciones tienden a ser unilaterales: si Constance le responde, él a menudo no contesta. Pero siempre fue más o menos así entre ellos.

Constance no había sabido qué hacer con la ropa de Ewan, después. Al principio la dejó colgada en el armario, pero le resultaba demasiado doloroso abrir la puerta y ver las chaquetas y los trajes alineados en sus perchas, esperando en silencio a que el cuerpo de Ewan se enfundara en ellos y los sacara de paseo. Las prendas de abrigo, los jerséis de lana, las camisas de cuadros que se ponía para el trabajo… No se vio capaz de dárselas a los pobres, que habría sido lo más sensato. Ni tampoco de tirarlas: eso, aparte de un desperdicio, habría sido demasiado brusco, como arrancarse una tirita. De manera que las había doblado y guardado en un baúl del tercer piso, entre bolas de naftalina.

Durante el día eso no importa. Ewan no parece tener inconveniente, y su voz, cuando surge, es firme y alegre. Una voz que avanza a zancadas, que muestra el camino. Una voz con el índice extendido, que señala. «¡Por aquí, compra esto, haz lo otro!». Una voz un tanto burlona, que le toma el pelo, que frivoliza: esa había sido a menudo su actitud con ella antes de caer enfermo.

De noche, sin embargo, las cosas se complican. Ha habido pesadillas: sollozos en el interior del baúl, quejas lastimeras, súplicas rogando que lo deje salir. Hombres extraños que aparecen en la puerta de la entrada tentándola con la promesa de que son Ewan, pero no lo son. Son hombres amenazadores, vestidos con trincheras negras. Hombres que se presentan con alguna exigencia embarullada que Constance no es capaz de entender, o peor, que se empeñan en ver a Ewan y la apartan a empujones, con intenciones claramente asesinas. «Ewan no está en casa», replica ella, pese a los ahogados gritos de auxilio que llegan desde el baúl del tercer piso. Y cuando los hombres están subiendo ya por la escalera, Constance despierta.

Ha pensado en tomar somníferos, aunque sabe que son adictivos y al final provocan insomnio. Quizá debería vender la casa y mudarse a un bloque de pisos. Los niños, que ya no son niños y viven en ciudades de Nueva Zelanda y Francia, a una distancia muy oportuna para no poder ir a visitarla a menudo, plantearon esa idea con insistencia en el momento del funeral. Sus enérgicas si bien diplomáticas esposas, ambas mujeres de carrera, cirujana plástica la una, auditora la otra, los secundaron sin reservas, así que eran cuatro contra una. Pero Constance se mantuvo firme. No puede abandonar la casa, porque Ewan sigue en ella. Aunque tuvo la suficiente vista como para no mencionar

ese asunto. Siempre la han considerado un poco desequilibrada, desde lo de Alphinlandia, aunque en cuanto un proyecto así triunfa en lo económico, el tufo a chaladura que lo envuelve suele evaporarse.

«Bloque de pisos» es un eufemismo para residencia de ancianos. Constance no se lo reprocha: quieren lo mejor para ella, no solo lo más conveniente; además, se quedaron comprensiblemente perturbados después de ver el desorden reinante, tanto en Constance —aunque fueron indulgentes ya que estaba en pleno duelo— como, por poner un ejemplo, en su nevera. Había artículos dentro de aquel frigorífico para los que no existía una explicación cabal. «Qué cochambre —los oía pensar—. Lo sorprendente es que no haya pillado algo grave entre tanta toxina botulínica». Pero qué iba a pillar, si aquellos últimos días apenas había probado bocado. Galletas saladas, queso en lonchas o mantequilla de cacahuete directamente del bote.

Sus nueras habían afrontado la situación con toda la amabilidad del mundo. «¿Esto lo quiere? ¿Y esto?». «No, no —gemía Constance—. ¡No quiero nada! ¡Tiradlo todo!». A los tres nietos pequeños, dos niñas y un niño, se les propuso jugar a una especie de búsqueda del tesoro con el objetivo de localizar las tazas de té y chocolate caliente a medio terminar que Constance había dejado diseminadas por toda la casa y sobre las que ya empezaba a florecer una película gris o verdosa en distintas fases de crecimiento. «¡Mira, *maman*! ¡He encontrado otra!». «¡Puaj, qué asco!». «¿Dónde está el abuelo?».

Al menos en una residencia de ancianos estaría acompañada. Y se quitaría ese peso de encima, esa responsabilidad, porque una casa como la suya requiere cierto mantenimiento, ciertos cuidados, y ¿qué necesidad tiene ella a su edad de seguir cargando con todas esas tareas? Así fue más o menos como se lo plantearon las nueras. Constance podría jugar al *bridge* o al Scrabble, sugirieron. O al *backgammon*, que por lo visto se había puesto de moda otra vez. Cualquier cosa que no conllevara demasiado esfuerzo o agitación mental. Algún juego tranquilo que practicar en compañía.

—Todavía no —dice la voz de Ewan—. Todavía no estás para eso.

Constance sabe que esa voz no es real. Sabe que Ewan está muerto. ¡Cómo no lo va a saber! Otras personas —que también han sufrido la pérdida reciente de un ser querido— han pasado por la misma experiencia, o parecida. Alucinación auditiva lo llaman. Constance ha leído sobre el tema. Es normal. No está loca.

—No estás loca —la consuela Ewan.

Qué tierno puede ser cuando la nota angustiada.

Tiene razón Ewan en lo de la sal. A principios de semana debería haber comprado algún producto para derretir el hielo, pero se le pasó, y como no salga ahora a por algo terminará recluida en su propia casa, porque mañana la calle será ya una pista de patinaje. ¿Y si la capa de hielo tarda días y días en deshacerse? Podría quedarse sin comida. Podría convertirse en una de esas estadísticas —anciana solitaria, hipotermia, inanición— porque, como bien le ha señalado Ewan en otras ocasiones, del aire no va a poder vivir.

Tendrá que arriesgarse a salir a la calle. Con un solo saco de sal bastará para los peldaños y el caminillo de entrada, y para que no se mate nadie, sobre todo ella. Lo más socorrido es acercarse a la tienda del barrio: queda solo a dos manzanas. Tendrá que llevarse el carrito de la compra, que es rojo y además está impermeabilizado, porque el saco pesará lo suyo. Al final, el único que conducía en casa era Ewan; el carnet de Constance caducó hace décadas, porque cuando empezó a entrar de lleno en Alphinlandia se sentía demasiado distraída como para conducir. Alphinlandia requiere pensar mucho. Te abstrae de detalles periféricos, como las señales de *stop*.

Fuera debe de estar ya todo muy resbaladizo. Si se aventura a salir, podría romperse la crisma. Se detiene en la cocina, titubeando.

—Ewan, ¿qué hago? —pregunta.

—No seas melodramática —contesta Ewan con firmeza.

Una respuesta no muy instructiva que digamos, pero típica de él cuando quería salirse por la tangente. «¿Dónde has estado? Me tenías muy preocupada, ¿has tenido algún percance?». «No seas melodramática». «¿De verdad me quieres?». «No seas melodramática». «¿Tienes una amante?».

Después de rebuscar un rato, en la cocina encuentra una bolsa para congelados, grande y con cierre hermético; saca las tres zanahorias arrugadas y llenas de brotes que contiene y la llena con cenizas de la chimenea, sirviéndose de la pequeña badila de latón. No ha encendido el fuego desde que Ewan dejó de estar presente en forma visible, porque no le parecía apropiado. Encender un fuego es un acto de renovación, de iniciación, y ella no desea iniciar nada, lo que desea es continuar. Mejor dicho: volver.

Todavía quedan una pila de leña y unas cuantas astillas; también un par de leños a medio quemar en la rejilla, de cuando encendieron el fuego juntos la última vez. Ewan estaba tumbado en el sofá y tenía un vaso de aquel repugnante batido nutritivo de chocolate al lado; se había quedado calvo, por la quimio y la radio. Constance lo arropó con la mantita de cuadros, se sentó

junto a él y le cogió la mano, con la cabeza vuelta hacia otro lado de modo que no viera las lágrimas que le resbalaban silenciosamente por las mejillas. Para qué angustiarlo con su angustia.

—Qué bien se está —acertó a decir Ewan.

Le costaba trabajo hablar: tenía la voz muy débil, tan débil como el resto de su persona. Pero esa no es la voz con que le habla ahora. Ahora es normal otra vez: es su voz de hace veinte años, profunda y retumbante, sobre todo cuando ríe.

Constance se pone el abrigo y las botas, encuentra los mitones y uno de sus gorros de lana. Dinero, necesitará algo de dinero. Las llaves: sería de tontos quedarse tirada en la calle y terminar hecha un guiñapo congelado delante de su propia puerta. Cuando ya está a punto de salir con el carrito de la compra, Ewan le dice: «Coge la linterna», de manera que Constance sube trabajosamente la escalera, sin quitarse las botas, y entra en el dormitorio. La linterna está en la mesilla de noche del lado de Ewan; también la mete en el bolso. Hay que ver lo previsor que es; ella nunca habría caído en llevarse una linterna.

Los escalones de la entrada son ya puro hielo. Constance espolvorea sobre ellos parte de las cenizas que ha echado en la bolsa de plástico, luego se la guarda en el bolsillo del abrigo y procede a bajar como un cangrejo, peldaño a peldaño, agarrándose a la barandilla al tiempo que tira del carrito de la compra con la otra mano, pom, pom, pom. Una vez en la acera, abre el paraguas, pero no hay modo, no se desenvuelve bien con las dos cosas a la vez, así que lo cierra de nuevo. Lo usará de bastón. Avanza con mucho tiento hasta la calzada, donde no hay tanto hielo como en la acera, y camina vacilante por su centro, apoyándose en el paraguas. No hay coches, así que al menos no la atropellarán.

En los tramos más empinados de la calzada espolvorea más ceniza y deja tras de sí un tenue rastro negro. En caso de apuro, quizá pueda seguirlo a la vuelta. Es el tipo de situación que podría darse en Alphinlandia —un rastro de cenizas negras, misterioso, atrayente, como piedras blancas que destellan en un bosque, o miguitas de pan—, aunque allí esas cenizas entrañarían algo más. Habría algo que saber acerca de ellas, algún verso o frase que pronunciar para conjurar sus sin duda maléficos poderes. Pero no eso de polvo eres y en polvo te convertirás, no; nada relacionado con los últimos sacramentos. Más bien algo así como un conjuro rúnico.

—Cenizas, destrizas, erizas, hechizas, pedrizas, pellizas, terrizas —dice en voz alta mientras avanza pasito a pasito sobre el hielo.

Hay bastantes palabras que riman con «cenizas». Tendrá que incorporarlas a la trama, o a alguna de las tramas: Alphinlandia es prolífica en ese sentido. Allí la procedencia de esas embrujadoras cenizas habría que atribuírsela seguramente a Milzreth el de la Mano Roja, que es un bravucón taimado y retorcido. A él le gusta embaucar a los viajeros con visiones alucinógenas, apartarlos del buen camino, encerrarlos en jaulas de hierro o encadenarlos a la pared con grilletes de oro para luego acosarlos con demonios gorivelludos, cianurinos, lucernagos y demás. Disfruta viendo cómo los ropajes —las túnicas sedosas, las vestiduras bordadas, las capas forradas de pelo, los radiantes velos— quedan hechos trizas mientras ellos suplican y se retuercen sugestivamente. Cuando vuelva a casa trabajará a fondo en todos los vericuetos que eso plantea.

Milzreth tiene el rostro de un antiguo jefe suyo de cuando trabajaba como camarera. El hombre era muy aficionado a dar palmaditas en el trasero. Constance se pregunta si habrá llegado a leer la serie.

Ya ha alcanzado el final de la primera manzana. Tal vez no haya sido tan buena idea aventurarse a salir: tiene la cara empapada, las manos congeladas y le resbala aguanieve por el cuello. Pero ya ha recorrido un buen trecho; tiene que llegar hasta el final. Inspira el aire frío; los perdigones de hielo le azotan la cara. Se está levantando viento, como han anunciado en televisión. Pese a todo, estar en la calle en plena tormenta resulta vigorizante en cierto modo, tonificante: te sacude las telarañas, te obliga a inspirar.

La tienda abre las veinticuatro horas, todos los días del año, un horario que tanto a ella como a Ewan les ha venido muy bien desde que se mudaron al barrio hace veinte años. Sin embargo, no hay sacos de cloruro cálcico apilados delante de la puerta, donde suelen estar. Constance entra en el establecimiento, con su carrito de dos ruedas a remolque.

—¿Les queda algo de sal? —le pregunta a la señora que está detrás del mostrador.

Es nueva. Constance nunca la había visto; hay mucho movimiento de personal en esa tienda. Ewan estaba convencido de que se trataba de una tapadera para blanquear dinero, porque era imposible que fuese un negocio rentable, a juzgar por la escasez de clientela y el estado de las lechugas que tenían a la venta.

—No, cariño —responde la dependienta—. Nos la han quitado de las manos hace un rato. Habrán pensado que más vale prevenir, digo yo.

Eso implica que Constance no ha sido previsora, lo cual en realidad es cierto. Ha sido un fallo suyo toda la vida: nunca ha sido previsora. Pero ¿cómo mantienes la capacidad de asombro si siempre estás preparada para todo? Preparada para la puesta de sol. Para la salida de la luna. Para la tormenta de hielo. Qué existencia tan anodina sería esa.

—Vaya —dice Constance—. No hay sal. Mala suerte.

—No debería salir con la que está cayendo, cariño —advierte la dependienta—. ¡El tiempo está muy traicionero!

Aunque lleva el pelo teñido de rojo, con un atrevido afeitado en la nuca, aparenta solo unos diez años menos que Constance, y está mucho más gorda. Yo al menos no resuello, piensa Constance. De todos modos, le gusta que le digan «cariño». Cuando era mucho más joven solían decírselo, luego dejaron de hacerlo durante bastante tiempo. Ahora oye la palabra a menudo.

—No se preocupe —dice Constance—. Vivo solo a un par de manzanas de aquí.

—Un par de manzanas es un buen trecho con este tiempo —dice la dependienta, que pese a sus años lleva un tatuaje asomando por el cuello de la blusa. Parece un dragón, o una variante de dragón. Púas, cuernos, ojos saltones—. Podría quedarse tiesa.

Constance le da la razón y le pregunta si puede dejar el carrito y el paraguas arrimados al mostrador. Luego deambula por los pasillos, empujando el carro metálico de la tienda. No hay más clientes, aunque en un pasillo se topa con un jovencito esmirriado que está traspasando latas de salsa de tomate a un estante. Constance elige un pollo asado de los que, día tras día, giran en sus espetones tras una vitrina de cristal, como en una visión del averno, y un paquete de guisantes congelados.

—Arena para gatos —dice la voz de Ewan.

¿Está criticando lo que ha comprado? Ewan no veía con buenos ojos esos pollos —según él, lo más seguro era que estuvieran atiborrados de productos químicos—, pero se los comía bien a gusto cuando Constance llevaba uno a casa, en los tiempos en que todavía comía.

—¿A qué te refieres? —le dice—. Si ya no tenemos gato.

Constance ha descubierto que debe dirigirse a él en voz alta porque la mayoría de las veces Ewan no consigue leerle el pensamiento. Aunque a veces sí. Sus poderes son intermitentes.

Ewan no da explicaciones —el muy granuja muchas veces la obliga a deducir por sí sola las respuestas—, pero de pronto cae en la cuenta: la arena para gatos es para los escalones de la entrada, para echársela en lugar de sal.

No será tan efectiva, no derretirá nada, pero al menos evitará resbalones. Encaja, pues, el saco de arena dentro del carrito y añade un par de velas y una caja de cerillas de madera. Listo. Ahora sí está preparada.

De vuelta en el mostrador elogia con la dependienta la excelencia de los pollos asados —artículo que también es del gusto de esta última, porque qué sentido tiene cocinar para uno solo, ni para dos siquiera—, y embute las compras en su carrito con ruedas tras reprimir la tentación de mencionar el tatuaje del dragón. El tema podría derivar enseguida por derroteros complicados, como Constance ha aprendido por experiencia a lo largo de los años. En Alphinlandia hay dragones, y los dragones tienen numerosos fans con montones de ideas brillantes que están deseando compartir con Constance. Como que debería haberlos creado de otra manera. Y cómo los habrían creado ellos en su lugar. Subespecies de dragones. Errores en los que Constance ha incurrido sobre el cuidado y la alimentación de los dragones, etcétera. Es asombroso lo vehementes que pueden ponerse algunas personas por cosas que no existen.

¿La habrá oído la dependienta hablar con Ewan? Es muy probable, y también es muy probable que no le haya dado importancia. Cualquier tienda que abra veinticuatro horas al día los siete días de la semana ha de tener por fuerza un cupo de clientes que hablan con seres imaginarios. En Alphinlandia una conducta así exigiría otro tipo de interpretación: algunos de sus moradores tienen espíritus familiares.

—¿Dónde vive exactamente, cariño? —le pregunta la dependienta cuando Constance ya está saliendo por la puerta—. Podría mandarle un mensaje a un amigo y que la acompañe a casa.

¿Qué clase de amigo? ¿Y si resulta que es novia de un motero?, piensa Constance. Puede que sea más joven de lo que ella pensaba; tal vez solo esté muy estropeada.

Constance se hace la sorda. Podría tratarse de una trampa, y de pronto encontrarse delante de la puerta a un quinqui dispuesto a allanar su casa, con la cinta aislante preparada en el bolsillo. Te vienen con el típico cuento de que se les ha averiado el coche y que si pueden utilizar tu teléfono, y tú, con toda la buena fe, los dejas pasar, y de buenas a primeras te han amarrado a la barandilla con la cinta aislante y te están clavando chinchetas bajo las uñas para que les sueltes las claves de acceso. Constance sabe muy bien lo que se dice: no en vano sigue las noticias por televisión.

El rastro de ceniza ya no sirve para nada —ha quedado cubierto por una capa de hielo, ni siquiera se ve— y el viento arrecia. ¿Y si abriera el saco de

arena allí mismo, antes de llegar? No, necesitaría un cuchillo o unas tijeras, aunque a veces esos sacos vienen con una cuerdecita para abrirlos tirando de ella. Alumbra con la linterna el interior del carrito, pero debe de estar baja de pilas porque apenas se ve nada. Si se pone a trastear con el saco, podría quedarse hecha un témpano; mejor que se dé prisa. Aunque lo de «darse prisa» es un decir.

La capa de hielo parece el doble de gruesa que cuando ha salido. Los arbustos de los jardines que dan a la calle parecen fuentes, con el follaje luminoso cayendo en elegante cascada hacia el suelo. De vez en cuando, alguna rama caída de un árbol dificulta el paso. Cuando llega a su casa, deja el carrito a pie de calle y remonta los escalones resbaladizos agarrada a la barandilla. Por suerte, la luz del porche está encendida, aunque no recuerda haberle dado al interruptor. Forcejea con la llave y la cerradura, abre la puerta y se dirige a la cocina sin quitarse las botas, chorreando agua. Luego, tijeras en mano, desanda el camino, baja los peldaños hasta el carrito rojo, corta el saco de arena y la esparce a manos llenas sobre los escalones.

Listo. Vuelta a subir la escalera con el carrito, pom, pom, pom, y para dentro. Cerrojo echado. Fuera abrigo chorreando, gorrito de lana y mitones empapados, que deja sobre el radiador, para que se sequen; botas aparcadas en el recibidor.

—Misión cumplida —anuncia por si Ewan está a la escucha.

Quiere hacerle saber que ha vuelto sana y salva, para que no se preocupe. Siempre se habían dejado notas el uno al otro, o bien mensajes en el contestador del teléfono; eso antes de que aparecieran todos esos artilugios digitales. En sus momentos más críticos y solitarios, Constance se ha planteado usar el servicio telefónico para dejarle mensajes a Ewan. A lo mejor los escucha a través de las partículas eléctricas o los campos magnéticos, o lo que sea que Ewan esté utilizando para proyectar la voz a través de las ondas.

Pero este no es un momento solitario. Es un momento de los buenos: se siente satisfecha de sí misma por haber llevado a cabo la misión de la sal. Además, le ha entrado hambre. No sentía un hambre así desde que Ewan dejó de sentarse a la mesa con ella: comer sola la desanimaba mucho. Ahora, en cambio, arranca pedazos de pollo asado con los dedos y los engulle con ganas. Es lo que hacen los habitantes de Alphinlandia tras ser rescatados de donde sea, mazmorras, pantanos, jaulas de hierro, barcos a la deriva: comer con las manos. Solo las clases más altas disponen de lo que podrían llamarse

«cubiertos», aunque casi todo el mundo tiene una navaja, a excepción de los animales parlantes. Constance se chupa los dedos, se los limpia en el trapo. Tendría que haber papel de cocina, pero no lo hay.

Todavía queda un poco de leche, que bebe de un trago directamente del cartón, sin apenas derramar una gota. Ya se preparará más tarde una infusión o algo para entrar en calor. Tiene prisa por volver a Alphinlandia, por lo del rastro de ceniza. Quiere descifrarlo, desentrañarlo, seguirlo. Quiere ver adónde la conduce.

En la actualidad, Alphinlandia reside en su ordenador. Durante muchos años cobró vida en el desván, que Constance convirtió en una suerte de despacho particular en cuanto Alphinlandia generó dinero suficiente para pagar las reformas. Pero incluso con el suelo nuevo, la ventana que abrieron en la pared, el aire acondicionado y el ventilador del techo, el desván era un espacio pequeño y mal ventilado, como suelen ser los últimos pisos de estas viejas casas victorianas de ladrillo. Así que un tiempo después —cuando los niños ya iban al instituto— Alphinlandia emigró a la mesa de la cocina, donde fue desplegándose durante varios años en una máquina de escribir eléctrica, antaño considerada el colmo de la innovación y ahora, obsoleta. El ordenador fue su siguiente emplazamiento, y no exento de riesgos —las cosas podían desaparecer de él de un modo exasperante—, pero esos aparatos han ido mejorando con los años y Constance ha terminado acostumbrándose al suyo. Lo trasladó al estudio de Ewan después de que él desapareciera de allí de forma visible.

No dice «después de su muerte», ni siquiera para sus adentros. En lo tocante a Ewan, la palabra «muerte» es tabú para ella. Si él la oyera, podría sentirse dolido u ofendido, o quizá desconcertado, o incluso enfadado. Entre sus creencias no del todo formuladas se incluye la de que Ewan no es consciente de que ha muerto.

Se sienta al escritorio de Ewan, envuelta en el albornoz negro y afelpado de Ewan. Esos albornoces negros y afelpados de caballero estaban a la última ¿cuándo? ¿En los noventa? El que ahora lleva puesto se lo había comprado ella misma, como regalo de Navidad. Ewan siempre se resistía a sus intentos de vestirlo a la última, aunque, aparte del albornoz, ese empeño no dio mucho más de sí; perdió interés por cómo vieran a Ewan los demás.

Constance se pone el albornoz buscando no calor sino consuelo: la hace sentir como si Ewan siguiera físicamente en casa, a su lado. No lo ha lavado

desde que falleció; no quiere que huela a detergente en lugar de a él.

«Ay, Ewan —piensa—. ¡Con los buenos momentos que pasamos juntos! Ahora todo se acabó. ¿Por qué tan rápido?». Se seca los ojos en la manga negra y afelpada.

—No seas melodramática —dice Ewan.

No le gusta oírla gimotear.

—Bueno —dice Constance.

Endereza la espalda, recoloca el cojín de la silla ergonómica de Ewan y enciende el ordenador.

Aparece el salvapantallas: es una puerta, un arco abierto en una muralla que le había dibujado Ewan, quien había ejercido de arquitecto antes de optar por la estabilidad de la docencia universitaria, si bien lo que él enseñaba no se llamaba «Arquitectura», sino «Teoría del espacio construido», «Creación del paisaje humano» y «El cuerpo contenido». Ewan siempre había conservado su talento para el dibujo, y había encontrado una forma de canalizarlo haciendo ilustraciones divertidas para los niños y después para los nietos. El salvapantallas se lo había dibujado como regalo, y también para demostrarle que se tomaba aquello suyo, aquella cosa que, reconozcámoslo, causaba cierta vergüenza en los círculos más intelectuales y abstractos en los que él se movía… Que se lo tomaba en serio. O que la tomaba en serio a ella, cosas ambas de las que le había dado motivos para dudar alguna que otra vez. Y también que la había perdonado por Alphinlandia, por lo abandonado que lo había tenido por su culpa. Por el modo en que lo había mirado sin verlo.

Constance por su parte pensaba que aquel salvapantallas había sido un regalo para expresar su arrepentimiento, para compensarla por algo que él nunca reconocería haber hecho. Por aquella fase de ausencia emocional durante la cual debió de estar ocupado —si no física, al menos sentimentalmente— con otra mujer. Con otra cara, otro cuerpo, otra voz, otro olor. Con un vestuario que no era el de ella, con cinturones, botones y cremalleras ajenos. ¿Quién era aquella mujer? Siempre que Constance recelaba de alguna, sus sospechas resultaban infundadas. La enigmática presencia se burlaba quedamente de ella desde la oscuridad insomne de las tres de la madrugada, y después se desvanecía. Nunca consiguió averiguar nada.

Durante toda aquella etapa Constance se había sentido como un cero a la izquierda. Como una persona aburrida, y solo viva a medias. Anestesiada.

Nunca intentó sonsacarle nada sobre aquel paréntesis, nunca le plantó cara. El asunto era tan tabú como la palabra «muerte»: estaba allí, planeaba sobre ellos como un enorme zepelín publicitario, pero mencionarlo habría sido como romper un hechizo. Habría sido irreversible. «Ewan, ¿te estás viendo con otra?». «No seas melodramática. Ten un poco de sentido común: ¿qué necesidad tendría yo de hacer algo así?». Ewan se la habría quitado de encima, habría tomado a broma la pregunta.

A Constance se le ocurrían muchas razones por las que Ewan podría necesitar hacer algo así. Pero sonreía, lo abrazaba, le preguntaba qué le apetecía cenar y callaba.

El dibujo del salvapantallas es una puerta de piedra, en forma de arco romano. Está situada en el centro de una muralla larga y alta sobre la que se alzan una serie de torretas, con sus banderines rojos ondeando en lo alto. Se aprecia una pesada verja a modo de puerta; está abierta. Al otro lado se ve un paisaje bañado por el sol, y más torretas que se elevan a lo lejos.

Ewan puso mucho esmero en aquel dibujo. Lo sombreó, lo pintó con acuarelas; incluso agregó unos caballos pastando en un campo lejano, pues sabía muy bien que con los dragones podía pifiarla. Es una estampa muy bonita, muy a lo William Morris o quizá más a lo Edward Burne-Jones, pero no tiene nada que ver con Alphinlandia. Tanto la puerta como la muralla parecen demasiado pulcras, demasiado nuevas y bien cuidadas. Aunque Alphinlandia disponga de rincones suntuosos, con sedas y tafetanes, bordados y candelabros recargados, en general es un lugar vetusto, desastrado y un tanto decrépito. Además lo arrasan a menudo, con lo cual abundan las ruinas.

Sobre la puerta del salvapantallas hay una leyenda grabada en la piedra, con caracteres prerrafaelitas pseudogóticos, que reza: ALPHINLANDIA.

Constance inspira hondo. Y cruza la puerta.

Al otro lado no hay un paisaje bañado por el sol, sino un camino estrecho, casi un sendero, que baja serpenteando hasta un puente iluminado —puesto que es de noche— por unos faroles de luz amarillenta en forma de huevo o lágrima. Al otro lado del puente se extiende un bosque tenebroso.

Constance cruzará el puente y avanzará con cautela por el bosque, atenta a posibles emboscadas, y cuando llegue al otro lado se encontrará ante una encrucijada. Allí tendrá que decidir qué camino toma. Todos ellos forman parte de Alphinlandia, pero cada uno conduce a una versión distinta. A pesar

de que ella es su creadora, la que mueve los hilos de sus marionetas, su *deus ex machina*, nunca sabe a ciencia cierta dónde terminará.

Empezó a crear Alphinlandia hace mucho tiempo, años antes de conocer a Ewan. Entonces vivía con otro hombre, en un edificio sin ascensor, en un estudio con solo dos espacios, un jergón lleno de bultos en el suelo, un cuarto de baño compartido en el pasillo, un hervidor eléctrico (propiedad de ella) y un infiernillo (propiedad de él) que en teoría no deberían tener. No había nevera, de manera que sacaban los recipientes de comida a la repisa de la ventana, donde los alimentos se congelaban en invierno y se pudrían en verano, aunque en primavera y otoño, ardillas aparte, el sistema no funcionaba del todo mal.

Ese otro hombre con el que convivía era uno de los poetas con los que solía salir entonces bajo el juvenil e inocente convencimiento de que también ella era poeta. Se llamaba Gavin, un nombre poco común en aquellos tiempos, a diferencia de ahora: los Gavins se han multiplicado. La joven Constance se consideraba muy afortunada de haber sido la elegida, puesto que Gavin era cuatro años mayor que ella y conocía a otros muchos poetas, y era un chico delgado, irónico, indiferente a las normas sociales y muy proclive a la sátira descarnada, como solían serlo los poetas en aquella época. Y tal vez todavía lo sean: Constance es ya demasiado mayor para saberlo.

Incluso ser objeto de alguno de los comentarios irónicos o descarnadamente satíricos de Gavin —como, por ejemplo, que su hipnótico trasero decía mucho más de ella que sus, para qué engañarse, poco memorables poemas—, a Constance, por alguna extraña razón, le resultaba electrizante. Además, se le otorgaba el privilegio de figurar en los poemas de Gavin. No con su nombre, por supuesto: en la poesía de entonces los objetos femeninos de deseo recibían el tratamiento de «dama», o de «amada mía», en un guiño a la literatura caballeresca o la canción popular; sin embargo, a Constance le seducía enormemente leer los poemas más eróticos de Gavin y saber que cada vez que él escribía «dama» —o, mejor aún, «amada mía»— estaba refiriéndose a ella. «Mi dama se recuesta sobre una almohada», «El primer café matinal de mi dama» y «Mi dama me lame el plato» le llegaban al alma, pero su favorito era «Mi dama se agacha». Siempre que notaba a Gavin un tanto seco con ella, echaba mano de aquel poema y lo releía.

Aparte de esos atractivos literarios había mucho sexo impulsivo y desenfrenado.

Una vez emparejada con Ewan, Constance se cuidó mucho de entrar en pormenores sobre su vida anterior. Aunque ¿qué motivo de preocupación podía haber? Gavin había sido apasionado, sí, pero también un cerdo; estaba claro, pues, que no era rival para Ewan, un caballero andante en comparación. Además, aquella experiencia particular de su juventud había terminado mal, con pesar y vergüenza para Constance. Luego ¿para qué sacar a Gavin a relucir? No habría servido de nada. Ewan nunca le había preguntado por ningún otro hombre de su vida, así que Constance nunca había mencionado nada. Y desde luego confía en que Ewan no tenga acceso a Gavin ahora, a través de sus pensamientos íntimos o de cualquier otra vía.

Una de las cosas buenas de Alphinlandia es que le permite mandar los elementos más turbadores de su pasado al otro lado de ese umbral de piedra y dejarlos allí almacenados, en el modelo del palacio de la memoria que tanto se había empleado en… ¿Cuándo? ¿En el siglo XVIII? Asocias las cosas que deseas recordar con estancias imaginarias, y cuando necesitas rememorarlas con total exactitud entras en esa estancia.

Constance dispone, pues, de una bodega desocupada en Alphinlandia, dentro del recinto de la fortaleza actualmente gobernada por Zymri el del Puño Inflexible —aliado suyo—, y la ha destinado para Gavin en exclusiva. Y puesto que una de las reglas de Alphinlandia ha sido no permitirle nunca a Ewan cruzar el umbral de piedra, jamás encontrará esa bodega ni descubrirá a quién tiene Constance escondido en su interior.

El caso es que Gavin está encerrado en un tonel de roble de la bodega. Allí no sufre, aunque objetivamente tal vez merecería hacerlo. Pero Constance ha procurado perdonar a Gavin, así que está prohibido torturarlo. Lo que ha hecho es mantenerlo en un estado de animación suspendida. De vez en cuando Constance se da una vuelta por la bodega, le ofrece a Zymri algún obsequio con el que cimentar su alianza —un tarro de alabastro lleno de pillastres xnámicos a la miel, un collar de garras de cianorino—, pronuncia el conjuro que abre la tapa del tonel y echa un vistazo a su interior. Gavin dormita plácidamente. Siempre estuvo muy guapo con los ojos cerrados. El tiempo no ha hecho mella en él desde que lo vio por última vez. Todavía le duele recordar aquel día. Después coloca la tapa del tonel de nuevo en su sitio, pronuncia el conjuro al revés y vuelve a encerrar a Gavin hasta la próxima vez que le apetezca pasarse por allí y echarle un vistazo.

En la vida real, Gavin recibió varios galardones por su poesía y más adelante obtuvo una plaza de titular en la Universidad de Manitoba como profesor de Creación Literaria, si bien una vez jubilado trasladó el

campamento a Victoria, en la Columbia Británica, donde disfruta de unas hermosas vistas a la puesta de sol sobre el Pacífico. Constance recibe cada año una felicitación navideña suya; bueno, suya y de su tercera y mucho más joven esposa, Reynolds. ¡Reynolds, qué nombre más absurdo! Suena a marca de tabaco de los años cuarenta, cuando los cigarrillos todavía se daban tono.

Reynolds firma esas tarjetas en nombre de ambos —Gav y Rey, se hacen llamar— y adjunta la exasperante y dicharachera misiva anual informando de sus vacaciones (¡Marruecos! ¡Menos mal que metieron el Fortasec en la maleta! Aunque, en fechas más recientes: ¡Florida! ¡Qué gusto dejar atrás la lluvia!). También manda el informe anual de su club de lectura local (¡solo libros «importantes», solo libros «inteligentes»!). Ahora mismo están peleando con Bolaño, ¡tan arduo pero tan gratificante si una persevera! Los miembros del club preparan tapitas temáticas con las que acompañar las lecturas del momento, así que ahora Rey está aprendiendo a hacer tortillas de maíz, por primera vez en su vida. ¡Una gozada!

Constance sospecha que Reynolds siente un interés morboso por la juventud bohemia de Gavin, y sobre todo por la propia Constance. ¿Y cómo no? Constance fue la primera mujer que convivió con él, y en una época tan calenturienta de su vida que trabajo le costaba mantener subida la bragueta de los vaqueros cuando ella estaba a menos de ochocientos metros de distancia. Era como si Constance irradiara un halo de partículas mágicas; como si ejerciera sobre él un embrujo irresistible, igual que Feromonia la de los Cabellos de Zafiro en Alphinlandia. Imposible que Reynolds pueda competir con eso. Lo más probable es que, dada la edad de Gavin, Reynolds tenga que recurrir a juguetitos para ayudarlo. Si es que se toma la molestia.

—¿Quiénes son Gavin y Reynolds? —preguntaba Ewan, año tras año.

—Él era conocido mío de la universidad —respondía ella.

No mentía del todo: de hecho, Constance había dejado la carrera para estar con Gavin, así de embelesada estaba con él y con aquella mezcla suya de desapego y avidez. Pero a Ewan no le habría hecho gracia saberlo. Podría haberse puesto triste o celoso, o incluso de mal humor. ¿Para qué alterarlo?

Los poetas amigos de Gavin —y los cantautores, los músicos de *jazz* y los actores que integraban aquel círculo amorfo y siempre cambiante de artistas osados— pasaban gran parte del tiempo en el Riverboat, una cafetería de Yorkville, un barrio de Toronto entonces en plena metamorfosis de cuasi suburbio blanco de clase media a moderno enclave *prehippy*. Hoy del

Riverboat ya no queda más que una de esas deprimentes placas de hierro fundido marcando el interés histórico del lugar, instalada delante del hotel cursi que ocupa ahora su antiguo espacio. «Todo será arrasado —declaran esas placas—, y mucho antes de lo que usted cree».

Ninguno de aquellos poetas, cantautores, músicos de *jazz* y actores tenía ni gorda, y tampoco Constance, pero ella era lo bastante joven como para ver *glamour* en la pobreza. La bohemia, eso era lo suyo. Empezó a escribir las historias de Alphinlandia para ganar dinero con el que mantener a Gavin, quien consideraba tal respaldo como parte de la función de la mujer amada. Aquellas primeras historias salieron como rosquillas de la destartalada máquina de escribir de Constance, improvisadas sobre la marcha; luego, para su sorpresa en un principio, consiguió venderlas, aunque no por mucho, a una de las revistas subculturales de Nueva York que daban cabida a aquella variante ñoña del género fantástico. Seres con alas transparentes en las cubiertas, animales de múltiples cabezas, cascos de bronce y jubones de piel, arcos y flechas.

Se le daban bien esas historias, o lo bastante bien para aquellas revistas. De niña había tenido cuentos de hadas con ilustraciones de Arthur Rackham y sus coetáneos: árboles nudosos, troles, doncellas místicas con túnicas vaporosas, espadas, tahalíes y doradas manzanas del sol. Así que Alphinlandia únicamente requería ampliar aquel paisaje, cambiar la vestimenta e inventarse los nombres.

En aquella época trabajaba también como camarera, en un local llamado Snuffy’s, que debía su nombre a un rústico personaje de dibujos animados cuyas especialidades eran el pan de maíz y el pollo frito. Parte de la paga era todo el pollo frito que pudieras comer, y Constance solía llevarse de extranjis algunos pedazos para Gavin y quedarse arrobada mirándolo mientras él los devoraba. Era un trabajo agotador, y el dueño, un salido, aunque las propinas no estaban mal y podías sacarte un sobresueldo haciendo horas extra, como era el caso de Constance.

Las chicas entonces hacían esas cosas: se desvivían por salvaguardar la genial concepción de sí mismo que tuviera el chico de turno. ¿Y Gavin qué hacía para contribuir al alquiler? Poca cosa, aunque Constance sospechaba que trapicheaba con marihuana en sus ratos libres. De vez en cuando incluso se la fumaban juntos, aunque no muy a menudo, porque a Constance le daba tos. Era todo muy romántico.

Los poetas y cantautores se mofaban de sus historias de Alphinlandia, como no podía ser de otra manera. ¿Por qué no, si hasta ella se burlaba?

Faltaban todavía muchas décadas para que aquella ficción subliteraria que Constance producía como churros gozara de algún respeto. Un puñado de ellos admitía haber leído *El señor de los anillos*, aunque siempre con el pretexto de sentir cierto interés por el nórdico antiguo. Los poetas, sin embargo, consideraban que las fantasías de Constance estaban muy por debajo de las de Tolkien, y, justo es decirlo, así era. Bromeaban con que sus personajes eran gnomos de jardín, y ella reía y les decía que sí, pero que aquel día los gnomos habían desenterrado la proverbial vasija de monedas de oro y los invitarían a todos a cerveza. Lo de la cerveza gratis sí era del agrado de los poetas, que brindaban: «¡Vivan los gnomos! ¡Por esos gnomos de tomo y lomo! ¡Por los gnomos yo me la tomo!».

Los poetas no veían con buenos ojos que nadie escribiera por dinero, pero con Constance se dignaban a hacer una excepción ya que, a diferencia de su poesía, Alphinlandia pretendía ser basura comercial, y al fin y al cabo ella lo hacía por Gavin, que para eso era su dama; además, no era tan tonta como para tomarse aquellas chorradas en serio.

Lo que no comprendían era que Constance sí se las tomaba en serio, cada vez más. Alphinlandia era solo suyo. Era su refugio, su fortaleza; era el lugar al que acudir cuando las cosas con Gavin no marchaban bien. Podía traspasar en espíritu aquel portal invisible y vagar entre sus lóbregos bosques y por sus prados resplandecientes, trabando alianzas y derrotando enemigos, y nadie más podía entrar allí a menos que ella diera su permiso, pues un conjuro pentadimensional protegía la entrada.

Constance empezó a pasar cada vez más tiempo allí dentro, sobre todo después de que comenzara a olerse que no toda «dama» de los poemas de Gavin hacía referencia a ella. A menos, claro está, que Gavin estuviera muy confundido acerca del color de los ojos de su dama, antes descritos como «azules como brujas» y/o «estrellas lejanas», y de pronto calificados de negro azabache. «El culo de mi dama en nada se parece a la luna» era un tributo a Shakespeare… Eso dijo Gavin. ¿Acaso había olvidado que existía un poema anterior —un tanto zafio, pero muy sentido— donde afirmaba que el culo de su dama era, en efecto, como la luna: blanco, redondo, que brillaba tenuemente en la oscuridad, que cautivaba? Este otro, sin embargo, era prieto y musculoso; era activo más que pasivo, apretaba más que incitaba; como una especie de boa constrictor, aunque no con esa forma, por supuesto. Con ayuda de un espejito de mano, Constance observó su vista trasera. Imposible racionalizarlo: no eran en absoluto comparables. ¿Sería que mientras Constance se dejaba su otrora poetizado culo sirviendo mesas en Snuffy’s —

un trabajo tan agotador que prefería el sueño al sexo—, Gavin retozaba con una lozana y flamante amada en el jergón lleno de bultos que Constance y él compartían? ¿Una amada con un trasero constrictor?

Antes Gavin siempre había encontrado cierto goce en humillar a Constance en público, con la ironía y el sarcasmo que caracterizaban parte de su poesía: Constance interpretaba aquellos comentarios en cierto modo como un halago, pues la convertían en el centro de su atención. De alguna manera, Gavin estaba presumiendo de ella, y como eso lo excitaba, Constance, sumisa, dejaba que la humillación le resbalara. Pero de pronto Gavin había dejado de humillarla. Ya no le hacía caso, lo cual era mucho peor. Cuando estaban los dos solos en su pequeño estudio de alquiler, ya no la besaba en el cuello ni le arrancaba la ropa y la arrojaba al colchón exhibiendo una lujuria incontenible. Lo que hacía era quejarse de alguna contractura en la espalda e insinuar —o mejor dicho, exigir— que Constance compensara el dolor y la inmovilidad que lo aquejaban haciéndole una mamada.

Aquella no era una actividad que la entusiasmara. No tenía práctica y, además, había una larga lista de cosas que prefería llevarse a la boca.

En Alphinlandia, por el contrario, nadie exigía mamadas. También es cierto que allí nadie tenía tampoco cuarto de baño. Los retretes no eran necesarios. ¿Para qué perder el tiempo con esas funciones corporales cotidianas cuando unos escorpiones gigantes estaban invadiendo el castillo? Alphinlandia tenía bañeras, eso sí, o más bien albercas excavadas en jardines perfumados de jazmín y calentadas por manantiales subterráneos. Algunos de los moradores más depravados de Alphinlandia se bañaban en la sangre de sus prisioneros, a quienes encadenaban a unas estacas clavadas alrededor de la alberca para contemplarlos mientras la vida se les escapaba lentamente formando burbujas escarlata.

Constance dejó de acudir a las reuniones del círculo del Riverboat porque los demás empezaron a mirarla con cara de lástima y también a hacerle preguntas capciosas, como «¿Dónde se ha metido Gavin? Pero si estaba aquí hace un momento». Lo sabían mejor que ella. Presentían que aquello estaba a punto de estallar.

La nueva dama resultó llamarse Marjorie. Un nombre, piensa ahora Constance, que prácticamente ya ha desaparecido: las Marjories están en vías de extinción, y en buena hora, según ella. Marjorie era la morena larguirucha de ojos negros que trabajaba como voluntaria a tiempo parcial llevando las

cuentas del Riverboat, una chica muy amiga de ceñirse la cintura con vistosas telas africanas, de colgarse en las orejas pendientes bamboleantes de cuentas hechos a mano y de soltar unas carcajadas de rebuzno que recordaban a una mula bronquítica.

O se lo recordaban a Constance, pero no a Gavin, obviamente. Constance pilló a Gavin y Marjorie en plena faena y sin aparentes contracturas. Había copas de vino esparcidas por la mesa, prendas de ropa esparcidas por el suelo y pelos de Marjorie esparcidos por la almohada: la almohada de Constance. Gavin gimió, ya por el orgasmo, ya por la contrariedad ante la inoportuna aparición de Constance. Marjorie, por su parte, rebuznó: a Constance, a Gavin o a la situación en general. Fue un rebuzno desdeñoso y burlón. No hubo benevolencia en él, y le dolió en el alma.

¿Qué otra salida le quedaba a Constance salvo decir «Me debes la mitad del alquiler»? Pero nunca llegó a recibir aquel dinero; Gavin era un tacaño de mucho cuidado, rasgo este común a los poetas de entonces. Poco después de que Constance se marchara de casa, llevándose el hervidor eléctrico, firmó su primer contrato editorial para la publicación de Alphinlandia. Cuando los rumores sobre la prosperidad generada por sus gnomos —una prosperidad relativa— se extendieron por el Riverboat, Gavin se presentó en el nuevo domicilio de Constance, un piso con tres habitaciones y con una cama de verdad que compartía con uno de los cantautores, aunque tampoco aquello duró mucho, e intentó hacer las paces con ella. Lo de Marjorie había sido algo fortuito, dijo. Un accidente. Nada serio. No volvería a ocurrir. Su auténtica amada era Constance: ¡seguro que a ella tampoco se le escapaba que estaban hechos el uno para el otro!

Aquella jugada fue de un mal gusto increíble por parte de Gavin, y así se lo hizo saber Constance. ¿Es que no tenía sentido de la vergüenza, del decoro? ¿No se daba cuenta de que era una sanguijuela, de su falta de iniciativa, de su egoísmo? A lo que Gavin, asombrado en un primer momento por la belicosidad desplegada por su otrora mansa doncella lunar, hizo acopio de su sarcasmo habitual y le espetó que era una mamarracha, que sus poemas no valían nada, que era una inepta haciendo mamadas, que su ridículo Alphinlandia era una bazofia infantiloide y que él tenía más talento en el ojete que ella en todo su minúsculo cerebro de mosquito.

Suerte que era su «dama» y su «amada».

Pero Gavin nunca había alcanzado a comprender el significado profundo de Alphinlandia. Aquel era un lugar peligroso y, si bien es verdad que absurdo en ciertos sentidos, en él no había lugar para la vileza. Sus moradores

eran gente de principios. Conocían la gallardía, el arrojo y también la venganza.

Así pues, Marjorie no está encerrada en la bodega a la que Gavin ha ido a parar, sino inmovilizada gracias a conjuros rúnicos en el interior de una colmena de piedra propiedad de Frenosia la de las Antenas Fragantes. Esta semidiosa mide dos metros y medio de altura, tiene el cuerpo cubierto de un vello minúsculo y dorado, y ojos compuestos. Afortunadamente, es muy amiga de Constance y la ayuda de buen grado con sus planes y estratagemas a cambio de los hechizos relacionados con insectos que Constance tiene potestad para concederle. De manera que, todos los días, a las doce en punto, Marjorie sufre las picaduras de un centenar de abejas esmeralda y añil. Sus aguijones son como agujas candentes empapadas en salsa de chile picante, y el dolor es de una atrocidad indescriptible.

En el mundo exterior a Alphinlandia, Marjorie se despidió tanto de Gavin como del Riverboat, se marchó de allí para estudiar Empresariales y luego trabajó de no sé qué en una agencia de publicidad. O eso decían por ahí. La última vez que Constance la vio, en los ochenta, iba andando muy decidida por la calle Bloor vestida de ejecutiva, con un traje *beige* de grandes hombreras. Un traje feo a rabiar, igual que los burdos zapatones que hacían juego con él.

Pero Marjorie no vio a Constance. O hizo como que no la veía. Mejor que mejor.

Existe una versión alternativa guardada en el archivador interno de Constance, en la cual aquel día ella y Marjorie se reconocían entre exclamaciones de júbilo, se tomaban un café juntas y se reían a carcajadas de Gavin, de sus poemas y de aquella fijación suya con las mamadas. Pero nada de eso sucedió.

Constance desciende por el sendero, cruza el puente iluminado por la luz tenue de sus faroles ovoides y se adentra en el bosque lóbrego. ¡Silencio! Es importante avanzar sin hacer ruido. Ahí está el rastro de cenizas, un poco más adelante. Y ahora, a por el conjuro. Constance teclea:

Destriza, eriza,
y a veces hechiza,
el temido Tiempo
nos hará ceniza.

Pero eso es una descripción, decide Constance; no un conjuro. Lo que hace falta más bien es una especie de ensalmo.

Norg, Smithert, Zurpash,
brillante Teldarine,
que la senda ilumine
y limpie de mal la ceniza
con la malva sangre de…

Suena el teléfono. Es uno de sus hijos, el que vive en París; o mejor dicho, su mujer. Han visto la tormenta por televisión y están preocupados, llamaban para saber si Constance estaba bien.

¿Qué hora es allí?, pregunta Constance. ¿Qué hacen levantados a esas horas? ¡Claro que está bien! ¡Es solo una helada! No es para tanto. Un beso a los niños de mi parte, y vosotros a dormir. Estoy perfectamente.

Cuelga en cuanto puede: qué fastidio que la hayan interrumpido. Ahora se le ha olvidado el nombre del dios cuya sangre malva es tan eficaz. Menos mal que en el ordenador guarda una lista con todas las deidades de Alphinlandia y sus atributos y juramentos, en orden alfabético para facilitar las búsquedas. Las deidades son muchas ya; se han ido acumulando a lo largo de los años, y aparte de estas, Constance tuvo que inventarse otras para la serie de animación que se emitió hace una década, y luego otras cuantas —más grandes, más temibles, con ferocidad añadida— para el videojuego al que ahora están dando los últimos retoques. De haber previsto que Alphinlandia iba a durar tanto y gozar de semejante éxito, la habría planificado mejor. Le habría dado una forma, una estructura más definida; con unos límites. Pero como no fue así, se ha extendido como una urbe sin control.

No solo eso, sino que además no la habría llamado Alphinlandia. La palabra remite demasiado al mundo de los elfos, cuando en el fondo lo que ella tenía en mente era el Alph, el río sagrado del poema de Coleridge, con sus cavernas inconmensurables. Y también *alpha*, la primera letra del alfabeto. Un joven periodista sabelotodo le preguntó en una ocasión si su «mundo de fantasía» se llamaba Alphinlandia porque en él abundaban los machos alfa. Constance le respondió con aquella risa un tanto etérea que venía cultivando como defensa desde que los periodistas listillos habían decidido que merecía la pena entrevistarla. Eso fue en la época en que todos los libros que ahora se englobaban bajo la categoría de género empezaron a recibir cierta atención por parte de la prensa. Al menos los más vendidos.

—Uy, no —le dijo—. No creo. Por los machos alfa, no. Fue algo que se me ocurrió de pronto. Puede que… Siempre me gustó mucho esa marca de cereales para desayunar. ¿Alpine?

Siempre ha sonado fatua en las entrevistas, por eso ya no concede ninguna. Tampoco ha vuelto a asistir a congresos: está cansada de ver a niños disfrazados de vampiros, conejitos y personajes de *Star Trek*, y sobre todo de los villanos más malvados de Alphinlandia. No podría soportar tener que enfrentarse a otra burda imitación de Milzreth el de la Mano Roja; a otra criatura inocente de mejillas sonrosadas a la búsqueda de su maldad interior.

Se niega también a participar en las redes sociales, pese al apremio constante de sus editores. De nada les sirve asegurarle que con ello incrementará las ventas de la serie y ampliará el alcance comercial de su marca. Constance ya no necesita más dinero, ¿para qué? El dinero no había salvado a Ewan. Se lo dejará todo a sus hijos, como sus mujeres esperan. Además, no siente ningún deseo de relacionarse con sus devotos lectores: ya sabe demasiado sobre ellos, sobre ellos y sus *piercings*, sus tatuajes y su obsesión con los dragones. Pero, por encima de todo, no desea decepcionarlos. Imagina que esperarán encontrarse a una hechicera de melena negro azabache, con un brazalete en forma de serpiente y un pasador de aguja en el pelo, y no con una exrubia tan delgada que casi transparenta y con una voz que apenas se oye.

Se dispone a abrir el archivo de Alphinlandia para consultar en la pantalla la lista de deidades cuando Ewan exclama a su oído, a voz en grito:

—¡Apaga eso!

Constance da un respingo.

—¿Qué? ¿Que apague qué?

¿Se habrá dejado otra vez el agua hirviendo en el fogón? ¡Pero si aún no se ha preparado la infusión!

—¡Que apagues eso! ¡Alphinlandia! ¡Que lo apagues ahora mismo! —ordena.

Se referirá al ordenador. Aturdida, mira a su espalda… ¡Tenía a Ewan justo detrás! Luego pulsa el botón de apagado. En el preciso instante en que la pantalla se pone en negro, se oye un ruido sordo, seco, y se va la luz.

Se apagan todas las luces. También la de las farolas. ¿Cómo ha podido predecirlo? ¿Ewan es capaz de adivinar el futuro? Antes no tenía esos poderes.

A tientas, Constance baja la escalera, avanza por el pasillo hasta la puerta de entrada y la abre con cautela: a la derecha, a una manzana de distancia,

vislumbra un resplandor amarillo. Un árbol habrá caído sobre el tendido eléctrico y lo habrá derribado. A saber ahora cuándo pasarán a arreglarlo: debe de haber montones de apagones así por toda la ciudad.

¿Dónde ha dejado la linterna? La tenía en el bolso, que está en la cocina. Avanza a tientas por el pasillo arrastrando los pies y hurga en el bolso. La linterna está baja de pilas, pero le da tiempo a encender las dos velas.

—Cierra la llave de paso del agua —dice Ewan—. Ya sabes dónde está, te lo enseñé. Luego abre el grifo de la cocina. Has de vaciar el circuito, no vayan a reventar las cañerías.

Es la parrafada más larga que le ha dirigido en mucho tiempo. Eso la reconforta vagamente: está preocupado por ella de veras.

Una vez cumplida la misión del grifo, se pertrecha de un surtido de aislantes térmicos —el edredón de la cama, una almohada, unos calcetines de lana limpios y la mantita de cuadros— y se acurruca delante de la chimenea. Luego enciende el fuego. Por si acaso, pone la pantalla de protección delante de la llama: solo faltaría que saliera ardiendo durante la noche. No le queda leña para todo un día, pero sí la suficiente para aguantar hasta que amanezca sin morir congelada. Seguro que la casa tarda bastantes horas en enfriarse. Por la mañana pensará en otra solución; quizá para entonces haya amainado la tormenta. Apaga las velas: no tendría sentido prenderse fuego.

Se arrebuja en el edredón. Las llamas titilan en la chimenea. Es sorprendente lo a gusto que se está, al menos por el momento.

—Enhorabuena —dice Ewan—. ¡Esa es mi chica!

—Ay, Ewan —responde Constance—. ¿De verdad soy tu chica? ¿Lo fui siempre? Dime, ¿tuviste un lío o no, en aquella época?

No hay respuesta.

El rastro de cenizas conduce al interior del bosque, brilla trémulo bajo la luz de la luna y las estrellas. ¿Qué se le ha olvidado? Algo no marcha. Constance deja atrás la arboleda y aparece en medio de una calle cubierta de hielo. Es la calle donde reside, donde lleva décadas residiendo, y ahí está su casa, la casa donde vive con Ewan.

Esa calle no debería estar ahí, en Alphinlandia. No es su sitio. Todo está al revés, pero aun así Constance sigue el rastro de cenizas, sube los escalones de la entrada y atraviesa el umbral. Unas mangas la envuelven, unas mangas de paño negro. Es una trinchera. No es Ewan. Hay una boca que presiona contra su cuello. Un sabor perdido tiempo atrás. Está agotada, se está quedando sin

fuerzas; siente que la abandonan, que se le escapan por las yemas de los dedos. ¿Cómo ha entrado Gavin aquí dentro? ¿Qué hace vestido de enterrador? Con un suspiro, se deshace en sus brazos; sin decir una palabra, se deja caer en el suelo.

La luz de la mañana la despierta, entra a raudales por la ventana cubierta por un cristal extra de hielo. El fuego de la chimenea se ha apagado. Tiene el cuerpo entumecido de haber dormido en el suelo.

Vaya nochecita. ¿Quién iba a imaginarse que fuera capaz de tener un sueño erótico tan intenso, a su edad? Y nada menos que con Gavin: menuda idiotez. Si ni siquiera siente respeto por él. ¿Cómo se las habrá ingeniado para escapar de la metáfora en que lo ha tenido encerrado todos estos años?

Abre la puerta de la calle, se asoma al exterior. Hace sol y de los aleros cuelgan carámbanos brillantes. La arena de gato esparcida sobre los escalones de la entrada lo ha dejado todo hecho un asco; cuando el hielo se derrita, aquello se convertirá en un barrizal. La calle está hecha un desastre: hay ramas por todas partes, hielo con un grosor de al menos cinco centímetros. Da gloria verla así.

Pero dentro de la casa hace frío, y cada vez hará más. Deberá internarse en ese deslumbrante espacio exterior para comprar más leña, si es que queda. O bien intentar buscar refugio en algún sitio: una iglesia, una cafetería, un restaurante. Cualquier lugar donde aún tengan luz y calefacción.

Pero eso significaría dejar a Ewan. Se quedaría solo allí dentro. No es buena idea.

Desayuna yogur de vainilla, que se toma a cucharadas directamente del tarro. Mientras se lo está comiendo, se presenta Ewan.

—No seas melodramática —le dice, con aspereza.

Constance no entiende a qué viene eso. No está siendo melodramática. Ni siquiera está nerviosa, solo está tomando yogur.

—¿A qué te refieres, Ewan?

—¿No pasamos buenos momentos juntos? —dice él, con voz casi suplicante—. ¿Por qué lo estás estropeando? ¿Quién era ese hombre? —pregunta, ya con hostilidad.

—¿A quién te refieres? —dice Constance.

La asalta un mal presentimiento. No es posible que Ewan tenga acceso a sus sueños.

«Constance —se dice—, estás perdiendo los papeles. ¿Cómo no va a tener acceso a tus sueños? ¡Si solo existe en tu imaginación!».

—Lo sabes muy bien —contesta Ewan. La voz le llega por detrás—. ¡Al hombre ese!

—No creo que tengas ningún derecho a preguntar —responde Constance y se da la vuelta. Detrás no hay nadie.

—¿Por qué no? —replica Ewan, pero con un hilo de voz—. ¡No seas melodramática!

¿Se estará desvaneciendo?

—Ewan, ¿tuviste una aventura? —le pregunta.

Si hay que sacar trapos sucios a relucir, donde las dan las toman.

—No me cambies de tema —dice Ewan—. ¿Pasamos buenos momentos juntos sí o no?

Ahora su voz suena como a lata, mecánica.

—Eras tú quien siempre estaba cambiando de tema —salta Constance—. ¡Dime la verdad de una vez! Ya no tienes nada que perder, estás muerto.

No debería haber dicho eso. Lo ha enfocado todo mal, debería haberlo tranquilizado. No debería haber empleado esa palabra, se le ha escapado a causa del enfado.

—¡No quería decir eso! Ewan, perdona, no es verdad que estés…

Demasiado tarde. Suena un chasquido, muy leve, apenas audible, como un soplo. Y a continuación, silencio: Ewan se ha ido.

Constance aguarda, pero es en vano.

—¡No te hagas el ofendido! —exclama—. ¡No te lo tomes a la tremenda!

Constance se enfada por un momento.

Sale a la calle a por algo de comer. Un alma caritativa ha echado arena en una de las aceras. Milagrosamente, la tienda del barrio sigue abierta: tienen un generador. Dentro hay gente, todos bien envueltos y abrigados: ellos también se han quedado sin luz. La dependienta pelirroja del tatuaje ha enchufado una olla eléctrica para calentar un poco de sopa. Y ha puesto a la venta los pollos asados cortados a trozos de modo que alcancen para todos.

—Qué alegría verla, cariño —le dice—. ¡Me dejó preocupada!

—Gracias —responde ella.

Constance entra en calor, toma un poco de pollo y algo de sopa y escucha a los demás contar historias de tormentas. Gente que salvó la vida por los pelos, sustos, reacciones rápidas. Se congratulan por su suerte, se preguntan

unos a otros si pueden echar una mano en lo que sea. El ambiente es cordial, amistoso, pero Constance no puede entretenerse. Tiene que volver, porque Ewan estará esperándola.

Cuando llega a casa, recorre con sigilo una fría habitación tras otra llamándolo en voz baja, como se llamaría a un gato asustado:

—¡Ewan, vuelve! ¡Te quiero!

Su propia voz le resuena en la cabeza. Por último, sube al desván y abre el baúl repleto de bolas de naftalina. Dentro no hay más que prendas de vestir. Están ahí tendidas, quietas, inertes. Dondequiera que esté Ewan, ahí no es.

Siempre había temido forzarlo a contestar a eso, a lo de la aventura. Tonta no era, sabía lo que Ewan estaba haciendo, aunque no con quién: se lo olía en la piel. Pero la aterraba que pudiera dejarla como había hecho Gavin. No habría podido superarlo.

Y ahora Ewan la ha dejado. Se ha callado. Se ha ido.

Pero aunque se haya marchado de casa, no puede haber desaparecido por completo del universo. Constance no se lo va a consentir. Tiene que estar en alguna parte.

Mejor será que se concentre.

Entra en el estudio, se sienta en la silla de Ewan y se queda mirando la pantalla apagada del ordenador. Seguro que su intención era salvar Alphinlandia, evitar que una descarga eléctrica la chamuscara. Por eso le había ordenado apagarlo. Pero ¿por qué razón lo habría hecho? Alphinlandia no es su territorio: en el fondo odiaba la fama que había alcanzado, le parecía una tontería, se avergonzaba de su escaso calado intelectual. Le molestaba que la absorbiera tanto, aun consintiéndoselo. Además, Ewan está excluido de él, del mundo privado de Constance: hay barrotes invisibles que le impiden el paso. Siempre ha sido así, desde que se conocieron. Ewan no puede entrar en Alphinlandia.

¿O sí? Tal vez sí. Tal vez las normas de Alphinlandia hayan dejado de tener validez, porque las maléficas cenizas han obrado efecto y los antiguos hechizos se han roto. De ahí que la pasada noche Gavin lograra abrir la tapa del tonel y se presentara en casa de Constance. Y si Gavin puede salir de Alphinlandia, lo lógico es que Ewan pueda entrar. O que se haya visto arrastrado hasta allí, aunque solo sea por la atracción de lo prohibido.

Seguro que ahí es donde está. Ha franqueado la puerta de la muralla de piedra, ha pasado al otro lado. Está siguiendo la senda serpenteante en penumbra, cruzando el puente iluminado por la luna, adentrándose en el bosque silencioso y lleno de peligros. No tardará en alcanzar la misteriosa

encrucijada, y entonces ¿qué camino tomará? No sabrá por dónde ir. Se perderá.

Ya está perdido. Alphinlandia es un mundo ajeno a él, no conoce sus peligros. No dispone de conjuros, ni de armas. No tiene aliados.

O no tiene aliados aparte de ella.

—Espérame, Ewan —dice—. ¡No te muevas de ahí!

Tendrá que entrar a buscarlo.

EL APARECIDO

Reynolds entra muy dispuesta en la sala de estar, cargada con dos almohadones. Un número indeterminado de años atrás, esos dos almohadones, que asoman protuberantes bajo la presión de los brazos de Rey como dos senos mullidos e hinchables, le habrían evocado a Gavin los pechos auténticos, tiernos pero turgentes, ocultos debajo. Tal vez habría pergeñado alguna feliz metáfora que incorporara, pongamos por caso, dos sacos de plumas, que a su vez remitirían a dos gallinas sexualmente receptivas. O, posiblemente, dada su condición saltarina, flexible y mollar, a dos camas elásticas.

Ahora, sin embargo, esos almohadones le recuerdan, además de a los pechos, a una representación ampulosa y vanguardista de *Ricardo III* que habían visto juntos en un parque el verano anterior. Reynolds se empeñó en que había que ir; dijo que a Gavin le convenía salir de su rutina, pasar un rato al aire libre y exponerse a ideas nuevas, a lo que Gavin replicó que él preferiría limitarse a pasar un rato al aire libre y exponer el cuerpo a otras personas. Rey le dio un codazo con talante juguetón y exclamó: «¡Gavvvy malo!». Ese era uno de los tropos picarones que Rey empleaba para insinuar que Gavin era un animal de compañía disfuncional. Un tropo no tan alejado de la realidad, piensa Gavin con amargura: aún no le ha dado por ciscarse en la moqueta, destrozar los muebles o gimotear pidiendo comida, pero poco le falta.

Para aquella expedición al parque, Reynolds se llevó un petate en el que metió una loneta plastificada para sentarse, un par de mantitas por si a Gavin le entraba frío y dos termos: uno con chocolate caliente y el otro cargado de Martini con vodka. La intención saltaba a la vista: si Gavin se ponía protestón, lo sedaría con alcohol, lo taparía con las mantitas y, con un poco de suerte, se quedaría dormido y ella podría enfrascarse en el bardo inmortal.

La loneta plastificada fue un acierto, puesto que esa tarde había llovido y la hierba estaba mojada. Gavin, confiando para sus adentros en que lloviera de nuevo y así poder irse a casa, se acomodó sobre la mantita y se quejó de

que le dolían las rodillas, y además tenía hambre. Reynolds ya había previsto la contingencia de ambas contrariedades: echó mano del ungüento de antiflogistina —uno de los palabros absurdos favoritos de Gavin— y de un sándwich de ensalada de salmón.

—No veo qué coño dice el programa —se lamentó Gavin, aunque tampoco es que tuviera ganas de leerlo.

Rey le tendió la linterna y también una lupa. Suele ir prevenida para la mayoría de sus artimañas.

—¡Qué ilusión! —exclamó, armándose de jovialidad—. ¡Ya verás qué bien te lo pasas!

Gavin sintió una punzada de remordimiento: le conmueve que Rey le presuponga esa capacidad innata para el disfrute. Ella está convencida de que Gavin podría disfrutar si se lo propusiera: el problema es que es demasiado negativo. Es un tema que han discutido más de una vez. Gavin replica que el problema no es él, sino este mundo, que es un asco, así que ¿por qué no procura centrarse en eso en lugar de intentar reformarlo a él? A lo que Rey le sale con que el asco; depende del cristal con que uno mire, o con cualquier otro ejercicio de subjetivismo kantiano —a pesar de que Rey no sería capaz de reconocer el subjetivismo kantiano aunque se diera de bruces con él—, y que por qué no prueba a practicar la meditación budista.

Y el Pilates, Rey está empeñada en lo del Pilates. Ya le tiene buscada a una monitora que está dispuesta a darle clases particulares, contra su práctica habitual, porque admira mucho su obra. A Gavin le produce consternación la sola idea de que un pimpollo atiborrado de estrógenos cuatro veces más joven que él le contorsione las extremidades huesudas y filosas mientras compara al apuesto protagonista de sus primeros poemas, rebosantes de alacridad sexual e ingenio sardónico, con el cascajo atrofiado y esquelético en el que se ha convertido. Ya decía Hamlet: «Mira este retrato, y ahora este». ¿A qué esas ansias de Reynolds por engancharlo a la máquina de tortura del Pilates? ¿Por qué se empeña en que lo estiren hasta romperlo como si fuera una goma gastada? Lo que quiere es saber que sufre. Lo que quiere es humillarlo al mismo tiempo que se cubre de virtud.

—Deja de venderme a todas esas fans como una alcahueta —protesta—. Ya puestos, ¿por qué no me amarras a una silla y cobras entrada?

El parque bullía de actividad. Niños que jugaban al Frisbee por los alrededores, bebés que berreaban, perros que ladraban. Gavin se enfrascó en el programa de mano. Chorradas pretenciosas, como de costumbre. La función se retrasaba: una avería en el sistema de iluminación, según

informaron. Empezaron a acudir los mosquitos; Gavin la emprendió a manotazos con ellos; Reynolds echó mano del espray repelente. Un tontainas enfundado en una malla escarlata y unas orejas de cerdo encasquetadas en la cabeza mandó callar al público a toque de trompeta, y tras una pequeña explosión y la salida fulgurante de una figura con gorguera en dirección al tenderete de las bebidas —¿en busca de qué?, ¿qué habían olvidado?—, la obra dio comienzo.

En el preludio se mostró un videoclip con la exhumación del esqueleto de Ricardo III debajo de un aparcamiento, un hecho que había acontecido en la realidad, Gavin lo había visto por televisión. Era Ricardo sin duda alguna: las pruebas de ADN y las múltiples lesiones en el cráneo daban fe de ello. El preludio se proyectó sobre un lienzo blanco que parecía una sábana, y probablemente lo era, habida cuenta de los presupuestos destinados a cultura, como le comentó Gavin a Reynolds *sotto voce*. Reynolds le dio un codazo.

—Se te oye más de lo que crees —susurró.

La banda sonora de la función, emitida a través de un altavoz crepitante y en un remedo penoso de pentámetro yámbico isabelino, daba a entender que todo el drama que se disponían a presenciar se desarrollaba, *post mortem*, en el interior de la vapuleada calavera de Ricardo. *Zoom* a una cuenca ocular de la calavera; luego la cámara penetra por ella hasta el interior del cráneo. Y fundido en negro.

Acto seguido, arrancaron de un tirón la sábana y allí estaba Ricardo, bajo los focos, dispuesto a hacer cabriolas y posturitas, aspavientos y pronunciamientos. En la espalda llevaba una joroba absurdamente descomunal, decorada con las rayas amarillas y rojas de un bufón, al estilo de un polichinela, se explicaba en el programa de mano, que derivaba a su vez del personaje italiano Pulcinella, pues según la interpretación del director, el Ricardo de Shakespeare estaba inspirado en la *commedia dell'arte*, una de cuyas compañías teatrales se encontraba de gira por Inglaterra en aquellos tiempos. La enormidad de la joroba era intencionada: el núcleo interno de la obra («Que no el núcleo externo», se dijo Gavin con sorna) radicaba sobre todo en el atrezo. Los accesorios eran símbolos del inconsciente de Ricardo, de ahí sus dimensiones. El director debió de pensar que si el público centraba la atención en los descomunales tronos, jorobas y demás utilería y en preguntarse qué coño pintaban en la obra, no se molestaría tanto por no poder oír el texto.

De manera que, además de la gigantesca y metonímica joroba multicolor, Ricardo lucía un manto real del que arrastraba una cola de casi cinco metros,

portada por dos pajes que iban tocados con cabezas de jabalí mastodónticas porque en el escudo de armas de Ricardo aparecía un jabalí. Había también un enorme tonel de malvasía donde Clarence había de perecer y un par de espadas tan altas como los actores. Para asfixiar a los príncipes de la Torre, asesinato escenificado a modo de pantomima siguiendo la representación metateatral incluida en *Hamlet*, entraban en escena dos angarillas cargadas con sendos almohadones gigantescos a modo de cadáveres o cochinillos asados, vestidos con unas fundas a juego con la abigarrada joroba de Ricardo, por si al público se le escapaba el paralelismo.

Muerte a golpe de joroba, piensa Gavin, sin apartar la mirada de los almohadones que Reynolds porta ahora hacia él. Ay, qué sino el suyo. Y con Reynolds en el papel de Primera Asesina. Aunque, pensándolo bien, no dejaba de ser apropiado, y Gavin lo piensa todo muy bien. Tiene tiempo para ello.

—¿Estás despierto? —le pregunta Reynolds muy animosa mientras taconea por la habitación.

Lleva un jersey negro con un cinturón plateado y turquesa ceñido a la cintura y vaqueros ajustados. Está echando grasilla en los muslos, que por lo demás tienen la masa y el contorno propios de una patinadora de velocidad. ¿Debería señalarle esos molletes de gordura? No; mejor guardar esa baza para un momento más estratégico. Además, puede que no sea grasa, puede que sea músculo. Con la de ejercicio que hace no sería de extrañar.

—Si no estaba despierto antes, lo estaría ahora —responde Gavin—. Haces más ruido que un ferrocarril de madera.

A Gavin le desagradan esos zuecos, se lo tiene dicho. Le afean las piernas. Pero a Reynolds ya no le importa tanto como antes lo que Gavin opine de sus piernas. Dice que son cómodos, y que para ella la comodidad está por encima de la moda. Gavin ha intentado aducir citas de Yeats donde se insinuara que las mujeres deben esmerarse por estar guapas, pero Reynolds, antes ferviente admiradora del poeta, ahora opina que Yeats está en su derecho de pensar como quiera, aunque ese punto de vista era de entonces, cuando las actitudes sociales eran diferentes, y que al fin y al cabo Yeats está muerto.

Reynolds le encaja los almohadones; uno en la nuca, otro en las lumbares. Esa disposición, según ella, lo hace parecer más alto y, por tanto, más imponente. Luego le estira la mantita de cuadros que le cubre las piernas y los pies, y que ella insiste en llamar su «mantita de la siesta».

—¡Pero bueno, don Gruñón! —le dice—. ¿Dónde está esa sonrisita?

A Reynolds le ha dado por rebautizarlo de acuerdo con su análisis particular del ánimo que Gavin tenga ese día, o esa hora, o ese minuto: según ella, es un hombre de humor voluble. Cada humor se personifica y recibe un tratamiento distinto, de modo que es don Gruñón, don Dormilón, Dr. Irónico, señor Sardónico y, de vez en cuando, si se pone sarcástica o quizá nostálgica, don Romántico. En otro tiempo solía referirse a su pene como don Gusanín, pero ya ha renunciado a ese tratamiento, así como a los intentos por reavivar la inexistente libido de Gavin a base de ungüentos y lubricantes sexuales con sabor a mermelada de fresa, vigorizante limón con jengibre y dentífrico mentolado. Hubo también cierta aventura con un secador de pelo que él preferiría olvidar.

—Son las cuatro menos cuarto —prosigue Reynolds—. ¡Hay que prepararse para la visita!

Ahora Reynolds sacará los cepillos, primero el del pelo —eso es lo único que Gavin ha logrado conservar, el pelo— y luego el de la ropa. Muda el pelaje, como los perros.

—¿Quién es esta vez? —pregunta Gavin.

—Una mujer muy agradable —contesta Reynolds—. Una chica. Licenciada. Está haciendo la tesis sobre tu obra.

También Reynolds en otro tiempo había estado haciendo la tesis sobre su obra: esa fue la perdición de Gavin. En aquel entonces, le había resultado muy seductor que una atractiva jovencita dedicara una atención tan minuciosa a todos y cada uno de los adjetivos que salían de su pluma.

Gavin gruñe.

—Una tesis sobre mi obra, tiene cojones. ¡Que el Señor nos proteja!

—Vamos, don Blasfemo, no seas tan malo.

—¿Qué coño pinta una académica erudita en Florida? —salta Gavin—. Debe de ser imbécil.

—Florida no está tan atrasada como tú te empeñas en pintarla —le dice Reynolds—. Los tiempos han cambiado; ahora hay buenas universidades ¡y un festival literario estupendo! ¡Vienen miles de personas!

—Para mear y no echar gota. Estoy impresionado —replica Gavin.

—De todas maneras —dice Reynolds, haciendo oídos sordos—, la chica no es de Florida. ¡Ha venido en avión desde Iowa solo para entrevistarte! En todas partes hay gente trabajando sobre tu trabajo, ¿sabes?

—Iowa, la leche —dice Gavin. «Trabajando sobre tu trabajo»: a veces Reynolds se expresa como si tuviera cinco años.

Reynolds emprende el cepillado de la ropa. Arremete contra los hombros y luego da un viraje juguetón en dirección a la entrepierna.

—¡Vamos a ver si don Gusanín tiene pelusilla!

—Quita esas zarpas lujuriosas de mis partes —salta Gavin.

Siente ganas de decirle que desde luego que hay pelusilla en don Gusanín, o polvo en cualquier caso, o puede que óxido; qué espera, si sabe de sobra que don Gusanín lleva un tiempo en dique seco. Pero se contiene.

«Oxidarse sin lustre, no brillar con el uso», piensa Gavin. Tennyson. Ulises emprende su última travesía, dichoso él, que al menos naufragará con las botas puestas. Si bien es verdad que los griegos no llevaban botas. El «Ulises» de Tennyson fue uno de los primeros poemas que Gavin tuvo que memorizar en el colegio, y resultó que tenía buena memoria. Es vergonzoso reconocerlo, pero a eso se debe que se decantara por la poesía: a Tennyson, un anticuado charlatán victoriano que escribía sobre un anciano. Las cosas tienen la costumbre de volver a su punto de partida; la mala costumbre, en su opinión.

—Pero si a don Gusanín bien que le gustan mis zarpas lujuriosas —replica Reynolds.

Qué cortesía por su parte utilizar el presente de indicativo. Antes jugaban a eso: a que ella era la seductora, la dominatrix, la mujer fatal, y él, su víctima pasiva. Reynolds parecía disfrutar con aquella representación, así que él le seguía la corriente. Ahora ya no es un juego; ninguno de los juegos de antes funciona. Intentar reavivarlos solo conseguiría entristecerlos a ambos.

Esto no era lo que ella esperaba de su flamante marido. Reynolds seguramente soñaba con una vida fascinante, rodeada de gente creativa y glamurosa, de estimulantes charlas intelectuales. Y algo de eso hubo, al principio del matrimonio; de eso y de reactivación de las hormonas todavía activas de Gavin; el chisporroteo final antes de que el petardo se extinguiera. Pero ahora Reynolds tiene que apechugar con sus ascuas calcinadas. En sus momentos más benevolentes, Gavin siente lástima de ella.

Será que Reynolds ha encontrado consuelo en otra parte. Es lo que haría él en su lugar. ¿Qué hace en realidad Reynolds cuando va a sus clases de *spinning* o cuando sale con sus supuestas amigas para esas supuestas noches de bailoteo? Puede figurárselo, y se lo figura. En otro tiempo esa clase de figuraciones lo disgustaban, pero ahora contempla las posibles transgresiones de Reynolds —no solo posibles, sino casi seguras— con un desapego aséptico. Alguna transgresión se merece, qué duda cabe: tiene treinta años

menos que él. Y seguro que él lleva más cuernos en la testa, como diría el bardo, que un caracol de cien cabezas.

Le está bien empleado por casarse con una jovencita. Por casarse con tres jovencitas seguidas. Por casarse con sus alumnas de doctorado. Por casarse con una marimandona que se ha erigido en guardiana de su vida y de sus tiempos. Le está bien empleado por casarse.

Pero al menos Reynolds no lo abandonará, casi seguro que no. Está perfeccionando su papel de viuda; no iba a tirarlo todo por la borda. Es tan competitiva que aguantará carros y carretas con tal de que ninguna de sus dos exmujeres pueda reivindicar parte alguna de él, ni literaria ni de ninguna clase. Querrá controlar la historia de su vida, querrá colaborar en la redacción de su biografía, si es que la hay. También querrá dejar fuera a sus dos niños, uno de cada ex y en absoluto niños a estas alturas, pues uno de ellos habrá cumplido ya los cincuenta y uno, o los cincuenta y dos quizá. Gavin no les había prestado mucha atención cuando eran pequeños. Los bebés y sus cachivaches de color pastel impregnados de orines ocupaban tanto espacio, absorbían hasta tal punto una atención que debería haberle correspondido a él, que tanto en un caso como en otro levantó el campamento antes de que cumplieran los tres años; o sea, que no sienten un gran aprecio por él, y Gavin tampoco se lo reprocha, porque también él había odiado a su padre. Aun así no cabe duda de que habrá peloteras tras el funeral: se ha asegurado de ello no ultimando el testamento. ¡Ay, si pudiera quedarse planeando en el aire para verlos!

Reynolds le da una última pasada con el cepillo de la ropa, le abrocha el segundo botón de la camisa y tira del cuello para recolocárselo.

—Ya está —dice—. Mucho mejor.

—¿Quién es esa chica? —pregunta Gavin—. La que tanto interés tiene por mi supuesta obra. ¿Tiene un trasero bonito?

—Ya vale —dice Reynolds—. Todos los de tu generación estabais obsesionados con el sexo. Mailer, Updike, Roth… todos.

—Esos eran más viejos que yo —replica Gavin.

—No mucho más. ¡Sexo, sexo y sexo, siempre estaban pensando en lo mismo! ¡Desbraguetados a todas horas!

—¿Qué pretendes decir con eso? —pregunta Gavin con frialdad, regodeándose con la situación—. ¿Tan malo es el sexo? ¿De pronto te has vuelto una mojigata? ¿Con qué íbamos a obsesionarnos si no? ¿Con ir de compras?

—Lo que pretendo decir es que… —contesta Reynolds, pero se ve obligada a detenerse, replantearse su estrategia, movilizar sus batallones internos—. Vale, las compras son un mal sucedáneo del sexo, de acuerdo, pero a falta de…

Touché, piensa Gavin.

—¿A falta de qué? —pregunta.

—No te hagas el tonto, ya me has entendido. Lo que pretendo decir es que un trasero no lo es todo. Esa chica se llama Naveena, y se merece un respeto. Ya ha publicado dos ensayos sobre la época del Riverboat. Además resulta que es muy inteligente. Creo que es de extracción indígena.

«De extracción indígena». ¿De dónde sacará Reynolds esos arcaísmos? Cuando quiere expresarse con corrección literaria habla como una damisela cómica en una obra de Oscar Wilde.

—Naveena —repite Gavin—. Suena a marca de queso en lonchas. O, mejor dicho, a crema depilatoria.

—No hay necesidad de ser despectivo con la gente —contesta Reynolds, a quien antes le pirraba que Gavin fuera despectivo con la gente, o al menos con alguna; veía en ello la manifestación de un intelecto superior y un criterio bien formado. Ahora lo ve como mera ruindad, o bien como síntoma de alguna carencia vitamínica—. ¡Por qué tienes que ser siempre tan visceral! Criticar a los demás no te deja en mejor lugar, que lo sepas. Da la casualidad de que Naveena es toda una especialista en literatura. Tiene un máster.

—Y un bonito trasero, o de lo contrario no hablaré con ella —dice Gavin —. Hasta el más tonto tiene un máster. Son como palomitas.

Gavin siempre la somete a la misma tortura, siempre que Reynolds le sale con un nuevo admirador, un nuevo aspirante, un nuevo esclavo de las galeras académicas; porque de algún modo tiene que someterla.

—¿Palomitas? —pregunta Reynolds.

Gavin pierde el hilo momentáneamente; ¿qué había querido decir con eso? Toma aire.

—Granitos minúsculos —contesta—. Recalentados en los fogones académicos. El aire caliente se expande y… ¡paf! ¡Otro máster!

No ha quedado mal, piensa. Además, es cierto. Las universidades necesitan dinero, así que captan a esas criaturas. Luego las transforman en buñuelos hinchados de viento, y sin trabajo, para más inri. Mejor sacarse un diploma en fontanería.

Rey se ríe con cierto resquemor: ella también tiene un máster. Después frunce el ceño.

—Agradecido deberías estar —le dice. Ahora viene la regañina, el azote con el periódico enrollado. ¡Gavvy malo!—. ¡Al menos alguien se interesa todavía por ti! ¡Alguien joven! Hay poetas que matarían por eso. Por suerte para ti, los sesenta están de moda últimamente. Así que no te quejes de que te tienen olvidado.

—¿Yo cuándo me he quejado? —dice—. ¡Yo nunca me quejo!

—Te quejas a todas horas, de todo —replica ella.

Reynolds ya roza el hartazgo, sería mejor que no siguiera buscándole las cosquillas. Pero lo hace.

—Debería haberme casado con Constance —salta.

Ese es su órdago: ¡zas! De sopetón sobre la mesa. Esas cinco palabras suelen darle muy buen resultado: tal vez se anote una andanada hostil e incluso puede que alguna lagrimita. Si acierta de pleno: un portazo. O un proyectil. En una ocasión Reynolds le arrojó un cenicero que le pasó rozando.

Reynolds sonríe.

—Vale, pero no te casaste con ella —replica—. Te casaste conmigo, así que aguanta mecha.

A Gavin le da un vuelco el corazón. Reynolds está haciéndose la indiferente.

—Ay, ojalá pudiera… —dice él, exagerando el anhelo.

—Las dentaduras postizas no son impedimento —espeta Reynolds. Cuando la saca de quicio, es capaz de ser una víbora. Gavin admira esa malicia suya, aunque no sin cierto reparo cuando va dirigida contra él—. Y ahora me voy a preparar el té. Como no te portes bien cuando llegue Naveena, te quedas sin galleta.

El ardid de la galleta es una broma, una forma de intentar quitarle hierro al asunto, pero Gavin siente un amago de espanto al comprobar que la amenaza de que lo prive de esa galleta ha hecho diana. ¡Quedarse sin galleta! Lo embarga una oleada de desolación. Y encima está babeando. Dios bendito. ¿A esto hemos llegado? ¿A levantar la patita suplicando una galleta?

Reynolds se dirige a la cocina de mal talante, y Gavin se queda solo en el sofá contemplando la vista, si se lo puede llamar así. Hay un cielo azul, hay un ventanal. El ventanal da a un recinto vallado en el que se alza una palmera. Y también una jacaranda, ¿o es un frangipani? Él qué va a saber, solo está de alquiler.

Fuera hay una piscina de la que nunca hace uso, aunque está climatizada. Reynolds se da un chapuzón de vez en cuando antes de que él se levante por la mañana, o eso dice: a Reynolds le gusta hacer alarde de tales muestras de

agilidad física. Las hojas de la jacaranda o lo que sea caen en la piscina, así como las púas puntiagudas de la palmera. Flotan sobre la superficie, girando en el lento remolino de agua que causa la bomba depuradora. Una chica acude tres veces por semana y las recoge con una red sujeta a un palo largo. Se llama Maria; está estudiando en el instituto y va incluida en el alquiler. Maria abre la verja del jardín con su propia llave y se mueve silenciosamente sobre las losas resbaladizas del patio con sus suelas de goma. Tiene una larga melena oscura y una cinturita preciosa; es posible que sea mexicana, pero Gavin no lo sabe porque nunca ha hablado con ella. Siempre va vestida con pantalones cortos, de tela vaquera azul claro u oscuro, y se agacha con sus vaqueros cortos para recoger las hojas del agua. Su rostro, cuando Gavin alcanza a distinguirlo, es impasible, aunque roza lo severo.

Oh, Maria, suspira Gavin para sí. ¿Tienes alguna preocupación en la vida? Si no la tienes, pronto la tendrás. Qué culo más prieto el tuyo. Para menearlo y contonearlo mejor.

¿Lo habrá visto alguna vez espiándola desde el otro lado del ventanal? Lo más seguro. ¿Pensará que es un viejo verde? Es muy probable. Pero Gavin no es exactamente eso. ¿Cómo transmitir esa mezcla de anhelo, nostalgia y callado pesar que lo embarga? Lo que le pesa es no ser un viejo verde, porque desearía serlo. Desearía poder serlo todavía. ¿Cómo describir la delicia de un helado cuando ya no eres capaz de saborearlo?

Gavin ha empezado a escribir un poema que arranca así: «Maria recoge las hojas moribundas». Aunque en rigor esas hojas ya están muertas.

Suena el timbre de la puerta, y Reynolds entra en el recibidor dando taconazos. Llegan saludos femeninos desde la entrada, esos zureos y pasapasas y arrullos de paloma que las mujeres emiten hoy en día. Se deshacen ambas en zalemas como si se conocieran de toda la vida, aunque es la primera vez que se ven. El único contacto que han mantenido ha sido a través del correo electrónico, algo que Gavin desprecia. Y no debería haberle hecho ascos: ceder el control de su correspondencia a Reynolds ha sido una equivocación, porque con ello le ha entregado las llaves del reino: ahora es la guardiana del Reino de Gavin. Nadie accede a él sin su consentimiento.

—Acaba de echarse una siestecita —dice Reynolds en ese tono jocosamente reverencial que adopta cuando se dispone a exhibirlo a terceros —. ¿Quieres echar un vistazo a su estudio primero? ¿Donde escribe?

—Ooooh, uuuy —dice la voz de Naveena, y eso debe de indicar regocijo —. Si no es molestia.

Toc-tac, toc-tac, avanzan las dos taconeando por el pasillo.

—Es incapaz de usar un ordenador —dice Reynolds—. Tiene que escribir a lápiz. Dice que es por la coordinación mano-ojo.

—Guay —afirma Naveena.

Gavin le tiene una especial inquina a ese estudio. Lo detesta, aunque solo sea temporal, pero aún detesta más su auténtico estudio, el que tiene en la Columbia Británica. Se lo decoró Reynolds, y en sus paredes de color riñón hay citas de sus poemas más antologizados estampadas con pintura blanca, de manera que se ve obligado a trabajar rodeado de monumentos a su propia magnificencia en declive mientras en torno a él se respira un ambiente cargado con los jirones de las obras maestras estelares de la lírica que antes reverenciaba: los fragmentos de urnas bien forjadas, los ecos rotos del ingenio y la envergadura de otros hombres.

Reynolds cuida de ambos estudios como si fueran santuarios, y él, su ídolo sagrado. Se afana por afilarle los lápices, interceptar todas las llamadas telefónicas y mantenerlo allí dentro encerrado. Luego se mueve por la casa de puntillas como si Gavin estuviera en cuidados intensivos, con lo que se le hace imposible escribir una palabra. Imposible hilar la paja y convertirla en oro en ese mausoleo que tiene por estudio: Rumpelstiltskin, el malicioso enano cuya forma suele adoptar su Musa últimamente, el tardón de Rumpelstiltskin, nunca se presenta. Después llega la hora de comer, y Reynolds lo mira expectante desde el otro lado de la mesa y pregunta: «¿Alguna novedad?». Qué ufana se siente de cómo protege la intimidad de Gavin, de cómo alienta su comunión con sus jugos poéticos y facilita lo que ella denomina su «tiempo para la creatividad». Gavin no tiene valor para decirle que se ha quedado más seco que la mojama.

Necesita salir, salir de esas cuatro paredes; al menos del estudio, de los dos estudios, con su olor acre a páginas embalsamadas. En los sesenta, cuando vivía con Constance en aquella sauna sofocante y abigarrada que tenían por cuarto, donde ambos se cocían como ciruelas en compota, en los tiempos en que estaban sin un céntimo y desde luego él no tenía un cuartucho con pretensiones de «estudio», era capaz de escribir en cualquier parte —en bares, tascas, cafés—, y las palabras brotaban de su interior y fluían por el lápiz o el bolígrafo para plasmarse en cualquier cosa que estuviera a mano y fuera plana. Sobres, servilletas de papel; un tópico, sin duda, pero la pura verdad al fin y al cabo.

¿Cómo podría regresar a aquello? ¿Cómo podría aquello regresar?

Toc-tac, toc-tac, ya van hacia él.

—Por aquí —dice Reynolds.

Naveena es conducida a la sala de estar. Es una criatura preciosa, una niña prácticamente. Ojos oscuros, grandes y tímidos. Lleva unos pendientes con forma de pulpo, u octópodo. Llevas el mar en las orejas, podría haberle dicho para abordarla de pretender ligársela en un bar, pero ya no está para abordajes.

—No, por favor, no se levante —le dice Naveena, pero Gavin se pone en pie con gran aspaviento para estrecharle la mano. Se la retiene, adrede, más de lo necesario.

En ese momento Reynolds se siente en la obligación de recolocarle los almohadones, interpretando su papel de enfermera eficiente. ¿Qué pasaría si Gavin agarrara el pecho cubierto tras el jersey negro que le está metiendo en el ojo, tirara de él haciendo palanca y dejara a Reynolds cual tortuga panza arriba? Como el «jocundo y pujante cortejador» de Ricardo III. Gritos, recriminaciones, el plástico adherente que cubre el cuenco de las sobras maritales arrancado de cuajo ante una única y electrizada espectadora. ¿Lograría el escándalo librarlo de esta entrevista de tres al cuarto?

Pero no desea librarse de ella, todavía no. A veces disfruta con estos tormentos. Disfruta diciendo que no recuerda haber escrito tal o cual galimatías; disfruta echando pestes de los poemas por los que esas criaturitas sentimentales muestran predilección. «¡Chorradas, gilipolleces, paparruchas!». Disfruta contando cuentos acerca de sus otrora amigos poetas, sus otrora rivales. La mayoría están muertos, de manera que no causan ningún mal. Aunque causarlo tampoco habría sido un impedimento.

Rey instala a Naveena en la butaca para que pueda ver a Gavin de frente.

—Es un gran honor conocerlo —le dice la chica con la requerida deferencia—. Pensará usted que soy un bicho raro, pero siento como si, como que… como si en realidad ya lo conociera. Supongo que es por haber estudiado su obra y eso.

Será de extracción indígena, pero habla como una paleta del Medio Oeste.

—Entonces me lleva ventaja —dice Gavin. La mira como un sátiro lascivo: a veces las descoloca esa mirada suya.

—¿Disculpe? —dice Naveena.

—Se refiere a que tú sabes mucho sobre él, pero él nada sobre ti —interviene Reynolds, entrometiéndose como de costumbre. Se ha atribuido el papel de intérprete, como si Gavin fuera un oráculo del que brotan sentencias gnómicas que solo la sacerdotisa suprema puede descifrar—. Así que, ¿por qué no le cuentas lo que estás investigando? Qué parte de su obra. Yo iré a preparar el té.

—Soy todo oídos —dice Gavin, sin dejar de mirarla con lascivia.

—No la muerdas —le advierte Reynolds, reajustándose los vaqueros ceñidos antes de irse.

Interesante frase con la que salir de escena: la posibilidad de morder, tan equívoca, tan imprecisa en cuanto a localización e intención, queda flotando en el aire como un perfume. ¿Por dónde empezaría, si le brindara la posibilidad de morderla? ¿Por unos suaves mordisquitos en la nuca?

Es inútil. Ni siquiera esa perspectiva logra excitarlo. Gavin sofoca un bostezo.

Naveena trastea con un artilugio diminuto que luego coloca sobre la mesita de centro delante de él. Lleva una minifalda que cabalga muslos arriba y deja al descubierto unas medias estampadas que parecen cortinas de encaje teñidas de negro, y unas botas con tachuelas de acero y tacones de vértigo. A Gavin le duelen los pies solo de mirarlas. Seguro que lleva los dedos en garra, encogidos como aquellos pies chinos vendados de los retratos en sepia. Aquellos pies deformes eran fetiches sexuales, o eso ha leído Gavin. Los hombres deslizaban sus Gusanines por el orificio húmedo que formaban aquellos dedos atrofiados y recurvados. Pero Gavin no le ve la gracia.

Naveena lleva el pelo recogido en un moño, como una bailarina. Qué sexis son los moños. Y qué delicia era deshacerlos: como abrir un regalo. Las cabezas con moños tirantes son tan elegantes y comedidas, tan doncellescas; y qué placer soltarlos, ese desmelene, esa cosa salvaje del pelo liberado, derramándose sobre los hombros, sobre los pechos, sobre la almohada… Gavin pasa lista para sus adentros: «Moños que he conocido».

Constance no llevaba moño. Ni falta que le hacía. Ella misma era poco más o menos un moño: pulcra y contenida, y tan impetuosa una vez que se desataba. Ella fue la primera mujer con quien compartió casa y cama, su Eva primigenia. Nada podría reemplazar eso nunca. Gavin recuerda el ansia con que la esperaba en aquel Edén sofocante donde vivían apretujados con el infiernillo y el hervidor eléctrico. En cuanto Constance entraba por la puerta con su cuerpo ágil pero voluptuoso, coronado por aquella cabeza distante y contradictoria, la cara pálida como una luna menguante, aureolada por una

masa algodonosa de cabellos claros que salían de ella como rayos, Gavin la envolvía en sus brazos y le hincaba los dientes en el cuello.

Bueno, no llegaba a hincárselos; aunque ganas no le faltaban. En parte por el hambre que pasaba entonces y en parte porque Constance olía a pollo frito de Snuffy's. Y porque Constance lo adoraba, se derretía como miel caliente. Qué maleable era. Podía hacer con ella lo que quisiera, colocarla como le viniera en gana, que a todo decía que sí. No solo sí, sino «¡Ay, sí!».

¿Acaso alguien ha vuelto a adorarlo de manera tan pura y desinteresada? Porque en aquel entonces no era famoso, ni siquiera poseía esa fama discreta de la que suelen gozar los poetas entre su camarilla. No había ganado nada, ni un solo premio; no había publicado ni un solo envidiado, meritorio y breve poemario. Tenía la libertad de un don nadie: un futuro en blanco que se desplegaba ante sí y sobre el que se podía escribir cualquier cosa. Constance lo adoraba solo por ser quien era. Por su ser más profundo.

—Te comería enteritaaa —solía decirle. Mmm, mmm. Rrrr, rrrr. «Ay, sí».

—¿Disculpe? —dice Naveena.

Gavin regresa al presente de golpe. ¿Estaba haciendo ruido? ¿Un ruidito como si le hincara el diente a un manjar, un rugidito? ¿Y qué, si así fuera? Se ha ganado esos ruidos a pulso. Está en su derecho de hacer todos los ruidos que le plazcan.

Pero, silencio, he aquí la hermosa Naveena. Oh, Ninfa, que tus glosarios inmortalicen todos mis retruécanos, que diría Hamlet. Aunque la ocasión invita a un comentario más mundano.

—¿Son cómodas esas botas? —le pregunta Gavin cordialmente. Mejor entrarle poco a poco, dejarla que se explaye sobre algo que domine, como las botas; tiempo tendrá de apabullarla.

—¿Cómo? —dice Naveena, sobresaltada—. ¿Botas?

¿Se ha ruborizado?

—¿No le aplastan los dedos? —dice Gavin—. Parecen muy modernas, pero ¿cómo puede andar con ellas?

Gavin desearía pedirle que se levantara y se contoneara por la habitación: una de las funciones de los tacones altos es inclinar la pelvis de la mujer para que el trasero sobresalga y los pechos se proyecten hacia delante, con lo que les prestan la sinuosa curva de la belleza, pero no le va a pedir que haga eso. Al fin y al cabo, es una perfecta desconocida.

—Ah —dice Naveena—. Las botas. Sí, son cómodas, aunque quizá no debería ponérmelas cuando hay hielo en las aceras.

—No hay ni rastro de hielo en las aceras —replica Gavin. Muchas luces no tiene, la ninfa esta.

—No, ya, aquí, no. Claro, estamos en Florida, ¿no? Me refería a de donde yo vengo. —Suelta una risita nerviosa—. A la helada.

Gavin, viendo el parte meteorológico por televisión, ha observado con interés el ciclón de frío polar que azota el norte, el este y el centro del país. Ha visto las imágenes de ventiscas, heladas, vehículos volcados y árboles destrozados. Ahí debe de estar Constance ahora: en el ojo de la tormenta. Se la imagina tendiendo los brazos hacia él, con la nieve por todo vestido, emanando toda ella un resplandor sobrenatural. Su dama de luz de luna. No recuerda por qué rompieron. Fue por alguna nimiedad; una tontería a la que ella no debería haberle dado la menor importancia. Porque él se había acostado con alguna. ¿Melanie, Megan, Marjorie? No fue nada en realidad, la otra prácticamente se le echó encima. Así intentó explicárselo a Constance, pero ella no comprendió el aprieto en el que se había visto.

¿Por qué no pudieron seguir juntos eternamente? Él y Constance, el sol y la luna, brillando los dos, si bien cada cual a su manera. Y no dejarlo como lo dejó, aquí tirado, abandonado, desamparado. En el tiempo, que no logra sostenerlo. En el espacio, que no logra arroparlo.

—Florida. ¿Y…? ¿Qué pretende decir? —le espeta Gavin, con excesiva brusquedad. ¿Qué farfullaba la Naveena esta?

—Aquí nunca hiela —responde Naveena con un hilo de voz.

—Ya, obviamente, pero pronto volverá a su casa —replica él. Tiene que demostrarle que no se le ha ido el santo al cielo, que no ha perdido el hilo—. A su… ¿de dónde ha dicho que era? ¿Indiana? ¿Idaho? ¿Iowa? ¡Allí hiela por demás! Así que si resbala, no ponga las manos por delante —advierte, adoptando un tono instructivo y paternal—. Procure dar con el hombro. Así no se romperá la muñeca.

—Ah —dice Naveena de nuevo—. Gracias. —Sigue un silencio incómodo—. ¿Le importaría que habláramos de usted? Bueno, de usted y de, en fin, de su obra… de su obra temprana. He traído la grabadora; ¿me permite que la ponga? También he traído unas filmaciones que podríamos ver si le parece, así podría hablarme sobre el…, sobre quién, sobre el entorno de entonces. Si no le importa.

—Dispare —dice Gavin, retrepándose en el asiento. ¿Dónde mierda se ha metido Reynolds? ¿Dónde está ese té que iba a prepararle? Y la galleta: se la ha ganado.

—Vale, pues, lo que estoy investigando es, bueno, más bien es sobre los años del Riverboat y tal. Mediados de los sesenta. Cuando escribió aquella serie que llevaba por título *Sonetos para mi dama*.

Naveena está colocando otro chisme tecnológico sobre la mesita: una tableta de esas. Reynolds acaba de comprarse una de color verde. La de Naveena es roja, con un ingenioso soporte triangular.

Gavin se lleva la mano a los ojos simulando vergüenza.

—No me lo recuerde —dice—. Los *Sonetos*… ejercicios de principiante. Paparruchas insustanciales propias de un aficionado. Solo tenía veintiséis años. ¿No podríamos pasar a algo con más enjundia?

A decir verdad, aquellos sonetos eran dignos de mención, en primer lugar porque de sonetos no tenían más que el nombre (¡qué osado por su parte!) y, en segundo, porque abrieron nuevos caminos y transgredieron barreras lingüísticas. O eso rezaba la contracubierta del libro. En cualquier caso, aquel poemario le granjeó a Gavin el primer galardón de su vida. Él fingió aceptarlo con indiferencia, con displicencia incluso —¿qué eran los premios sino otro nivel más de control que el sistema imponía sobre el Arte?—, pero se embolsó el talón.

—Keats murió a los veintiséis —replica Naveena con severidad—, ¡y fíjese adónde llegó!

¡Una amonestación, una amonestación en toda regla! ¿Cómo se atreve? ¡Si él ya era un hombre hecho y derecho cuando ella vino al mundo! ¡Podría haber sido su padre! ¡Podría haber sido el hombre que abusara de ella!

—Según Byron, la poesía de Keats era propia de un crío que todavía se mea en la cama —replica Gavin.

—Sí, ¿no? —dice Naveena—. Supongo que lo diría por envidia. De todos modos, ¡aquellos sonetos que usted escribió son fantásticos! «La boca de mi dama en mí»… Cuánta sencillez, cuánta dulzura y franqueza.

Naveena no parece haberse percatado de que el tema de ese soneto es una mamada. Nada que ver con «La boca de mi dama en la mía»: en aquel entonces, «mí» era una referencia velada a «polla». Cuando Reynolds leyó por primera vez ese verso de la «boca» estalló en carcajadas: qué lejos de aquella visión tan pura estaba Rey, su particular lirio putrefacto.

—Así que está estudiando «Los sonetos de la Dama» —dice Gavin—. Si precisa que le aclare algún punto en particular, quedo a su disposición. Una cita directa del autor, para darle cuerpo a su tesis, por así decirlo.

—Bueno, es que no estoy trabajando exactamente sobre los sonetos —aclara Naveena—. Ya se han investigado bastante. —Baja la vista hacia la

mesita; ahora se ruboriza de veras—. En realidad, el tema de mi tesis es C. W. Starr. Ya sabe, Constance Starr, aunque entiendo que Starr no era su verdadero apellido; estoy investigando sobre la serie Alphinlandia y, en fin, como usted conoció a la autora en esa época… En los tiempos del Riverboat y todo aquello.

Gavin siente como si acabaran de verterle mercurio frío en las venas. ¿Quién ha dejado entrar en su casa a esta criatura? ¡A esta ultrajadora, esta profanadora! Reynolds, ha sido ella. ¿Estaba enterada la traicionera Reynolds de cuál era la verdadera misión de esta arpía? Si es así, le arrancará las muelas.

Pero está acorralado. No puede dar la impresión de que esto le importe: que le hayan asignado el papel de mero secundario en la acción principal, siendo Constance la acción principal. La cabeza hueca de Constance, con sus ridículas historias de gnomos. El mamarracho de Constance. La cabeza de chorlito de Constance. Mostrar enfado no conseguiría sino poner en evidencia su punto flaco, añadir más humillación a la que ya siente.

—Ah, sí. —Gavin ríe con indulgencia, como quien recuerda un chiste—. ¡Usted lo ha dicho: «Y todo aquello»! ¡Tanto de «todo» y tanto de «aquello»! ¡«Todo» y «aquello» de la mañana a la noche! Pero entonces uno tenía energía para esas cosas.

—¿Disculpe? —dice Naveena, con los ojos chispeantes: está obteniendo parte de la sangre a por la que ha ido allí. Pero no se la llevará toda.

—Jovencita, Constance y yo vivíamos juntos. «Arrejuntados». Eran los albores de la Era de Acuario. Y aunque esa era no hubiera despuntado del todo, nosotros ya estábamos muy entretenidos. Pasábamos mucho más tiempo quitándonos la ropa que poniéndonosla. Constance era… fantástica. —Gavin se concede una sonrisa evocadora—. ¡Pero no me diga que está usted llevando a cabo una investigación académica seria sobre Constance! Lo que ella escribía no era de ningún modo…

—Pues, sí, eso es lo que estoy investigando —contesta Naveena—. Se trata de un análisis exhaustivo de la función del simbolismo en oposición al neo-representacionalismo en el proceso de creación de un mundo, que puede estudiarse de manera mucho más efectiva a través del género fantástico que en la denominada narrativa realista, donde adopta formas más solapadas. ¿No le parece?

Reynolds entra taconeando, con una bandeja en las manos.

—¡Ya está aquí el té! —anuncia en el momento justo. Gavin siente que la sangre le palpita en las sienes. ¿Qué coño acaba de decir Naveena?

—¿Qué clase de galletas nos traes? —pregunta Gavin, para colocar al neo-representacionalismo en su sitio.

—Las de pepitas de chocolate —responde Reynolds—. ¿Te ha enseñado Naveena ya esos vídeos? ¡Son fascinantes! Me los envió en una carpeta de Dropbox.

Reynolds se sienta junto a Gavin y se dispone a servir el té.

Dropbox. ¿Y eso qué es? Suena a cajón donde los gatos hacen sus necesidades. No se le ocurre qué otra cosa puede ser, pero no piensa preguntar.

—Aquí está el primero —dice Naveena—. El Riverboat, alrededor de 1965.

Es una emboscada, una traición. Sin embargo, Gavin no tiene más remedio que ver la filmación. Siente como si lo arrastraran por un túnel del tiempo: la fuerza centrífuga es irresistible.

Es una grabación granulosa, en blanco y negro; sin sonido. La cámara muestra una panorámica de la sala, seguro que la ha filmado un principiante, algún cazaautógrafos hijodeputa, ¿o será una grabación para algún documental temprano? Los dos que están en el escenario deben de ser Sonny Terry y Brownie McGhee, ¿y esa no es Sylvia Tyson? Hay un par de poetas amigos suyos por aquel entonces charlando en torno a una de las mesas, peinados a la moda de la época, con sus barbas sedosas, optimistas y retadoras. Cuántos de ellos muertos ya…

Y ahí está él mismo, sentado junto a Constance. Sin barba, pero con un cigarrillo colgando de la boca y un brazo tendido al desgaire sobre Constance. No mira hacia ella, sino hacia el escenario. Ella en cambio sí lo está mirando a él. Siempre lo miraba. Qué tiernos, allí juntos los dos; tan maleados por la vida, tan llenos de energía entonces, y de esperanza; como niños. Tan ajenos a las ráfagas del destino que pronto habrían de separarlos. Gavin siente ganas de llorar.

—Debía de estar cansada —dice Reynolds, con regodeo—. Fijaos en las bolsas que tiene bajo los ojos. Y esas ojeras. Debe de estar hecha polvo.

—¿Cansada? —repite Gavin. No recuerda que Constance estuviera nunca cansada.

—Bueno, normal que lo estuviera —dice Naveena—. ¡Con todo lo que estaba escribiendo entonces! ¡Fue una tarea hercúlea! ¡Montar casi todo el esqueleto de Alphinlandia, y en tan poco tiempo! Y encima tenía otro trabajo, en el sitio aquel del pollo frito.

—Nunca mencionó que estuviera cansada —replica Gavin al ver a las dos mirándolo con cierto aire como de reproche—. Tenía energía a raudales.

—Se lo dejó dicho por escrito —afirma Naveena—. Que estaba cansada. ¡Aunque decía que con usted se olvidaba del cansancio! Le decía que la despertara a la hora que fuera, por tarde que volviera usted a casa. ¡Lo dejó dicho por escrito! Debía de estar muy enamorada de usted. Qué tierno.

Gavin está perplejo. ¿Cómo que por escrito? No recuerda que Constance le escribiera nada.

—¿Para qué iba a escribirme si vivíamos juntos?

—Le escribía notas en aquel diario que llevaba —responde Naveena— y se lo dejaba sobre la mesa porque usted siempre se quedaba en la cama hasta más tarde, pero ella tenía que irse a trabajar. Luego usted las leía cuando se levantaba y le contestaba dejándole una nota en el mismo diario, debajo de las de ella. Era un cuaderno de tapas negras, el mismo tipo de diario que utilizaba para las listas y croquis de Alphinlandia. Abría una página nueva cada día. ¿No se acuerda?

—Ah, ya —dice Gavin. Tiene un vago recuerdo. Lo que le viene a la memoria sobre todo es la luminosidad de aquellas mañanas, tras haber pasado la noche con Constance. El primer café, el primer cigarrillo, los primeros versos del primer poema, que brotaban como por arte de magia. La mayoría de aquellos poemas podían darse por buenos tal como le salían—. Sí, vagamente. ¿Cómo ha conseguido hacerse con él?

—Estaba entre sus archivos —responde Naveena—. El diario. Los archivos son propiedad de la Universidad de Austin. Usted mismo se los vendió, ¿recuerda?

—¿He vendido mis archivos? —dice Gavin—. ¿Qué archivos?

Gavin se queda en blanco, perdido en uno de esos vacíos que aparecen en su memoria de vez en cuando, como desgarros en una tela de araña. No recuerda haber hecho cosa semejante.

—Bueno, en la práctica fui yo quien los vendió —interviene Reynolds—. Yo me encargué de la gestión. Me pediste que me ocupara de ellos. Fue cuando estabas trabajando en la traducción de la *Odisea*. Es que se abstrae de una manera… —le dice a Naveena—. Cuando escribe. ¡Hasta de comer se olvidaría si no fuera por mí!

—Sí, ¿no? —dice Naveena.

Las dos intercambian una mirada conspiratoria: al Genio hay que seguirle la corriente. Esa sería la interpretación más amable, piensa Gavin; la otra sería: «A los viejos chochos hay que mentirles».

—Bueno, vamos a poner el otro vídeo —dice Rey, inclinándose hacia delante.

«Piedad —le suplica Gavin a Rey en silencio—. Estoy contra las cuerdas. La princesita esta me tiene agotado. ¡No sé de qué me habla! ¡Pon fin a esto de una vez!».

—Estoy cansado —dice Gavin, pero al parecer no lo bastante alto: ellas tienen otros planes.

—Este es una entrevista —dice Naveena—. De hace unos años. Está colgado en YouTube. —Pulsa sobre la flecha y el vídeo se pone en marcha, esta vez con color y sonido—. Se grabó en la Convención Mundial de Género Fantástico celebrada en Toronto.

Gavin observa la pantalla con estupor creciente. Una ancianita menuda está siendo entrevistada por un tipo ataviado con un disfraz de *Star Trek*: tez purpúrea, cráneo venoso y gigantesco. Un klingon, deduce Gavin. Aunque no sabe mucho acerca de ese conjunto de memes, sus alumnos del taller de poesía solían tratar de ilustrarlo cuando surgía el tema en sus poemas.

Hay otra mujer en la pantalla, con la cara plastificada y brillante.

—Esa es la reina Borg —aclara Naveena en voz baja.

La viejecita menuda debe de ser Constance, a juzgar por el título con el que se ha colgado el vídeo en YouTube, pero Gavin no da crédito.

—Hoy tenemos el honor de contar entre nosotros con alguien que, en cierto modo, es la abuela del género fantástico del siglo XX —anuncia la reina Borg—. C. W. Starr en persona, la creadora de la serie mundialmente conocida Alphinlandia. ¿Cómo prefiere que la llame, Constance o señora Starr? ¿O C. W., quizá?

—Como usted guste —responde Constance. Porque es, en efecto, Constance, aunque muy menguada. Lleva un jersey de punto con hilos plateados que le cuelga por todas partes; el pelo parece el penacho despeinado de una garceta, y el cuello, un palito de polo. Mira en torno a ella con los ojos entrecerrados, como deslumbrada por el ruido y las luces—. Ni mi nombre ni nada de eso me importa —afirma—. A mí lo único que me ha importado siempre ha sido lo que estaba haciendo, con Alphinlandia.

Su tez tiene una luminosidad extraña, como de hongo fosforescente.

—¿No le parecía una osadía en sus comienzos, tratar ese material? —pregunta el klingon—. Entonces todo lo relacionado con ese género formaba parte del mundo masculino, ¿verdad?

Constance echa atrás la cabeza y se ríe. Esa risa, esa risa etérea y liviana, en otro tiempo fue encantadora, pero ahora a Gavin le resulta grotesca. Tiene

un aire retozón que está fuera de lugar.

—Uy, en aquel tiempo nadie me prestaba atención —responde Constance —, así que yo no hablaría de osadía. De todos modos, siempre firmaba con mis iniciales. Al principio nadie sabía que no era un hombre.

—Como las hermanas Brontë —dice el klingon.

—Ni por asomo —corrige Constance, con una mirada de soslayo y una risita para quitarse importancia. ¿Está coqueteando con el cabezudo de la tez purpúrea? Gavin tuerce el gesto con disgusto.

—Ahí sí que se la ve cansada de verdad —observa Reynolds—. ¿Quién le pondría ese maquillaje tan horrible? No deberían haber usado polvos minerales. De todas formas, ¿qué edad tiene exactamente?

—Díganos, ¿cómo se crea un mundo aparte? —pregunta la reina Borg—. ¿Se lo inventa uno de la nada?

—Uy, no, yo nunca saco las cosas de la nada —responde Constance.

Ahora se está poniendo seria, con el mismo aire de botarate que tuvo siempre. «Hala, ahora voy y me pongo seria». A Gavin nunca lo convenció entonces: parecía una niña andando con los zapatos de tacón de su madre. También aquella seriedad se le antojaba encantadora en aquella época; ahora, en cambio, le resulta falsa. ¿A qué viene de pronto esa seriedad?

—Verá —prosigue Constance—, en Alphinlandia todo tiene su base en la vida real. ¿Cómo iba a ser de otra manera?

—¿Eso incluye a los personajes? —pregunta el klingon.

—Claro, sí —dice Constance—, pero a veces saco parte de ellos de aquí y allá y las junto.

—Como el Señor Patata —dice la reina Borg.

—¿El Señor Patata? —pregunta Constance con semblante perplejo—. ¡No tengo ningún personaje con ese nombre en Alphinlandia!

—Es un juguete infantil —aclara la reina Borg—. Un muñeco en forma de patata al que se le pegan distintos ojos y narices.

—Ah —dice Constance—. De eso no había en mis tiempos. Cuando yo era niña —añade.

El klingon llena el silencio.

—¡En Alphinlandia hay una buena colección de villanos! ¿Esos también los saca de la vida real? —Ríe entre dientes—. ¡No será por falta de modelos!

—Sí, claro —responde Constance—. Sobre todo los villanos.

—Entonces —dice la reina Borg—, por ejemplo, Milzreth el de la Mano Roja ¿es alguien con quien podríamos cruzarnos por la calle?

Constance suelta otra risotada echando la cabeza hacia atrás; a Gavin le crispa los nervios. Alguien debería decirle que no abriera la boca de esa manera; ya no resulta favorecedor, se le ven las dos mellas de atrás.

—¡Uy, por Dios, espero que no! —exclama Constance—. Al menos vestido de esa guisa. Pero sí, para Milzreth me inspiré en un hombre de la vida real.

Constance se queda pensativa, mirando fijamente a Gavin desde el otro lado de la pantalla.

—¿Algún antiguo novio suyo tal vez? —pregunta el klingon.

—Uy, no —dice Constance—. Más bien un político. Milzreth es un hombre muy político. Pero a uno de mis antiguos novios sí que lo introduje en Alphinlandia. Allí sigue todavía, aunque no se lo pueda ver.

—Cuente, cuente —dice la reina Borg, con una sonrisa traviesa.

Constance se pone melindrosa.

—Es un secreto —contesta. Mira a su espalda, con aire temeroso, como si recelara de la presencia de un espía—. No puedo decirles dónde está. No quisiera alterar las cosas, ¿entiende? El equilibrio. ¡Sería muy peligroso para todos nosotros!

¿No se estará desmadrando la cosa? ¿Se habrá vuelto Constance un poco loca? Eso mismo debió de pensar la reina Borg, porque acto seguido da por finalizada la entrevista.

—Ha sido un gran honor, un gran privilegio, ¡muchísimas gracias! Chicos y chicas, ¡un gran aplauso para C. W. Starr!

Se oyen aplausos. Constance parece aturdida. El klingon la toma del brazo.

Su preciada Constance. Se ha desnortado. Está perdida. Perdida y sin rumbo.

Fundido en negro.

—¿Verdad que ha estado genial? Es fantástica —dice Naveena—. En fin, pensé que a lo mejor usted podría darme alguna idea sobre la… Bueno, Constance más a menos da a entender que lo incluyó en Alphinlandia, y me sería muy útil, para mi tesis, saber bajo qué personaje. Lo he reducido a seis, he hecho una lista con los rasgos que los caracterizan, sus poderes especiales y sus símbolos y escudos de armas. En mi opinión usted tiene que ser Thomas el Rimador, porque no hay ningún otro poeta en la serie. Aunque él es más bien un profeta… Su poder especial es la clarividencia.

—¿Thomas qué? —pregunta Gavin con frialdad.

—El Rimador —farfulla Naveena—. Aparece en una balada, es muy conocida. James Child la incluyó en su famosa antología. Es el que fue secuestrado por la reina de El País de las Hadas y, tras vadear por un mar de sangre que le llegaba hasta las rodillas, desapareció de la faz de la Tierra durante siete años, y a su regreso lo apodaron Thomas el Certero porque era capaz de predecir el futuro. Aunque en la serie, como es natural, no lleva ese nombre: allí es Kluvosz el del Ojo de Cristal.

—¿A usted le parece que yo llevo un ojo de cristal? —pregunta Gavin con cara seria. Se ha propuesto hacerle pasar un mal rato.

—No, pero…

—Está claro que no soy yo —dice Gavin—. Kluvosz el del Ojo de Cristal es Al Purdy.

Es la mentira más deliciosa que se le ocurre. El fornido Al, que escribía versos sobre carpintería y el trabajo en una fábrica de morcillas, ¡raptado por la reina de El País de las Hadas! Ojalá que Naveena lo haga constar en su tesis, le estará eternamente agradecido. Ya se las ingeniará ella para embutir como sea las morcillas, para que todo encaje. Gavin aprieta los labios, no se le vaya a escapar la risa.

—¿Y tú cómo sabes que es Al Purdy? —pregunta Reynolds con recelo—. Gavvy es un mentiroso, no sé si lo sabrás —le dice a Naveena—. Falsifica su propia biografía. Se divierte con eso.

Gavin no entra al trapo.

—Me lo contó la propia Constance, ¿cómo iba a saberlo si no? —responde—. Le gustaba comentar sus personajes conmigo.

—Pero Kluvosz el del Ojo de Cristal no entró en la historia hasta el tercer volumen —replica Naveena—. *El retorno del espectro*. Eso fue mucho después de que… Quiero decir, que no hay constancia documental, y usted entonces ya había dejado de tener trato con Constance.

—Nos estuvimos viendo a escondidas —dice Gavin—. Durante muchos años. En los servicios de las discotecas. La nuestra era una atracción fatal. Pura lujuria.

—Nunca me lo habías dicho —interviene Reynolds.

—Nena —dice Gavin—, hay tantas cosas que no te he dicho…

Reynolds no se cree una palabra, pero no puede demostrar que se lo está inventando.

—Eso lo cambiaría todo —dice Naveena—. Tendría que reescribir… tendría que replantearme la premisa central de mi tesis. Es… ¡es un dato fundamental! Pero si usted no es Kluvosz, entonces ¿quién es?

—Eso digo yo —contesta Gavin—. Me lo he preguntado muchas veces. Es posible que en realidad no figure en Alphinlandia. Que Constance me borrara de su memoria.

—Pero ella me dijo que sí figura —replica Naveena—. Por correo electrónico, hace solo un mes.

—Se le estará yendo la cabeza —dice Reynolds—. Bien se ve en el vídeo, y eso que se grabó antes de la muerte de su marido. Lo habrá mezclado todo, seguro que ni siquiera…

Naveena hace caso omiso de Reynolds, se inclina hacia delante con los ojos muy abiertos fijos en Gavin y se dirige a él en un susurro casi íntimo.

—Me dijo que estaba usted escondido. Como un tesoro; ¿a que es romántico? Como en esas imágenes en las que hay que encontrar figuras entre los árboles, según me dijo.

Oh, Naveena, que cual Ofelia pretende, con sus brinquitos, sus pasitos y su vocecilla, sorberle el poco seso que resta en su cráneo ya semivacío. ¡Aparta de mí, desvergonzada!

—Lo siento —dice Gavin—. No puedo ayudarla. No he leído ni una sola página de esa bazofia.

Falso: alguna sí ha leído. Bastantes. Y no han hecho sino confirmar su opinión. Constance no solo era mala escribiendo versos, allá cuando su intención era ser poeta, sino también escribiendo prosa. *Alphinlandia*: el título ya lo dice todo. *Elfolandia* sería aún más apropiado.

—¿Disculpe? —salta Naveena—. No me parece una forma muy respetuosa de… Es un comentario elitista que…

—¿No se le ocurre otra forma mejor de emplear el tiempo que intentar desentrañar ese batiburrillo rimbombante de naderías vomitivas? —le espeta Gavin—. Qué desperdicio, que una buena hembra como usted se eche a perder, que deje marchitar ese trasero tan mono. ¿Qué pasa, que no pilla o qué?

—¿Disculpe? —repite Naveena. Salta a la vista que esa muletilla es su válvula de seguridad: está suplicando que se la disculpe.

—Que si no encuentra con quién darse gusto. Ya sabe, ñiquiñiqui-tracatraca. Sexo —aclara Gavin. Reynolds le da un codazo en el costado, con saña, pero él hace caso omiso—. Tiene que haber por ahí algún «jocundo y pujante cortejador» que se la meta. Con lo guapa que es más le valdría echar un buen polvo que despestañarse anotando esas patochadas. ¡No me diga que es virgen! ¡Sería un despropósito!

—¡Gavin! —exclama Reynolds—. ¡Ya no se habla así a las mujeres! No es…

—Dudo que mi vida privada sea de su incumbencia —replica Naveena, envarada.

Le tiembla el labio inferior, luego quizá ha hecho diana. Pero Gavin no está dispuesto a soltar la presa.

—Usted hurga en la mía sin reparos —protesta—. ¡En mi vida privada! Lee mi diario, revuelve en mis archivos, husmea en los asuntos de mi… mi exnovia. ¡Es una indecencia! Constance forma parte de *mi* vida privada. ¡Privada! ¡Supongo que no se le ha pasado por la cabeza!

—Gavin, vendiste esos archivos —tercia Reynolds—, así que ahora son de dominio público.

—¡Y un cuerno! —exclama Gavin—. ¡Fuiste tú quien los vendió, lagarta!

Naveena cierra su tableta roja, sin perder la dignidad.

—Creo que debería irme —le dice a Reynolds.

—Lo siento mucho —se disculpa Reynolds—. A veces se pone así.

Y las dos se levantan, alzan el vuelo, entre arrullos y zureos y cuántolosientos, pasillo adelante. La puerta de la entrada se cierra. Reynolds debe de haberla acompañado hasta la parada de taxis que está delante del Holiday Inn, a un par de manzanas de casa. Hablarán sobre él, qué duda cabe. Sobre él y sus arrebatos irascibles. Puede que Reynolds esté intentando reparar el daño. O puede que no.

Le espera una noche glacial. Seguro que Reynolds le pone un huevo pasado por agua para cenar, se pintarrajea la cara con brillos y sale por ahí a bailar.

Se ha dejado llevar por la ira; mal hecho. El sistema cardiovascular se resiente. Le conviene pensar en otra cosa. El poema, el que está escribiendo. Pero no en ese supuesto estudio, allí es incapaz de escribir. Entra en la cocina arrastrando los pies, va hacia la mesita del teléfono, saca el cuaderno del cajón donde suele guardarlo, busca un lápiz y luego enfila hacia la puerta del jardín, baja los tres escalones enlosados que dan al patio y lo atraviesa con cautela. El patio también está enlosado, y la zona que rodea la piscina a veces resbala. Alcanza la tumbona, que era su objetivo, y se echa en ella.

Las hojas caídas giran en el remolino del agua; puede que Maria entre silenciosamente, con sus pantaloncitos cortos y su red, y las recoja.

Maria recoge las hojas moribundas.
¿Son almas? ¿Es una de ellas mi alma?
¿Es ella el Ángel de la Muerte, con sus oscuros cabellos,

con sus tinieblas, que viene a recogerme?

Mustia alma en pena que gira en estas frías aguas,
largo ha cómplice de este idiota, mi cuerpo,
¿dónde desembarcarás? ¿En qué desnuda orilla?
¿No serás sino hoja muerta? O acaso…

No. Demasiadas reminiscencias a Whitman. Además, Maria es solo una adolescente agradable, normal y corriente, que está sacándose un dinerillo extra para sus gastos, una chica del montón. Nada que ver con una ninfa, ni con el tentador chupasavia de *Muerte en Venecia*. ¿Y «Muerte en Miami» como tema? Suena a telefilm policíaco. Puntos muertos, todo son puntos muertos.

De todos modos, le gusta imaginarse a Maria como el Ángel de la Muerte. A él pronto le tocará recibir la visita de uno de ellos. Y cuando llegue el momento de morir mejor ver un ángel que nada en absoluto.

Gavin cierra los ojos.

Ahora se halla de nuevo en el parque, con Ricardo III. Se ha tomado dos vasos enteros del termo de Martini; se está meando. Pero están en mitad de una escena: Ricardo, vestido de cuero y con un látigo descomunal en la mano, aborda a *lady* Anne, que acompaña el féretro de su marido asesinado. A *lady* Anne la han disfrazado de fetichista del sadomaso; durante la representación del dueto emponzoñado, se turnan para hincarse las botas en la yugular el uno al otro. Es un despropósito, pero, pensándolo bien, resulta de lo más apropiado. Ricardo ensarta al amado marido de *lady* Anne, *lady* Anne escupe a Ricardo, Ricardo invita a *lady* Anne a apuñalarlo, y así sucesivamente. Shakespeare es un cachondo de mucho cuidado. ¿Se ha cortejado jamás a una mujer con tal indumentaria? Márquese la casilla del sí.

—Me voy a hacer pis —le dice a Rey en cuanto Ricardo deja de alardear por la conquista de *lady* Anne.

—Están por ahí detrás, donde el puesto de los perritos calientes —dice Reynolds—. ¡Chist!

—Ningún hombre que se precie mearía en un retrete portátil —replica Gavin—. Los hombres de verdad mean al aire libre.

—Será mejor que te acompañe —susurra Reynolds—. Te vas a perder.

—Déjame en paz —le contesta.

—Llévate la linterna, al menos.

Pero Gavin también rechaza la linterna. Dispuesto a luchar, buscar, encontrar y nunca rendirse, como el Ulises de Tennyson. Se adentra sin prisa en la oscuridad y se baja la bragueta con torpeza. Apenas ve nada. Por lo menos esta vez ha esquivado los pies: no siente la tibieza húmeda en los calcetines. Aliviado, se sube la cremallera y se da la vuelta, dispuesto a emprender la travesía de regreso. Pero ¿dónde está? Unas ramas le azotan la cara: se ha desorientado por completo. Y para colmo, puede que haya gamberros emboscados entre el follaje, listos para saltar sobre un objetivo chocho como él. ¡Mierda! ¿Y ahora cómo avisa a Reynolds? Se niega a dar voces de auxilio. No debe dejarse llevar por el pánico.

Una mano lo agarra del brazo, y Gavin despierta dando un respingo. Tiene el corazón desbocado y la respiración agitada. «Tranquilo», se dice. Era solo un sueño. Era solo un poema en estado larvario.

La mano debía de ser de Reynolds. Lo habrá seguido hasta los arbustos, linterna en mano. Gavin no recuerda nada, tiene que haber sido así, porque de lo contrario no estaría ahora mismo en esta tumbona, ¿no? Nunca habría encontrado el camino de vuelta.

¿Cuánto tiempo ha pasado dormido? Es la hora del crepúsculo. «Entre la oscuridad y la luz, / cuando la noche empieza a caer». «Solo una canción en el crepúsculo». Qué palabra tan victoriana; ya nadie dice «crepúsculo». «Así y todo en el crepúsculo nos llega el dulce no sé cuántos del Amor».

Es el momento de tomarse una copa.

—Reynolds —la llama.

No hay respuesta. Lo ha abandonado. Merecido lo tiene. No se ha portado demasiado bien esta tarde. Pero cuánto ha disfrutado, no portándose bien. «¡Ya no se habla así a las mujeres!». Y un cuerno, ¿quién se lo impide? Está jubilado, no lo pueden despedir. Gavin ríe entre dientes.

Se levanta de la tumbona apoyándose en los reposabrazos y enfila hacia los escalones que suben a la casa. Cómo resbalan las losas, y qué luz tan pobre aquí fuera. Crepuscular, piensa: suena a crustáceo. Una palabra pinchuda, de caparazón duro, con pinzas.

Ya ha llegado a los escalones. Levanta el pie derecho. Pisa mal, cae dando tumbos, se golpea, se desuella.

¿Quién iba a imaginar que el viejo tuviera tanta sangre dentro?

—¡Dios mío! —exclama Reynolds al encontrárselo—. ¡Gavvy! ¡No se te puede dejar solo ni un momento! ¡Mira lo que has hecho!

Reynolds rompe a llorar.

Ha conseguido arrastrarlo hasta la tumbona y dejarlo allí encajado entre los dos almohadones; le ha limpiado parte de la sangre y le ha puesto un trapo de cocina empapado en la cabeza. Ahora está al teléfono intentando pedir una ambulancia.

—¡No puede ponerme en espera! —está diciendo—. Ha tenido un derrame, o puede que… ¡Pero ¿esto no era un número de emergencias?! ¡Joder!

Gavin yace entre los almohadones, y algo que no es frío ni caliente le resbala por la cara. Después de todo no es la hora del crepúsculo, porque el sol acaba de empezar a ponerse, con un rojo rosáceo maravilloso. Las frondas de la palmera se mecen suavemente; la depuradora bombea, ¿o es su pulso? Ahora su campo visual se oscurece, y Constance aparece suspendida en medio de él; es la Constance vieja y ajada, con el maquillaje como de máscara, y la cara pálida y arrugada que Gavin había visto en la pantalla. Lo mira asombrada.

—¿El Señor Patata? —pregunta.

Pero Gavin hace oídos sordos, pues está desplazándose por el aire hacia ella, a gran velocidad. No por ello parece estar acercándose; será que Constance está volando en dirección contraria a la misma velocidad. «Más rápido», se insta a sí mismo, y entonces salva la distancia que los separa hasta que la tiene justo delante, y se adentra en la negra pupila de su perplejo ojo azul. El espacio se ensancha en torno a él, inundado de luz, y allí está su Constance, joven de nuevo, contenta de verlo, como solía. Le sonríe con alegría, le abre los brazos y él la estrecha entre los suyos.

—Has llegado —le dice Constance—. Por fin. Estás despierto.

LA DAMA OSCURA

Cada mañana a la hora del desayuno, Jorrie repasa el obituario de los tres periódicos. Hay necrológicas que la hacen reír, pero, que Tin sepa, ninguna de ellas la ha hecho llorar nunca. No es muy llorona, Jorrie.

Marca con una cruz las defunciones de interés, con dos si tiene intención de asistir al entierro o al funeral, y desliza los periódicos sobre la mesa en dirección a Tin. Jorrie está suscrita a los periódicos «de verdad», los de papel, que recibe cada mañana en su misma puerta, porque según ella la prensa digital escatima en necrológicas.

—Escucha esta otra —le dice a Tin—: «Allegados y conocidos lamentan profundamente su pérdida». ¡Y yo que me lo creo! Trabajé con ella en la campaña de Splendida y era una mala pécora. —O bien—: «Plácidamente en su casa, de causas naturales». ¡Lo dudo mucho! Apuesto a que ha sido una sobredosis. —O—: «¡Por fin! ¡El sobón del Pulpo! En los ochenta me metió mano en una cena de empresa y eso que tenía a su mujer sentada justo al lado. Con lo borracho que era no habrá necesidad ni de embalsamarlo».

Tin, por su parte, nunca asistiría al funeral de alguien que no fuera de su agrado, salvo tal vez para consolar a algún familiar desolado. En sus inicios, el sida fue un infierno; era como la peste bubónica: un funeral tras otro, estupefacción generalizada y atónita incredulidad, culpabilidad de los supervivientes, gran demanda de pañuelos. Para Jorrie, en cambio, la inquina es un incentivo. Ella lo que desea es bailar sobre sus tumbas, por decirlo metafóricamente; aunque ninguno de los dos está ya para bailes de verdad, y eso que a Tin al menos se le daba bien bailar el *rock-and-roll* en los tiempos del instituto.

No se puede decir que a Jorrie se le diera bien; lo suyo era más bien entusiasmo. Era larguirucha, vivaracha, se lanzaba de un lado para otro, se desmelenaba. Pero a la pandilla le pirraba verlos salir a la pista en pareja, por aquello de que eran gemelos, y Tin conseguía que Jorrie pareciera mejor bailarina de lo que era: desde pequeño se había sentido llamado a defenderla en lo posible de su propia impetuosidad. Además, mientras bailaba con ella

descansaba un rato de la belleza con la que se supusiera que estaba saliendo en aquel momento. Tin saltaba de flor en flor, mariposeaba lo que podía. Era mejor así.

Lo asombraba el éxito que tenía con aquellas lolitas; aunque, pensándolo bien, tampoco era de extrañar. Se mostraba comprensivo con ellas, escuchaba sus cuitas y no intentaba desnudarlas a lo bruto una vez que aparcaban el coche, aunque sí cumplía con el besuqueo posbaile de rigor para que no pensaran que tenían halitosis. Cuando le brindaban favores extra, como el desabrochado del sujetador con aros y copa picuda y la retirada de la faja ceñida al cuerpo como una segunda piel, declinaba el ofrecimiento con deferencia.

—Por la mañana te odiarías —les advertía.

Y es cierto que se habrían odiado, y le habrían llorado al teléfono suplicándole que no lo contara; además, habrían temido un posible embarazo, como solían hacer las adolescentes en los tiempos anteriores a la píldora. O puede que incluso lo desearan, con el objetivo de obligarlo a casarse de penalti, de cazarlo a él, ¡Martin el Magnífico! ¡Un partidazo!

Tampoco es que él fuera por ahí alardeando de sus conquistas, como otros jovencitos no tan magníficos y más granujientos acostumbraban a hacer. Cuando sus correrías de la noche anterior salían a relucir en los vestuarios gélidos y desangelados de los muchachotes despelotados, Tin sonreía con aire enigmático, y los demás se reían, se daban codazos unos a otros y le atizaban puñetazos en el brazo con camaradería fraternal. Ayudaba el hecho de que fuera un chico alto y ágil, además de un fenómeno en la pista de atletismo. Su especialidad era el salto de altura.

Qué granuja.

Qué galán.

Jorrie no quiere bailar claqué sola sobre las tumbas porque no quiere hacer nada sola. A veces, cuando se emperra, consigue arrastrarlo a esos elegíacos gineceos, por mucho que él diga no sentir el más mínimo deseo de aburrirse como un molusco lamelibranquio rodeado de falsas plañideras viejarronas y desdentadas que mascujan sándwiches blandengues y se congratulan de seguir todavía en este mundo. A su juicio, el interés de Jorrie por esos ritos funerarios no solo es desmedido sino morboso incluso, y así se lo ha hecho saber.

—Es solo una cuestión de respeto —dice ella, y Tin bufa con sorna.

No lo dice en serio: el respeto nunca ha sido un asunto prioritario para ninguno de los dos, salvo de puertas afuera.

—Tú lo que quieres es regodearte, y punto —replica él, y Jorrie bufa con sorna a su vez, porque Tin tiene toda la razón.

—¿Tú crees que somos despiadados? —ha llegado a preguntarle. Una cosa es tener «un agudo sentido del humor» y otra ser «despiadados».

—Pues claro que lo somos —le contesta él—. ¡De nacimiento! Pero míralo por el lado positivo: para tener un poco de gusto hay que ser despiadado.

Tin no añade que Jorrie, a decir verdad, no tiene mucho gusto, cada vez menos.

—A lo mejor podríamos haber sido unos psicópatas asesinos geniales —le había dicho Jorrie en una ocasión, unos diez años atrás, cuando acababan de cruzar la barrera de los sesenta—. Podríamos haber escogido a cualquier extraño al azar y haber cometido el crimen perfecto. Tirándolo del tren con un empujón.

—Nunca es tarde —contestó Tin—. Desde luego figura en mi lista de deseos para antes de diñarla. Pero estoy esperando a que tengamos cáncer. Si hay que irse de este mundo, lo haremos a lo grande; llevándonos a unos cuantos por delante. Menos lastre para el planeta. ¿Otra tostada?

—¡Ni se te ocurra tener cáncer sin mí!

—No lo haré. Te lo juro por lo más sagrado. Salvo que sea cáncer de próstata.

—Tampoco —dijo Jorrie—. Me sentiría excluida.

—Si tengo cáncer de próstata —dijo Tin—, juro solemnemente que me ocuparé de que te trasplanten una a ti para que compartas la experiencia conmigo. Sé de muchos señores que no tendrían inconveniente en tirar las suyas por la ventana ahora mismo. Por lo menos dormirían como es debido por la noche: se evitarían el desfile de meadas.

Jorrie sonrió de oreja a oreja.

—Mil gracias. Siempre he querido tener próstata. Otra cosa más de la que quejarse en la tercera edad. ¿Tú crees que el donante se avendría a cederme el escroto entero?

—Ese comentario —dijo Tin— carece de tacto. Como era tu intención, por otra parte. ¿Más café?

Puesto que son gemelos pueden mostrarse el uno con el otro tal como son, algo que no les ha ido del todo bien con los demás. Incluso cuando fingen, solo consiguen engañar a los extraños: son translúcidos el uno para el otro, como guppys; se ven las entrañas mutuamente. O eso creen ellos; aunque, como bien sabe Tin —que una vez estuvo liado con alguien que tenía un acuario—, incluso los guppys presentan sus opacidades.

Tin contempla con afecto a Jorrie mientras su hermana repasa las necrológicas con las gafas de montura escarlata puestas y el entrecejo fruncido; o todo lo fruncido que el bótox le permite. En los últimos años —décadas, mejor dicho—, Jorrie ha desarrollado esa mirada ligeramente saltona del que se ha retocado en exceso. Y luego está el asunto capilar. Al menos Tin ha conseguido evitar que se lo tiña de negro azabache: demasiado zombi para el tono actual de su tez, tan falta de brillo pese a la base de maquillaje con efecto bronceador y los polvos minerales con destellos de bronce que, la muy ilusa, se aplica asiduamente.

—La edad va por dentro —repite Jorrie con excesiva frecuencia, cuando intenta convencer a Tin de algún desatino de los suyos: clases de rumba, talleres vacacionales de acuarela o modas pasajeras destructivas como el *spinning*. Tin es incapaz de imaginarse enfundado en unas mallas haciendo girar las piernas como una sierra radial sobre una bicicleta estática y destrozándose más aún la entrepierna marchita. De hecho, no se imagina montado en ningún tipo de bicicleta. Lo de la pintura, ni por pienso: en el supuesto caso de que le apeteciera, ¿qué sentido tendría hacerlo entre una panda de *amateurs* relinchantes? En cuanto a la rumba, para eso hay que ser capaz de contonear el coxis, habilidad que Tin perdió más o menos cuando renunció al sexo.

—Exactamente —replica Tin—. Yo por dentro me siento como si tuviera dos mil años. Soy más viejo que las piedras que me dan asiento.

—¿Qué piedras? Yo no veo piedras por ninguna parte. ¡Si estás sentado en el sofá!

—Es una cita —responde Tin—. Una paráfrasis. De Walter Pater.

—¡Tú y tus dichosas citas! No todo el mundo vive entre comillas, que lo sepas.

Tin suspira. Jorrie no es una gran lectora, prefiere las novelas históricas sobre los Tudor y los Borgia a otros temas de mayor calado. «Como el vampiro, he muerto muchas veces», cita Tin para sus adentros, sin osar decirlo en voz alta para no asustarla, porque Jorrie asustada cansa mucho. El temor no se lo inspirarían los vampiros: es curiosa e impulsiva, así que sería

la primera en adentrarse en la cripta prohibida. Lo que no le haría ninguna gracia sería pensar que Tin pudiera convertirse en vampiro, ni en nadie aparte del que ella cree que es.

Entretanto, Jorrie está empeñada en convertirse en otra. No se considera a la altura. Sus únicas supersticiones tienen que ver con las etiquetas de los productos de alta cosmética. Jorrie cree a pie juntillas en esas etiquetas engañosas y embaucadoras —los rellenos, los reafirmantes, los alisantes, el retorno de la lozana juventud, las insinuaciones de inmortalidad— aun cuando ella misma ha trabajado en publicidad, una vocación que sin duda capacita para deslustrar los adjetivos ornamentales. Hay muchas cosas en la vida sobre las que debería haber aprendido, pero no lo ha hecho; el arte del maquillaje, sin ir más lejos. Tin tiene que recordarle una y otra vez que no interrumpa la aplicación de los destellos de bronce a mitad del cuello: si no, parece que lleve la cabeza cosida al cuerpo.

La solución capilar que Tin finalmente aceptó es un mechón blanco en el lado izquierdo —punk geriátrico, masculló Tin para sí— al que, en fechas recientes, había añadido una deslumbrante guedeja escarlata. El efecto global es el de una mofeta asustada bajo los focos tras un encontronazo con un bote de kétchup. Tin cruza los dedos para que nadie lo acuse de maltratar a una anciana por culpa de ese pegote de color sanguinolento.

Lejos queda ya la época en que Jorrie, en otro tiempo conocida por su imagen agitanada y sensual, sus vistosos estampados africanos y su tintineante quincalla étnica, sabía sacarle partido a cualquier moda que se le antojara. Ha perdido ese arte, pero conserva sus costumbres estrafalarias. «Una cacatúa más caca que túa», le han dado ganas de decirle de vez en cuando, pero se ha callado. Se ha mordido la lengua, se ha contenido y ha optado por decirlo de otras mujeres para hacerla reír.

Lo que Tin sí logra por lo general es apartarla de los precipicios más escarpados y mortales. Salvo aquella fase en los noventa, cuando lo de la argolla en la nariz: un día Jorrie se le presentó de buenas a primeras con aquella horterada puesta y le preguntó a bocajarro qué le parecía. Tin tuvo que coserse la boca, pero cabeceó y masculló su conformidad como un hipócrita. Jorrie terminó deshaciéndose de aquella chabacanada una vez que pilló un resfriado y casi se arranca las fosas nasales cuando la argolla se le enganchó al pañuelo.

Luego vino la amenaza de la tachuela en la lengua, pero por suerte se lo consultó de antemano. ¿Qué le había respondido? «¿Quieres tener la boca como la cazadora de un motero?». No, quizá no le dijera eso: se habría

expuesto demasiado a que le contestara con una afirmación. Lo que desde luego no hizo fue poner en su conocimiento que algunos hombres veían en esas bolitas la oferta de una mamada, porque eso para Jorrie podría haber sido un incentivo. ¿Aduciría alguna advertencia sanitaria quizá?: «¿Y si mueres de una infección lingual?». Pero esa clase de advertencias no sirven con ella, las considera un reto: su excelente sistema inmunitario aniquilaría a la primera cualquier microbio que el mundo invisible le pusiera en el camino.

Lo más probable es que le dijera: «Sonarías como el Pato Lucas y pondrías a todo el mundo perdido de escupitajos. Algo nada atractivo, en mi opinión. Además, los *piercings* ya están pasados de moda. Ahora ya solo los llevan los corredores de Bolsa». Eso al menos la haría reír.

Con Jorrie es mejor no cargar las tintas. Cuanto más la fuerzas, peor. Tin no ha olvidado aquellas rabietas suyas de cuando era niña y las trifulcas en las que se enzarzaba, agitando en vano los largos brazos mientras los demás niños reían y la azuzaban con sus burlas. Tin la miraba, casi llorando también: no podía sacarla de allí, confinado como estaba en el sector masculino del patio.

Así que Tin evita los enfrentamientos. La impasibilidad es un método de control más eficaz.

A los gemelos los bautizaron con los nombres de Marjorie y Martin, pues en aquella época los padres encontraban muy chic esas aliteraciones onomásticas, y los vistieron con idénticos pantaloncitos de peto. Incluso a su madre, un tanto corta de luces, le pareció improcedente encasquetarle un vestido a Martin, no se les fuera a volver mariquita, como ella decía. De manera que ahí los tenemos, a los dos años, con sus trajes de marinero a conjunto y sus sombreritos de marinero, cogidos de la mano mirando al sol con los ojos entrecerrados y una sonrisa traviesa de medio lado: la de él torcida hacia la izquierda, la de ella hacia la derecha. No se distingue si son niños o niñas, pero hay que reconocer que están para comérselos. Detrás de ellos se ve un cuerpo de hombre vestido de uniforme, pues eran tiempos de guerra: es su padre con parte de la cabeza cortada, lo que poco después le ocurriría en la realidad. Su madre solía llorar a moco tendido ante esa foto cuando se emborrachaba. La veía como una premonición: si hubiera sujetado la cámara como es debido, no le habría segado la cabeza a Weston y la fatal explosión nunca se habría producido.

Cuando contemplan sus imágenes del pasado, a Jorrie y Tin los embarga una ternura que rara vez manifiestan ante nadie en el presente. Quisieran abrazar a esos deliciosos diablillos, a esas reminiscencias que ya se desvanecen y amarillean. Quisieran asegurar a esos diminutos navegantes que, si bien su travesía por el tiempo está a punto de tomar mal rumbo y esa deriva tardará un tiempo en corregirse, al final llegarán a buen puerto. O casi al final, que, siendo realistas, es donde se hallan ahora.

Porque, *voilà*, aquí los tenemos juntos de nuevo, vuelta al principio otra vez. Con algunas heridas internas, algunas cicatrices, algunas magulladuras, pero todavía en pie. Todavía Jorrie y Tin, que se habían rebelado contra los apodos de Marje y Marv y adoptado sus últimas sílabas respectivas como nombre real, secreto que solo ellos conocían. Jorrie y Tin, sublevados contra lo que la sociedad les tenía reservado: nada de bodas tradicionales, por ejemplo. Jorrie y Tin, que se habían negado a doblegarse.

Una vez más, esa es la historia que se cuentan el uno al otro. En su fuero interno, Tin recuerda haberse sometido a bastantes doblegamientos tan bochornosos como placenteros, entre los matorrales silvestres y nocturnos de Cherry Beach y otros lugares, pero para qué mancillar los oídos de Jorrie con esas historias. Al menos nunca se topó con ninguno de sus alumnos mientras merodeaba nervioso por los senderos a medianoche. Nunca lo atracaron. Nunca lo pillaron.

—Qué angelitos —dice Tin sonriendo a la fotografía, que está enmarcada en roble ahumado y cuelga en la pared del comedor, sobre el aparador *art déco*, una ganga cuando Tin lo adquirió hace cuarenta años—. Lástima que se nos oscureciera el pelo.

—Qué quieres que te diga —replica Jorrie—. El rubio está sobrevalorado.

—Parece que vuelve —dice Tin—. Los cincuenta están muy de moda otra vez, ¿te has fijado? Es el efecto Marilyn.

Tin no cree en la moda de los cincuenta tal como se representa últimamente en pantallas grandes y pequeñas. Mientras transcurrían esos años, la vida parecía de lo más normal, pero ahora se han convertido en la década gloriosa: en pasto para programas televisivos que han errado los colores —demasiado limpios, demasiado pastel— y han abusado de los miriñaques. En la vida real prácticamente nadie llevaba cola de caballo, ni los señores lucían siempre trajes a medida, ni sombreros de fieltro ladeados, ni pañuelos blancos almidonados en forma de triángulo.

Sí fumaban en pipa, sin embargo, aunque las pipas ya empezaban a caer en desuso incluso entonces. Los fines de semana se paseaban en mocasines y

pantalones vaqueros toscos, pero vaqueros al fin y al cabo. Leían la prensa sentados en butacas de escay con reposapiés a juego, disfrutando relajadamente de un Manhattan y fumando como carreteros; lavaban y enceraban con esmero sus automóviles devoragasolina, aerodinámicos e hipercromados; cortaban el césped con podadoras manuales. Eso hacían al menos los padres de los amigos de los gemelos. Tin recuerda con un puntito de nostalgia aquellas butacas bulbosas, aquellos mortíferos y refulgentes automóviles, aquellas aparatosas podadoras manuales. Pero ¿y a él? ¿Le habrían ido mejor las cosas de no haber fallecido su padre?

No. No le habrían ido mejor, le habrían ido de pena. Habría tenido que ir de pesca; que sacar peces del agua a tirones y sacrificarlos entre gruñidos viriles. Que hurgar bajo la carrocería de los coches con llaves inglesas, hablando de «silenciadores» y cosas por el estilo. Que recibir palmaditas en la espalda y oír lo orgulloso que su padre estaba de él. Ja, ni en sueños.

—Aunque la madre de Ernest Hemingway lo hizo —afirmó Jorrie.

—¿Cómo dices? ¿Que hizo qué?

—Ponerle vestiditos a Ernie.

—Ah.

Los gemelos a menudo vuelven sobre algún punto de la conversación que han dejado a medias, aunque saben muy bien que no deben hacerlo si hay alguien delante. Resulta molesto; no para ellos, que saben muy bien cómo retomar los hilos sueltos que deja el otro, sino para los demás, que podrían sentirse excluidos. O, en estos últimos tiempos, puesto que podrían tener la impresión de que les falta un tornillo.

—Y luego se voló la tapa de los sesos —añadió Tin—. Cosa que yo personalmente no tengo ninguna intención de hacer.

—No, más te vale —dijo Jorrie—. Se pondría todo perdido. Una macedonia de sesos por las paredes. Si te entran ganas, tírate por un puente.

—Vaya, muchas gracias —dice Tin—. Tendré en cuenta la sugerencia.

—Muchas de nada.

Se pasan el día así: como si estuvieran en una de esas ingeniosas películas de los años treinta. Los hermanos Marx. Hepburn y Tracy. Nick y Nora Charles, trasiego de martinis aparte, dado que ellos ya no tienen cuerpo para eso. Jorrie y Tin se deslizan sobre la superficie de las cosas, helada, fina y brillante; evitan las profundidades. A Tin le cansa un poco esa pose de dúo

cómico. Y también a Jorrie posiblemente, pero ambos entienden que deben cumplir con su parte del trato.

Tin se volvió mariquita a pesar de todo, algo que los gemelos pretenden contemplar como una desternillante bomba trampa que le estalló a su madre en la cara, si bien ya estaba muerta para cuando Tin dejó de ocultar su condición afeminada. La inversión de papeles debería haber sido la contraria —puesto que el gemelo transgénero a la hora de vestirse de marinerito había sido Jorrie—, pero como a ella las mujeres mucho no le gustaban, nunca pudo dar el salto al lesbianismo.

¿Y cómo iban a gustarle, con una madre como la suya? Mamá Maeve no solo era más corta que las mangas de un chaleco, sino que además, con el paso del tiempo, al no disminuir su pena por que el padre de sus hijos estallara en pedazos, mutó en borracha desenfrenada que robaba las huchas de sus hijos para pagarse las cogorzas. También les metía en casa a patanes y rufianes, con el propósito, diría Tin al describir aquellos episodios en las veladas con los amigos mucho tiempo después, «con el propósito de tener ayuntamiento carnal con ellos». ¡La monda! Cuando los gemelos oían abrirse la puerta delantera, salían a escape por la trasera. O se escondían en el sótano y luego subían con mucho sigilo al piso de arriba, cuando dejaban de oír ruido, para espiar sus carnales tejemanejes; o pegaban la oreja a la puerta del dormitorio si estaba cerrada.

¿Que cómo les afectaba todo eso de niños? A decir verdad, no guardan recuerdo, puesto que han empapelado aquella escena primigenia repetida en demasía con tantas capas de relatos descabellados y tal vez mitológicos que los sencillos perfiles del original han quedado velados. (¿Salió de verdad el perro con un enorme sujetador negro entre los dientes y lo enterró en el patio? ¿Tenían perro acaso? ¿Resolvió Edipo el enigma de la Esfinge? ¿Arrambló Jasón con el Vellocino de Oro? Viene a ser la misma pregunta).

Hace ya mucho que a Tin no le divierte contar las anécdotas cómicas de la familia. Su madre tuvo una muerte temprana, y nada agradable. Aunque nadie tiene una muerte agradable, acota Tin para sus adentros, pero hay muertes y muertes. Que te arrolle un camión cuando ya han cerrado los bares, mientras cruzas la calle dando bandazos cegada por lágrimas de dolor, no es una muerte agradable. Aunque sí rápida. Y para ellos significó poder entrar en la universidad ya libres de patanes y rufianes. *Malum quidem nullum esse sine*

aliquo bono, escribió Tin en el diario que llevaba esporádicamente por aquel entonces. No hay mal que por bien no venga.

Dos de aquellos patanes tuvieron la desfachatez de presentarse en el entierro, lo cual tal vez explique la fijación de Jorrie con los funerales. Sigue pensando que no debería haber permitido que aquellos imbéciles se salieran con la suya: que aparecieran al pie de la sepultura, que se fingieran apenados, que les dijeran a los gemelos lo buena persona que había sido su madre, el buen corazón que tenía y lo buena amiga que había sido. «¡Amiga! ¡Y una mierda! ¡Solo buscaban un polvo fácil!», exclamó furiosa. Debería habérselo restregado; haber montado una escena. Haberles pegado un puñetazo en las narices.

En opinión de Tin, es posible que aquellos dos lamentaran realmente la muerte de su madre. ¿Tan inconcebible sería que hubieran amado de veras a Mamá Maeve, en uno, dos o incluso tres sentidos de la palabra? *Amor, voluptas, caritas*. Pero siempre se ha reservado esa opinión: manifestarla soliviantaría demasiado a Jorrie, sobre todo si añadiera el latinajo. Jorrie tiene escasa paciencia para cualquier cosa que tenga que ver con el latín. Nunca ha sabido comprender esa faceta de la vida de Tin. ¿Por qué perder el tiempo con una panda de plumíferos trasnochados que escriben en una lengua muerta y de los que ya nadie se acuerda? Con lo inteligente que era él, con el talento que tenía, podría haber sido… (Y a continuación venía una larga lista de cosas que podría haber sido, a cuál más imposible).

O sea que mejor no tocar esa tecla.

«Patanes y rufianes» era una frase que le habían plagiado al director de su instituto, quien cuando tenían catorce años sermoneó a todo el centro sobre el peligro de que acabaran convertidos en una panda de patanes y rufianes, especialmente si lanzaban bolas de nieve con pedruscos dentro o escribían palabrotas en la pizarra. Durante una breve temporada, «Patanes contra Rufianes» pasó a ser un juego para el recreo inventado por Tin en su etapa popular, premariquita. Se parecía al juego del pañuelo y se desarrollaba exclusivamente en el sector masculino del patio. Las chicas no podían ser patanes y rufianes, decía Tin: era solo para chicos, lo cual indignaba a Jorrie.

Fue a ella a quien se le ocurrió denominar «patanes y rufianes» a los caballeros que entraban y salían de manera intermitente de la vida de Mamá Maeve, «o que entraban y salían de Mamá Maeve», apostillaría con sorna Tin

más adelante. La ocurrencia le estropeó el juego a Tin, y sin duda contribuyó a su afeminamiento, decidió tiempo después.

—A mí no me eches la culpa, que no era yo quien los llevaba a casa —replicaba Jorrie.

—Querida, no estoy echándote la culpa, estoy dándote las gracias. Te lo agradezco en el alma —decía Tin.

Lo cual, a esas alturas, una vez resueltas ciertas cosas, era la pura verdad.

Su madre no estaba borracha a todas horas. Las curdas se limitaban al fin de semana: Maeve ocupaba un puesto mal remunerado como administrativa sin el cual no habría podido llegar a fin de mes, dado lo irrisorio de su pensión militar de viudedad. Además, a su manera, quería a los gemelos.

—Al menos muy violenta no era —decía Jorrie—. Aunque a veces se le fuera la mano.

—Todo el mundo zurraba a sus hijos en aquella época. A todo el mundo se le iba la mano.

De hecho, era una cuestión de pundonor comparar tu ración de castigos corporales con la de otros niños, y exagerarla. Zapatillas, cinturones, reglas, cepillos, raquetas de *ping-pong*: esas eran las armas favoritas de los progenitores. A los gemelos les apenaba no tener un padre que propinara esas palizas, y contar solo con la inútil ineptitud de Mamá Maeve, a quien eran capaces de hacer llorar fingiendo que estaban heridos de muerte, de quien podían burlarse con relativa impunidad y de quien podían salir huyendo. Eran dos contra uno, así que se compinchaban contra ella.

—Supongo que éramos unos desalmados —decía Jorrie.

—No, éramos desobedientes. Contestones. Rebeldes. Pero adorables, eso hay que reconocerlo.

—Éramos unos malcriados, unos mocosos malcriados y crueles. No teníamos piedad —añade a veces Jorrie. ¿Lo dice compungida o con orgullo?

En la cúspide de la adolescencia, Jorrie sufrió una experiencia dolorosa con uno de aquellos patanes, un ataque por sorpresa del que Tin no pudo defenderla, ya que estaba durmiendo cuando ocurrió. Es algo que siempre le ha pesado. Aquel suceso debió de fastidiarle la vida a Jorrie en lo tocante a los hombres, aunque lo más probable es que su vida se hubiera fastidiado de todos modos. Ella ahora encara ese incidente haciendo mofa —«¡Fui deshonrada por un gnomo!»—, pero no siempre ha podido tomárselo así. A principios de los setenta, cuando tantas mujeres iban por ahí desatadas, el tema de la violación la tenía completamente amargada, pero ahora ya parece haberlo superado.

Que hayan abusado de ti no es explicación para todo, en opinión de Tin. Los patanes nunca abusaron de él, pero sus relaciones con los hombres siempre fueron igual de complicadas que las de ella, incluso más si cabe. Jorrie decía que Tin tenía un problema con el amor: que lo racionaliza demasiado. Y él que Jorrie lo racionalizaba poco. Eso en los tiempos en que el amor todavía era tema de conversación entre ambos.

—Deberíamos meter a todos nuestros amantes en una batidora —sugirió Jorrie en una ocasión—, mezclarlos y hacer promedio.

Tin repuso que tenía una forma un tanto cruda de expresarse.

Lo cierto, piensa Tin, es que ellos nunca habían querido a nadie, salvo el uno al otro. Cuando menos, no incondicionalmente. Sus otros amantes siempre habían impuesto demasiadas condiciones.

—¡Mira quién la ha espichado! —anuncia Jorrie ahora—. ¡El Semental Metafórico!

—Ese apodo podría aplicarse a muchos hombres —contesta Tin—. Aunque supongo que te refieres a uno en concreto. Por ese movimiento de orejas, deduzco que debe de ser alguien que te importa.

—Te doy tres oportunidades, a ver si lo adivinas —dice Jorrie—. Una pista: era del círculo del Riverboat, del verano que estuve llevándoles las cuentas, como voluntaria, a tiempo parcial.

—Porque querías codearte con los bohemios —dijo Tin—. Algo recuerdo, sí, vagamente… Veamos: ¿Blind Sonny Terry?

—No seas tonto —dice Jorrie—. Si ese era ya un carcamal entonces.

—Me rindo. No solía ir mucho por allí, un tugurio demasiado apestoso para mi gusto. Bañarse era tabú para aquellos cantautores.

—Eso no es cierto —replica Jorrie—. No para todos. Lo sé de buena tinta. ¡Y no vale rendirse, no es justo!

—¿Quién dice que yo sea justo? Tú, no.

—Me extraña que no puedas leerme el pensamiento.

—Ah, que era un reto. Vale, entonces: Gavin Putnam. Aquel sedicente poeta que te tenía sorbido el seso.

—¡Lo sabías desde el principio!

Tin deja escapar un suspiro.

—Qué poco original era, tanto él como sus poemas. Bazofia sentimentaloide. De una vulgaridad repugnante.

—Pues los primeros eran muy buenos —replica Jorrie a la defensiva—. Los sonetos, aunque no eran sonetos propiamente dichos. Los de la Dama Oscura.

Tin ha metido la pata, ha sido una torpeza. ¿Cómo ha podido olvidar que algunos de aquellos primeros poemas de Gavin Putnam estaban inspirados en Jorrie? O eso aseguraba ella entonces. En su día aquello la tenía ilusionadísima. «Soy una musa», anunció cuando el poemario de la Dama Oscura se publicó por primera vez, o lo que se tenía por publicar entre los poetas: imprimirlo en una revistilla grapada y mimeografiada que ellos mismos sacaban y se vendían unos a otros, a dólar el ejemplar. *La Mugre*, la llamaban, apostando por la crudeza.

A Tin lo enternecía que Jorrie se entusiasmara tanto con esos poemas. Aquella temporada no se habían visto mucho. Su hermana llevaba una vida social hiperactiva, por decirlo suavemente, debido sin duda a su presteza para lanzarse a la cama; él, en cambio, vivía en un cuchitril de dos espacios situado encima de una barbería de Dundas, y sufría en secreto una crisis de identidad sexual mientras se mataba a trabajar en la tesis doctoral.

La tesis era una reevaluación bastante sólida, pero francamente poco inspirada, de los epigramas menos escabrosos y más presentables de Marcial, si bien lo que en realidad le había atraído del poeta era su actitud desenfadada ante el sexo, muchísimo menos retorcida que la que imperaba en tiempos de Tin. Para Marcial no valían melindres románticos, ni idealizaciones de la Mujer como ser espiritualmente superior: ¡Él se habría partido de risa con esas cosas! Y nada de tabúes, todos hacían de todo con todos: esclavos, chicos, chicas, putas, gais, heteros, pornografía, escatología, esposas, jóvenes, adultos, ancianos, por delante, por detrás, boca, mano, polla, guapos, feos y absolutamente repulsivos. El sexo era tan básico como la comida, y como tal debía ser gozado cuando excelente, y ridiculizado cuando deficiente; era un entretenimiento, igual que el teatro, y por tanto podía reseñarse como cualquier representación. La castidad no era la virtud primordial, ni para los hombres ni tampoco para las mujeres, pero ciertas formas de amistad, generosidad y ternura recibían las más altas calificaciones. Los coetáneos de Marcial lo consideraban inusualmente alegre y bondadoso, y su ingenio cáustico y mordaz no mermaba en absoluto dicha apreciación. Según afirmaba él, sus críticas no iban dirigidas a personas determinadas, sino a estereotipos, aunque Tin tenía sus dudas sobre ese particular.

Una tesis, sin embargo, no consistía en razonar por qué apreciabas la materia en cuestión; en el mundo académico, llegó a comprender Tin, esas cosas había que reservarlas para la cháchara social. Una tesis requería inventarse algo más consistente. La hipótesis central de Tin giraba en torno a las dificultades de la sátira en una época carente de valores morales compartidos, como era el caso de la de Marcial, que se había instalado en Roma durante el gobierno de Nerón, cuando dichos valores brillaban por su ausencia. De hecho, ¿era Marcial un verdadero poeta satírico o más bien un simple cotilla rijoso, tal como alegaban ciertos críticos? Tin pretendía defender a su héroe de dicha acusación: ¡en Marcial había mucho más, afirmaba, que pollas, pederastas, putas y chistes de pedos! Aunque en su tesis naturalmente no utilizaría una jerga tan cruda. Además, lo traduciría él mismo, actualizando el lenguaje para que se adecuara al cuidado argot de Marcial, aunque los epigramas más obscenos se eludirían por prudencia: aún no había llegado su momento.

«Finges juventud, Letino, tiñéndote el pelo. ¡Tachán! Ayer eras cisne; hoy, cuervo. Pero no engañarás a todos: Proserpina sabe que peinas canas. ¡Y te arrancará ese estúpido disfraz de la cabeza!». Ese era el tono que perseguía para sus traducciones: moderno, enérgico, fresco. Le llevaba toda una semana pulir uno o dos versos. Pero ahora ya no les dedica ese tiempo, porque ¿para qué?

Le habían concedido una beca para realizar los estudios de doctorado, si bien no cuantiosa. Jorrie le decía que la licenciatura de clásicas a buen seguro iba a desaparecer dentro de nada, y entonces ¿cómo iba a ganarse la vida? Tendría que haber estudiado diseño, porque con eso sí que habría sacado tajada. A lo que Tin replicaba que sacar tajada era precisamente lo que él no quería, porque para sacar tajada había que tajar, y él carecía de instinto asesino.

«El dinero llama al dinero», replicaba Jorrie, quien pese a sus inclinaciones bohemias deseaba tenerlo a manos llenas. Ella no pretendía dejarse la piel y el alma siendo factótum de nadie, explotada en algún trabajo tedioso y mal remunerado, presa de patanes y rufianes, como le había ocurrido a su madre. Su visión embrionaria del futuro incluía coches lujosos, vacaciones en el Caribe y un armario repleto de tejidos que realzaran la figura. Era una visión a la que aún no había dado voz, al menos en alto, pero Tin ya la adivinaba.

—Cierto —decía Tin—, el dinero llama al dinero, pero su vocabulario es limitado.

Era una réplica propia de Marcial. Tal vez hasta saliera de él. Tendría que comprobarlo. *Aureo hamo piscari*: pescar con anzuelo de oro.

Los barberos que ocupaban la planta baja del edificio donde vivía Tin eran tres hermanos italianos, misántropos y ya mayores, que no sabían adónde iba a ir a parar el mundo, pero sí que sería a mal lugar. En la barbería tenían un estante lleno de revistas semiporno en cuyas páginas había relatos detectivescos y fotos de prostitutas con enormes pecheras, que era lo que se suponía que gustaba a los hombres. A Tin aquellas revistas le ponían mal cuerpo —el espectro de Mamá Maeve planeaba de un modo disoluto sobre cualquier cosa que tuviera que ver con sujetadores negros—, pero aun así bajaba allí a cortarse el pelo en señal de buena voluntad y hojeaba las revistas mientras esperaba su turno. Entonces no estaba bien visto que uno se mostrara abiertamente homosexual, y de todos modos Tin no tenía aún decidida su orientación; además, los barberos italianos eran sus caseros y había que bailarles el agua.

No obstante, había tenido que aclararles que Jorrie era su hermana gemela, no una novia casquivana. Pese a su arsenal de revistas escabrosas, que ellos probablemente contemplaban como parte del equipamiento profesional, los tres eran muy puritanos respecto a todo tejemaneje ilícito que pudiera llevarse a cabo en las viviendas de su propiedad. A Tin lo tenían por un joven docto y cabal, lo llamaban «El Catedrático» y siempre estaban preguntándole cuándo iba a casarse. «Soy demasiado pobre», contestaba él. O: «Aún no he encontrado a la mujer ideal». El trío de la barbería cabeceaba indulgente: ambos pretextos les parecían aceptables.

De manera que cuando veían aparecer a Jorrie en una de sus visitas esporádicas, los barberos italianos la saludaban con la mano desde el otro lado del ventanal y sonreían a su tristona manera. Qué bueno que el Catedrático tuviera una hermana tan ejemplar. Así es como debía ser una familia.

Cuando salió a la luz el número de *La Mugre* que contenía los poemas de la Dama Oscura, Jorrie no pudo esperar para compartir su condición de Musa con Tin. Subió al galope la escalera, agitando en el aire su ejemplar mimeografiado aún caliente, y se dejó caer en la butaca de mimbre de su hermano.

—¡Mira esto! —dijo, arrojando hacia Tin las hojas grapadas mientras con la otra mano se echaba la melena oscura hacia atrás. Llevaba una banda de tela estampada a mano en colores rojo y ocre ceñida a su delicado talle y un collar de… (¿Qué eran aquellas cuentas? ¿Dientes de vaca?), colgando sobre el pronunciado escote de su blusa de campesina. Los ojos le centelleaban, los brazaletes le tintineaban—. ¡Siete poemas! ¡Y yo estoy en ellos!

Era tan cándida. Tan vehemente. Si Tin no hubiera sido su hermano, si le hubieran gustado las mujeres, habría echado a correr, pero ¿para alejarse de ella o hacia ella? Jorrie asustaba un poco. Lo quería todo. Los quería a todos. Quería experiencias. En la ya entonces resabiada opinión de Tin, las experiencias eran lo que uno encontraba cuando no conseguía lo que quería, pero Jorrie siempre había sido más optimista que él.

—No se puede estar «en» un poema —le dijo de mal talante, porque aquel enamoramiento de su hermana lo tenía preocupado. Tarde o temprano se pillaría los dedos: Jorrie era una chica torpe, sin destreza para las armas de doble filo—. Un poema está hecho de palabras. No es una caja. No es una casa. En rigor, nadie está «en» un poema.

—Tiquismiquis. Ya sabes a qué me refiero.

Tin suspiró y, ante la insistencia de su hermana, tomó asiento a la desvencijada mesa de tercera mano, con la taza de té que acababa de prepararse, y leyó los poemas.

—Jorrie —le dijo—, estos poemas no tratan de ti.

A Jorrie se le descompuso el semblante.

—¡Cómo que no! ¡Y de quién si no! Salta a la vista que es mi…

—Solo hablan de una parte de ti.

De la parte de abajo, pero eso se lo calló.

—¿Cómo?

Tin suspiró de nuevo.

—Tú eres algo más que esto. Eres mejor que esto. —¿Cómo expresarlo? ¿«No eres un cacho de carne, un polvo fácil»? No, demasiado ofensivo—. Aquí no habla de tu…, tu… tu mente.

—Eres tú el que no para de decir que *mens sana in corpore sano* —replicó ella—. Una mente sana y un buen cuerpo, las dos cosas juntas. Ya sé lo que estás pensando: que se centra solo en el sexo. ¡Pero de eso se trata precisamente! Yo represento, bueno, ella, la Dama Oscura, representa un rechazo sencillo y natural de lo falso, lánguido y sentimental de… Como D. H. Lawrence, eso está diciendo. ¡Eso es lo que Gav adora de mí!

Y así siguió un rato.

—Es decir, ¿*in Venus veritas*? —concluyó Tin.

—¿Cómo?

Ay, Jorrie, pensó. No lo comprendes. Esos hombres se cansan de ti en cuanto consiguen lo que quieren. Vas a darte un batacazo. Marcial, VII, 76: «Es solo placer, no es amor».

Tin no se equivocó en lo del batacazo. Llegó rápido, y con dureza. Jorrie no entró en pormenores, estaba demasiado aturdida, pero lo que Tin descifró en su momento fue que había una novia con la que el Campechano Poeta convivía, y que la chica los había pillado retozando en el sacrosanto colchón doméstico.

—No debería haberme reído —dijo Jorrie—. Fue una grosería. ¡Pero es que la situación era de chiste! ¡Y puso una cara de espanto! Debió de parecerle muy mezquino que soltara una risotada, pero es que no pude evitarlo.

La novia, que se llamaba Constance («¡Vaya cursilada de nombre!», bufó Jorrie) y era la personificación misma de la languidez y el sentimentalismo que tanto despreciaba el Poetastro, se había quedado blanca como la nieve, más blanca incluso de lo que ya era, y había hecho cierto comentario sobre el alquiler. Después había dado media vuelta y se había ido. Ni siquiera cerró con un portazo: se escabulló como un ratoncillo. Lo cual no hacía sino confirmar lo lánguida que era. De haber sido Jorrie, como mínimo le habría tirado de los pelos y se habría liado a bofetadas, afirmó.

Jorrie había visto la marcha de Constance como motivo de celebración —las fuerzas de la naturaleza y las verdades de la carne habían triunfado sobre las de la abstracción y el estancamiento—, pero las consecuencias fueron muy distintas. En cuanto al Poeticucho se le prohibió el acceso a la alcoba de la dama lunar, empezó a maullar como un gato en celo para que se la abrieran de nuevo: aullaba por su etérea Amada como un bebé privado de su pezón.

Jorrie no tuvo muchos miramientos con aquel derroche de lloriqueos y lamentos —los términos «bragazas» y «pollafloja» salieron de su boca quizá con excesivo abandono—, por lo que su expulsión fue inevitable. De acuerdo con el señor Poetastro, de pronto todo aquel embrollo era culpa de Jorrie. Ella lo había tentado. Ella lo había seducido. Ella era la víbora en el edén.

Algo de razón llevaba, a juicio de Tin; Jorrie había sido la cazadora, no la cazada. Aun así, dos no pueden si uno no quiere. El Trovador de Tres al Cuarto podría haberse negado.

En resumidas cuentas, Jorrie le dijo que estaba harta de oír hablar de Constance, eso derivó en una pelea y Jorrie acabó arrojada a las cloacas de la

vida cual condón usado. ¡Jamás la habían tratado así! Con el corazón desgarrado también por la pena, Tin intentó distraerla —una película, una copa, aunque él tampoco estaba para muchos dispendios—, pero no hubo forma de apaciguarla. No hubo histeria, no hubo lágrimas visibles, pero el abatimiento se apoderó de ella, seguido de una rabia soterrada y mal disimulada.

¿Y si perdía los papeles? ¿Y si arremetía contra el poeta en público, a gritos, a golpes? Ira no le faltaba. Había sido víctima de una broma cruel, puesto que su condición de Musa, antes motivo de orgullo y alegría, se había convertido en un tormento: la primera y breve antología de Gavin, *Pesada luz de luna*, consagraba los no-sonetos de la Dama Oscura, que la menospreciaban desde sus páginas, con mofa, con reproche.

Por si fuera poco, dichos poemas adquirieron *gravitas* a medida que Gavin medraba en la escala de la fama, y le valieron el primero de una serie de galardones que, si bien menores, impulsarían su carrera profesional. A aquellos poemas tempranos se les fueron agregando otros, de distinto tenor: en ellos el amante reconocía no ya la mera carnalidad, sino la ordinariez y volubilidad de la Dama Oscura, y retomaba el cortejo de la verdadera Amada de luminosa palidez. Sin embargo, aquella dama de mirada gélida, aquel dechado de virtudes, se negó a perdonar al amante desconsolado, pese a las súplicas alambicadas y ampulosas que este publicaría después.

Esos poemas posteriores no dejaban muy bien parada a Jorrie, que tuvo que buscar la palabra «daifa» en el *Diccionario de argot y lenguaje informal* de Tin. Fue una puñalada.

Jorrie se lanzó a una despechada caza y captura de sementales; arrancaba amantes de toda cuneta y descampado como si fueran margaritas, y después se deshacía de ellos sin miramientos. Aunque no es que esa conducta haya surtido nunca efecto sobre quien te ha desdeñado, como bien sabe Tin por experiencia: llegados a ese punto, les da igual lo mucho que te degrades para desquitarte. Ya puedes follarte a una cabra sin cabeza, que va a dar exactamente lo mismo.

Pero luego las ruedas de las estaciones fueron girando, y la Aurora con sus tiernos dedos se anotó en el pizarrín trescientos sesenta y dos rosados amaneceres, y al año siguiente otros tantos, y al otro, otros tantos; y la luna del deseo salió y se puso y volvió a salir otra vez, y así sucesivamente, hasta

que el Poeta de la Verga Vigorosa fue perdiéndose en la tenue y brumosa distancia. O eso esperaba Tin, por el bien de Jorrie.

Aunque no parece haberse perdido. Basta con que uno estire la pata para que el foco de la memoria vuelva a proyectarse sobre ti, piensa Tin. Confía en que la sombra persistente de Gavin Putnam resulte benevolente, suponiendo que en efecto persista.

—Ah, los sonetos de la Dama Oscura —dice ahora Tin—. Ya recuerdo. Dicen que la absenta a la puta calienta, pero la lírica sale mucho más barata: a ti bien que te enganchó. Entrabas en mi reducto en lo alto de la barbería dando tumbos, apestando a sexo denigrante, atufando a pescado podrido. Aquel imbécil te tuvo sorbido el seso todo el verano. No entiendo qué le veías.

—Porque a ti no te la enseñó —contesta Jorrie, y se ríe de su propia gracia —. De verdad que era digna de ver. ¡Envidia te habría dado!

—Ahora no me vengas con que estabas enamorada de él —dice Tin—. Lujuria sórdida y enfermiza, eso es lo que era. Tenías las hormonas desatadas.

Tin sabe de lo que habla, él también ha experimentado esos embelesamientos que tan cómicos resultan siempre a ojos de los demás.

Jorrie suspira.

—Tenía un cuerpazo —dice—. El poco tiempo que lo disfruté.

—Qué más da. Poco quedará ya de ese cuerpazo ahora que está fiambre.

Ambos ríen entre dientes.

—¿Me acompañarás? —le pregunta Jorrie—. Al funeral. Así cotilleamos un poco.

Jorrie pretende aparentar ligereza, pero ni ella misma se engaña.

—Creo que no deberías ir. No te sentaría bien —contesta Tin.

—¿Por qué? Tengo curiosidad. A lo mejor se presentan algunas de sus mujeres.

—Eres demasiado competitiva —dice Tin—. Sigues sin aceptar que otra te desbancara y no te llevaras el premio gordo. Reconócelo, lo vuestro nunca tuvo ningún futuro.

—Ya, eso ya lo sé —replica ella—. Nos quemamos. Demasiado fuego para no consumirnos. Pero es que tengo ganas de ver la papada que han echado las otras. Además, puede que Comosellame también vaya. ¿A que sería la monda?

Ay, por favor, piensa Tim. ¡Comosellame no! Sigue tan dolida por lo de Constance, la novia cuyo colchón mancilló, que ni siquiera es capaz de

pronunciar su nombre.

Por desgracia, Constance W. Starr no ha caído en el olvido como debería haber dictado su languidez. Todo lo contrario, se ha hecho escandalosamente famosa, si bien por una razón absurda: es autora de una oligofrénica serie de género fantástico llamada Alphinlandia, que firma bajo el nombre de C. W. Starr. Alphinlandia ha generado tantísima pasta que Gavin, el Poeta Relativamente Pobretón, habrá estado revolviéndose en su tumba muchos años antes de morir en realidad. Debe de haber maldecido el día que permitió que los estrógenos recalentados de Jorrie lo llevaran por el mal camino.

A medida que la estrella de Starr ha ido creciendo, la de Jorrie ha ido apagándose: Jorrie ya no reluce, ya no chispea revoltosa. El frenesí mediático que despierta C. W. Starr ocasiona colas largas y clamorosas ante las librerías en la fecha de salida de cada nueva entrega, con niños y adultos, tanto hombres como mujeres, disfrazados a imagen del malvado Milzreth el de la Mano Roja, o del inexpresivo Skinrot el Devoratiempo, o de Frenosia la de las Antenas Fragantes, la diosa con ojos de insecto y séquito de abejas mágicas esmeralda y añil. Toda esa fanfarria debe de hincharle las narices a Jorrie, aunque nunca ha confesado haberse fijado en ella.

Tin guarda un vago recuerdo de la insólita génesis de Alphinlandia, de las contadas ocasiones en que acompañó a Jorrie al Riverboat. La saga comenzó como un puñado de historias a imitación de los cuentos de hadas en su variante de espada y brujería, que se publicaban en revistillas de tres al cuarto con ilustraciones de jovencitas semidesnudas a las que humanoides reptilianos miran libidinosos en la cubierta. La parroquia que frecuentaba el Riverboat —en especial los poetas— solía burlarse de Constance, pero Tin sospecha que ahora ya no les hace tanta gracia. El dinero pesca con un anzuelo de oro.

Él ha leído la serie de Alphinlandia, por supuesto, al menos en parte: sentía que se lo debía a Jorrie. En caso de que su hermana le pida algún día una opinión crítica al respecto, podrá afirmar lealmente lo mala que es. Y desde luego que Jorrie también la ha leído. La celosa curiosidad habrá sido más fuerte que ella, no habrá podido resistirse. Sin embargo, ninguno de los dos ha admitido jamás haber abierto siquiera uno de esos libros.

Por suerte, piensa Tin, dicen que Constance W. Starr se ha convertido en una especie de ermitaña; sobre todo desde que murió su marido, cuya necrológica Jorrie obvió sin el menor comentario. Si las cosas salieran como uno quiere, C. W. Starr no acudiría al funeral.

¿Probabilidades de que las cosas salgan como uno quiere? Una entre un millón.

—Si el funeral ese de Putnam va a centrarse solo en Constance W. Starr —dice Tin—, te prohíbo terminantemente que vayas. Porque no será la monda, como tú dices. Será muy destructivo para ti.

Lo que no dice: «Saldrás perdiendo, Jorrie. Igual que perdiste la última vez. Constance lleva las de ganar».

—¡No es por ella, te lo prometo! —replica Jorrie—. ¡Ya han pasado más de cincuenta años! ¿Qué va a ser por ella si ni siquiera me acuerdo de cómo se llama? De todos modos, ¡era una lánguida! ¡Una mosquita muerta! ¡Podría haberla tumbado de un soplo!

Jorrie sofoca una risotada.

Tin se queda pensando. Viniendo de Jorrie, esa jactancia denota vulnerabilidad; por tanto, necesita su apoyo.

—Está bien. Te acompañaré —dice con reticencia indisimulada—. Pero que sepas que me da mala espina.

—Trato hecho, vaquero —dice Jorrie.

La frase es un latiguillo que solían usar cuando niños, copiado de las películas del Oeste.

—¿Dónde es la maldita ceremonia? —pregunta Tin la mañana del funeral.

Es domingo, el único día que Jorrie tiene permitido cocinar. Por lo general se limita a abrir recipientes de comida ya preparada, pero cuando le da por esmerarse, los platos rotos, las palabrotas y los chamuscamientos están garantizados. Hoy toca *bagels*, alabado sea el cielo. Y el café está perfecto, porque lo ha hecho Tin.

—En la Escuela Enoch Turner —contesta Jorrie—. Ofrece un entorno refinado con ciertas reminiscencias de antaño.

—¿Quién ha escrito eso? —pregunta Tin—. ¿Charles Dickens?

—No, servidora —dice Jorrie—. Hace años. Justo después de establecerme por mi cuenta. Querían un tono arcaizante.

Jorrie no se había establecido por su cuenta exactamente, según recuerda Tin: en la agencia de publicidad se había desatado una guerra civil y ella quedó en el bando de los perdedores, pues, por desgracia, les había dicho a sus contrincantes lo que de verdad pensaba de ellos. No obstante, recibió un sustancioso colchón que le permitió dedicarse a la especulación inmobiliaria. Con eso pudo costearse artículos fetichistas de diseño para los pies y vacaciones invernales disparatadamente caras y vulgares hasta que uno de sus

amantes de la época menopáusica se largó arramblando con todos sus ahorros. Después, endeudada hasta las cejas, se vio obligada a vender en un momento en que el mercado estaba a la baja y perdió una fortuna, así que ¿qué podía hacer Tin sino ofrecerle refugio? Su casa es lo bastante grande para los dos, o casi, porque Jorrie ocupa mucho espacio.

—Espero que esa ceremonia no sea un festival del *kitsch* —dice Tin.

—¿Y qué le vamos a hacer?

Después de huronear en el armario, Jorrie le muestra tres conjuntos colgados de sus respectivas perchas para que los evalúe. Es una de las exigencias de Tin, uno de los requisitos, siempre que accede a acompañarla a alguna celebración.

—¿Cuál es el veredicto? —pregunta Jorrie.

—El rosa fosforito descartado.

—Pero si es un Chanel, ¡y original!

A ambos les gusta comprar en tiendas de ropa *vintage*, aunque solo de marca. Al menos han conservado la figura: él todavía cabe en los elegantes trajes de tres piezas e inspiración años treinta que lleva luciendo desde hace décadas. Tiene incluso un bastón lacado.

—Eso es lo de menos —dice Tin—. Nadie va a leer la etiqueta, y tú no eres Jackie Kennedy. Ese rosa fosforito llamaría demasiado la atención.

Jorrie quiere llamar demasiado la atención: ¡de eso se trata precisamente! Si se presenta alguna de las mujeres de Gavin, sobre todo Comosellame, Jorrie anhela que se fijen en ella en cuanto cruce el umbral. Pero cede, porque sabe que de lo contrario Tin se negará a acompañarla.

—Y la estola de leopardo sintético tampoco.

—¡Pero si se han puesto de moda otra vez!

—Pues por eso mismo. Demasiado a la moda. No hagas mohínes, que pareces un camello.

—O sea, que votas por el gris. Pues es aburridísimo, perdona que te diga.

—Perdonada, pero es lo que hay. El gris tiene un corte elegante. Sobrio. ¿Quizá con un fular?

—¿Que me tape el ajado cuello?

—Tú te lo dices todo.

—Siempre puedo fiarme de ti —dice Jorrie.

Y lo dice en serio: Tin la protege de sí misma, en las ocasiones en que Jorrie le hace caso. Cuando llegue el momento de salir por la puerta, lo hará con el convencimiento de estar presentable. El fular que Tin le escoge es de color rojo bermellón, pero en un tono mate que le realzará el cutis.

—¿Cómo estoy? —pregunta Jorrie, dando una vuelta en redondo delante de él.

—Estupenda.

—Me encanta que me mientas.

—No miento —replica Tin.

«Estupendo: dícese de lo que causa admiración, asombro o pasmo. Derivado del gerundio de *stupere*, dejar pasmado». No es una mala descripción. A partir de cierta edad, no hay conjunto gris, por elegante que sea su corte, capaz de obrar milagros.

Por fin están arreglados y listos para salir.

—Tendrás que ponerte el abrigo más caliente que tengas —dice Tin—. Hace un frior glacial ahí fuera.

—¿Un qué?

—Que hace muchísimo frío. Siete bajo cero dan de máxima para hoy. ¿Gafas?

Tin quiere que Jorrie pueda leer por sí misma el programa del funeral y no lo incordie con preguntas.

—Sí, sí. Dos.

—¿Pañuelo?

—No te preocupes —dice Jorrie—. No pienso llorar. ¡Por el cabrón ese, ni hablar!

—Si lloras, no voy a prestarte mi manga.

Jorrie alza el mentón a modo de estandarte.

—No será necesario.

Tin insiste en conducir: viajar en un coche con Jorrie al volante es casi como jugar a la ruleta rusa. A veces no lo hace tan mal, pero la semana anterior había atropellado un mapache. Según ella el animal ya estaba muerto, aunque Tin tiene sus dudas. «De todos modos, no sé qué pintaba allí fuera con el tiempo que hacía», dijo Jorrie.

Circulan con precaución por las calles heladas en el Peugeot de 1995 que Tin ha conservado con mimo. Los neumáticos chirrían sobre la nieve acumulada, que no han retirado desde el día anterior, aunque por lo menos ha sido solo una ventisca y no una tormenta de hielo como la que había caído en navidades. Aquellos tres días en Toronto, encerrados los dos en la casa de Cabbagetown sin luz ni calefacción, habían sido un calvario, dado que Jorrie

se había tomado la tormenta como una afrenta personal y no dejaba de quejarse ante la injusticia. ¿Cómo podía el tiempo hacerle eso a ella?

Al norte de la calle King hay un aparcamiento —Tin se ha ocupado de buscarlo en internet, porque lo último que necesita es que Jorrie le dé indicaciones equivocadas—, pero los dejan entrar de milagro: a varios vehículos que llevaban detrás los obligan a darse la vuelta. Tin desincrusta a Jorrie del asiento delantero y la sujeta mientras da resbalones sobre el hielo. ¿Por qué no le ha vetado esas botas de tacón alto? Podría caer mal y romperse algo, una cadera, una pierna, y si eso ocurre se apoltronará en la cama durante meses mientras él sube y baja bandejas y vacía orinales. Agarrándola con firmeza del brazo, la propulsa por la calle King y al llegar a Trinity giran en dirección sur.

—Fíjate qué de gente —dice Jorrie—. ¿Quiénes demonios son?

Es cierto, un buen número de personas se encamina hacia la Escuela Enoch Turner. Muchas de ellas son las previsibles en una ocasión así —vejestorios de la generación de Tin y Jorrie—, pero también se ven bastantes jóvenes, curiosamente. ¿Será que Gavin Putnam se ha convertido en un autor de culto para la juventud? Qué idea más espantosa, piensa Tin.

Jorrie se arrima a él y vuelve la cabeza a un lado y a otro como un periscopio.

—No la veo —murmura—. ¡No ha venido!

—Ni vendrá —dice Tin—. Tiene miedo de que la llames «Comosellame».

Jorrie se ríe, pero sin demasiada efusividad. No tiene un plan preconcebido, piensa Tin: la suya es una embestida a ciegas, como de costumbre. Menos mal que ha decidido acompañarla.

Dentro, el salón de actos está atestado y caldeado en exceso, aunque es cierto que se trata de un entorno refinado con reminiscencias de antaño. Se oye un sordo guirigay de voces, como de aves acuáticas en la lejanía. Tin ayuda a Jorrie a quitarse el abrigo, se desprende del suyo con esfuerzo y se acomoda en el asiento.

Jorrie le da un codazo y emite un susurro chisporroteante:

—Esa tiene que ser la viuda, la de azul. No te joroba, si aparenta doce años. El muy vicioso de Gav…

Tin busca con la mirada, pero no encuentra a la posible candidata. ¿Y Jorrie cómo la ha identificado, así de espaldas?

Se hace el silencio: un maestro de ceremonias ha subido al estrado —un joven con atuendo profesoral: jersey de cuello vuelto, chaqueta de *tweed*— y está dándoles la bienvenida a todos a la conmemoración de la vida y la labor de uno de nuestros poetas más celebrados, más apreciados e incluso, se atrevería a decir, más fundamentales.

Eso lo dirás tú, piensa Tin; para mí nunca fue «fundamental». Desconecta el audio y se concentra en retocar alguna que otra expresión de Marcial. Ya no publica sus trabajos, para qué, pero el proceso de traducción improvisado es un ejercicio mental íntimo con el que matar el tiempo de una forma agradable cuando es necesario matar el tiempo.

A diferencia de ti, que te exhibes ante nosotros,
ellas evitan el público, esas putas,
follan en secreto a puerta cerrada.
En alcobas selladas y acortinadas;
incluso las más sucias, las más golfas,
furtivas ejercen su oficio tras las tumbas.
¡Ten pudor como ellas!
Lesbia, ¿me crees duro contigo?
¡Folla sin recato! ¡Pero sin que se te vea!

Demasiados ecos del folclore popular. ¿Y la rima, el ritmo? Luego, quizá, de forma aún más sucinta:

¿Quieres ser zorra, moza?
¡Hoza, pues, Lesbia, goza,
mas con rebozo retoza!

No, tampoco sirve: es más bobo que cualquier bobería de Marcial, y sacrifica demasiados detalles. Las tumbas del original merecen conservarse: una cita en un cementerio tiene su miga. Ya lo intentará otra vez más tarde. Quizá debería probar fortuna con el de la cereza y la ciruela…

Jorrie le asesta un codazo.

—¡Te estás durmiendo! —exclama entre dientes.

Tin vuelve en sí con un respingo. Consulta presuroso el programa de la ceremonia, en el que la foto de Gavin, enmarcada en negro, mira con ceño magistral. ¿Por dónde van? ¿Han cantado ya los nietos? Parece que sí, y no un himno lúgubre siquiera, sino, horror de los horrores, *My Way*. Deberían coser

a latigazos a quien lo propusiera, aunque por suerte Tin estaba traspuesto mientras lo cantaban.

Ahora está leyendo el primogénito, no de la Biblia, sino de la obra del difunto trovador: un poema reciente sobre unas hojas en una piscina.

Maria recoge las hojas moribundas.
¿Son almas? ¿Es una de ellas mi alma?
¿Es ella el Ángel de la Muerte, con sus oscuros cabellos,
con sus tinieblas, que viene a recogerme?

Mustia alma en pena que gira en estas frías aguas,
largo ha cómplice de este idiota, mi cuerpo,
¿dónde desembarcarás? ¿En qué desnuda orilla?
¿No serás sino hoja muerta? O acaso…

Vaya. Resulta que es un poema inacabado: Gavin había muerto mientras lo escribía. Qué trágico todo, piensa Tin. No es de extrañar que los lloriqueos sofocados se eleven a su alrededor como el croar de las ranas en primavera. En cualquier caso, el poema podría haber quedado pasable con algunos retoques, exceptuando el mal disimulado plagio de los versos con que el moribundo emperador Adriano despidió a su propia alma errabunda. Aunque tal vez no se trate de un plagio; un crítico bien dispuesto detectaría más bien una «alusión». El que Gavin Putnam conociera lo suficiente a Adriano como para fusilarlo hace que el difunto versificador gane mucho a ojos de Tin. Como poeta, quiere decirse; no como persona.

—*Animula, vagula, blandula* —recita entre dientes—. *Hospes comesque corporis / Quae nunc abibis in loca / Pallidula, rigida, nudula / Nec, ut soles. Dabis iocos*…

Imposible expresarlo mejor. Aunque muchos lo hayan intentado.

Sigue una pausa para la meditación en silencio, durante la cual se invita a los presentes a cerrar los ojos y reflexionar sobre la rica y gratificante amistad que mantuvieron con el colega y compañero ya ausente, y sobre lo que esa amistad significó para cada uno de ellos personalmente. Jorrie le da otro codazo a Tin. «¡Lo que vamos a divertirnos sacándole punta a todo luego!», insinúa dicho codazo.

El siguiente agasajo funerario no se hace esperar: uno de los cantautores menos renombrados de los tiempos del Riverboat, arrugado como una pasa y con una barbita de chivo rala que recuerda a la panza de un ciempiés, sube al estrado para obsequiarlos con una canción de la época: *Mister Tambourine*

Man. Curiosa elección, como bien reconoce el propio cantautor antes de entonarla. «Pero no estamos aquí para, en fin, para penas y tal, ¿verdad? ¡Esto es una celebración! Además, seguro que Gav nos estará escuchando ahora mismo, ¡y siguiendo tan feliz el ritmo con el pie! ¿Qué tal por allá arriba, colega? ¡Saludos de todos!».

Sollozos entrecortados dispersos por la sala. Ten piedad de nosotros, suspira Tin. Jorrie tiembla a su lado. ¿Será pena o alborozo? Tin no se atreve a mirarla: como sea alborozo les entrará la risa floja a los dos, y si Jorrie no se controla, darán un espectáculo.

A continuación viene el panegírico, pronunciado por una jovencita de tez de color café, guapa a rabiar, que lleva botas de tacón alto y un vistoso chal sobre los hombros. Se presenta —Naveena no sé qué— como estudiosa de la obra del poeta. Luego dice que desea hacer partícipes a todos de que, si bien solo había conocido al señor Putnam en el último día de su vida, gozar de su personalidad compasiva y su contagioso amor por la vida había sido profundamente conmovedor para ella, y de cuánto agradece a la señora Putnam —Reynolds— que lo hiciera posible, porque aunque ha perdido al señor Putnam, ha hallado una nueva amiga en Reynolds después de haber compartido con ella tan trágicos momentos, y de que al menos se alegra de no haberse marchado de Florida aquel día funesto y haber podido acompañar a Reynolds en ese trance, y de que está convencida de que todos los presentes se sumarán a ella para desearle lo mejor a Reynolds en estos trágicos y difíciles instantes, y… La voz se le rompe, trémula.

—Lo siento —dice—. Quería añadir algo más sobre, en fin, sobre su poesía, pero no…

Abandona el estrado entre lágrimas.

Qué entrañable criatura.

Tin consulta el reloj.

Por fin, el colofón musical. Se trata de *Fare Thee Well*, una canción folk tradicional que al parecer había servido de inspiración a Gavin mientras escribía *Pesada luz de luna*, su ahora célebre primer poemario. Un joven de cabellos cobrizos que no puede tener más de dieciocho años sube al estrado para cantarla, acompañado a la guitarra por otros dos chavales.

Dios te guarde, amada mía,
y largo te habrá de guardar;
me voy, pero he de volver,
por más que me deba alejar.

Apuesta segura, nunca falla: la promesa del retorno, unida al conocimiento certero de la imposibilidad de tal retorno. El tenor tembloroso del cantante se desvanece, seguido de una descarga cerrada de toses y sollozos. Tin siente un hociqueo en la manga de la chaqueta.

—Ay, Tin —dice Jorrie.

Mira que le ha dicho que se trajera un pañuelo, pero ni caso. Introduce la mano en el bolsillo para sacar el suyo y se lo tiende.

Ahora vienen los murmullos, los frufrús, la gente que se levanta, los corrillos bisbiseantes. Les comunican que habrá barra libre en el Salón y un refrigerio en el West Hall. Hay una discreta estampida de pasos.

—¿Dónde están los servicios? —pregunta Jorrie. Con las malas trazas que se da, se ha embadurnado toda la cara: el rímel le corre por las mejillas. Tin le quita el pañuelo y le limpia los tiznajos lo mejor que puede—. ¿Me esperas fuera? —pregunta con voz lastimera.

—Yo también tengo que ir —dice Tin—. Nos vemos en el bar.

—No te eternices, ¿eh? —advierte Jorrie—. Quiero salir enseguida de este gallinero.

Suena cada vez más quejumbrosa: le habrá dado un bajón de azúcar. Con el ajetreo de los preparativos, se han olvidado de comer algo antes de salir. Le verterá algo de alcohol en el organismo para subirle el ánimo cuanto antes y luego la guiará hacia los sándwiches. Después, tras un par de pastelillos de limón —porque qué sería un funeral en estas latitudes sin los clásicos pastelillos de limón—, pondrán pies en polvorosa.

En el servicio de caballeros, Tin se topa con Seth MacDonald, profesor emérito de Lenguas Clásicas en Princeton y célebre traductor de los Himnos Órficos, que además resulta ser un viejo conocido de Gavin Putnam. Pero no profesionalmente, no, sino porque habían coincidido en un crucero por el Mediterráneo («Enclaves de la Antigüedad») durante el que hicieron buenas migas y tras el que se habían estado carteando en los últimos años. Se intercambian los pésames de rigor; Tin recurre a las evasivas habituales y se inventa un motivo para justificar su presencia allí.

—Nos unía el interés por Adriano —afirma.

—Ah, ya —dice Seth—. Sí. Me he fijado en la alusión. Hábilmente incorporada.

A causa de la demora inesperada, Jorrie sale de los servicios antes que Tin. ¡Cómo se le ha ocurrido dejarla sola! Se le ha ido la mano con los polvos

bronceadores brillantes, y para colmo se ha aplicado encima otra capa más de algo, como unos copos, pero grandes, de purpurina dorada. Parece un bolso de piel con lentejuelas. Debe de haber metido todos esos cosméticos en el bolso de extranjis, en venganza por su censura del Chanel rosa fosforito. Es evidente que Jorrie no se ha percatado del efecto global de sus retoques en el espejo de los servicios: no debía de llevar las gafas puestas.

—¿Qué te has…? —Tin no termina la frase porque Jorrie lo fulmina con la mirada: «¡Ni se te ocurra!». Y tiene razón; ya no tiene remedio.

La agarra por el codo.

—¡A la carga, brigada ligera! —exclama.

—¿Qué?

—Vamos a beber algo.

Enfilan hacia la mesa donde se ha dispuesto el refrigerio, con sendas copas de un vino blanco barato pero pasable en la mano. Al aproximarse al corrillo que la rodea, Jorrie se envara.

—¡Con su tercera mujer, mira! ¡Ahí está! —exclama.

Está temblando de la cabeza a los pies.

—¿Quién? —pregunta Tin, aunque lo sabe perfectamente.

Es la gorgona «Comosellame»: C. W. Starr en persona, la reconoce porque ha visto sus fotos en la prensa. Una anciana menuda y canosa con un abrigo acolchado y anodino. No lleva polvos de purpurina; ni el más mínimo rastro de maquillaje, de hecho.

—¡No me ha reconocido! —susurra Jorrie. Ahora está rebosante de alegría. ¿Quién podría reconocerte?, piensa Tin, ¿con esa capa de estuco y esas escamas de dragón en la cara?—. ¡Me ha mirado y no me ha reconocido! ¡Ven, vamos a pegar la oreja a ver qué dicen!

A fisgonear, igual que cuando eran niños. Qué recuerdos. Jorrie tira de él.

—No, Jorrie —protesta Tin, como quien se dirige a un terrier mal entrenado.

Pero de nada sirve; su hermana continúa avanzando, tensando la correa invisible que Tin es incapaz de apretarle en torno al cuello.

Constance W. Starr empuña un sándwich de huevo duro con mayonesa en una mano y un vaso de agua en la otra. Parece abrumada, recelosa. La de su derecha debe de ser la viuda doliente, Reynolds Putnam, sobria con su traje

azul y su collar de perlas. Efectivamente, es bastante joven. No parece demasiado acongojada, aunque también es verdad que ya ha pasado algún tiempo desde la defunción. A la derecha de la señora Putnam está Naveena, la atractiva y devota admiradora que se había derrumbado mientras pronunciaba el panegírico. Parece haberse recuperado por completo, y está soltando una perorata.

El tema, sin embargo, no es Gavin Putnam y su facundia inmortal. Una vez que Tin se acostumbra al habla monocorde de la chica, advierte que está ponderando las virtudes de la serie Alphinlandia. Constance W. Starr da un bocado de su sándwich: seguramente no es la primera vez que oye cosas así.

—La Maldición de Frenosia —está diciendo Naveena—. La cuarta entrega de la serie. Me pareció tan… ¡con las abejas, y la Hechicera Escarlata de Ruptous emparedada en la colmena de piedra! Es tan…

A la izquierda de la célebre escritora hay un hueco libre, y Jorrie aprovecha para colarse en él, aferrada al brazo de Tin. Alarga el cuello, en una pose de escucha embelesada. ¿Tendrá intención de hacerse pasar por fan? ¿Qué se propone?, piensa Tin.

—Es el tercer volumen. Frenosia aparece por primera vez en la tercera entrega de la serie, no en la cuarta —la corrige Constance W. Starr, y luego da otro bocado al sándwich y mastica imperturbable.

—Ah, sí, claro, en la tercera —dice Naveena. Suelta una risita nerviosa—. Y el señor Putnam dijo, me dijo que usted lo había introducido en la serie. Cuando te fuiste a la cocina a preparar el té —le explica a Reynolds—. Eso me dijo.

Reynolds tuerce el gesto: Naveena está invadiendo su territorio.

—¿Estás segura? —pregunta Reynolds—. Gavin siempre negó expresamente que…

—Dijo que había muchas cosas que nunca te había contado —la interrumpe Naveena—. Para no herir tus sentimientos. No quería que te sintieras excluida por no formar parte de Alphinlandia.

—¡Eso es mentira! —replica Reynolds—. ¡Él siempre me lo contaba todo! ¡Alphinlandia le parecía una bobería!

—A decir verdad, sí introduje a Gavin en Alphinlandia —interviene Constance. Hasta el momento no parecía haber reparado en la presencia de Jorrie, pero de pronto se vuelve hacia ella y la mira de frente—. Para protegerlo.

—Esto es una desfachatez —dice Reynolds—. Creo que debería…

—Y bien protegido ha estado —añade Constance—. Lo metí en un tonel de vino. Ha pasado cincuenta años dormido.

—¡Lo sabía! —exclama Naveena—. ¡Siempre he sabido que estaba en la serie! ¿En qué libro fue eso?

Constance no le responde. Sigue dirigiéndose a Jorrie.

—Pero ya lo he sacado de allí. Para que pueda entrar y salir a su antojo. Ya no representas ningún peligro para él.

¿Qué le pasa a Constance Starr?, se pregunta Tin. ¿Jorrie, un peligro para Gavin Putnam? Si fue él quien la plantó a ella, si el daño lo hizo él. ¿Será que el vaso es de vodka y no de agua?

—¿Qué? ¿Me estás hablando a mí? —dice Jorrie, estrujándole el brazo a Tin. Pero no para contener la risa, sino porque parece asustada.

—¡Gavin no está en esa mierda de libro! ¡Está muerto! —exclama Reynolds.

Se le saltan las lágrimas. Naveena hace amago de acercarse a ella, pero enseguida retrocede.

—Lo puse a salvo de tu rencor, Marjorie —dice Constance con aplomo—. De tu rencor y de tu rabia. Es un conjuro muy potente, ¿sabes? Mientras su espíritu tuviera un envoltorio carnal a este lado, corría peligro.

Constance sabe perfectamente quién es Jorrie; pese a los copos dorados y a los polvos bronceadores, debe de haberlo sabido desde el principio.

—¡Cómo no iba a estar rabiosa después de lo que me hizo! —salta Jorrie —. Me dejó tirada, me echó a patadas, como a un, como a un trasto…

—Vaya —dice Constance. El tiempo se detiene un instante—. No sabía nada —añade por fin—. Pensaba que había sido al revés. Que tú le habías hecho daño a él.

¿Esto qué es, un cara a cara?, piensa Tin. ¿Un choque entre la materia y la antimateria? ¿Van a explotarse mutuamente?

—¿Eso te dijo? —pregunta Jorrie—. ¡Ya le cuadra, el muy canalla! ¡Cómo no iba a echarme a mí la culpa!

—¡Qué fuerte! —le dice Naveena a Jorrie, *sotto voce*—. ¡La Dama Oscura es usted! ¡La de los *Sonetos*! ¿Le importaría que habláramos…?

—¡Se supone que esto es un funeral, no un congreso! —exclama Reynolds—. ¡Gavin estaría indignado!

Ninguna de las otras tres da señal de haberla oído. Reynolds se suena la nariz, lanza una mirada fulminante, rabiosa, y se aleja en dirección a la barra.

Constance W. Starr introduce lo que queda del sándwich en el vaso de agua; Jorrie la mira de hito en hito, como si estuviera preparando una pócima.

—En tal caso, moralmente estoy obligada a liberarte —dice Constance al fin—. Ha sido un tremendo malentendido por mi parte.

—¿Cómo? —dice Jorrie, gritando casi—. ¿Liberarme de qué? ¿Qué dices?

—Que te libere de la colmena de piedra —responde Constance—. Donde has estado presa durante muchos años, sometida a las picaduras de las abejas añil. A modo de castigo. Y para evitar que le hicieras daño a Gavin.

—¡Es la Hechicera Escarlata de Ruptous! —exclama Naveena—. ¡Qué pasada! ¿Podría decirme…?

Constance continúa haciendo caso omiso y se dirige de nuevo a Jorrie:

—Siento lo de las abejas. Ha tenido que ser muy doloroso.

Tin agarra a su hermana por el codo e intenta apartarla de allí. No sería de extrañar que entrara en modo rabieta y la emprendiera a puntapiés contra las espinillas de la anciana escritora o, como mínimo, que se liara a gritos. Tiene que sacarla de allí. Mejor que se vayan a casa, sirva una copa bien cargada para cada uno, la calme, y luego ya se reirán de todo el asunto.

Pero Jorrie no se mueve, sino que se zafa del brazo de Tin.

—Fue muy doloroso, sí —susurra—. Ha sido dolorosísimo. Todo ha sido dolorosísimo, mi vida entera.

¿Está llorando? Sí, son lágrimas auténticas, metálicas, con destellos de bronce y oro.

—Para mí también fue doloroso —afirma Constance.

—Lo sé —dice Jorrie.

Las dos se miran a los ojos, atrapadas en una suerte de impenetrable fusión mental.

—Vivimos en dos planos —dice Constance—. En Alphinlandia no existe el pasado. No existe el tiempo. Pero aquí, donde nos encontramos ahora, sí. Todavía nos resta un poco de tiempo.

—Sí —conviene Jorrie—. Es la hora. Yo también lo lamento. Y te libero a mi vez.

Jorrie da un paso adelante. ¿Qué es esto, un abrazo?, se pregunta Tin. ¿Están abrazándose o forcejeando? ¿Es una crisis? ¿En qué puede ayudar? ¿Qué clase de extravagancia femenina es esta?

Se siente estúpido. ¿Es que no ha entendido para nada a Jorrie durante todos estos años? ¿Tiene otras capas que él desconoce, otros poderes? ¿Otras dimensiones que él nunca ha sospechado?

Constance ha deshecho el abrazo.

—Que Dios te bendiga —le dice a Jorrie.

Su tez blanca y apergaminada centellea ahora con escamas doradas.

La joven Naveena no da crédito a su suerte. Tiene la boca entreabierta, se mordisquea las yemas de los dedos, contiene la respiración. Nos está fosilizando en ámbar, piensa Tin. Como insectos prehistóricos. Está preservándonos para la eternidad en gotas de ámbar, en palabras de ámbar. Ante nuestros propios ojos.

LUSUS NATURAE

¿Qué podían hacer conmigo? ¿Qué debían hacer conmigo? Ambas preguntas eran una y la misma. Las posibilidades, limitadas. La familia las debatía todas, sombría y exhaustivamente, sentados a la mesa de la cocina por las noches, con los postigos cerrados, mientras comían sus salchichas secas y correosas y su sopa de patata. En mis fases de lucidez, me sentaba con ellos y participaba como podía en la conversación mientras rebuscaba los pedazos de patata en mi cuenco. Si no, me recluía en el rincón más oscuro, maullaba para mis adentros y escuchaba aquel abejorreo en mi cabeza que nadie más oía.

—Con lo preciosa que era de chiquitina —decía mi madre—. No tenía nada malo.

Le entristecía haber traído al mundo a una cosa como yo: era como un reproche, como un castigo. ¿Qué había hecho ella mal?

—Será una maldición —decía mi abuela, tan seca y correosa como las salchichas, aunque eso en ella era natural dada su edad.

—Con lo bien que estuvo tanto tiempo… —decía mi padre—. Fue después de que pillara el sarampión aquel, a los siete años. Después de eso.

—¿Y quién iba a echarnos una maldición? —preguntaba mi madre.

Mi abuela fruncía el entrecejo. A ella se le ocurría una larga lista de candidatos. Pero aun así, no era capaz de señalar a ninguno. La nuestra siempre había sido una familia respetada, incluso apreciada, en cierto modo. Y seguía siéndolo. Y seguiría siéndolo, si podía hacerse algo conmigo. Antes de que lo mío saliera en la colada, por así decirlo.

—Según el médico es una enfermedad —decía mi padre.

Mi padre se tenía por un hombre racional. Leía los periódicos. Fue él quien insistió en que aprendiera a leer, y había persistido en el empeño, pese a todo. Sin embargo, ya no me acurrucaba en sus brazos. Hacía que me sentara al otro lado de la mesa y, aunque esa distancia obligada me entristecía, era de entender.

—Entonces ¿por qué no nos dio ninguna medicina? —replicaba mi madre.

Mi abuela bufaba con sorna. Ella tenía sus propios remedios, entre los que se incluían bejines y brebajes. Una vez me sumergió la cabeza en el barreño en que se remojaba la ropa sucia sin dejar de rezar mientras lo hacía. Fue para expulsar el demonio que estaba convencida de que me había entrado volando por la boca y se me había instalado cerca del esternón. Mi madre decía que, en el fondo, lo hizo con la mejor de las intenciones.

«Denle pan —había sugerido el doctor—. Le conviene comer mucho pan. Pan y patatas. Y beber sangre. Sangre de pollo mismo, o de ternera. Pero no dejen que se exceda». Nos dijo cómo se llamaba la enfermedad, un nombre con pes y erres que no habíamos oído nunca. Solo había visto un caso como el mío en una ocasión, nos contó mientras me exploraba los ojos amarillentos, los dientes rosáceos, las uñas rojas, la pelambrera oscura que había empezado a brotarme por el pecho y los brazos. Quiso llevarme a la capital, para que me vieran otros médicos, pero mi familia se negó.

—La niña es un *lusus naturae* —dijo el doctor.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó mi abuela.

—Un capricho de la naturaleza —contestó él. Era forastero: habíamos recurrido a él porque nuestro médico habría hecho correr la voz—. Es una expresión latina. Viene a decir que es un monstruo. —El médico pensaba que yo no lo oía, porque estaba maullando—. Nadie tiene la culpa —añadió.

—La niña es un ser humano —replicó mi padre, y le pagó un buen montón de dinero para que se marchara a su tierra y nunca más volviera.

—¿Por qué nos ha mandado esto Dios? —dijo mi madre.

—Maldición o enfermedad, da lo mismo —dijo mi hermana mayor—. Sea lo que sea, como se descubra nadie querrá casarse conmigo.

Asentí con la cabeza: mi hermana tenía razón. Ella era una chica bonita, y nosotros no éramos pobres, éramos casi señoritos. Sin mí tendría el camino despejado.

Durante el día, me pasaba el tiempo encerrada dentro de mi habitación en penumbra: lo mío empezaba a resultar alarmante. A mí no me importaba, porque no soportaba la luz del sol. De noche, insomne, vagaba por la casa, escuchando los ronquidos de los demás, sus gañidos de pesadilla. El gato me hacía compañía. Era el único ser vivo que quería acercárseme. Yo olía a sangre, a sangre reseca: tal vez por eso el gato me seguía a todas partes, por eso se me subía a la falda y me daba lametazos.

A los vecinos les habían contado que padecía una enfermedad consuntiva, unas fiebres, un delirio. Ellos me mandaban huevos y coles; acudían de vez en

cuando a visitarme, para enterarse de algo, pero no tenían muchas ganas de verme: fuera lo que fuese, podía ser contagioso.

Se decidió que lo mejor sería que muriera. Así no supondría un estorbo para mi hermana, no pendería sobre ella como un sino fatal. «Mejor una feliz que dos desgraciadas», dijo mi abuela, a quien le había dado por colgar ristras de ajos en el marco de mi puerta. Yo me avine al plan, quería ser de ayuda.

Al cura se lo sobornó, aunque apelamos también a su compasión. A todo el mundo le gusta pensar que hace el bien a la vez que se embolsa un buen dinero, y nuestro párroco no era una excepción. Me dijo que Dios me había escogido porque era una niña especial, como una especie de novia, podría decirse. Me dijo que estaba llamada al sacrificio. Que el sufrimiento purificaría mi alma. Y que era una chica afortunada, porque me mantendría inocente toda la vida, ningún hombre desearía corromperme, y luego iría directa al cielo.

Les dijo a los vecinos que había muerto como una santa. Me exhibieron dentro de un ataúd muy profundo en una habitación muy oscura, con un vestido blanco con mucho tul blanco por encima, un atuendo propio de una virgen y útil para ocultar mi pelambrera. Allí yací durante dos días, aunque de noche me dejaban salir, claro. Cuando entraba alguien, contenía la respiración. Se movían de puntillas, hablaban entre susurros, sin acercarse mucho; todavía tenían miedo de mi enfermedad. A mi madre le decían que su hija parecía talmente un ángel.

Ella se sentaba en la cocina y lloraba como si yo hubiera muerto de verdad; incluso mi hermana consiguió aparentar tristeza. Mi padre vistió su traje negro. Mi abuela hizo pasteles. Todos se pusieron las botas. Al tercer día, llenaron el ataúd de paja húmeda, lo llevaron al cementerio en una carreta y lo enterraron, con responsos y una lápida sencilla, y tres meses más tarde mi hermana contrajo matrimonio. Llegó a la iglesia montada en coche de caballos, la primera que lo hacía en la familia. Mi féretro fue un peldaño en su escalada.

Una vez muerta, contaba con más libertad. Nadie salvo mi madre podía entrar en mi habitación, mi antigua habitación, como la llamaban. A los vecinos les dijeron que querían preservarla como un santuario a mi memoria. Colgaron una fotografía mía en la puerta, una tomada cuando aún parecía un ser humano. Aunque yo no sabía qué aspecto tenía ya, porque siempre evitaba los espejos.

En la penumbra leía a Pushkin, a Lord Byron y la poesía de John Keats. Aprendía sobre amores malogrados, sobre el despecho y la dulzura de la muerte. Y encontraba consuelo en esos pensamientos. Mi madre me traía el pan, las patatas y la taza de sangre de costumbre, y se llevaba el orinal. En otro tiempo solía cepillarme el pelo, cuando aún no se me caía a puñados, y tenía la costumbre de abrazarse a mí y sollozar, pero todo eso ya había quedado atrás. Ahora entraba y salía tan rápido como podía. Por mucho que intentara ocultarlo, yo era un incordio para ella, naturalmente. Uno puede compadecerse de alguien solo hasta cierto punto, luego llegas a sentir que su desgracia es un acto de maldad dirigido contra ti.

De noche podía campar a mis anchas por la casa, y luego camparía por el jardín, y más adelante por el bosque. Ya no tenía que preocuparme de si era un estorbo para los demás o para su futuro. En cuanto a mí, el futuro no existía. Solo el presente, un presente que iba cambiando, o así me lo parecía, al ritmo de la luna. De no ser por los ataques, por las horas de dolor y por aquel abejorreo incomprensible en mi cabeza, podría haber dicho que era feliz.

Primero murió mi abuela, después mi padre. El gato se hizo mayor. Mi madre cada vez estaba más desesperada.

—Mi pobre niñita —decía, aunque ya no era lo que se dice una niña—. ¿Quién cuidará de ti cuando yo no esté?

Esa pregunta solo tenía una respuesta: tendría que hacerlo yo. Empecé a explorar los límites de mi poder. Descubrí que tenía mucho más cuando no se me veía que cuando se me veía, y sobre todo cuando se me veía solo a medias. Una vez asusté a dos niños en el bosque, a cosa hecha: les mostré los dientes rosáceos, el rostro peludo, las uñas rojas, les maullé, y echaron a correr dando voces. La gente no tardó en evitar aquella parte del bosque. Me asomé a una ventana una noche y le provoqué un ataque de histeria a una joven. «¡Una cosa! ¡He visto una cosa!», gritaba entre sollozos. O sea, que yo era una cosa. Lo estuve meditando: ¿en qué sentido una cosa no es una persona?

Un forastero presentó una oferta por nuestra granja. Mi madre quería vender e irse a vivir con mi hermana, el señorito de su marido y sus saludables y cada vez más numerosos hijos, a quienes acababan de retratar; ya no era capaz de sacar la granja adelante ella sola, pero ¿cómo iba a dejarme?

—Véndela —le dije. Mi voz ya era una especie de gruñido—. Desocuparé la habitación. Sé de un sitio donde instalarme.

La pobre mujer me lo agradeció. Me tenía apego, como se le tiene a un padrastro en la uña, a una verruga: era carne de su carne. Pero se alegró de librarse de mí. Había cumplido su deber con creces.

Mientras recogían y vendían los muebles yo pasaba el día en un almiar. Me bastaba con él, pero en invierno no serviría. Cuando los nuevos inquilinos se hubieron instalado, no fue difícil deshacerse de ellos. Yo conocía la casa mejor que ellos, sus entradas, sus salidas. Podía moverme por ella a oscuras. Pasé a ser un espectro, y luego otro; fui una mano de uñas rojas que acariciaba un rostro a la luz de la luna; fui el ruido de un gozne oxidado que hice sin querer. Salieron de allí a escape, y dijeron de nuestra granja que estaba encantada. Entonces fue toda para mí.

Me alimentaba de las patatas que robaba escarbando en los huertos al caer la noche, de los huevos que sisaba de los corrales. De vez en cuando me llevaba alguna gallina, y lo primero que hacía era beberme su sangre. Había perros guardianes, pero aunque me aullaban, nunca me atacaban: no sabían a qué se enfrentaban. Un día, en casa, probé a mirarme en un espejo. Dicen que los muertos no ven su reflejo, y era verdad; no me veía. Veía algo, pero algo que no era yo: no guardaba ningún parecido con la niña buena y bonita que me sabía en el fondo.

Pero ahora las cosas han llegado a su fin. Me he hecho demasiado visible.

Así fue como ocurrió.

Estaba un día recogiendo moras al atardecer, donde el prado linda con la arboleda, cuando vi a dos personas que se acercaban, desde direcciones opuestas. Un muchacho y una muchacha. Él mejor vestido que ella. Calzado también.

Los dos se comportaban con un aire furtivo. Yo conocía ese aire —esas ojeadas por encima del hombro, esas paradas y esos arranques repentinos— porque yo misma era inusualmente furtiva. Me agazapé entre las zarzas para espiarlos. Se agarraron el uno al otro, se entrelazaron y se dejaron caer al suelo. De ellos brotaban maullidos, gruñidos, gritos. Quizá estuvieran sufriendo un ataque, los dos a la vez. Quizá fueran —¡ay, por fin!— seres como yo. Me acerqué con mucho sigilo para verlos mejor. No tenían el mismo aspecto que yo —no tenían pelo, por ejemplo, salvo en la cabeza, lo que pude apreciar porque se habían quitado casi toda la ropa—; por otra parte,

yo había tardado un tiempo en convertirme en lo que era. Estarán en las fases preliminares, pensé. Saben que están cambiando, se han buscado el uno al otro para hacerse compañía y para compartir sus ataques.

Parecían obtener placer de aquellas sacudidas, pese a que de vez en cuando se mordían. Entendía a la perfección que llegaran a eso. ¡Qué consuelo encontraría yo si pudiera participar con ellos de ese placer! Con el correr de los años, la soledad me había endurecido; de pronto sentí que ese caparazón se reblandecía. Aun así, no tuve valor para abordarlos.

Una noche el muchacho se quedó dormido. Ella lo tapó con la camisa que había dejado a un lado y le dio un beso en la frente. Luego se alejó sin hacer ruido.

Yo me aparté de las zarzas y me encaminé con sigilo hacia él. Allí lo tenía, dormido en un óvalo de hierba aplastada, como tendido en una bandeja. Lamento decir que perdí los estribos. Le eché las zarpas rojas encima. Lo mordí en el cuello. ¿Era deseo o hambre? ¿Cómo iba a saber yo la diferencia? El muchacho despertó, me vio los dientes rosáceos, los ojos amarillentos; vio el revoloteo de mi vestido negro; vio cómo huía. Y hacia dónde huía.

Aquel muchacho se lo contó al resto del pueblo, y todos empezaron a elucubrar. Desenterraron mi ataúd y, al encontrarlo vacío, temieron lo peor. Ahora mismo vienen todos hacia esta casa, está anocheciendo; portan largas estacas, antorchas. Mi hermana va entre ellos, y su marido, y el muchacho al que besé. Yo pretendía que fuera un beso.

¿Qué puedo decirles, qué explicación puedo dar? Cuando se buscan demonios siempre habrá alguien que satisfaga el papel, y a fin de cuentas da lo mismo entregarse que rendirse. «Soy un ser humano», podría aducir. Pero ¿qué pruebas tengo de ello? «¡Soy un *lusus naturae*! ¡Llévenme a la capital! ¡Deberían estudiarme!». No serviría de nada. Me temo que al gato no le espera nada bueno. Lo que me hagan a mí se lo harán también a él.

Soy una persona de temperamento indulgente, sé que en el fondo lo hacen con la mejor intención. Me he puesto el vestido blanco del entierro, con mi velo blanco, como corresponde a una virgen. Hay que estar a la altura de la ocasión. Oigo el abejorreo en mi cabeza cada vez más fuerte: ha llegado la hora de levantar el vuelo. Caeré del tejado en llamas como un cometa, arderé como una hoguera. Tendrán que pronunciar muchos conjuros sobre mis cenizas para cerciorarse de que esta vez estoy muerta de verdad. Andando el tiempo me convertiré en una santa invertida; los huesos de mis dedos se venderán como talismanes siniestros. Seré una leyenda, para entonces.

A lo mejor en el cielo pareceré un ángel. O tal vez los ángeles se parezcan a mí. Si así fuera, ¡qué sorpresa para los demás! Ya tengo algo con lo que ilusionarme.

EL NOVIO LIOFILIZADO

Para colmo, el coche no le arranca. La culpa la tiene esa anormal ola de frío provocada por el vórtice polar, un término que ya ha generado montones de chistes en internet, donde los monologuistas lo comparan con las vaginas de sus consortes.

Sam se identifica con ellos. Antes de que Gwyneth le diera el portazo definitivo, su mujer ya había adoptado la costumbre de cambiar la sábana bajera de la cama indicando con ello que por fin se disponía a apretar los labios y obsequiarle con un revolcón deslavazado y desganado sobre una superficie prístina. Luego cambiaba la sábana *ipso facto* para recalcar el mensaje de que él, Sam, era un ser infestado de pulgas y microbios que lo dejaba todo perdido y con el que estaba malgastando la lavadora. Gwyneth había renunciado ya al fingimiento —se acabaron los gemidos de cartón piedra—, de manera que el acto solía llevarse a cabo en un silencio sobrecogedor, envuelto en un empalagoso halo rosa de suavizante para la ropa. A Sam se le impregnaba en los poros, aquel olor. Teniendo en cuenta las circunstancias, lo asombroso es que fuera capaz de cumplir siquiera, y más asombroso aún que lo hiciera con alacridad. Pero Sam nunca deja de sorprenderse a sí mismo. ¿Quién sabe dónde se meterá la próxima vez? Él no, desde luego.

El día empieza de la siguiente manera: durante el desayuno, un desastre ya de por sí, Gwyneth le comunica a Sam que su matrimonio ha terminado. Sam deja caer el tenedor y luego lo levanta de nuevo para apartar los restos de huevos revueltos que tiene en el plato. Gwyneth antes solía preparar unos huevos revueltos exquisitos, pero a juzgar por los que le ha puesto esta mañana, más duros que la suela de un zapato, no puede sino deducir que forman parte del paquete de desahucio. Gwyneth ya no desea complacerlo: todo lo contrario. Podría haber esperado a que se tomara un café: sabe que es incapaz de concentrarse sin su chute de cafeína.

—Eh, eh, no tan rápido —replica, pero enseguida se interrumpe.

Es inútil. Esta vez no se trata del comienzo de una trifulca, ni de una demanda de atención, ni de una oferta de negociación: Sam ya ha pasado por esas tres circunstancias y está familiarizado con las expresiones faciales complementarias. Esta vez Gwyneth no está enseñando los dientes, ni poniendo morritos, ni frunciendo el ceño: la mirada es gélida, la voz neutra. Se trata de una proclamación.

Sam sopesa la posibilidad de protestar: ¿qué ha hecho que sea tan grave, tan canalla, tan infame, tan cancerígenamente terminal? No ha habido ni dinero extraviado ni manchas de carmín ilícitas fuera de lo normal. Tal vez podría recriminarle el tono a su esposa: ¿a qué viene de pronto esa mala leche? Podría afearle sus distorsionados valores: ¿qué ha sido de su capacidad para divertirse, de su amor por la vida, de su equilibrio moral? O quizá sermonearla: ¡el perdón es una virtud! O camelársela: ¿cómo es posible que una mujer tan buena, paciente y cariñosa como ella arremeta contra un hombre herido y vulnerable como él con un mazazo psicológico tan burdo? O también podría prometer reformarse: ¿qué tengo que hacer? ¡No tienes más que decírmelo! Podría suplicarle que le concediera una segunda oportunidad, pero ella replicaría a buen seguro que ya las ha agotado todas. Podría decirle que la quiere, pero ella respondería —como viene haciendo últimamente, con tediosa previsibilidad— que obras son amores y no buenas razones.

Gwyneth está sentada a la mesa delante de él, pertrechada para el combate que sin duda supone que se avecina; el pelo apartado de la frente con tirantez y retorcido en la nuca como un torniquete, los pendientes rectilíneos de oro y el collar tintineante enfatizando la dureza metálica de su decreto. Se ha maquillado a tono para la escena —labios del color de la sangre seca, cejas negras como nubarrones de tormenta— y ha cruzado los brazos sobre los senos antes invitadores: por aquí no pasarás, amiguito. Pero lo peor es que, bajo el caparazón en que Gwyneth se ha encerrado, lo que se percibe es indiferencia hacia él. Ahora que ambos ya han agotado todas las variantes posibles del melodrama, Sam finalmente la aburre. Gwyneth está contando los minutos, deseando que salga por la puerta.

Sam se levanta de la mesa. Al menos podría haber tenido el detalle de aplazar la notificación del mandato judicial hasta que estuviera vestido y afeitado: un hombre con un pijama que no se ha cambiado en cinco días se halla en lamentable desventaja.

—¿Adónde vas? —le pregunta Gwyneth—. Tenemos que concretar los detalles.

Sam siente la tentación de soltarle un bufido malhumorado. «¡A la calle!». «¡Como si te importara!». «Ya no es de tu puta incumbencia, ¿no?». Pero sería un error táctico.

—Ya habrá tiempo de eso —responde—. De rollos legales. Tengo que hacer la maleta.

Si lo de Gwyneth es un farol, ahora sería el momento; pero no, Gwyneth no lo detiene. Ni siquiera le dice: «¡No seas tonto, Sam! ¡No me refería a que tuvieras que irte enseguida! ¡Siéntate y tómate un café! ¡Todavía somos amigos!». Pero ya no son amigos, por lo que parece.

—Haz lo que te dé la gana —le contesta Gwyneth con una mirada fulminante.

De manera que no le queda más opción que salir ignominiosamente de la cocina arrastrando los pies, vestido con el pelele estampado de ovejitas saltando una valla que Gwyneth le había regalado por su cumpleaños dos años atrás, cuando todavía lo encontraba mono y gracioso, y calzado con las raídas pantuflas de lana.

Sam sabía que la patada estaba al caer, pero no que fuera a llegar tan pronto. Debería haber sido más espabilado y haberla plantado él primero. Habría quedado por encima. ¿O sería por debajo? Así las cosas, el papel de víctima agraviada le corresponde por derecho. Se pone los vaqueros y una sudadera con desgana, echa una serie de cosas en un petate que compró hace tiempo como parte de un proyecto de surcar los mares que nunca llevó a cabo. Ya volverá otro día a por los demás trastos. El dormitorio conyugal, ya pronto dormitorio a secas —antes tan cargado de electricidad sexual, luego escenario de sus prolongados tiras y aflojas—, le parece ya una habitación de hotel que está a punto de abandonar. ¿Tuvo él algo que ver con la elección de esa burda imitación de cama victoriana? Pues sí, o al menos fue testigo presencial cuando se perpetraron los hechos. Con la tela de las cortinas seguro que no tuvo nada que ver, imposible con esa cursilada de rosas. De eso al menos se declara inocente.

Cuchilla, calcetines, calzoncillos, camisetas y demás. A continuación entra en la habitación de invitados, que hasta el momento venía usando como despacho, y mete a toda prisa en el maletín del ordenador su portátil, el móvil, la libreta y una maraña de cables y cargadores. Y unos cuantos documentos sueltos, aunque él no se fía del papel. Cartera, tarjetas de crédito, pasaporte: cada uno en su compartimento.

¿Cómo puede salir de casa sin que Gwyneth lo vea, sin que sea testigo de su abyecta retirada? ¿Y si retuerce una sábana, sale por la ventana y se

descuelga por ella? No está pensando con claridad, está casi bizco de la rabia. Para mantener el control se entrega al juego mental con el que suele entretenerse: en el supuesto de que fuera víctima de un asesinato, ¿encontrarían alguna pista en su pasta de dientes? «Calculo que este dentífrico se utilizó por última vez hace veinticuatro horas. Por lo tanto, la víctima seguía con vida en ese momento». ¿Y en su iPod? «Veamos qué estaba escuchando justo antes de que el cuchillo de trinchar le entrara por la oreja. ¡Puede que encontremos una clave en esa *playlist*!». ¿O en esos espantosos gemelos con forma de cabeza de león y sus iniciales grabadas que Gwyneth le regaló hace dos años por Navidad? «Imposible que sean suyos, era un hombre de gustos refinados. ¡Deben de ser del asesino!».

Pero eran suyos. Correspondían a la imagen que Gwyneth tenía de él cuando empezaron a salir juntos: el rey de la selva, el potente depredador que la zarandearía entre sus fauces, que se las hincaría en las carnes. Que la sujetaría, zarpa al cuello, retorciéndose de deseo.

¿Por qué le resulta tranquilizador imaginarse tendido en una mesa de autopsias mientras una médica forense —invariablemente una rubia despampanante, aunque con una bata blanca que le tapa los turgentes senos de doctora expeditiva— explora su cadáver con dedos tan delicados como diestros? «Con lo joven que era, y tan bien dotado —piensa ella—. ¡Qué desperdicio!». Y luego, como la detective curiosona y vivaracha que es, trata de recrear la vida triste y malograda de Sam, de desandar los pasos díscolos que lo llevaron a mezclarse con compañías funestas y lo condujeron a ese trágico final. «Buena suerte, nena —le desea él en silencio desde el interior de su blanca y fría cabeza—: Soy un enigma, nunca sabrás de qué voy, nunca lograrás encasillarme. ¡Pero vuelve a hacer eso que me estabas haciendo con el guante de látex! ¡Oh, sí!».

En algunas de esas fantasías Sam se incorpora porque resulta que no estaba muerto. ¡Qué gritos! Y luego: ¡qué besos! Hay versiones en las que se incorpora incluso estando ya cadáver. Las órbitas de los ojos vueltas en sus cuencas, pero las manos ávidas abalanzándose hacia los botones de la bata blanca. Un panorama distinto en ese caso.

Embute otra sudadera en lo alto del petate: ya está, con eso será suficiente. Cierra el saco, se lo echa al hombro, agarra el maletín del ordenador con la otra mano y baja al trote la escalera, salvando los peldaños de dos en dos, como ha hecho tantas veces. Cambiar la moqueta raída de esos escalones ya no es asunto suyo: una ventaja, al menos.

En el vestíbulo saca la parka del armario, confirma que los guantes, la bufanda y el gorro de borreguillo están en los bolsillos. Desde allí ve a Gwyneth, todavía en la cocina, acodada sobre la lujosa mesa con encimera de cristal que Sam se había agenciado gracias a sus contactos, pero que ahora quedará en poder de Gwyneth, porque no tiene ninguna intención de pelearse por ella. De todos modos, en realidad no la pagó: la obtuvo.

Gwyneth se ha propuesto no hacerle caso. Se ha preparado un café; llega un aroma delicioso. Y una tostada, por lo que parece. Es evidente que el disgusto no le ha quitado el hambre. Eso le duele. ¿Cómo puede estar ahí masticando como si nada en un momento así? ¿Es que no significa nada para ella?

—¿Cuándo te veré? —le pregunta levantando la voz en el momento en que Sam ya sale por la puerta.

—Te mandaré un mensaje de texto. Que te vaya bien la vida.

¿Demasiado resentido ese adiós? Sí, el rencor es una equivocación. No seas gilipollas, Sam, se dice. Estás perdiendo los papeles.

Ese es el momento en que el coche decide no arrancar. Maldito Audi de los cojones. Nunca debería haber aceptado que aquel tipo saldara su deuda ofreciéndole a cambio ese cochazo de mierda, por mucho chollo que pareciera en su momento.

Esto es lo que se dice pifiar una salida por la puerta grande. Ni siquiera ha tenido tiempo de doblar la esquina a toda leche, broooom, ahí te quedas, que el marino se va a surcar los mares, porque ¿para qué esperar a que las señoras te aten bloques de cemento a los tobillos y te hundan en la miseria? Un saludito con la mano y adiós muy buenas, que él se iría a correr nuevas aventuras.

Prueba de nuevo a girar la llave de contacto. Clic, clic, más muerto que el mes de noviembre. Mientras su aliento se transforma en vaho en el aire gélido, con las yemas de los dedos cada vez más blanquecinas y los lóbulos de las orejas cada vez más entumecidos, llama a su servicio de asistencia en carretera habitual para que vayan a cargarle la batería. Le responde una mera grabación: un técnico se presentará en breve, pero debería tener en cuenta que debido a las condiciones meteorológicas adversas se estima una demora aproximada de dos horas, le rogamos que se mantenga a la espera porque valoramos mucho su fidelidad como cliente. A continuación, salta la alegre sintonía de rigor. «Por nosotros como si se te hielan los cojones —dice la letra

inexistente de la canción—, bendito sea el vórtice polar, porque por aquí nos estamos forrando. Espabila, hombre. Cómprate un calentador para el motor, y que te den por culo».

Así que vuelve a entrar en casa con el rabo entre las piernas. Menos mal que aún tiene llave, aunque seguro que Gwyneth ya ha puesto «Cambiar las cerraduras» a la cabeza de la lista. Ella siempre ha sido muy amiga de hacer listas.

—¿Qué haces aquí otra vez?

Sonrisita enternecedora y compungida de Sam: ¿sería Gwyneth tan amable de salir a ver si a ella le arranca su coche, y luego quizá de hacerle un empalme? Lo del empalme es un decir, añade Sam para sus adentros. A él no le importaría empalmarse un rato con ella a ver si así la reconquistaba, al menos el tiempo suficiente para aprovechar la pasión de la reconciliación, pero no es momento.

—Si no, tendré que quedarme aquí hasta que llegue la grúa —dice con lo que espera sea una sonrisa desenvuelta—. Podría tardar horas. Podría ser… podría estar aquí el día entero. Y supongo que no te haría mucha gracia.

A Gwyneth no le hace mucha gracia. Exhala un hondo suspiro de resignación —un coche que no arranca es otro punto más que añadir a su continua e interminable ristra de ineptitudes— y comienza a aislarse térmicamente: abrigo, mitones, bufandas y botas. Sam la oye subirse las mangas invisibles: «Manos a la obra». Sacarlo de apuros, sacudirle el polvo, lustrarlo hasta que brille como si fuera nuevo: en otro tiempo Gwyneth había convertido ese tipo de tareas en su vocación más preciada. Si alguien podía arreglarlo, esa era ella.

Pero ha fracasado.

La primera vez que se enrollaron, después de que ella entrara en la tienda de antigüedades de Sam buscando algo que combinara con un feo spaniel de porcelana de Staffordshire que acababa de heredar, Gwyneth lo encontró poco menos que irresistible: osado, excitante a la vez que entretenido, como un personaje secundario en un musical de los años cincuenta. Como una especie de gánster cómico entrañable, un pillastre, pero en el fondo de fiar. Es posible que ningún otro hombre le hubiera prestado nunca la atención que le prestó él: aquel meticuloso escrutinio táctil, como si fuera una valiosa taza de té. O también es posible que en el pasado Gwyneth no se hubiera percatado de las insinuaciones de los hombres porque había estado demasiado ocupada con los

achaques de sus padres para dedicarles tiempo a los hombres, o para dejarles que le dedicaran tiempo a ella. Por así decirlo. No es que no fuera guapa —lo era, poseía una belleza como de figurante—, sino que parecía no ser consciente de lo que podía hacer con esa belleza. Había tenido unos cuantos novios, es cierto, pero por lo que a Sam le pareció entender, unos calzonazos todos.

El día del spaniel de porcelana, sin embargo, Gwyneth estaba lista para el combate. No debería haberse mostrado tan abierta con un extraño, y menos con él. No debería haber divulgado tanta información *motu proprio*. Los padres difuntos, la herencia: dinero suficiente para poder dejar su puesto de maestra, para empezar a disfrutar de la vida. Pero ¿disfrutar cómo?

Y ahí entra Sam, como caído del cielo, con sus conocimientos sobre la porcelana de Staffordshire y sonriéndole con lascivia admirativa y cortés. A él se le daba muy bien disfrutar de la vida, un talento que no muchos poseían. Y estaba encantado de compartirlo con ella.

Fue bastante franco; o mejor dicho, no le mintió descaradamente. Le dijo que sus ingresos provenían de la tienda de antigüedades, lo cual en parte era cierto. No mencionó, sin embargo, de dónde provenía todo lo demás. Le dijo que tenía un negocio propio —cierto—, aunque había otro socio, cierto también. Lo que ella vio en él fue a un excitante hombre de acción, a un mago en la cama; lo que él vio en ella fue una fachada respetable tras la que poder agazaparse un tiempo. Sería agradable no tener que vivir en moteles o acampado en la trastienda del anticuario, y muy oportunamente, resultó que Gwyneth tenía ya una casa en propiedad y además con espacio suficiente para que él pudiera alojarse cuando estuviera allí. Algo que, a medida que las cosas se normalizaron, ocurrió cada vez menos. Su trabajo lo obligaba a viajar mucho, le dijo. Había que inspeccionar las antigüedades *in situ*.

Sam no puede decir que no disfrutara, al principio, de la conveniencia de estar casado con ella. Tan bien atendido. Tan cómodo.

No era un cabrón integral: se convenció de que deseaba ese matrimonio, incluso creyó que podría funcionar. Los años no pasaban en balde, y tal vez hubiera llegado el momento de sentar la cabeza. ¿Y qué si, a simple vista, Gwyneth no era una tía buena? Las tías buenas podían estar muy pagadas de sí mismas; eran exigentes y caprichosas. Gwyneth no era tan arrebatadora como para no apreciar lo que se le daba. En una ocasión, Sam la tumbó desnuda en la cama y la cubrió con billetes de cien dólares: una experiencia embriagadora para una chica formal como ella, ¡y sin duda afrodisíaca! Pero cuando Gwyneth descubrió la escasez periódica y cada vez más acuciante de

billetes de cien dólares —la primera vez que Sam tuvo una suerte pésima y le sableó un préstamo—, aquello tuvo el efecto contrario. Le achicó los ojos, le encogió los pezones como si fueran pasas, la dejó seca como la mojama. Justo cuando él más habría necesitado de una pizca de comprensión y consuelo, ¡toma! Van y lo encierran en el refrigerador virtual, a pesar de sus ojazos azules.

Sam ha confiado en ellos toda su vida, en esos enormes ojos azules. Ojos cándidos, redondos. Ojos de granuja estafador. «Pareces un muñeco», le dijo una vez una mujer refiriéndose a sus ojos. «Igual de frágil», le contestó él, cautivador. Contemplando esos ojos, ¿qué mujer sería capaz de recelar de cualquier pretexto que Sam le tendiera a los pies cual sedoso pañuelo de marca desplegado en la calle por un vendedor ambulante?

Aunque Sam está convencido de que esos enormes ojos azules se le están encogiendo; ¿o quizá se le está ensanchando la cara? Sea como fuere, la proporción entre los ojos y el resto de su cara está cambiando, como la de hombros y la cintura, por otra parte. A la treta de la mirada todavía puede recurrir; sigue surtiendo efecto, las más de las veces, aunque no con los hombres, como es natural. Los hombres reconocen mucho mejor cuando uno de los suyos les está vendiendo la moto. El truco con las mujeres es mirarlas a la boca. Uno de los trucos.

Gwyneth y él no tienen hijos, luego el proceso de divorcio no debería durar mucho. Una vez zanjados los trámites, Sam volverá a ser libre de nuevo. Deambulará por el mundo como un caracol, con la casa a cuestas, que tal vez sea como más cómodo se siente. Vivirá feliz y contento. Vagará a su antojo. Olerá de nuevo a sí mismo.

El coche de Gwyneth arranca a la primera. Apaga el motor, lo observa por la ventanilla con mirada bobalicona y ufana mientras Sam manipula los cables de arranque con los dedos ateridos, confiando tal vez en que se electrocute. No caerá esa breva: Sam le indica con un gesto que ponga en marcha el motor y la corriente eléctrica fluye de su coche al Audi; ya está otra vez motorizado. Intercambian sonrisas forzadas. Sam sale con tiento a la calzada cubierta de hielo y le dice adiós con la mano. Pero Gwyneth ya se ha dado la vuelta.

Su plaza de aparcamiento en la parte trasera del edificio está libre por una vez. La tienda se encuentra al oeste de la calle Queen, justo donde la creciente ola de la modernez rompe contra la desolada orilla de lo cutre. A un lado, *boutique* de café y clubes nocturnos glamurosos; al otro, casas de empeños y

tiendas de ropa barata, con las mercancías ya amarilleando sobre maniquíes agrietados. METRAZZLE, proclama el letrero de su tienda. En el escaparate hay una mesa de comedor en madera de teca con sillas a juego, estilo años cincuenta, y como complemento, un equipo de música en madera de tono claro. El vinilo ha vuelto: algún hijo de papá encontrará irresistible esa pieza.

Metrazzle no ha abierto todavía. Sam accede al interior tras forcejear con las múltiples cerraduras. Su socio ya está dentro, en la trastienda, ocupado en su labor habitual: la falsificación de muebles. Mejor dicho: el «realce» de muebles. Se llama Ned, o al menos atiende por ese nombre; su arte es el envejecimiento de la madera, o una de sus artes. Ned es a la madera lo que el cirujano plástico al bótox, con la diferencia de que él la envejece en lugar de rejuvenecerla. El aire está cargado de motitas de serrín, y apesta a barniz.

Sam suelta el petate sobre una silla *vintage*, una Eames metálica.

—Hace un frío de la leche ahí fuera —dice.

Ned levanta la vista del martillo y el cincel; está añadiendo unas cuantas grietas falsas a un mueble.

—Y más que se avecina —contesta—. Ahora mismo está descargando sobre Chicago. Han cerrado el aeropuerto.

—¿Y cuándo viene para aquí? —pregunta Sam.

—Más tarde —dice Ned.

Tap, tap, resuena el cincel.

—Será el cambio climático —dice Sam.

Es lo que la gente dice hoy en día, igual que antes se decía «Hemos desatado la cólera de Dios». Y al igual que entonces, nadie puede hacer una puta mierda al respecto, así que ¿para qué mencionarlo siquiera? A vivir que son dos días. Mientras el cuerpo aguante. Aunque no es que Sam esté hoy para mucho jolgorio. Empieza a acusar el golpe por lo de Gwyneth, en lo más hondo. Nota un nudo frío justo en el centro de su ser.

—Puta nieve, qué harto me tiene ya —dice.

Tap, tap, tap. Silencio.

—¿Te ha echado de casa la parienta?

—Me he ido yo —contesta Sam, con toda la indiferencia que puede—. Hacía tiempo que estaba dándole vueltas.

—Tenía que suceder tarde o temprano —dice Ned—. Se veía venir.

Sam agradece que Ned acepte sin reservas lo que a buen seguro sospecha que es una tergiversación considerable de la verdad.

—Sí —dice—. Una lástima. Se lo ha tomado fatal. Pero ya se le pasará. No es que se haya quedado en la calle o vaya a pasar hambre ni mucho

menos.

—No, claro —conviene Ned.

Tiene tantos tatuajes en los antebrazos que parece como si se los hubiera tapizado. Es parco en palabras, porque tras pasar un tiempo entre rejas concluyó, con razón, que en boca cerrada no entra estilete. Le gusta su trabajo y agradece disponer de él, lo cual es bueno para Sam, pues significa que no se expondrá a perderlo escarbando en exceso. Por otra parte, almacena la información entrante como un procesador de datos y la desembucha con precisión cuando se le requiere.

Sam le sonsaca que un cliente se había dejado caer por la tienda a última hora del día anterior, un tipo al que Ned no había visto nunca, vestido con una cazadora de cuero con pinta de cara. Había examinado todos los escritorios. Curioso que saliera a la calle en plena nevada, pero hay tipos a los que les va la aventura. No había nadie más en la tienda, como es lógico. Al final, el objeto por el que se interesó fue la elegante reproducción estilo Directorio: preguntó precio, dijo que se lo pensaría. Quería dejarlo reservado un par de días, le soltó una paga y señal de cien dólares. En metálico, nada de tarjetas. Dentro del sobre cerrado, junto a la caja. El nombre está dentro.

Ned vuelve al cincel. Sam se acerca al mostrador de caja con parsimonia y abre el sobre como si tal cosa. Además del dinero —en billetes de veinte—, dentro hay una nota que saca del sobre. Lo único que lleva escrito es una dirección y un número. Ned no es tonto, pero en Metrazzle se opera bajo el principio de que todo debe poder negarse: hay que dar por sentado que hay micrófonos ocultos por todas partes, ese es el lema de Sam. Se fija en el número escrito a lápiz, el 56, lo archiva en la memoria, estruja el papel y se lo guarda en el bolsillo. En el primer servicio que encuentre, lo tirará por el retrete.

—Creo que me iré a la subasta —anuncia—. A ver qué encuentro.

—Que haya suerte —dice Ned.

La subasta en cuestión es en un guardamuebles. Sam asiste a dos o tres por semana, como otros muchos colegas del mundillo de las antigüedades: hacen la ronda de las empresas de guardamuebles que rodean la ciudad y las localidades de la periferia, siempre en algún desolado polígono comercial u otro. Sam está suscrito a una lista de correo electrónico que lo avisa automáticamente de todas las subastas que van a celebrarse en la provincia, clasificadas por código postal. Acude únicamente a las que le quedan cerca: como mucho a dos horas de trayecto en coche. A mayor distancia, los réditos no justificarían la inversión, al menos no de media. Aunque hay pujadores

con suerte que han ganado verdaderas fortunas: ¿quién sabe cuándo vas a toparte con una auténtica obra maestra, oculta bajo una pátina de polvo y barniz, o una caja repleta de cartas de amor que un difunto célebre envió a su amante secreta, o un lote de abalorios que resultan ser joyas auténticas? Últimamente en la televisión se han puesto de moda los programas de telerrealidad que fingen captar a la gente en el momento justo que abren el guardamuebles y, ¡bingo!, descubren un hallazgo espectacular que habrá de cambiarles la vida, todo entre exclamaciones de sorpresa y alegría.

A Sam nunca le ha ocurrido eso. Aun así, hay algo emocionante en ganar una subasta, en hacerse con la llave de ese trastero cerrado y abrir la puerta. A la espera de hallar algún tesoro al otro lado, puesto que los trastos que haya allí dentro en otro tiempo debieron de ser tesoros, si no sus propietarios no se habrían molestado en guardarlos.

—Estaré de vuelta antes de las cuatro —anuncia.

Sam siempre le comunica a Ned su tiempo estimado de llegada: forma parte de esa pequeña trama argumental que no puede dejar de urdir. «Dijo que estaría de vuelta antes de las cuatro. No, no parecía preocupado por nada. Aunque puede que estuviera nervioso. Me preguntó por un tipo extraño que había pasado por la tienda. Con chaqueta de cuero. Interesado en escritorios».

—Envíame un mensaje cuando quieras que mande la furgoneta —dice Ned.

—Esperemos que encuentre algo por lo que merezca la pena mandarla —contesta Sam.

Los trasteros deben quedar desocupados al cabo de veinticuatro horas, no puedes dejar allí tiradas las porquerías que no te interesan: te han tocado, son tuyas. Los del guardamuebles no arden en deseos de costear el traslado al vertedero de tus trastos recién adquiridos.

El cuento que Sam y Ned han acordado tácitamente es que Sam anda buscando muebles decentes para que Ned los realce. Y es verdad que los busca, ¿por qué no? Confía en sacar algo más del filón del mueble que de los cachivaches inútiles que trajo de la subasta la última vez: una guitarra rota, una mesa de *bridge* plegable con solo tres patas, un oso de peluche gigante obtenido en el tiro al blanco de una feria y un tablero de crokinole. El tablero era el único objeto con algo de valor: hay gente que colecciona juguetes antiguos.

—Conduce con precaución —le dice Ned.

«Me envió un mensaje pidiéndome que le mandara la furgoneta. A las dos y treinta y seis, lo sé porque miré el reloj, ese *art déco* que está ahí colgado,

¿ve? Marca la hora a la perfección. Luego, no sé, se esfumó sin más.

»¿Tenía algún enemigo?

»Yo solo soy un empleado… Aunque es verdad que dijo… sí, dijo algo de una trifulca con su mujer. Gwyneth, se llama. No es que yo la conozca mucho. La dejó plantada cuando estaban desayunando. Se veía venir. La mujer le cortaba el rollo, no lo dejaba respirar. Sí, celosa, posesiva, eso decía. Estaba colada por él, era muy absorbente. ¿Que si pudo, si fue alguna vez… violenta? No, qué va, nunca dijo eso. Salvo la vez que le tiró una botella de vino a la cabeza, pero vacía, ¿eh? Es lo que tienen esas mujeres, que a veces estallan sin venir a cuento. Pierden los papeles. Se les va la olla».

Sam se entretiene con el descubrimiento de su propio cadáver. ¿Desnudo o vestido? ¿Dentro o fuera? ¿Navaja o pistola? ¿Solo?

Esta vez el coche arranca a la primera, cosa que Sam interpreta como un buen augurio. Circula en zigzag hacia la autopista The Gardiner, que con un poco de suerte quizá no se haya derrumbado todavía —no, no se ha derrumbado, puede que Dios exista después de todo—, y luego enfila hacia el oeste. La dirección del sobre era la de un emporio de guardamuebles en Mississauga, no muy lejos de allí. El tráfico está imposible. ¿Por qué será que en invierno todo el mundo va pisando huevos?

Llega a la nave pronto, aparca, se dirige al despacho central y se inscribe. El proceso habitual. Ahora tendrá que hacer tiempo hasta que la subasta dé comienzo. Sam detesta esos vacíos de espacio-tiempo. Mira el móvil por si tiene algún mensaje. Que si patatín, que si patatán, nada de particular. Y Gwyneth, que le escribe: «¿Quedamos mañana? Mejor zanjar esto de una vez». Sam no le contesta, pero tampoco elimina el mensaje. Que espere. Le apetecería salir a fumarse un cigarrillo, pero resiste la tentación, puesto que dejó el vicio oficialmente hace ya cinco meses, por cuarta vez.

Llegan unos cuantos tipos más, con cuentagotas, no es una gran concurrencia que digamos. Mejor que mejor, menos competencia, así no se disparan las pujas. Demasiado frío para que los turistas hagan acto de presencia: no hay ambiente de rastrillo veraniego, ni la efervescencia de la glamurosa telerrealidad. Solo un puñado de intermediarios impacientes allí plantados, esperando, arrebujados en sus abrigos, con las manos en los bolsillos o consultando relojes y móviles.

Entran otro par de anticuarios más, conocidos de Sam: los saluda con un cabeceo, ellos cabecean a su vez. Ha hecho negocios con ambos en otras

ocasiones: lotes que ha ganado y no encajaban en su especialidad, pero sí en la de ellos. Él no suele trabajar con piezas victorianas: demasiado voluminosas para un piso. Ni tampoco con el período de entreguerras, demasiado ornamental y granate. Él prefiere muebles de líneas más limpias. Más livianos. No esos armatostes.

El subastador entra presuroso cinco minutos tarde, con un café y una bolsa de donuts, lanza una mirada ceñuda a la escasa concurrencia y enciende el micrófono de mano, aunque maldita la falta que le hace, ni que estuviéramos en un partido de fútbol, pero será que lo hace sentirse importante. Hoy salen a subasta siete guardamuebles de la nave, de siete propietarios a quienes les importan tan poco que ni se han personado. Sam puja por cinco, gana cuatro de ellos y deja pasar el quinto para no llamar la atención. El único que le interesa de verdad es el segundo, el número 56 —ese era el número anotado en el sobre, ahí es donde estará escondido el alijo clandestino—, pero siempre procura pujar por un puñado de ellos.

Una vez terminado el acto en sí, hace cuentas con el licitador y este le entrega las llaves de los cuatro trasteros.

—El contenido tiene que haberse vaciado en las próximas veinticuatro horas —advierte—. Barra y déjelos limpios, son las reglas.

Sam asiente; ya sabe cuáles son las reglas, pero para qué replicar. Es un gilipollas que va para celador de prisiones o para político, o para cualquier otro puesto que permita erigirse en dictador. Otro no tan gilipollas quizá le habría ofrecido un donut —no es posible que el tío vaya a zamparse la bolsa entera, con lo bien que le iría perder unos kilos—, pero esa filantrópica acción no se produce.

Sam cruza la calle y va hacia el centro comercial, con el cuello alzado porque el viento arrecia y embozado en la bufanda; se compra un café para llevar, con doble de nata y doble de azúcar, y su propia bolsa de donuts —los suyos recubiertos de chocolate—, y regresa a la nave para inspeccionar con calma los trasteros recién adquiridos. Le gusta aguardar a que los demás postores se hayan largado: no quiere a nadie curioseando alrededor. El número 56 lo reservará para el final; a esas alturas ya se habrá ido todo el mundo.

El primer guardamuebles está atestado de cajas de cartón. Sam echa un vistazo al contenido de unas cuantas: porquerías, libros en su mayoría. Él es incapaz de tasar un libro, así que hará un trato con un tipo que conoce, especialista en ese mercado; si hay algo realmente digno de mención, Sam se llevará su parte. Los libros con la firma del autor a veces tienen buena salida,

según su colega, aunque no siempre, porque a veces el autor es un desconocido. Los escritores muertos tienen su interés, pero no muy a menudo; aparte de muertos, tienen que ser famosos. Los libros de arte por lo general se venden bien, dependiendo de las condiciones en que estén. Muchos son rarezas.

En el siguiente guardamuebles no hay más que una motocicleta antigua, una de aquellas italianas ligeras que casi parecen triciclos. A Sam no le sirve para nada, pero puede que a alguien sí. Al menos podría desguazarse y venderse por partes. No se entretiene mucho. Solo faltaría que se le helaran las pelotas: estos trasteros no tienen calefacción y está bajando la temperatura.

Localiza el siguiente guardamuebles, introduce la llave en el candado. A la tercera va la vencida: ¿y si es la cueva del tesoro? La posibilidad todavía lo ilusiona, aun sabiendo que es como creer en los cuentos de hadas. Sube la persiana y enciende la luz.

Justo delante hay un traje de novia blanco con una falda como una campana enorme y grandes mangas abullonadas. Está envuelto en una funda de plástico transparente, como si acabara de salir de la tienda. Ni siquiera parece usado. También hay unos zapatos blancos forrados en satén, a simple vista nuevos, metidos en el interior de la funda. Y unos guantes hasta el codo con botoncitos a lo largo, que alguien ha prendido con alfileres a las mangas del vestido. Resultan tétricos: acentúan más si cabe la ausencia de la cabeza; aunque hay un velo blanco, ahora que lo ve, echado sobre los hombros del vestido a modo de estola, con una guirnalda de flores artificiales blancas y perlitas cultivadas.

¿Quién guardaría su traje de novia en un trastero de una nave industrial?, se pregunta Sam. Una mujer no haría algo así. Puede que lo dejara arrumbado en un armario, en un arcón o algo por el estilo, pero no en un guardamuebles. Ahora que lo piensa, ¿dónde tiene Gwyneth guardado su traje de novia? Ni idea. Aunque el suyo no era tan ostentoso como este. No hicieron una boda a lo grande, con ceremonia en la iglesia y demás. Gwyneth decía que esas bodas en realidad se hacían para los padres, y los de ella ya estaban muertos, al igual que los de Sam, o eso le había dicho él. Para qué dejar que su madre le diera la brasa a Gwyneth con las divertidas vicisitudes y las no tan divertidas correrías de su vida anterior; no habría conseguido más que desconcertarla. Se habría visto obligada a escoger entre dos realidades: la de Sam y la de su madre, y esa clase de disyuntivas emponzoñaban el romanticismo.

De manera que solo se casaron por lo civil, y luego Sam se llevó a Gwyneth a una idílica luna de miel en las islas Caimán. Baño en el mar va, baño en el mar viene, revolcón en la arena, arrobamiento ante la luna. Flores en la mesa del desayuno. Otra puesta de sol, manitas en el bar, atiborrarla a daiquiris helados, su bebida preferida. Sexo por la mañana, besuquearle el cuerpo de abajo arriba, empezando por los dedos de los pies, como un gusano sobre una lechuga.

«¡Oh, Sam! Qué g… Nunca imaginé que…».

«Tú relájate. Eso es. Pon la mano aquí».

No fue tan difícil. Entonces podía permitirse todo eso, las playas, los daiquiris, estaba forrado. El dinero va y viene como una ola, es su naturaleza, pero él siempre ha sido partidario de darle aire cuando se tiene. ¿Fue entonces cuando cubrió a Gwyneth con billetes de cien dólares, en la luna de miel? No, ese as lo sacó después.

Aparta el traje de novia. Es rígido, la tela cruje, crepita. Hay más aparejos nupciales guardados: sobre una mesilla de noche, un ramo de novia enorme, atado con un lazo de satén rosa. La mayor parte de las flores son rosas, pero están secas como piedras. Al otro lado, por detrás de la falda blanca, está la pareja de la mesilla de noche, y sobre ella una tarta nupcial gigante, cubierta con una de esas tapaderas abombadas que se ven en las pastelerías. Por encima lleva una capa de fondant blanco, rosas de azúcar de color rosa y blanco, y una pareja de novios diminutos coronando la tarta. Está intacta, sin cortar.

De pronto lo asalta un mal presentimiento. Se encoge para pasar junto al voluminoso vestido. Si la intuición no le falla, debería haber champán: el champán nunca falta en una boda. Y, efectivamente, ahí está, tres cajas enteras, sin abrir. Es un milagro que las botellas no se hayan congelado y estallado en pedazos. Junto a las botellas, hay varias cajas con copas aflautadas, también sin estrenar: de cristal, no de plástico, de las buenas. Y unas cuantas cajas con platos blancos de porcelana, y una grande llena de servilletas blancas, pero no de papel, sino de tela. Alguien ha guardado allí su boda al completo. Una boda de alto copete.

Detrás de las cajas de cartón hay unas maletas: nuevas por completo, un juego entero, de color rojo cereza.

Y detrás de las maletas, en el rincón más oscuro y apartado, el novio.

—Arrea —exclama Sam en voz alta.

Su aliento se expande como una columna de humo blanco a causa del frío; quizá la ausencia de olor obedezca también al frío. De hecho, ahora que cae,

sí se detecta cierto tufo, un poco dulzón —aunque quizá sea por la tarta—, como a calcetines sucios, con una ligera nota a comida de perros podrida.

Sam se emboza en la bufanda. Le están entrando arcadas. Esto es una locura. Quienquiera que aparcara a ese novio aquí dentro debe de ser un psicópata de cuidado, un fetichista morboso o algo así. Mejor largarse ahora mismo. Mejor llamar a la policía. No, mejor no. No le interesa que husmeen en su último guardamuebles, el número 56, el que no ha abierto todavía.

El novio lleva el atuendo nupcial completo: traje negro de etiqueta, camisa blanca, corbatín, un clavel ajado en el ojal. ¿No hay chistera? Sam no la ve, pero apuesta a que no anda muy lejos —en el equipaje, seguro—, porque quienquiera que haya sido el autor de este montaje no ha escatimado en detalles.

Salvo por la novia: no hay novia por ninguna parte.

El hombre tiene la cara desecada, como si lo hubieran momificado. Está envuelto en varias capas de plástico transparente; tal vez fundas para guardar la ropa, como la que contiene el traje de novia. Sí, ahí están las cremalleras: han sellado cuidadosamente las aberturas con cinta de embalar. Bajo los plásticos transparentes el novio tiene un aspecto ondulante, como si estuviera sumergido en el agua. Menos mal que tiene los ojos cerrados, piensa Sam. ¿Cómo lo han hecho? ¿Los ojos de los cadáveres no quedan siempre abiertos? ¿Se los habrán pegado con Krazy Glue? ¿Con celo? Tiene la extraña impresión de que ese hombre le suena de algo, de que lo conoce, pero es imposible.

Retrocede con mucho tiento y, una vez fuera del guardamuebles, baja la persiana y echa el candado. Después se queda plantado delante con la llave en la mano. ¿Y ahora qué mierda se supone que tiene que hacer, con ese novio apergaminado? No puede dejarlo ahí dentro, encerrado en el trastero. Ha comprado esa boda, es suya, es el responsable de sacarla de allí. Pero no puede pedirle a Ned que mande la furgoneta, a menos que la traiga el propio Ned… De él se fía, no se iría de la lengua. Pero Ned nunca se encarga de conducir la furgoneta, subcontratan un servicio.

También podría pedirle que alquilara un vehículo a otra empresa y que lo llevara hasta allí, y mientras tanto Sam lo esperaría delante del trastero para que nadie se acercara a meter las narices; pero suponiendo que se quedara donde está, congelándose porque empieza a hacerse de noche, y que luego cargaran la boda entera en la furgoneta y la trasladaran a la tienda… ¿Después qué? ¿Se llevan a ese pringado consumido a un descampado y lo entierran? ¿Lo arrojan al lago Ontario, después de, oh milagro, salvar las orillas heladas

sin que se resquebrajen y se los traguen? Aun suponiendo que eso fuera posible, seguro que el novio flotaba. «Novio momificado confunde a la unidad de investigación policial. Circunstancias sospechosas rodean al extraño contrayente. Bombazo nupcial: la novia se casó con un zombi».

No comunicar el hallazgo de un cadáver es un delito grave, ¿no? Peor aún: seguro que fue un asesinato. Uno no termina enfundado en varias capas de plástico selladas con cinta de embalar y vestido para una boda de etiqueta a no ser que lo hayan matado antes.

Mientras Sam sopesa sus opciones, una mujer alta dobla la esquina. Lleva uno de esos abrigos de piel vuelta, con la capucha echada sobre la melena rubia. Se acerca casi corriendo. Ahora ya la tiene delante. Parece nerviosa, aunque disimula.

Vaya, piensa Sam. La novia que faltaba.

La mujer posa la mano en su brazo.

—Perdone —le dice—. ¿Es usted el que acaba de comprar el contenido de este trastero? En la subasta.

Sam le sonríe, abre sus ojazos azules como platos. Luego desvía la mirada hacia los labios de la mujer, la levanta de nuevo. Es casi de su misma altura. Lo bastante fuerte para haber cargado a rastras con el novio hasta el trastero sin ayuda de nadie, incluso antes de que se secara.

—Un servidor, sí —contesta—. Me declaro culpable.

—Pero ¿no lo ha abierto aún?

Ha llegado el momento de la decisión. Podría entregarle la llave, decirle: «Ya he visto el desastre que tiene ahí montado, límpielo usted misma». O bien: «Pues sí, lo he abierto, y pienso llamar a la policía». O bien: «Sí, acabo de echar una ojeada, parece una boda. ¿La suya?».

—No —responde Sam—. Aún no. He comprado un par de trasteros más. Justo ahora mismo me disponía a abrir este.

—Le pago el doble de lo que le haya costado —dice ella—. No quería que se pusiera a la venta, pero ha habido un malentendido; el talón se perdió en el correo, yo estaba fuera de viaje por trabajo y no recibí la notificación a tiempo, así que he tomado el primer vuelo que he podido, pero he estado seis horas retenida en Chicago por culpa del temporal. ¡Ha caído una nevada impresionante! ¡Y encima el tráfico a la salida del aeropuerto estaba imposible!

Termina con una risita nerviosa. Debía de llevar la perorata ensayada, porque le ha salido de un tirón, como la cinta de una teleimpresora.

—Ya he oído lo del temporal —dice él—. En Chicago. Qué mala suerte. Lamento que se haya retrasado.

Sam no contesta a la oferta pecuniaria. Queda suspendida en el aire entre ambos, al igual que sus respectivos alientos.

—El temporal viene de camino —advierte la chica—. Es una tormenta de nieve en toda regla. Siempre se mueven hacia el este. Si no quiere quedarse aquí aislado, más vale que se ponga en marcha. Cuanto más rápido, mejor para ambos: le pagaré en metálico.

—Gracias —dice Sam—. Me lo estoy pensando. De todos modos, ¿qué tiene guardado ahí dentro? Debe de ser algo de valor si tanto le importa.

Sam tiene curiosidad por saber por dónde va a salir.

—Nada, menaje familiar. Cosas heredadas. Lo de siempre, cristalería, porcelana, enseres de mi abuela. Algunos abalorios. Puro valor sentimental. No sacaría mucho por ellas.

—¿Menaje familiar? —pregunta Sam—. ¿Algún mueble quizá?

—Poca cosa —responde ella—. Y no de gran calidad. Son muebles antiguos. Nada que pudiera tener interés para nadie.

—Pero es que yo me dedico a eso, a los muebles antiguos. Tengo un anticuario. La gente muchas veces ignora el valor de lo que tiene. Antes de aceptar su oferta, me gustaría echar un vistazo.

Sam vuelve a mirarla a los labios.

—Triplico la oferta —dice ella. Ahora está tiritando—. ¡No querrá ponerse a revolver en ese trastero con el frío que hace! ¿Por qué no salimos de aquí antes de que descargue la tormenta? ¿Y si vamos a tomar una copa y, no sé, cenamos o algo? Así podemos hablarlo con calma.

Le sonríe, insinuante. Se le ha soltado un mechón, y el viento lo agita sobre su boca; se lo remete detrás de la oreja, despacio, y luego baja la mirada hacia la cintura de Sam. Ha subido la apuesta.

—De acuerdo —responde él—. Buena idea. Así me cuenta algo más sobre esos muebles. Pero en el caso de que aceptara su oferta, tendrá que vaciar el trastero dentro de las próximas veinticuatro horas. Si no, entrarán ellos mismos a hacerlo y se quedarán con la fianza que he tenido que dejar para la limpieza.

—Ah, descuide, yo me encargo de que se vacíe —le dice, y entrelaza su brazo con el de Sam—. Pero necesitaré la llave.

—No hay prisa —dice Sam—. Aún no hemos acordado el precio.

Ella lo mira, esta vez sin sonreír. Sabe que él lo sabe.

Debería dejarse de tonterías, piensa Sam. Debería aceptar el dinero y echar a correr. Pero se lo está pasando tan bien. ¡Una asesina de verdad tirándole los tejos! Es morboso, temerario, erótico. Hacía tiempo que no se sentía tan vivo. ¿Intentará echarle veneno en la copa? ¿Lo acorralará en un rincón oscuro, sacará una navaja y se la clavará en la yugular? ¿Reaccionará él a tiempo para sujetarle la mano? Sam quiere contarle lo que sabe en un lugar donde no haya peligro, con gente alrededor. Quiere ver la cara que pone cuando se entere de que la tiene atada de pies y manos, por decirlo de algún modo. Quiere escuchar la historia que se inventará. O las historias, porque debe de tener más de una. Él en su lugar las tendría.

—Al salir de aquí, gire a la derecha —le dice Sam—. En el siguiente semáforo, continúe recto y verá un motel: el Silver Knight. —Sam se conoce los bares de los moteles cercanos a los guardamuebles en cuyas subastas suele pujar—. Quedamos en el bar.

Está a punto de decirle: «Y ya puestos, reserve habitación, porque los dos sabemos de qué va esto», pero mejor no adelantar acontecimientos.

—El Silver Knight —repite ella—. ¿Tiene en la puerta un caballero con armadura de plata, como su nombre indica? ¿Dispuesto a salvar a su dama?

Ahora intenta aparentar frivolidad. Una vez más la risa, algo entrecortada. Sam no le sigue el juego. Más bien se decanta por un ceño admonitorio. «No crea que conseguirá embaucarme con sus encantos, señorita. Yo he venido aquí a por lo mío».

—No tiene pérdida —le contesta.

¿Y si la chica le da esquinazo? ¿Y si lo deja allí colgado con el marrón? Sería imposible localizarla, a menos que hubiera cometido la torpeza de dar su verdadero nombre cuando alquiló el trastero. Es un riesgo, perderla de vista, pero un riesgo que debe correr. Además, está casi convencido de que cuando llegue al bar del Silver Knight se la encontrará allí sentada.

Le envía un mensaje de texto a Ned: «Atasco d mierda. Tormenta ídem. Rcgmos x la mñn. BNs». Siente el impulso de sacarle la tarjeta SIM al móvil y metérsela al novio apergaminado en el bolsillo superior de la chaqueta, pero se contiene. No obstante, lo desconecta: a oscuras no, pero sí en penumbra.

«No lo sé, agente —dirá Ned—. Me envió un mensaje desde el guardamuebles. Serían las cuatro o así. Entonces estaba bien. Iba a pasar por la tienda por la mañana, y luego nos acercaríamos los dos con la furgoneta para vaciar los trasteros. Pero ya no volví a tener más noticias.

»¿Cómo que un novio momificado? ¿En serio? ¡No joda! A mí que me registren».

Cada cosa a su tiempo. Primero, Sam abre el trastero 56. Dentro todo parece en regla: una serie de muebles, de calidad bastante aceptable, el tipo de género que puede revenderse en Metrazzle. Mecedora, de pino, de Quebec. Dos mesitas auxiliares, años cincuenta, a simple vista de caoba, con patas torneadas y oscurecidas en color ébano. Entre ambas piezas, un escritorio estilo Arts and Crafts. Las bolsitas blancas selladas se encuentran en los tres cajones de la derecha.

Es un sistema perfecto, la verdad sea dicha. Todo negable. No hay rastro que pueda conectar las bolsitas con él. «¡Ignoro por completo cómo han llegado hasta ahí! Adquirí ese mueble en una subasta, gané la puja, podría habérsela llevado cualquiera. ¡Estoy tan sorprendido como usted! No, no abrí los cajones antes de llevármelo a la tienda, ¿por qué iba a hacerlo? Yo vendo antigüedades, no el contenido de los cajones».

Luego el destinatario final compra el escritorio, el lunes lo más seguro, y asunto resuelto. Él es un mero intermediario, el mozo de reparto.

Ned tampoco abrirá los cajones. Tiene el olfato muy bien entrenado para saber qué cajones han de mantenerse cerrados.

Sam puede dejar tranquilamente la mercancía donde está: nadie irá a husmear en ese trastero cerrado hasta las doce del mediodía siguiente. Y su furgoneta y él ya se habrán marchado mucho antes de esa hora.

Echa un vistazo al móvil: hay un mensaje nuevo, de Gwyneth. «Ha sido una equivocación, vuelve y lo hablamos, por favor». Sam siente una punzada de nostalgia: el tirón de lo familiar, lo cómodo, lo seguro; lo seguro hasta cierto punto. Es bueno saber que todo eso sigue ahí, esperándolo. Pero no contesta. Necesita de ese espacio oblongo de tiempo en caída libre en el que está a punto de adentrarse. Dentro de ese espacio puede ocurrir cualquier cosa.

Cuando entra en el bar del Silver Knight, ella ya lo está esperando. En un apartado, además. La aquiescencia instantánea le levanta el ánimo. Observa que se ha quitado el abrigo; viste como corresponde a una mujer de su tipo: de negro, como las viudas, como las arañas. Combina bien con el rubio ceniza de su pelo. Tiene los ojos de color avellana, las pestañas largas.

Sam se acomoda en el asiento de enfrente y ella le sonríe, pero sin exagerar: es una sonrisa leve, melancólica. Delante tiene una copa de vino blanco que apenas ha tocado. Él pide lo mismo. Se quedan callados. ¿Quién será el primero en romper el silencio? Sam tiene el vello de la nuca erizado. En la pantalla plana que cuelga en la pared de detrás de la mujer, la ventisca avanza en silencio en dirección a ellos como una ola gigantesca de confeti.

—Es posible que nos quedemos aquí atrapados —dice ella.

—Brindemos por ello —propone Sam, abriendo mucho sus grandes ojos azules.

Le clava su miradita y levanta la copa. ¿Qué puede hacer ella sino alzarla también?

«Sí, seguro que era él, no cabe duda. Esa noche, la de la tormenta, me tocaba a mí atender la barra. Lo acompañaba una rubia despampanante con un vestido negro, parecían hacer muy buenas migas, usted ya me entiende. No los vi salir. ¿Qué se apuesta a que la encuentran enterrada bajo la nieve cuando deshiele?».

—Así que ha mirado dentro —dice ella.

—Sí, he mirado —contesta Sam—. ¿Quién era el novio? ¿Qué pasó?

Confía en que a la chica no le dé por deshacerse en lágrimas: sería una decepción. Pero no, con un temblor en el mentón y un mordisqueo del labio tiene bastante.

—Fue horrible —contesta—. Fue un error. No tendría que haber muerto.

—Pero murió —dice Sam con voz amable—. Son cosas que pasan.

—Sí, claro. No sé cómo contárselo, suena tan…

—Confíe en mí —dice Sam.

No confía en él, pero hará como que sí.

—Le gustaba que lo… A Clyde le gustaba que lo estrangularan. No es que yo encontrara ningún placer en eso, pero quería a Clyde, estaba enamorada de él, así que le daba el gusto.

—Normal —dice Sam.

Ojalá no hubiera bautizado a la momia: «Clyde» es un nombre estúpido. Habría preferido que el novio siguiera en el anonimato. Está mintiendo, de eso no le cabe duda, pero ¿hasta qué punto? A él, cuando miente, le gusta no alejarse demasiado de la verdad, dentro de lo posible —así no hay que inventar tanto, no hay que esforzarse tanto por recordar—; luego puede que haya algo de verdad en esa historia.

—Y se quedó —dice la chica.

—¿Se quedó qué? —pregunta Sam.

—Se quedó muerto. Cuando empezó con los espasmos yo creí que estaba teniendo un… En fin, que era… lo de siempre. Pero llevamos las cosas demasiado lejos. Luego no supe qué hacer. Al día siguiente nos casábamos, ¡yo llevaba meses planeando la boda! Les conté a todos que Clyde me había dejado una nota, que se había esfumado, que me había plantado, que me daba calabazas. ¡Estaba destrozada! Los encargos iban llegando, el vestido, la tarta, todo, y yo, en fin, sé que sonará descabellado, pero lo vestí de punta en blanco, con su clavel en el ojal incluso, estaba tan elegante… Luego lo embalé todo y lo metí en el trastero. No sabía lo que me hacía. Estaba tan ilusionada con la boda que guardar todo lo relacionado con ella fue casi como celebrarla hasta cierto punto.

—¿Metió a Clyde allí dentro usted misma? ¿Con la tarta y todo lo demás?

—Sí —dice—. No fue tan difícil. Me serví de una carretilla neumática. De las que se usan para transportar cajas pesadas, muebles y trastos, ya sabe.

—Muy hábil —dice Sam—. Es usted una chica muy lista.

—Gracias.

—Menuda historia —afirma Sam—. No muchos se la creerían.

Ella baja la vista.

—Lo sé —dice con un hilo de voz. Luego levanta la mirada—. Pero usted, sí, ¿no?

—Yo no soy tan crédulo. Pero digamos que esta me la creo, por el momento.

Tal vez más tarde consiga sonsacarle la verdad. O tal vez no.

—Gracias —dice ella de nuevo—. ¿Me guardará el secreto?

Otra vez la sonrisita temblorosa, el mordisqueo del labio. Cuánto teatro está montando. ¿Qué ocurrió en realidad? ¿Le rompió una botella de champán en la cabeza? ¿Le inyectó una sobredosis? ¿Cuánto dinero había en juego, y en qué forma? Porque tuvo que ser por dinero forzosamente. ¿Acaso le estaba sableando la cuenta al pobre hombre y la descubrió?

—Vamos —dice Sam—. El ascensor está a la izquierda.

La habitación se encuentra en penumbra, salvo por la tenue claridad que llega desde la calle. El escaso tráfico que circula suena amortiguado. Ahora sí que está nevando a base de bien; los copos salpican la ventana con suavidad, como un ejército de ratoncitos kamikazes que se arroja contra el cristal para intentar entrar.

Tener abrazada a esa mujer —no, sujeta más bien— es lo más electrizante que Sam ha hecho en su vida. Crepita peligrosamente, como una línea de alta tensión; es un enchufe con los cables pelados; es la suma de todo lo que Sam ignora, de todo lo que no comprende ni comprenderá nunca. En cuanto le suelte una mano, podría ser hombre muerto. En cuanto se vuelva de espaldas. ¿Qué hace Sam en este instante, corre para salvar la vida? ¿Es la agitada respiración de ella lo que lo persigue?

—Deberíamos estar juntos —le dice ella—. Deberíamos quedarnos juntos para siempre.

¿Acaso le dijo lo mismo al otro? ¿A su triste doble momificado? Sam la agarra del pelo, le muerde la boca. Todavía va por delante, le está ganando terreno. ¡Más rápido!

Nadie sabe dónde está.

SUEÑO CON ZENIA, LA DE LOS COLMILLOS ROJO BRILLANTE

—Anoche soñé con Zenia —dice Charis.

—¿Quién? —pregunta Tony.

—¡Miércoles! —salta Roz.

La perrita de Charis, Ouida, un mil leches blanco y negro, acaba de restregar las patas enfangadas en la delantera del abrigo nuevo de Roz. El abrigo es naranja, un color tal vez no muy acertado. Charis está convencida de que Ouida tiene poderes extrasensoriales, y de que los restriegues de sus patas encierran mensajes. ¿Qué está tratando de decirme Ouida?, se pregunta Roz. ¿Que parezco una calabaza?

Es otoño. Las tres pasean arrastrando los pies por la hojarasca del barranco, están dando su caminata semanal. Es un pacto que han acordado: hacer más ejercicio, mejorar su tasa de autofagia celular. Roz lo ha leído en una de las revistas de salud que tienen en la sala de espera del dentista: hay partes de tus células que se comen otras partes que están enfermas o moribundas. Y parece ser que ese canibalismo intracelular ayuda a prolongar la vida.

—¿Cómo que «miércoles»? —dice Charis.

Con esa cara blanca, larga y arrugada, y ese pelo blanco, largo y escarolado, se parece más que nunca a una oveja. O más bien a una cabra de angora, piensa Tony, que siempre prefiere lo particular a lo general. Es esa mirada introspectiva, de rumiante.

—No me refería a tu sueño —dice Roz—, me refería a Ouida. ¡Siéntate, Ouida!

—Le caes bien —dice Charis con cariño.

—¡Siéntate, Ouida! —exclama Roz un tanto crispada.

Ouida se aleja al trote.

—¡Es que tiene una energía…! —dice Charis.

Hace solo tres meses que Charis tiene perro, pero se le cae la baba hasta con las trastadas más exasperantes del chucho. Ni que fuera carne de su carne.

—¡Qué fuerte! —exclama Tony, que a veces copia las expresiones de sus alumnos. Ahora es profesora emérita, pero todavía imparte un seminario para posgraduados: «La tecnología armamentística en la Antigüedad». Hace poco estudiaron las bombas escorpión, un tema que siempre despierta mucho interés, y ahora están tratando el arco compuesto de Atila, rey de los hunos, con sus refuerzos de hueso—. ¡Zenia! ¡Alucinante! ¿Y salía de una tumba como un zombi?

Tony lanza una mirada escrutadora a Charis a través de sus gafas redondas. Cuando tenía veinte años, Tony parecía un elfo. Sigue pareciéndolo, solo que ahora es un elfo disecado. Apergaminado.

—¿Cuándo murió Zenia? —pregunta Roz—. Ya he perdido la cuenta. Qué horror, ¿no?

—Poco después de 1989 —responde Tony—. O 1990. Cuando la caída del muro de Berlín. Tengo un trozo del muro en casa.

—¿Y crees que es auténtico? —dice Roz—. ¡Si la gente sacaba pedazos de cemento de cualquier sitio! Como con las reliquias de la Santa Cruz o los huesos de los dedos de santos o… los Rolex falsos.

—Es un recuerdo —dice Tony—. No tiene por qué ser auténtico.

—El tiempo es distinto en los sueños —dice Charis, a quien le gusta leer sobre lo que le ronda por la cabeza cuando no está despierta, aunque a veces, piensa Roz, es difícil apreciar la diferencia—. De hecho, en los sueños nadie está muerto. Eso es lo que el hombre aquel… Según él, en los sueños solo hay Presente.

—Pues no es un gran consuelo —replica Tony.

A Tony le gusta que cada cosa esté en su sitio. Los bolígrafos en este bote de aquí, los lápices en ese de allí. Verduras al lado derecho del plato, carne al izquierdo. Los vivos aquí, los muertos allá. Un exceso de ósmosis, de vacilación, puede resultar mareante.

—¿Cómo iba vestida? —pregunta Roz.

Zenia, en vida, tenía un estilo despampanante. Era muy aficionada a los tonos sensuales como el sepia y el ciruela. Tenía *glamour*, a diferencia de Roz, que lo único que ha tenido siempre es clase.

—De cuero —dice Tony—. Con un látigo con empuñadura de plata.

—Solo con una especie de mortaja —responde Charis—. Blanca.

—No me la imagino de blanco —dice Roz.

—Pero si no le pusimos mortaja —replica Tony—. Para la incineración. Escogimos uno de sus vestidos, ¿os acordáis? Un vestido como de fiesta. Oscuro.

Leído al revés, Zenia es Ainez, un nombre con resonancias españolas. Zenia tenía sin duda cierto aire español: si hubiera sido cantante, habría sido contralto.

—Lo escogisteis vosotras —replica Roz—. Yo la habría metido en un saco.

En efecto, había propuesto la idea del saco, pero Charis arguyó que había que vestirla como es debido: de lo contrario, Zenia podría tomárselo a mal y quedarse vagando como alma en pena.

—Bueno, quizá no era una mortaja —dice Charis—. Sino más bien un camisón. Algo así como vaporoso.

—¿Brillaba? —pregunta Tony con interés—. ¿Como un ectoplasma?

—¿Y los zapatos cómo eran? —quiere saber Roz.

En otro tiempo los zapatos habían ocupado un lugar destacado en la vida de Roz —los zapatos caros de tacón alto—, pero los dedos en garra y los juanetes dieron al traste con ellos. Aunque ahora hacen unas zapatillas deportivas bien bonitas. Igual se compra un par de esas nuevas que tienen espacios independientes para cada dedo. Tal vez parezcas una rana con ellas, pero dicen que son comodísimas.

—Claro que, en realidad, era gasa pintada —dice Tony—. Se la metían por las fosas nasales.

—Pero ¿de qué demonios hablas? —pregunta Roz.

—La cosa no eran los pies —dice Charis—. La cosa era que…

—¿A que se te apareció con los colmillos chorreando sangre? —dice Tony.

Sería muy propio de Zenia aparecer dando la nota. Lentillas rojas, siseos, garras y toda la pesca.

Charis debería dejar de ver películas de vampiros por la noche. No le sientan bien, es muy impresionable. Eso creen tanto Tony como Roz, así que van a su casa en las noches vampíricas para que al menos no las vea sola. Charis les prepara una infusión de menta y unas palomitas, y las tres se sientan en el sofá como adolescentes, se atiborran de palomitas, le dan algún que otro puñado a Ouida y se quedan embobadas delante de la pantalla mientras la música cada vez más espectral las envuelve, los ojos se tiñen de rojo o amarillo, crecen los colmillos y los chorros de sangre salen a

borbotones por doquier como salsa de tomate. Siempre que hay aullidos de lobos, Ouida aúlla con ellos.

¿Por qué se entregan las tres a entretenimientos tan adolescentes? ¿Será un sucedáneo morboso para una vida sexual cada vez más inactiva? Parecen haber tirado por la borda toda la madurez, la experiencia y la sabiduría que han ido acumulando como millas aéreas a lo largo de su vida adulta; es como si hubieran arrojado todo ese saber a la basura sin más, para hartarse de sal y mantequilla y perder el tiempo de manera irresponsable chutándose adrenalina barata. Después de esas curiosas orgías, Tony se pasa días quitándose pelos blancos de los jerséis, algunos de Ouida, otros de Charis.

—¿Qué tal la noche? —suele preguntar West, y Tony contesta que como siempre, que solo han cotorreado de cosas aburridas de mujeres. No quiere que West sienta que se ha perdido algo.

El mundo está cada día más desquiciado: Tony se descubre canalizando esa opinión al menos una vez al día. El tiempo cada vez más loco. La política despiadada, encarnizada. Los millares de rascacielos de cristal que se levantan como espejos tridimensionales, o máquinas de guerra. La recogida de basuras municipal: ¿cómo no vas a equivocarte con tantos colores distintos de contenedores? ¿Dónde mete una los recipientes de plástico transparente, y por qué no hay que fiarse del numerito que viene debajo?

Y los vampiros. Antes sabías a qué atenerte con ellos —seres hediondos, malvados, muertos vivientes—, pero ahora hay vampiros virtuosos, vampiros indignos, vampiros sexis, vampiros vestidos de lentejuelas, y ninguna de las antiguas reglas que se les aplicaban siguen siendo válidas. Antes podías confiar en el ajo, y en el amanecer y en los crucifijos. Podías deshacerte de los vampiros para siempre jamás. Pero ya no.

—De hecho, colmillos, lo que se dice colmillos, no tenía —explica Charis —. Pero, ahora que lo pienso, sí se le veían los dientes un poco afilados. Y así como rojos brillante. ¡Ouida, para ya!

Ouida corretea de un lado para otro dando ladridos: pasear por el barranco sin correa la altera. Le gusta husmear bajo los troncos caídos y meterse entre los arbustos, para retrasar el momento de la recaptura y ocultar sus… ¿Cómo denominarlos? A Charis le ofenden las palabras malsonantes como «mierda». Roz una vez sugirió llamarlas «caquitas», pero a Charis le pareció demasiado infantil. ¿Residuos del canal alimentario?, propuso Tony. No, eso suena demasiado frío e intelectual, replicó Charis. Sus Obsequios a la Tierra.

Para ocultar sus, digamos pues, Obsequios a la Tierra, mientras Charis vacila tras ella, con una bolsita de plástico en la mano —bolsita que Charis

rara vez utiliza porque a menudo no consigue localizar dichos Obsequios— y la llama de vez en cuando con voz débil, como está haciendo en este instante:

—¡Ouida! ¡Ouida! ¡Ven aquí! ¡Así me gusta!

—Así que ahí estaba —dice Tony—. Zenia. En tu sueño. ¿Y luego qué?

—Pensáis que es una tontería —dice Charis—, pero bueno. No se me apareció en plan amenazante ni nada por el estilo. De hecho, estaba casi simpática. Tenía un mensaje que comunicarme. Que Billy va a volver, eso fue lo que me dijo.

—Las noticias deben de viajar muy despacio en el más allá —observa Tony—, porque Billy ya ha vuelto, ¿no?

—Bueno, no ha vuelto del todo —replica Charis—. O sea, no es que estemos… Vive al lado y ya está.

—Como si tenerlo así de cerca no fuera peligroso —dice Roz—. Es que no entiendo cómo demonios se te ha ocurrido alquilarle nada al pelagatos ese.

Tiempo atrás, cuando todas ellas eran mucho más jóvenes, Zenia le había robado un hombre a cada una. A Tony le robó a West, que, sin embargo, acabó recapacitando —o esa es la versión oficial a la que Tony se atiene— y ahora está instalado a buen recaudo en casa de Tony, trasteando con su equipo de música electrónico y cada vez más sordo. A Roz le robó a Mitch, cosa nada difícil por otra parte, ya que Mitch nunca había sido capaz de mantener la bragueta cerrada; aunque luego, después de vaciarle no solo los bolsillos sino también lo que Charis llamaba su integridad psíquica, Zenia lo dejó plantado, y él se suicidó ahogándose en el lago Ontario. Llevaba puesto el chaleco salvavidas e hizo que pareciera un accidente de navegación, pero a Roz no la engañaba.

Ahora ya lo tiene superado, al menos en la medida en que una mujer puede superar una cosa así, y está casada con un hombre mucho más agradable; se llama Sam, trabaja en la banca comercial y es mucho más apropiado para ella, con mejor sentido del humor. Aun así, la espina no te la quita nadie. Por no hablar del daño que les hizo a los niños; eso no ha conseguido perdonárselo, ni con la ayuda del psicólogo al que estuvo yendo para intentar hacer borrón y cuenta nueva. Aunque qué gana uno no perdonando a una persona que está muerta.

En el caso de Charis, Zenia le robó a Billy. Ese fue tal vez el robo más cruel, piensan Tony y Roz, porque Charis era muy confiada e indefensa, y le abrió las puertas de su vida de par en par a Zenia porque esta estaba pasando

una mala racha, y era una mujer maltratada, y tenía cáncer, y necesitaba de alguien que cuidara de ella, o eso decía: un invento descarado de cabo a rabo. Charis y Billy vivían entonces en la Isla, en una casita que parecía más bien una granja. Criaban gallinas. Billy había construido el gallinero con sus propias manos; como era objetor de conciencia, tampoco tenía trabajo estable que digamos.

En la casita había poco espacio para Zenia, pero Charis era una persona hospitalaria y dispuesta a compartir, como muchos de los que residían en la Isla en aquella época, y en la comunidad de insumisos. Tenían un manzano; Charis preparaba tartas de manzana y otras recetas de repostería, con los huevos. Era muy feliz, y además estaba embarazada. Pero un buen día, Billy y Zenia se largaron juntos y las gallinas aparecieron muertas. Las habían degollado con el cuchillo del pan. Una canallada.

¿Por qué hizo eso Zenia? ¿Por qué hizo todo eso? ¿Por qué los gatos se comen a los pájaros?, fue la inútil respuesta de Roz. Según Tony, aquello había sido una demostración de poder. Charis estaba convencida de que había algún motivo, oculto entre el engranaje del universo, pero no estaba segura de qué podía ser.

Tanto Roz como Tony terminaron viviendo con un hombre, pese al empeño de Zenia por fastidiarles la vida, pero no así Charis. Porque aún no había conseguido cerrar la herida, según la teoría de Roz. Porque no había encontrado a nadie tan cabeza de chorlito como ella, según la de Tony. Pero ¿quién se había presentado en su puerta apenas hacía un mes? Pues nada más y nada menos que el canalla desaparecido de Billy. ¿Y qué hizo Charis? Pues nada más y nada menos que alquilarle la otra mitad de su dúplex. Vamos, como para arrancarse los pelos tirando de sus pequeñas raíces canosas, piensa Roz, que todavía se tiñe las suyas quincenalmente. De un castaño muy bonito, no demasiado vivo. Los tintes demasiado brillantes apagan mucho el cutis.

Lo del dúplex de Charis también tiene bemoles. Los primos lejanos nunca deberían morirse, piensa Tony; o si se mueren, nunca deberían dejar la herencia a bobaliconas de buen corazón como Charis.

Porque, ahora que Charis ya no es una *hippy* trasnochada, que ya no cría gallinas como antaño, ni se alimenta a base de mendrugos de pan, comida para gatos y Dios sabe qué más en una casita de verano mal aislada de la Isla; ahora que ya no tiene por delante una vejez cada vez más mísera, abocada a la hipotermia, en lucha permanente contra el empeño de la burócrata de su hija,

la que vive en Ottawa, por ingresarla en una residencia; ahora que Charis ya no está destinada a convertirse en una vagabunda vieja y loca, sino que vale su peso en oro, Billy ha aparecido de nuevo en su vida como teletransportado.

No es que la prima lejana le dejara una fortuna mayúscula, pero sí lo suficiente para que Charis pudiera abandonar la Isla. De todos modos, aquello se estaba aburguesando demasiado para ella, dijo, con tanta vivienda reformada y todo el pijerío que había desembarcado en el lugar, ya no se sentía muy aceptada allí. Una fortuna suficiente para eludir el sino del geriátrico y los mendrugos de pan. Suficiente para comprarse una casa.

Charis podría haber optado por una vivienda independiente, pero es verdad que de vez en cuando perdía un poco el norte —así lo había expresado ella, lo que había llevado a que Tony, al teléfono con Roz en privado, ironizara: «¡Un poco, dice la tía!»—, y la idea era ocupar la mitad del dúplex, alquilar la otra mitad a alguien que fuera, en fin, un poco más manitas que ella, y hacerle una rebaja en el alquiler a cambio de trabajos de mantenimiento y reparaciones. Ese trueque era mucho menos materialista que cobrar un alquiler a precio de mercado; ¿no eran Roz y Tony de la misma opinión?

Pues no, no lo eran, pero Charis hizo oídos sordos a sus consejos y puso un anuncio en una página web, con (al decir de Tony) tal vez demasiados detalles sobre su persona y sus gustos, lo cual venía a ser (al decir de Roz) una invitación abierta para canallas sin escrúpulos como Billy. Y mira tú por dónde, ¡oh, sorpresa!, un buen día allí se le presentó.

A Ouida no le cae bien Billy. Le gruñe. Lo cual es un tanto tranquilizador, puesto que ahora Charis hace más caso a la opinión de Ouida que a la de nadie, incluidas sus dos amigas de toda la vida.

Fueron Tony y Roz quienes le regalaron la perra. Porque ahora Charis vive en Parkdale, una zona cada día más «gentrificada», dice Roz, que siempre está atenta al mercado inmobiliario, y a la larga Charis saldrá ganando, aunque el barrio todavía no se ha aburguesado por completo, ni mucho menos, y una nunca sabe con qué se va a topar en la calle, por no hablar del trapicheo de drogas. Además, dice Tony, Charis es tan inocentona que es incapaz de olerse las emboscadas. Y encima no le gusta conducir; prefiere deambular por ahí a pie, por las zonas más peligrosas de la ciudad, por los barrancos, el parque central y sitios por el estilo, para entrar en comunión con los espíritus de las plantas. O lo que demonios crea que hace,

dice Roz, y Dios quiera que no le dé por intimar con El Hada de la Hiedra Venenosa.

Ninguna de las dos desea encontrarse a Charis en la página de sucesos. «Anciana atracada bajo un puente». «Excéntrica inofensiva víctima de una brutal paliza». Un perro es un disuasorio, y Ouida tiene sangre terrier, quizá con algo de border collie, un perro inteligente en cualquier caso, convinieron las dos mientras rellenaban los papeles de la adopción en la perrera. Y entrenándola un poco…

En fin, dijo Tony cuando Ouida ya llevaba un mes instalada en casa de Charis. Ahí estaba el punto débil del plan: Charis sería incapaz de entrenar a un plátano.

—Pero es una perra muy leal —decía Roz—. Yo en una emergencia confiaría en ella. Gruñe muy bien.

—Sí, a los mosquitos —replicó Tony con pesimismo. Como buena historiadora, desconfía de supuestas previsiones razonables.

Ouida debe su nombre a una melodramática novelista decimonónica; la mujer había sido muy amante de los perros, así que ¿qué mejor nombre para la nueva mascota de Charis?, dijo Tony, que fue quien la bautizó. Roz y Tony sospechan que Charis a veces cree que su perra es la misma novelista rediviva, puesto que ella cree en el reciclaje, no solo de botellas y plásticos, sino también de entes psíquicos. Una vez les replicó, a la defensiva, que el primer ministro Mackenzie King estaba convencido de que su terrier irlandés era la reencarnación de su difunta madre, y que en su tiempo a nadie le había extrañado. Tony se abstuvo de comentar que a nadie le había extrañado en su tiempo porque en su tiempo nadie lo sabía. Pero más tarde bien extraño les había parecido.

Cuando Roz llega a casa después de la caminata con sus amigas, llama a Tony al móvil.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta.

—¿Con Zenia? —dice Tony.

—Con Billy. Ese hombre es un psicópata. ¡Degolló a las gallinas!

—Degollar gallinas es un servicio a la comunidad —replica Tony—. Si nadie las sacrificara, estaríamos sepultados en gallinas.

—Tony, que esto es muy en serio.

—¿Y qué podemos hacer nosotras? —pregunta Tony—. Ya no es menor de edad, no somos su madre. He notado que se le está empezando a poner cara de cordero degollado.

—Estoy pensando en contratar a un detective. A ver qué clase de historial tiene Billy. Antes de que la entierre en el jardín.

—En esa casa no hay jardín —replica Tony—. Es solo un patio. Tendrá que recurrir al sótano. Habrá que montar guardia delante de la ferretería, por si se le ocurre comprar un pico.

—¡Charis es nuestra amiga! —exclama Roz—. ¡No te lo tomes a guasa!

—Lo sé —dice Tony—. Lo siento. Solo me tomo las cosas a guasa cuando no sé qué hacer.

—Yo tampoco sé qué hacer —confiesa Roz.

—Habrá que rezar y contar con Ouida —dice Tony—. Es nuestra última línea de defensa.

El día fijado para las caminatas es el sábado, pero como se trata de una emergencia, Roz las convoca para comer el miércoles.

Antes solían quedar las tres en el Toxique, cuando Zenia todavía vivía. Entonces Queen Street West era una calle más puntera: con más melenas verdes, más cuero negro, más tiendas de cómics. Ahora se han instalado allí las cadenas de ropa de gama media, aunque todavía queda algún que otro tugurio donde hacerse tatuajes y *piercings*, y la condonería, que aguanta contra viento y marea. El Toxique, sin embargo, desapareció hace ya mucho. Roz se decide por el Queen Mother Café. Un tanto vetusto y destartalado, pero cómodo; como ellas mismas.

O como eran ellas antes. Hoy, sin embargo, Charis no está nada cómoda. Picotea desganada su pad thai vegetariano y mira una y otra vez hacia la ventana, donde Ouida aguarda impaciente, atada a un aparcabicis.

—¿Cuándo es la siguiente velada vampírica? —pregunta Roz.

Acaba de salir del dentista y le cuesta trabajo comer a causa de la anestesia. Su dentadura lleva el mismo camino que sus zapatos de tacón, y por las mismas razones: desintegración y dolor. ¡Y el gasto que acarrean! Es como echarse dinero a paletadas en la boca abierta. Lo bueno es que hoy día las visitas al dentista resultan mucho más llevaderas que antes. En lugar de retorcerse entre dolores y sudores, Roz se pone unas gafas oscuras y unos auriculares y escucha música esotérica New Age, mecida en una ola de sedantes y analgésicos.

—Bueno, la verdad es que la velada vampírica fue anoche —dice Charis en tono culpable.

—¿Y no nos avisaste? —dice Tony—. Habríamos ido a tu casa. Seguro que después has tenido pesadillas con Zenia.

—Eso fue la noche anterior —dice Charis—. Zenia se sentó a los pies de mi cama y me dijo que tuviera cuidado con… El nombre no me decía nada. Sonaba femenino. Como a nombre, no sé, de marciana, empezaba por Y. Esta vez se presentó con abrigo de pieles.

—¿Qué tipo de pieles? —pregunta Tony. Ella diría que de zorro.

—Pues no sé —contesta Charis—. Era un sueño en blanco y negro.

—Virgen Santa —dice Roz—. ¡Y luego se te ocurre ponerte a ver una película de vampiros sola! ¡Qué temeridad!

—No —dice Charis, con cierto rubor—, no la vi sola.

—¡Miércoles! —salta Roz—, ¡no sería con Billy!

—¿Os acostasteis? —pregunta Tony.

Es una indiscreción preguntarlo, pero Roz y ella necesitan saber a qué clase de enemigo se enfrentan exactamente.

—¡Qué va! —contesta Charis, nerviosa—. ¡Estuvimos como amigos, nada más! ¡Charlamos! Y ahora me siento mucho mejor, porque ¿cómo se puede perdonar de verdad a una persona que no está?

—¿Te pasó el brazo por los hombros? —quiere saber Roz, que se siente como su propia madre. Mejor dicho, como su abuela.

Charis elude la pregunta.

—Billy cree que deberíamos montar un *bed and breakfast* juntos —dice —. Sería una inversión. Es un negocio con mucho futuro. En una mitad del dúplex. Él se encargaría de la reforma, y yo de la cocina.

—Y las cuentas las llevaría él, ¿no? —dice Roz.

—Ese nombre que te dijo Zenia, ¿no sería Yllib por casualidad? —pregunta Tony.

Zenia siempre había sido muy amiga de claves, enigmas y mensajes escritos en espejo.

—¡Ni se te ocurra, hazme caso! —dice Roz—. Billy es un chupasangre. Te va a desplumar.

—¿Y Ouida qué opina de él? —pregunta Tony.

—Ouida está un poco celosa, la verdad. Tuve… tuve que aislarla —responde Charis ya claramente ruborizada.

—¿Qué te juegas a que metió a la perra en el armario? —le dice Tony a Roz por teléfono.

—Esto se está poniendo pero que muy feo —contesta Roz.

Montan una cadena telefónica: Charis recibirá dos llamadas diarias, una de cada una de ellas, para ver cómo evoluciona la situación. Pero Charis deja de contestar al teléfono.

Pasan tres días. Tony recibe un mensaje en el móvil: «Necesito hablar. Venid, por favor. Lo siento». Es de Charis.

Tony recoge a Roz, o más bien Roz recoge a Tony, en su Prius. Cuando llegan al dúplex, se encuentran a Charis sentada a la mesa de la cocina. Ha estado llorando, pero al menos sigue viva.

—¿Qué ha pasado, cariño? —pregunta Roz.

No hay rastros de violencia; es posible que el canalla de Billy haya arramblado con todos sus ahorros.

Tony mira a Ouida. Está sentada junto a Charis, con las orejas tiesas y la lengua fuera. Tiene el pecho manchado. ¿Salsa de tomate?

—Billy está en el hospital —dice Charis—. Ouida lo ha mordido.

Charis se pone a gimotear. Bien hecho, Ouida, piensa Tony.

—Voy a preparar una infusión de menta para todas —dice Roz—. ¿Y Ouida por qué…?

—Es que íbamos a, bueno, eso… en el dormitorio. Y como Ouida no dejaba de ladrar, tuve que encerrarla en el armario del pasillo. Y luego, justo antes de… No me pude contener, tenía que saberlo. Así que le pregunté: «Billy, ¿quién mató a mis gallinas?». Porque en su momento Zenia me dijo que había sido Billy, pero nunca supe qué creer, porque como Zenia era tan embustera, y es que no me veía capaz de… con alguien que hubiera hecho una cosa así. Y Billy me dijo: «Fue Zenia, les cortó el pescuezo, yo intenté impedírselo». Y entonces Ouida se puso a ladrar escandalosamente, como si le estuvieran haciendo daño, y tuve que ir a ver qué le pasaba; en cuanto abrí la puerta del armario salió disparada, saltó a la cama y mordió a Billy. Él no dejaba de dar gritos, había sangre en las sábanas, fue…

—Se quita con agua fría —dice Roz.

—¿En la pierna? —pregunta Tony.

—No exactamente —responde Charis—. Estaba desnudo, si no, seguro que Ouida no habría… Pero lo están cosiendo. Me siento muy culpable. En el hospital dije, cuando se lo llevaron en camilla a urgencias… dije que le había mordido yo, que a Billy le gustaba jugar a eso en la cama y nos habíamos pasado de la raya, pero fueron muy agradables, dijeron que estas cosas a veces ocurren. Pasé muy mal trago teniendo que mentir, pero si no lo hubiera hecho, puede que, en fin, que se hubieran llevado a Ouida. ¡Qué estrés! Aunque al menos ahora ya he resuelto el misterio.

—¿Misterio? —pregunta Roz—. ¿Qué misterio?

Charis dice que está todo clarísimo: Zenia se le ha estado apareciendo en sueños para prevenirla sobre Billy, porque al final resultó que había sido él quien degolló a las gallinas. Pero ella, qué tonta, no caía, estaba empeñada en ver solo lo mejor de Billy, y como al principio fue tan bonito que regresara a su vida, como si se cerrara un ciclo o algo por el estilo, al final Zenia tuvo que dar un paso más y reencarnarse en el cuerpo de Ouida —por eso en el segundo sueño llevaba un abrigo de pieles—, y al oír que Billy le echaba la culpa a ella de algo que no había hecho, se enfadó, como es lógico.

Pensándolo bien, dice Charis, puede que Zenia hubiera obrado con buena fe desde el principio. Puede que le robara a Billy para protegerla, porque sabía que era un mal bicho. Y que se liara con West para darle una lección de vida a Tony sobre cómo apreciar la música o algo así, y puede que se liara con Mitch con la intención de dejar el camino libre y que Sam, que era mucho mejor marido, entrara en la vida de Roz. Puede que Zenia, en el fondo, fuera algo así como el *alter ego* secreto de las tres, que hiciera cosas por ellas que no habrían tenido fuerzas para hacer realidad por sí mismas. Visto de esa manera…

De esa manera han acordado verlo tanto Tony como Roz, al menos en presencia de Charis, y así ella se queda más contenta. Requiere cierto esfuerzo fingir que un chucho blanco y negro de tamaño mediano que se limpia las patas en tu abrigo y hace sus necesidades detrás de los troncos es en realidad Zenia, pero no tienen que fingir todo el tiempo: Zenia va y viene, tan imprevisible como siempre, y solo Charis sabe cuándo Zenia está presente en el cuerpo de Ouida y cuándo no.

Billy amagó con denunciar a Charis por daños y perjuicios, pero Roz dio al traste con ese plan: los tribunales fallarían a favor de Charis sin pensárselo dos veces, le dijo. Gracias a la investigación exhaustiva llevada a cabo por el detective que había contratado, Roz lo sabe todo sobre su carrera como sableador de señoras, su participación en estafas piramidales y sus usurpaciones de identidad, y si piensa que puede utilizar a Ouida como arma arrojadiza para chantajear a su amiga, va listo, porque sería su palabra contra la de Charis; ¿y a quién piensa él que iba a creer el jurado?

Así que Billy se fue con la música a otra parte y nunca más se supo de él; ahora la otra mitad del dúplex de Charis la ocupa un jovial fontanero ya jubilado. Es viudo, y Roz y Tony tienen muchas esperanzas puestas en él.

Está reformando el cuarto de baño, lo cual es un buen comienzo. Ouida, que lo mira con buenos ojos, intenta hacerse un hueco debajo del lavabo cuando él anda trasteando por allí con su llave inglesa, le da lametazos donde puede y coquetea descaradamente con él.

LA MANO MUERTA TE AMA

La mano muerta te ama empezó siendo una broma. O más bien un reto. Debería haber sido más precavido, pero como en aquella época les daba bastante a los porros y al alcohol de garrafón, no había sido del todo responsable de sus actos. No deberían considerarlo responsable. No deberían someterlo a los términos del puto contrato. Eso era lo que lo tenía atado de pies y manos: el contrato.

Y ya nunca podrá deshacerse de él, porque en el contrato no figuraba ninguna fecha de vencimiento. Tendría que haber incluido una cláusula de caducidad, como en los cartones de leche, los tarros de yogur o los botes de mayonesa; pero ¿qué sabía él de contratos por aquel entonces? Solo tenía veintidós años.

Además, necesitaba el dinero.

Era una cantidad de dinero tan irrisoria… Fue un trato de mierda. Lo explotaron. ¿Cómo pudieron los tres aprovecharse de él de esa manera? Aunque ellos se niegan a reconocer la injusticia del caso. Se limitan a citar el puto contrato, con esas firmas incontestables estampadas, la suya incluida, así que no le queda otro remedio que tragar y aflojar la pasta. Al principio se resistió a pagarles, hasta que Irena contrató a un abogado; ahora los tres tienen abogados, igual que los perros tienen pulgas. Irena debería haber mostrado más manga ancha con él dado lo unidos que habían estado en su momento, pero no, Irena tiene el corazón de asfalto, más duro, más seco y más requemado cada año que pasa. El dinero la ha corrompido.

El dinero que él le da, porque si Irena y los otros dos se han enriquecido hasta el punto de poder costearse esos abogados ha sido gracias a él. Abogados de categoría, además, tan buenos como el suyo; no es que él tenga ganas de meterse en un litigio encarnizado y que sus respectivos abogados se enseñen los dientes, se ladren y se arranquen la piel a tiras. Al final los huesos triturados que se merienda la hiena son siempre los del cliente: esa gente te come a bocados, te roe como una banda de hurones, de ratas, de pirañas, hasta dejarte reducido a un jirón, un tendón, un pedazo de uña.

El caso es que le ha tocado aflojar la pasta década tras década; dado que, como justamente señalan ellos, en los tribunales tendría todas las de perder. Llevaba su firma, aquel contrato de los demonios. Lo había firmado con su propia sangre.

En el momento del contrato, los cuatro eran universitarios. No podía decirse que fueran pobres de solemnidad, porque de lo contrario no habrían cursado eso que llaman «estudios superiores», sino que habrían estado parcheando el asfalto de las carreteras que levantaban las heladas o chamuscando hamburguesas a cambio del salario mínimo, o vendiéndose en algún tugurio barato con olor a vómito, al menos Irena; pero aunque no eran unos muertos de hambre, tampoco nadaban en la abundancia. Tiraban con lo que ganaban en trabajos temporales de verano, con los préstamos remisos de los parientes y, en el caso de Irena, con una mísera beca.

Se conocieron en un garito de mala muerte que era punto de reunión para un círculo de tertulianos muy aficionados a intercambiar ocurrencias maliciosas, lamentos y fanfarronadas; Irena no, desde luego, porque esas cosas no iban con ella. Ella se dedicaba más bien a hacer de madre protectora, a pagar la cuenta cuando los demás estaban demasiado mamados para saber dónde habían metido la calderilla o cuando se hacían los longuis porque no llevaban un centavo encima, aunque ya se las ingeniaba ella para cobrar después. Los cuatro habían descubierto que compartían la necesidad de ahorrar en alojamiento, por lo que entre todos alquilaron una casa a dos pasos de la universidad.

Fue a principios de los años sesenta, cuando los estudiantes aún podían permitirse alquilar una vivienda en esa zona, aunque no fuera más que una casa victoriana, de ladrillo visto y estrecha, que formaba parte de una hilera de viviendas idénticas, con tejado a dos aguas, tres pisos de altura, asfixiante en verano, gélida en invierno, destartalada, perfumada de orines, con el papel de las paredes despegado, las tablas del suelo combadas, radiadores que chasqueaban, plagada de roedores, infestada de cucarachas. Eso fue antes de que aquellos edificios se restauraran y pasaran a ser inmuebles protegidos por su valor histórico, que costaban un ojo de la cara y riñón y medio, con placas históricas en la fachada colocadas por papanatas sin otra cosa mejor que hacer que perder el tiempo pegando placas en inmuebles pretenciosos con precios abusivos.

En su edificio —el edificio en que se había firmado el infausto contrato— también han colocado una placa, que reza —¡oh, sorpresa!— que él residió allí durante un tiempo. Bien sabe él que residió allí, no necesita que se lo recuerden. Maldita la falta que le hace leer su nombre: JACK DACE, 1963-1964, como si hubiera vivido un puto año nada más, con esas letritas minúsculas debajo que dicen: «En este edificio se escribió el clásico internacional del terror *La mano muerta te ama*».

«¡No soy idiota! ¡Todo eso ya lo sé!», le dan ganas de gritarle a la placa ovalada y esmaltada en blanco y azul. Debería olvidarlo, debería intentar enterrar en el olvido el episodio al completo, pero no puede por culpa de ese contrato que lo ata de pies y manos. No puede evitar la tentación de echar un vistazo a la dichosa placa cada vez que está de paso por la ciudad para algún festival de cine, literatura, cómic, terror o lo que sea. Por un lado, es un recordatorio de lo imbécil que fue al firmarlo; pero por otro, leer esas palabras le provoca una patética satisfacción: «Clásico internacional del terror». Lo tiene obsesionado, la placa esa. En cualquier caso, es un tributo al mayor logro de su vida. Que tampoco es que sea gran cosa.

Tal vez sea eso lo que rece su lápida: LA MANO MUERTA TE AMA, CLÁSICO INTERNACIONAL DEL TERROR. Tal vez algún día visiten su tumba púberes admiradoras adolescentes, con los ojos maquillados a lo gótico, con puntos tatuados en el cuello, como si fueran Frankenstein, y líneas discontinuas en las muñecas con instrucciones de CORTAR POR AQUÍ, y le lleven rosas marchitas y huesos de pollo blanquecinos a modo de homenaje. Cosas por el estilo le mandan ya, y ni siquiera está muerto.

A veces se las encuentra pululando por los actos a los que asiste —debates en los que se espera que suelte la perorata sobre el valor intrínseco de la «literatura de género» o retrospectivas de las diversas películas inspiradas en su magna obra—, ataviadas con mortajas harapientas, las caras pintadas de un verde vomitivo, y le entregan sobres con fotos suyas desnudas y/o con sogas negras atadas al cuello y la lengua fuera, y/o bolsitas con mechones de su vello púbico y proposiciones de mamadas espectaculares que ellas mismas se encargarían de practicarle disfrazadas de vampiras con colmillos incluidos… Tiene su morbo, pero él nunca ha aceptado ninguna de esas ofertas. Aunque a otras zalamerías no se ha resistido. ¿Cómo iba a hacerlo?

Aunque siempre es un riesgo, un riesgo para su ego. ¿Y si no da la talla en la cama, o bien —puesto que a esas jovencitas les excita cierto grado de incomodidad— en el suelo, contra una pared o en una silla con cuerdas y nudos? ¿Y si dicen «Me había hecho otra idea de usted» mientras se ciñen la

lencería de cuero, se enfundan de nuevo las medias de telaraña y se retocan las falsas heridas purulentas en el espejo del baño? Ya ha ocurrido otras veces, y con mayor frecuencia a medida que el tiempo lo ha ido marchitando y la costumbre ha perdido la gracia.

«Me ha estropeado la herida»: incluso cosas así han llegado a decirle. Y lo que es peor, con absoluta sinceridad, sin atisbo de ironía. Haciendo mohínes. Acusando. Desdeñosas. Así que mejor guardar las distancias con esas jovencitas; que veneren sus decadentes poderes satánicos de lejos. De todos modos, cada vez son más jóvenes, y es difícil entablar conversación con ellas cuando esperan que les hable. La mayor parte del tiempo no tiene ni idea de lo que sale por su boca, eso cuando no hablan en lenguas extrañas, como poseídas. Usan un vocabulario propio, completamente distinto. Y él a veces tiene la impresión de que lleva un siglo sepultado bajo tierra.

¿Quién iba a imaginar que gozaría de esta peculiar forma de éxito? Cuando todos sus conocidos en aquella época lo consideraban un zángano, él incluido. *La mano muerta te ama* debió de ser inspiración pura, insuflada por alguna musa casposa, hortera y folletinesca; porque aquel libro le salió de corrido, sin ninguno de los habituales parones, arranques y vacilaciones, sin estrujar hojas ni tirarlas a la papelera, sin los ataques de abulia y desesperación que hasta entonces solían impedirle llevar nada a término. Se sentó y se puso a teclear, a ritmo de ocho, nueve o diez páginas al día, en la vieja Remington que se había agenciado en una tienda de empeños. Qué curioso acordarse de las máquinas de escribir, de las teclas que se encallaban, las cintas que se enredaban y las copias emborronadas por el papel de calco. Unas tres semanas puede que le llevara terminarlo. Un mes, a lo sumo.

Desde luego no tenía idea de que iba a convertirse en un clásico internacional del terror. No bajó corriendo dos tramos de escalera en calzoncillos y entró en la cocina anunciando a voces: «¡Acabo de escribir un clásico internacional del terror!». Y aunque hubiera sido así, los otros tres no habrían hecho sino reírse de él sentados a aquella mesa de formica, tomando café instantáneo y dando cuenta de los guisos blancuzcos que Irena solía prepararles, a base de mucho arroz, fideos, cebollas y latas de crema de champiñón y de atún, porque esos ingredientes eran tan baratos como nutritivos. A Irena le iba mucho eso de la «nutrición». Buena relación calidad-precio, ese era su lema.

Los cuatro depositaban el dinero semanal destinado a la comida en «la hucha de la cena», un bote de galletas en forma de cerdito, pero Irena aportaba un poco menos porque quien cocinaba era ella. Quien cocinaba, quien compraba y quien pagaba las facturas domésticas como la luz y la calefacción; a Irena le gustaba hacerse cargo de esas cosas. Sí, hubo un tiempo en que a las mujeres les gustaba desempeñar esos papeles, y a los hombres les gustaba que les gustase. Él bien que disfrutaba con los cuidados maternales de Irena y con que le insistieran para que comiera más, no puede negarlo. El trato era que los otros tres, Jack incluido, se encargaran de lavar los platos, aunque no puede decir que eso ocurriera con demasiada regularidad, al menos en su caso.

Para cocinar, Irena se ponía un delantal. Era un delantal con una aplicación en tela de una tarta, y la verdad es que le sentaba muy bien, en parte porque al ir atado al talle se evidenciaba que de hecho tenía cintura. La cintura de Irena solía quedar oculta bajo capas de gruesas prendas de lana o paño con las que ella solía vestirse para no pasar frío. Prendas gris oscuro, negras, monjiles.

Al marcársele la cintura, también se le marcaban el culo y un poco las tetas, y Jack no podía evitar fantasear con el aspecto que tendría Irena sin tantos sayos encima, sin delantal siquiera. Y con el pelo suelto, con aquella melena rubia que se recogía en un moño en la nuca. Estaría apetecible y nutritiva, rellena y mullidita; pasivamente acogedora, como una bolsa de agua caliente hecha de carne y forrada de terciopelo rosa. Podría haberlo engañado, y lo engañó: creyó que Irena era una chica de corazón blando, un corazón como un almohadón de plumas. La idealizó. Qué pardillo.

El caso es que si hubiera irrumpido en aquella cocina con aroma a fideos y atún, y hubiera anunciado que acababa de escribir un clásico internacional del terror, los tres no habrían hecho más que reírse en sus narices, porque entonces no lo tomaban en serio, como tampoco lo toman en serio ahora.

Jack ocupaba el piso de arriba. El desván. El peor sitio de la casa. Asfixiante en verano, gélido en invierno. Todos los humos iban a parar allí: los efluvios de la cocina, los vapores de los calcetines sucios de los pisos inferiores, el tufo del váter… Todos ascendían hasta el desván. La única manera que tenía de vengarse contra el calor, el frío y los malos olores era armar ruido dando pisotones por la habitación, aunque eso solo habría molestado a Irena, que era

quien ocupaba la habitación de debajo, y a ella no deseaba causarle molestias porque lo que deseaba era colarse en su ropa interior.

Ropa interior que era de color negro, por lo que fugazmente había tenido la oportunidad de descubrir. En aquella época la ropa interior negra le parecía *sexy*, *sexy* en un sentido sórdido, como en los folletines detectivescos de tres al cuarto. En la vida real él no había conocido más colores de bragas que el blanco y el rosa, los que llevaban las chicas con las que había salido en el instituto, aunque no es que hubiera logrado vérselas como es debido en la frustrante penumbra de los asientos traseros de los coches. Con el tiempo ha comprendido que aquella predilección de Irena por el negro no tenía ánimo provocativo, sino pragmático: el suyo era un negro cicatero, sin encajes ni blondas ni transparencias insinuantes de ninguna clase, escogido no con la intención de exhibir carne, sino sencillamente para esconder la suciedad y ahorrar en lavados.

Acostarse con Irena era como acostarse con una plancha para hacer gofres, bromearía Jack más adelante, pero eso fue después de que los acontecimientos que vinieron a continuación distorsionaran su mirada retrospectiva y revistieran a Irena de acero.

Irena no estaba sola en el segundo piso. Jaffrey también vivía allí, motivo de celoso reconcomio para Jack: qué fácil lo tenía Jaffrey para deslizarse sigilosamente por el pasillo con sus malolientes calcetines de lana, babeando, salivando de deseo malsano, y llegar hasta la puerta de Irena sin que nadie lo viera, sin que nadie lo oyera, mientras Jack dormía ajeno a todo en su cuchitril del desván. Pero la habitación de Jaffrey estaba encima de la cocina, una cocina recubierta de tela asfáltica, sin aislamiento en condiciones y revestida de una mugre subcutánea, que sobresalía como un anexo en la parte trasera de la casa, de manera que no había techo que pisotear sobre la cabeza de Jaffrey.

Rod se hallaba fuera del radio de pisoteo por razones similares y, también él, sospechaba Jack, tenía los ojos puestos en Irena. Su habitación estaba situada en la planta baja, en lo que originalmente habría sido el comedor. Entre los cuatro habían cerrado a cal y canto la doble puerta de cristal esmerilado que conducía a lo que antes había sido el salón y que tras su llegada se había convertido en una especie de fumadero de opio, aunque ellos allí no tenían opio, solo unos cuantos cojines granate con olor a moho, una moqueta de color marrón vómito de perro con incrustaciones de patatas fritas

y cacahuetes y un butacón desvencijado que apestaba a Old Sailor Port, un bebercio empalagoso muy del gusto de los vagabundos borrachines y al que le daban irónicamente los estudiantes de filosofía que iban a visitarlos porque estaba tirado de precio.

En aquel salón era donde haraganeaban y celebraban sus fiestas, aunque no es que hubiera mucho espacio para ese cometido, por lo que los invitados acababan dispersándose a lo largo del estrecho recibidor, escalera arriba y vuelta otra vez a la cocina. Los juerguistas se autosegregaban en dos bandos: los que fumaban porros y los que bebían; los que fumaban porros no eran *hippies* propiamente dichos porque esos no habían aparecido todavía, pero sí eran un anticipo de lo que estaba por llegar, un círculo de aires cuasi *beatniks*, afectado y zarrapastroso, que se codeaba con músicos de *jazz* y adoptaba sus maneras ligeramente transgresoras; y en momentos como esos, él —Jack Dace, el ahora reverenciado escritor de un clásico internacional del terror con placa conmemorativa propia—, en momentos como esos se alegraba de que su habitación estuviera en lo más alto de la casa, apartada del barullo y del pestazo a alcohol, a tabaco, a hierba y a veces incluso a vómito, porque la gente no tenía medida.

Él disponía de una habitación propia, un dormitorio en lo alto de la casa, de manera que podía procurar refugio temporal a cualquier joven encantadora, fatigada, hastiada, cosmopolita, con jersey negro de cuello vuelto y los ojos profusamente pintados de kohl, a la que pudiera atraer escalera arriba hasta su *boudoir*, en el que había periódicos esparcidos por doquier, y hasta su cama con cobertor indio, bajo la promesa de una conversación artística sobre el oficio de escribir, sobre las tribulaciones y tormentos de la creación, sobre lo necesario de la integridad y la tentación de venderse al mercado, sobre la nobleza de resistir a esas tentaciones, etcétera. Una promesa ofrecida con guiño autoparódico por si la chica en cuestión lo tomaba por un pomposo, un chulo y un engreído. Que es lo que era, porque a esa edad hay que serlo si uno pretende levantarse por la mañana y mantener intacta la fe en su propio potencial ilusorio durante las siguientes doce horas de vigilia.

Pero en realidad la conquista de tal joven nunca se llevó a cabo con éxito, y de haberse llevado a cabo, tal vez habría fastidiado sus posibilidades con Irena, quien empezaba a dar pequeñas señales de que quizá estaba por la labor. Irena no bebía ni fumaba porros, pero sí iba limpiando detrás de quienes lo hacían, tomaba nota en su cabeza de quién le estaba haciendo qué a quién y lo recordaba todo a la mañana siguiente. Nunca daba detalles, era discreta, pero se adivinaban en lo que obviaba comentar.

Después de que la publicación de *La mano muerta te ama* recibiera tan elogiosa acogida —no, elogiosa no, porque esa clase de libros no gozaban de nada digno de ese calificativo, al menos entonces; eso llegaría mucho más adelante, cuando la novela popular y la de género se labraran un hueco, que más tarde sería un túnel, en el parnaso de las letras—, después de que el libro se llevara al cine, entonces sí: aquellas conquistas empezaron a resultarle más fáciles. Una vez que cobró fama, al menos como escritor comercial, un escritor comercial con un gran éxito en ventas de libros de bolsillo y cubiertas con títulos dorados en relieve. Entonces ya no podía recurrir al señuelo del Arte, pero, en compensación, había muchas chicas que gustaban de lo macabro, o eso decían. Les gustaba incluso entonces, antes de que la moda gótica hiciera furor. Aunque tal vez solo buscaban que las ayudara a acceder al mundillo del cine.

Ay, Jack, Jack, se dice a sí mismo mientras observa en el espejo las bolsas bajo los ojos, se palmotea la calva incipiente de la coronilla y mete barriga, aunque no logra mantenerla hundida mucho rato. Qué piltrafa estás hecho. Qué tontainas eres. Qué solo estás. Ay, lozano y gallardo don Juan, espada y labia siempre en ristre. Con la marcha que tenías. Con lo confiado que eras. Con lo joven que estabas.

Lo del contrato había empezado con alevosía. Fue un día a finales de marzo, cuando la nieve gris y porosa acumulada en los jardines comenzaba a derretirse, el aire soplaba frío y húmedo, y los nervios estaban a flor de piel. Era la hora de comer. Los tres compañeros de piso de Jack estaban sentados a la mesa de formica de la cocina —una mesa roja, con aguas gris perla y patas de cromo— dando cuenta de las sobras que Irena solía servirles a esa hora porque no le gustaba que se desperdiciara comida. Él se había quedado remoloneando en la cama, y con motivo: habían tenido fiesta la noche anterior, una fiesta inusualmente desastrosa y aburrida durante la cual, gracias a Jaffrey —muy dado a pontificar largo y tendido sobre escritores foráneos e impenetrables—, se había debatido sobre Nietzsche y Camus, lo cual ya era mala suerte para él, Jack Dace, porque lo poco que sabía sobre ambos habría cabido en un dedal. Aunque sí podía improvisar bastante sobre Kafka, el autor de aquella historia descacharrante sobre uno que se convierte en escarabajo, que a fin de cuentas era como el propio Jack se sentía casi todas las mañanas. La noche anterior algún sádico había llevado a la fiesta una petaca con alcohol de quemar y lo había mezclado con mosto y vodka, y enajenado por el

soniquete del competitivo alarde literario, él, Jack Dace, había bebido en exceso del cóctel y echado las entrañas. Eso, junto con lo que quiera que hubiese fumado, algo mezclado con talco antiladillas, lo más seguro.

El caso es que no estaba de humor para discutir el asunto que Irena sacó a relucir, sin compasión, a bocajarro, mientras despachaban las sobras de fideos con atún.

—Debes tres meses del alquiler —le soltó antes de que tuviera tiempo de dar un sorbo al café.

—Hostia, ¿habéis visto cómo me tiemblan las manos? —dijo él—. ¡Anoche la pillé gorda!

¿Por qué coño Irena no se mostraba más comprensiva y nutricia con él? Una mera observación habría sido de consuelo. «Qué pinta de hecho polvo tienes», por ejemplo.

—No cambies de tema —dijo Irena—. Como sabrás, nos hemos visto obligados a pagar tu parte del alquiler entre todos para que no nos desahucien. Pero esto no puede seguir así. O sacas el dinero de algún sitio o te vas de la casa. Tendremos que alquilar tu habitación a alguien que esté dispuesto a pagar.

Jack se desplomó sobre la mesa.

—Lo sé, lo sé —dijo—. Jo. Lo siento. Ya os compensaré, solo necesito un poco más de tiempo.

—¿Tiempo para qué? —intervino Jaffrey con una sonrisita sardónica—. ¿Tiempo absoluto o tiempo relativo? ¿Subjetivo o mensurable? ¿Euclidiano o kantiano?

Era demasiado temprano para meterse en disquisiciones filosóficas y sutilezas semánticas de primero de carrera. Jaffrey era un coñazo cuando le daba por ahí.

—¿Alguien tiene una aspirina? —preguntó Jack.

Era una salida de pata de banco, pero fue lo único que se le ocurrió. Y era verdad que tenía un dolor de cabeza terrible. Irena se levantó para ir a buscarle un analgésico. No pudo reprimir el impulso de hacer de enfermera.

—¿Cuánto tiempo más? —preguntó Rod.

Ya había sacado el cuadernillo marrón verdoso, donde hacía sus cálculos matemáticos: él era quien llevaba las cuentas del colectivo.

—Llevas semanas dándonos largas. Bueno, meses de hecho —dijo Irena, y dejó dos aspirinas y un vaso de agua sobre la mesa—. También hay Alka-Seltzer —añadió.

—Es por la novela —dijo Jack, aunque no era la primera vez que esgrimía ese pretexto—. Necesito un poco más de tiempo, ahora sí que… casi la tengo terminada.

Lo cual no era cierto. De hecho, se había quedado atascado en el tercer capítulo. Tenía un esbozo de los personajes: cuatro personas —cuatro universitarios hiperhormonados y seductores— que vivían en una casa victoriana, de tres plantas, con tejado a dos aguas, cercana a la universidad, que hacían comentarios crípticos sobre sus psiques y fornicaban mucho, pero Jack no conseguía pasar de ahí porque no se le ocurría qué otra cosa podían hacer.

—Me pondré a trabajar —dijo sin demasiado convencimiento.

—¿De qué, si puede saberse? —preguntó Irena, la de corazón de obsidiana—. Si quieres, también hay *ginger-ale*.

—Igual podrías vender enciclopedias —terció Rod, y los tres se echaron a reír.

La venta de enciclopedias se consideraba el último recurso de los zánganos, los ineptos y los desesperados; además de que la idea de que él, Jack Dace, le vendiera algo a alguien les parecía de chiste. A sus ojos Jack era un puto desastre y un gafe del que los perros callejeros huían porque detectaban el tufo a fracaso que despedía como si fuera mierda de gato. En los últimos tiempos sus tres compañeros ni siquiera lo dejaban secar los platos de tantos como había roto. En realidad, Jack los tiraba adrede, porque resultaba muy cómodo que lo declararan inútil cuando se trataba de repartir las tareas, pero en ese momento le estaba saliendo el tiro por la culata.

—¿Por qué no vendes acciones de tu novela? —preguntó Rod.

Rod estudiaba Económicas; jugaba a la Bolsa con el poco dinero que tenía para sus gastos, lo que no se le daba del todo mal, y gracias a ello podía pagarse el puto alquiler. Eso le permitía ponerse fanfarrón e insufrible en lo tocante al dinero, características que ha mantenido hasta la fecha.

—Venga, hecho —dijo Jack.

Estaban hablando por hablar. Los tres le siguieron el juego, para darle tregua, fingiendo reconocer su supuesta valía como escritor, abriéndole el camino a la honradez fiscal, aunque solo fuera teórica. En eso se escudaron más tarde: en que se habían confabulado para levantarle la moral, para hacerle creer que tenían fe en él, para otorgarle cierta validez. A ver si con eso movía un poco el culo y hacía algo, pero sin esperar que en realidad cambiara nada. Ellos no tenían la culpa de que hubiera surtido efecto, y de qué manera.

Rod fue el encargado de redactar el contrato. Tres mensualidades más una de alquiler: las tres que Jack no había pagado y la que estaba a punto de vencer. A cambio, los beneficios que Jack obtuviera por su novela inconclusa se dividirían en cuatro partes, un cuarto para cada uno, incluyendo a Jack. Porque si no había una rentabilidad explícita para él, sería una motivación negativa. Si no sacaba nada con ello, quizá no se sintiera incentivado para terminarla, dijo Rod, firme partidario del *Homo Economicus*. Esto último lo dijo con sorna, ya que en realidad no pensaba que Jack fuera a terminarla.

¿Habría firmado Jack un contrato así de no haber tenido semejante resaca? Probablemente. No quería que lo desahuciaran. No quería acabar en la calle o, peor aún, en la sala de juegos del sótano de sus padres en Don Mills, acosado por el retorcimiento de manos y los asados de su madre y los sermones reprobatorios de su padre. Así que accedió a todas las condiciones del contrato, lo firmó, suspiró aliviado y, a instancias de Irena, tomó un par de bocados del guiso de fideos porque le convenía meter algo en el estómago; luego subió a su habitación para echar la siesta.

Pero después de eso tuvo que ponerse a escribir la puta novela.

Era inútil seguir con los cuatro personajes universitarios que vivían en la casa victoriana. Estaba claro que se negarían a levantar las apoltronadas posaderas de aquellas sillas de cocina de tercera mano en las que Jack los había dejado con sus respectivos anos pegados como ventosas de un pulpo colectivo, ni aun prendiéndoles fuego por los pies. Tendría que probar otra cosa, algo muy distinto; y rápido, porque escribir esa novela, cualquier novela, era ya una cuestión de amor propio. No podía permitir que Jaffrey y Rod siguieran mofándose de él; ni soportar por más tiempo la mirada desdeñosa y compasiva de los encantadores ojos azules de Irena.

Por favor, por favor, suplicó Jack al aire gélido y fétido. ¡Que alguien me dé una idea! ¡La que sea, no importa! ¡Cualquier cosa que venda!

Así se sellan los pactos con el diablo.

Y así fue como surgió, de improviso, reverberando ante él como una seta fosforescente, la visión de *La mano*, en toda su forma: lo único que tuvo que hacer, poco más o menos, fue llevar la idea al papel, o eso diría después en las entrevistas de televisión. ¿De dónde surgió *La mano muerta te ama*? ¡Quién sabe! De la desesperación. De debajo de la cama. De sus pesadillas infantiles. O, lo más probable, de los truculentos cómics en blanco y negro que solía birlar en la tienda de la esquina cuando tenía doce años: las extremidades

amputadas, disecadas y con capacidad de autopropulsión eran un rasgo característico de aquellas publicaciones.

La trama era sencilla. Violet, una joven hermosa pero sin corazón que guardaba cierto parecido con Irena, aunque una Irena todavía más estrecha de cintura y más llenita de pecho, dejaba plantado a William, su prometido, un joven apuesto y sensible que estaba perdidamente enamorado de ella y que le sacaba a Jack por lo menos quince centímetros de altura, pero tenía su mismo color de pelo. Violet actuaba así por razones burdas: su otro pretendiente, Alf, que era la viva imagen de Jaffrey en lo tocante al físico, estaba podrido de dinero.

Violet lo dejaba plantado de la manera más humillante posible. William, un hombre recto, tenía una cita con Violet y acudía a casa de su prometida, una vivienda de cierto postín, para recogerla. Pero Alf se le había adelantado, de manera que William pillaba a Violet y Alf enganchados en un abrazo impúdico y apasionado en el balancín del porche. Y lo que era peor, Alf tenía la mano metida bajo las faldas de Violet, una libertad que William ni siquiera había intentado tomarse, pobre infeliz.

Presa de la indignación y el asombro, William se encaraba de malos modos con ambos, pero en vano. Tras arrojar a la acera con desdén el ramillete de margaritas y rosas silvestres que William había recogido con sus propias manos, así como el sencillo anillo de compromiso, una sortija de oro que le había costado dos meses de ingresos por la venta de enciclopedias, Violet le volvía la espalda y se alejaba con paso decidido sobre sus atrevidos tacones rojos, y Alf y ella se largaban en el Alfa Romeo plateado y descapotable que él se había comprado por capricho ya que hacía juego con su nombre: Alf podía permitirse esa clase de antojos extravagantes. Las risas burlonas de ambos resonaban en los oídos del pobre William; y para colmo de males, el anillo de compromiso había salido rodando calle abajo hasta caer con un tintineo metálico por la rejilla del alcantarillado.

A William se le partió el alma. Sus sueños quedaban hechos añicos, su imagen de la feminidad perfecta, destruida. Luego regresaba alicaído a su domicilio, una pensión barata pero limpia, y una vez allí redactaba su testamento: quería que le cortaran la mano derecha y la enterraran aparte del resto del cuerpo, junto al banco del parque donde Violet y él habían pasado tantas noches idílicas sobándose morreándose abrazándose con ternura. Después se pegaba un tiro en la cabeza con un revólver reglamentario

heredado de su difunto padre —puesto que William era huérfano— y que el progenitor había utilizado, heroicamente, durante la Segunda Guerra Mundial. Ese detalle, a juicio de Jack, aportaba una nota de nobleza simbólica.

La patrona de William, una amable viuda con acento europeo e intuición de gitana, se encargó de que se cumpliera el deseo expreso de que le cortaran la mano. De hecho, se coló con sigilo y nocturnidad en la casa de pompas fúnebres y cercenó con sus propias manos el apéndice valiéndose de una sierra que había encontrado en el banco de carpintero de su difunto marido, una escena que en la película —en ambas películas, la original y el *remake*— daba pie a unas cuantas sombras siniestras y a que la mano emitiera un fulgor fantasmagórico. El resplandor le daba un buen susto a la patrona, pero ella seguía a lo suyo. Luego enterraba la mano junto al banco del parque, lo bastante hondo para que las mofetas no pudieran exhumarla. Y sobre la sepultura colocaba su cruz, puesto que, al ser oriunda del viejo continente, la mujer era supersticiosa.

Como la zorra con el corazón de piedra que era, Violet no se dignaba a asistir al funeral, e ignoraba el asunto de la mano cortada. Nadie estaba al corriente salvo la patrona, que poco tiempo después se trasladaba a la lejana Croacia, donde se metía a monja para expurgar de su alma el posible acto satánico que había cometido.

Pasó el tiempo. Violet y Alf se habían prometido y se estaba organizando una boda por todo lo alto. Violet sentía cierto remordimiento por lo de William, y cierta lástima también, pero entre unas cosas y otras apenas pensaba en él. Estaba demasiado atareada probándose trajes caros y exhibiendo las alhajas de diamante y zafiro con que la agasajaba el zafio de Alf, cuya máxima era que el corazón de una mujer se conquistaba con joyas: algo totalmente cierto en el caso de Violet.

Jack estuvo mareando la perdiz durante un tiempo con la continuación de la historia. ¿Debía mantener la Mano oculta hasta el mismo día de la boda? ¿Esconderla entre la larga cola de satén de la novia, hacer que siguiera a Violet hasta el altar y, justo antes del «Sí, quiero», que apareciera súbitamente y provocara un gran revuelo? No, demasiados testigos. Se lanzarían todos a perseguirla por la iglesia como si fuera un mono a la fuga, y el efecto resultaría más cómico que terrorífico. Mejor que pillara a Violet sola; y, a ser posible, en estado de desnudez.

Unas semanas antes de que se celebrara la boda, una niña que jugaba en el parque veía el crucifijo de la patrona destellando bajo el sol, lo cogía y se lo llevaba a casa, invalidando así sus poderes protectores. (En la película —la primera, no el *remake*— esa escena se acompañaba de una banda sonora retro, que no presagiaba nada bueno. En el *remake* se sustituía a la niña por un perro que llevaba la sacra baratija hasta su dueño, quien, poco versado en sabiduría popular de ningún tipo, la arrojaba a unos arbustos).

Luego, la noche de la siguiente luna llena, de entre la tierra, al lado del banco del parque, emergía la mano de William, como un cangrejo de arena o un brote de narciso mutante. Estaba muy deteriorada: parduzca, consumida, y con las uñas ya muy largas. La Mano salía reptando del parque y se metía por una alcantarilla, pero reaparecía más tarde con la sortija de compromiso, que tan cruelmente había rechazado Violet, rodeándole el meñique.

De allí iba correteando a tientas hasta la casa de esta, trepaba por la hiedra y se colaba por la ventana de su dormitorio, donde se escondía detrás de los faldones primorosos y floreados de su tocador y la observaba libidinosa mientras se desnudaba. ¿Que si la Mano podía ver? No, porque no tenía ojos. Pero sí poseía una especie de visión sin visión, puesto que la animaba el espíritu de William. O parte de su espíritu: no precisamente la más amable.

(El anciano crítico freudiano invitado a la jornada especial que la Asociación de Lenguas Modernas dedicó a *La mano muerta*, hace trece o quizá quince años, dijo que la Mano simbolizaba el Retorno de lo Reprimido. La crítica junguiana discrepó de tal interpretación y citó múltiples ejemplos de manos amputadas en los mitos y la magia: la Mano, dijo, era una referencia a la Mano de la Gloria que se cortaba al cadáver de un criminal colgado en la horca y se ponía en salmuera para luego incrustarle unas velas encendidas; antaño los ladrones la utilizaban como talismán para entrar a robar en las casas. En Francia se la conocía como *main de gloire*, que daría origen a la *mandragore* o mandrágora. El experto freudiano dijo que esa información folclórica no solo estaba obsoleta, sino que además era irrelevante. Hubo voces alzadas. Jack, el invitado de honor, se disculpó y salió a fumarse un cigarrillo; entonces todavía fumaba, y el cardiólogo aún no le había mandado dejarlo si no quería morir).

Mientras la Mano espiaba bajo los faldones del tocador, Violet se despojaba de todas sus prendas, luego retozaba un rato en la ducha, con la puerta del baño privado entreabierta para regalar tanto a la Mano como al lector una visión tentadora: la suntuosidad rosa, la voluptuosidad curvilínea quedaban profusamente descritas. Ahí Jack cargó demasiado las tintas, ahora

es consciente de ello, pero los jóvenes de veintidós años se dejan la piel en esos detalles. (El director de la primera película filmó la escena de la ducha como homenaje a la de Alfred Hitchcock en *Psicosis*, una idea tanto más apropiada cuanto que la actriz que interpretaba a la primera Violet era SueEllen Blake, una semidiosa rubia que parecía un cruce entre Janet Leigh y Tippi Hedren, y a la que Jack persiguió sin descanso hasta terminar desengañándose: SueEllen era lo bastante narcisista para gozar de los obsequios y actos de veneración preliminares, pero el sexo en sí no era de su agrado y detestaba que se le corriera el maquillaje).

Irena en sus tiempos universitarios no usaba maquillaje, seguramente porque costaba dinero, pero eso le daba una imagen de manjar fresco y exquisito, sin aderezos, completamente natural, como una ostra recién abierta. Además, no dejaba manchas *beige* o carmín en las fundas de las almohadas. (Un detalle que Jack ha aprendido a valorar con el tiempo).

La Mano observaba a Violet mientras esta se enjabonaba distintas partes del cuerpo, y apenas si podía contenerse. Sin embargo, no escogía ese momento para que se le fuera la mano, por decirlo de alguna manera, sino que esperaba pacientemente a que, adjetivo tras adjetivo, se describiera a Violet. La Mano, el lector y Violet admiraban el cuerpo de esta mientras se secaba con primor y se aplicaba con aire tentador la loción hidratante y perfumada sobre sus superficies cremosas e inmaculadas. Luego se deslizaba en un traje de lentejuelas doradas muy ceñido, se perfilaba la boca carnosa con un lápiz de labios de color rubí, se abrochaba una gargantilla destellante en torno al cuello sinuoso y estrangulable, se colgaba de los suaves e invitadores hombros unas pieles blancas de incalculable valor y salía grácilmente de la habitación con un meneo de cadera para quedarse boquiabierto. La Mano, como es natural, no tenía boca que abrir, pero sufría la frustración erótica a su manera, señalada en ambas versiones cinematográficas con un episodio de convulsiones repulsivas a más no poder.

Una vez que Violet había salido de la habitación, la Mano hurgaba en su escritorio. Allí descubría su inconfundible papel de color rosa, con las iniciales de Violet grabadas en relieve. Luego, valiéndose de la estilográfica de plata de la propia Violet, escribía una nota imitando la caligrafía del difunto William, que, huelga decir, recordaba a la perfección.

«Te amaré siempre, mi querida Violet. Incluso después de la muerte. Tuyo eternamente, William».

Luego depositaba la nota sobre la almohada de Violet, junto con una rosa roja que había arrancado del ramo de flores que había sobre el tocador. Eran

flores frescas, puesto que Alf el del Alfa Romeo le mandaba una docena de rosas rojas cada día.

Después, la Mano se metía corriendo en el armario de Violet y se escondía en una caja de zapatos para seguir la evolución de los acontecimientos. Los zapatos allí guardados no eran otros que los atrevidos zapatos rojos de tacón que Violet llevaba puestos el día que tan despiadadamente había rechazado a William, simbolismo que no se le escapaba a la Mano. Pasaba los dedos consumidos, con sus largas uñas, sobre los zapatos rojos de un modo tan ufano como fetichista. (Esta escena ha sido objeto de mucho análisis en artículos académicos —franceses sobre todo, pero también españoles— que han visto en la película —la original, no el *remake*, que los cineastas europeos obvian con desdén— un ejemplo tardío de neosurrealismo puritano estadounidense. A Jack esas interpretaciones se la traían floja: él lo único que pretendía era que una mano muerta se lo montara con unos zapatos cachondos. Aunque está dispuesto a reconocer que bien podría ser lo mismo).

La Mano esperaba en la caja durante horas. No le importaba esperar, no le apetecía hacer otra cosa. En la película —la original, no el *remake*—, tamborileaba con los dedos de vez en cuando para señalar su impaciencia, pero eso fue un detalle añadido a última hora, a petición del director —Stanislaus Ludz, un tipejo raro que se tenía por una especie de Mozart del terror y que terminaría tirándose por la borda de un remolcador—, quien pensó que quedarse mirando una mano metida en una caja sin que hiciera nada tenía poco de suspense.

En ambas películas, la acción saltaba varias veces de la Mano en la caja a Violet y Alf en una sala de fiestas, donde bailaban mejilla contra mejilla y muslo contra muslo, Alf venga a toquetear el cuello enjoyado de Violet con ademán posesivo al tiempo que le susurraba al oído: «Pronto serás mía». La escena de la discoteca no figuraba en el libro de Jack, pero porque no se le había ocurrido al escribirlo; sí se le ocurrió mientras redactaba el guion de la película, ambos guiones, así que para el caso era lo mismo.

Después de mucho bailoteo, toqueteo y espera en la caja, Violet regresaba a su habitación tras haberse pimplado varias copas de champán, con primeros planos del cuello en el momento de trasegarlas, y se desplomaba en la cama sin reparar siquiera en el mensaje amoroso que la Mano había redactado con tanto esmero, ni en la rosa depositada sobre la almohada. Violet tenía dos almohadas, y la nota y la rosa estaban sobre la otra, motivo por el cual ni veía la nota ni se pinchaba con espinas de rosa.

¿Qué emociones experimentaba la Mano, víctima de un nuevo desaire? ¿Dolor, pena o un poco de cada? Difícil saberlo tratándose de una mano.

Con mucho sigilo, salía del armario e iba reptando por la colcha, tirada al suelo de cualquier manera, hasta llegar a Violet, entregada al sueño con su camisón de encaje y el pelo alborotado. ¿Iba a estrangularla? Sus horripilantes dedos vacilaban sobre el cuello de la chica —aquí chillidos del público en las salas—, pero no, todavía la amaba. Empezaba a acariciarle el pelo, con ternura, con melancolía, con parsimonia; hasta que al rato, incapaz de contenerse, le acariciaba la mejilla.

Eso despertaba a Violet, quien, en la penumbra del dormitorio apenas iluminado por la luz de la luna, encontraba sobre la almohada una especie de araña enorme de cinco patas. Más chillidos, esta vez de Violet. La Mano, sobresaltada, se quitaba de en medio a toda prisa, de manera que para cuando su amada, entre balbuceos aterrados, conseguía encender la luz de la lamparilla de noche, la Mano estaba ya agazapada bajo la cama y no se la veía por ninguna parte.

Violet llamaba a Alf llorando y farfullaba incoherencias al teléfono, como toda chica dadas las circunstancias, y Alf la consolaba virilmente diciéndole que había tenido una pesadilla. Ya más calmada, Violet colgaba el auricular y se disponía a apagar la luz, pero entonces ¿adónde iban a posarse sus ojos sino en la rosa, y al instante en la nota, escrita con la caligrafía inconfundible y otrora amada de William?

Ojos desorbitados. Grito de terror sofocado. ¡Cómo era posible! Sin atreverse a permanecer en el dormitorio ni tan siquiera el tiempo necesario para llamar de nuevo a Alf, Violet se encerraba a cal y canto en el baño, donde pasaba la noche presa de una gran agitación, acurrucada en la bañera y tapada de cualquier forma con unas toallas. (En el libro Violet recordaba a William, atormentada, pero en ambas películas se decidió no mostrar esos recuerdos y sustituirlos por un episodio de angustiosos mordisqueos de uñas y sollozos ahogados).

Por la mañana, Violet entraba con cautela en una habitación inundada de alegres rayos de sol. De la nota no quedaba ni rastro, dado que la Mano se la había llevado. Y la rosa lucía de nuevo en el jarrón de costumbre.

Inhalación profunda. Suspiro de alivio. Después de todo, solo había sido una pesadilla. Violet, sin embargo, seguía con el miedo metido en el cuerpo y no paraba de lanzar ojeadas nerviosas a su espalda mientras tanto ella como sus caderas, embutidas en una lujosa falda, se disponían a salir para comer con Alf.

Luego la Mano empezaba a trajinar de nuevo. Hojeaba el diario de Violet y probaba a imitar su letra. Robaba varias hojas de su bloc de notas rosa y redactaba una carta de amor tórrida y obscena dirigida a otro hombre y en la que proponía una nueva escapada premarital en su lugar de encuentro acostumbrado, un sórdido motel frecuentado por prostitutas a las afueras de la ciudad, al lado de un almacén de moquetas. «Mi amor, sé que corremos un riesgo, pero no puedo dejar de verte», le decía. También hacía comentarios desdeñosos sobre Alf y sus deficiencias amatorias, con especial hincapié en el tamaño de su pene. La nota concluía anticipando los placeres que les aguardaban una vez que el rico de Alf se hubiera casado con Violet y se lo quitaran de en medio. Unos polvitos de antimonio en el Martini y asunto resuelto, decía la nota, antes de terminar con un párrafo de ardoroso anhelo por el momento en que la anguila eléctrica del falso amante se deslizara otra vez en el húmedo y palpitante nido de algas de Violet.

(Hoy día no podían emplearse eufemismos así, había que llamar a las cosas por su nombre, pero en aquel entonces había un límite de palabras impublicables que de hecho podían publicarse. Jack lamenta el levantamiento de esos tabúes, porque servían de acicate para la búsqueda de metáforas ingeniosas. Ahora, con los escritores jóvenes, todo es J y F a todas horas, cosa que él, personalmente, encuentra de lo más aburrido. ¿Se estará volviendo un carca? No, siendo objetivos, la verdad es que aburre).

El falso amante se llamaba Roland. Existía un Roland real, un antiguo admirador de Violet, aunque no había tenido éxito con ella. Violet había preferido al apuesto William, y con motivo, porque Roland no solo era un economista aburrido hasta el bostezo, sino también un majadero de mente mezquina, corazón de piedra y alma de cántaro, algo así como Rod con su cuaderno marrón verdoso. Un cipote, un chorra, un gilipollas del carajo…

A Jack le disgustó la sonoridad de la frase y la tachó. Luego entró en una ensoñación inducida por la cafeína: ¿por qué utilizar el miembro viril como insulto? Ningún hombre detestaba su cipochorra, más bien lo contrario. Aunque quizá fuera una afrenta que todo varón tuviera la suya. Sería eso. Tendría que profundizar un poco más en esa teoría y sacarla a relucir en la próxima fiesta que celebraran en casa, cuando el duelo intelectual empezara a resultar cargante.

Qué tentador dejarse llevar por la procrastinación. Pero Jack tenía mucho que escribir antes de acostarse. Tenía sangre que derramar.

—Te he traído un poco de sopa —dijo Irena, que había subido muy sigilosa por la escalera y entrado en la atalaya de Jack.

Dejó con cuidado un plato y un cuenco sobre la mesa de *bridge* que Jack estaba utilizando a modo de escritorio. La sopa era una crema de champiñones, acompañada de galletitas saladas.

—Gracias —dijo Jack.

Eso sí que era un gesto nutricio. Jack pensó en abalanzarse sobre el torso que se insinuaba bajo el delantal de Irena, en reducirla con un impetuoso y apremiante impulso vital e inmovilizarla contra el suelo, donde se desvanecería rendida en sus brazos. Pero no era el momento: antes tenía que machacar a Roland, destruir a Alf y darle un susto de muerte a Violet. Lo primero es lo primero.

A lo largo de los días siguientes, Jack tuvo que volver sobre lo escrito e introducir a Roland al principio de la historia, ahora que se había hecho necesario para la trama. Cuando pidió unas tijeras y papel celo, Irena se los proporcionó presurosa: cualquier indicación de que el proyecto de la novela avanzaba suscitaba en ella nuevas muestras de servicial disposición.

La Mano escondía aquella engañosa misiva dirigida a Roland entre la picarona lencería de Violet. Luego redactaba un mensaje anónimo en otra hoja de papel rosa: «Alf, eres un infeliz. Te la está pegando con otro, busca entre los encajes, segundo cajón de la cómoda», y a continuación bajaba correteando por la pared cubierta de hiedra, atravesaba la ciudad en dirección al lujoso ático de Alf, y una vez allí trepaba por el hueco del ascensor hasta lo alto del edificio, sin soltar la carta anónima que sujetaba entre el meñique y el anular. Deslizaba la nota acusadora bajo la puerta, volvía a casa de Violet haciendo cabriolas y se escondía entre las hojas de un filodendro plantado en una maceta.

Violet regresaba de la comida y —astuto guiño este, en opinión de Jack— estaba probándose el traje de novia con la ayuda de una modista regordeta y aduladora que aportaba el contrapeso bufo a la historia, cuando Alf irrumpía en la estancia con la cara encendida, lanzaba acusaciones descabelladas contra ella y empezaba a sacar bragas de los cajones de la cómoda de Violet. ¿Se había vuelto loco? ¡No!, pues hete ahí la tórrida misiva, escrita en el papel de cartas de la propia Violet, ¡y con su misma letra!

Entre lágrimas conmovedoras, Violet —que a esas alturas empezaba a despertar la simpatía del público en las salas— replicaba que ella nunca jamás había escrito carta semejante, y que tampoco había visto a Roland desde… En fin, desde hacía mucho tiempo. Luego le contaba lo sucedido la noche

anterior y lo de la espeluznante carta de amor que ella misma había descubierto sobre su almohada.

Era evidente, pues, que los dos habían sido objeto de un vil engaño, perpetrado sin duda por el granuja celoso y rastrero de Roland, que pretendía romper lo que había entre ellos para quedarse con Violet. Alf juró llegar hasta el fondo de la cuestión: se encararía con Roland y lo obligaría a confesar, y cuanto antes mejor.

Violet le suplicaba que no se precipitara, sin embargo, eso no conseguía más que despertar los recelos de Alf. ¿Por qué intentaba defender a Roland de su ira justificada? Si Violet no le estaba diciendo la verdad, le retorcería el hermoso cuello, gruñía Alf; y, de todos modos, ¿dónde estaba esa nota que según ella le habían dejado encima de la almohada? ¿Estaba mintiendo? Alf cogía a la llorosa Violet del cuello, la besaba salvajemente y luego la tiraba a la cama de malos modos. Llegados a ese punto, tanto el lector como Violet empezaban a temer que Alf fuera un desequilibrado. El Ángel de la Violación se cernía sobre la escena con sus alas escarlata, sin embargo, Alf se conformaba con seguir soltando imprecaciones y con arrojar su último ramo de rosas al suelo, donde el jarrón se hacía añicos de un modo que más tarde daría pie a múltiples elucubraciones tanto de junguianos como de freudianos.

Tan pronto como Alf se marchaba hecho un basilisco, Violet descubría otra nota sobre el tocador, donde hacía unos instantes no había ninguna: «Serás mía y de nadie más. La muerte no conseguirá separarnos. Cuidado con ese cuello. Eternamente tuyo, William».

Violet se quedaba boqueando como un mero varado en la playa. Tan estupefacta que ni gritar podía. ¡Quienquiera que estuviera escribiendo esas misivas rondaba por la casa en ese momento! Y Violet se había quedado más sola que la una, porque la modista se había ido. ¡Horror, pavor!

Cuanto más crecía el horror, más rápido escribía Jack. Se chutaba café instantáneo en vena, engullía paquetes de cacahuetes y apenas arañaba unas horas de sueño por las noches. Irena, fascinada por aquella energía frenética, le subía platos de fideos en beneficio de sus desvelos creativos. Incluso llegó al punto de hacerle ella misma la colada, de limpiarle la habitación y cambiarle las sábanas.

Fue poco después de aquel cambio de sábanas cuando Jack consiguió llevársela a la cama no sin cierto forcejeo. ¿O fue ella quien logró llevárselo a

él? Jack nunca lo ha tenido del todo claro. En cualquier caso, en su cama terminaron, y a Jack poco le importaba cómo hubieran llegado hasta allí.

Jack llevaba mucho tiempo ansiando ese momento, fantaseando sobre él, planeándolo, pero cuando por fin llegó la oportunidad, fue rápido en la ejecución y descuidado acto seguido: no tuvo el detalle de susurrarle palabras cariñosas y se quedó dormido como un tronco casi de inmediato. Reconoce que no estuvo muy galante, pero había razones: era joven, estaba agotado y tenía muchas cosas en la cabeza. Otros asuntos requerían su energía, porque ya casi había llegado al desenlace de *La mano muerta te ama*.

Alf estaba a punto de hacer papilla a Roland, presa de una furia loca. Luego, empapado de sangre, se tambalearía hasta su Alfa Romeo, donde la Mano estaría acechando sobre la tapicería de cuero personalizada e intentaría estrangularlo por la espalda. Entonces Alf perdería el control del vehículo, se estamparía contra un viaducto y quedaría carbonizado de resultas del impacto. La Mano, si bien chamuscada de gravedad, saldría reptando de entre los restos del siniestro y se encaminaría, renqueante, hacia casa de Violet.

La desgraciada muchacha, a quien la policía acabaría de comunicar el asesinato de Roland y también el mortal accidente, estaría deshecha. El médico le recetaría un sedante y, en el momento en que estuviera sumiéndose en un sueño irresistible, vería de pronto la imparable Mano llena de ampollas y cicatrices, achicharrada, arrastrándose hacia ella, dolorosa pero implacablemente, sobre la almohada…

—¿Sobre qué estás escribiendo? —le preguntó Irena con la cabeza apoyada en la almohada de Jack, o mejor dicho, en una de las almohadas.

Ahora tenía dos, la segunda se la había proporcionado la propia Irena. Sus visitas a la ratonera del desván estaban convirtiéndose en una costumbre. A veces subía con una taza de chocolate, y cada vez con más frecuencia se quedaba a dormir, aunque no tenía un trasero muy chiquitín que digamos y en la anticuada cama de matrimonio de Jack estaban bastante apretados. Hasta ese momento, Irena había asumido de buen grado el papel de doncella al servicio del genio —incluso se había ofrecido a pasarle a máquina el manuscrito, ya que, a diferencia de él, era una mecanógrafa rápida y eficiente —, pero Jack había rechazado el ofrecimiento. Aquella fue la primera vez que Irena mostró curiosidad sobre la naturaleza de su proyecto, aunque daba por

sentado que lo que Jack escribía era Literatura; ignoraba por completo que estuviera pergeñando un bodrio truculento sobre una mano consumida.

—Sobre el materialismo en los tiempos modernos, desde una perspectiva existencial —respondió Jack—. Inspirado en *El lobo estepario*.

(¡*El lobo estepario*! Anda que…, piensa ahora Jack. Excusable, no obstante: *El lobo estepario* aún no había alcanzado la vulgar popularidad que le aguardaba a la vuelta de la esquina). Su respuesta no era del todo falsa, pero aun teniendo algo de verdad, era cargar un poco las tintas.

Irena se quedó muy satisfecha. Le dio un besito, volvió a ponerse su funcional lencería negra, seguida del grueso jersey y la falda de *tweed*, y bajó presurosa a la cocina, dispuesta a recalentar unas sobras de albóndigas para el almuerzo comunitario.

Jack puso punto final al último capítulo a su debido tiempo y durmió doce horas seguidas, sin soñar con nada. Luego se centró en hacer circular el manuscrito, porque si no demostraba cierta presteza en el empeño de resarcir a sus compañeros por los atrasos pasados y futuros del alquiler, puede que terminara ignominiosamente desahuciado de todos modos. Aunque nadie podía acusarlo de falta de laboriosidad. Había echado el resto con el asunto del mecanografiado —Irena podía dar fe, Jack había llenado las páginas—, así que tal vez le reconocieran el mérito de haberlo intentado.

En Nueva York había varias editoriales especializadas en suspense y terror, de modo que Jack compró unos cuantos sobres de papel marrón y envió el manuscrito a tres de ellas. Antes de lo que esperaba —en realidad no esperaba nada de nada— recibió una respuesta lacónica. Aceptaban el libro. Le ofrecían un anticipo. Era un anticipo modesto, pero suficiente para cubrir el alquiler que debía y hasta para pagar el resto del trimestre.

Incluso le sobró para dar una fiesta y celebrarlo, cosa que hizo con ayuda de Irena. Todos lo felicitaron y quisieron saber cuándo estaba previsto que su obra maestra viera la luz y quién iba a publicársela. Jack eludió sus preguntas, se fumó unos porros, bebió demasiado Old Sailor Port y ponche de vodka y vomitó las bolitas de queso que Irena había preparado en homenaje a su talento. Jack no estaba ilusionado con la publicación de su libro: iban a saltar demasiadas liebres, y no cabía duda de que sus compañeros de piso reconocerían su imagen distorsionada en los espejos deformantes que con tanta desconsideración había introducido en su historia. A decir verdad, nunca había pensado que la novela llegaría a ver la luz.

Ya recuperado de la fiesta, y una vez cumplidas sus obligaciones y obtenido el título de licenciado por los pelos, Jack quedó libre para seguir adelante con el resto de su vida, que al final derivó hacia el mundo de la publicidad. Tenía facilidad para los adjetivos y los adverbios, le dijeron, lo que sería muy útil en cuanto le hubiera cogido el tranquillo al trabajo. Aunque los cuatro compañeros de piso habían dejado la casa y vivían cada uno por su lado, Jack seguía viéndose con Irena, que había decidido matricularse en Derecho. El sexo con ella era un descubrimiento continuo. La primera vez se había sentido exultante, por no decir triunfal, y también en los sucesivos encuentros, pese a los tradicionales parámetros impuestos por Irena en cuanto a la postura, es decir, hombre encima. Era una mujer de pocas palabras, algo que Jack valoraba —así él podía hablar más—, pero dado que no tenía con qué comparar su desempeño amatorio, no habría estado de más que Irena dejara caer algún comentario sobre cómo se le estaba dando. ¿No se suponía que ella debía gemir más? Jack tenía que conformarse con aquella mirada de ojos azules, indescifrable en su opinión. ¿Sería adoración? Eso esperaba, desde luego.

La destreza de Irena, en cambio, ponía de manifiesto que ella sí disponía de puntos de referencia, aunque tuvo el tacto de no mencionarlos, otro detalle que Jack valoraba. Irena no fue su primer amor —esa había sido Linda, una chica morenita, con coletas, de segundo de primaria—, pero sí con la que se estrenó en el sexo. Le gustara o no, Irena había marcado un hito en su vida, así que, mal que le pese, en su memoria hay una gruta consagrada exclusivamente a ella: Santa Irena del Orgasmo Sagrado. Una santa de yeso, como se demostraría después, pero todavía viva en su recuerdo, inmortalizada en el momento de quitarse las prácticas bragas negras, con los muslos de una blancura incandescente, la mirada baja pero coqueta, la boca entreabierta y la sonrisa enigmática. Esa imagen contrastaba radicalmente con la posterior, la de la arpía codiciosa y dura como un pedernal que se embolsa sus cheques dos veces al año. Dos imágenes para él irreconciliables.

A lo largo de los meses siguientes, Irena le compró un juego de tazas de medir y un cubo de basura para la cocina porque, según dijo, Jack los necesitaba —traducción: era ella quien los necesitaba para hacer la cena cuando estaba en casa de él—, y le limpió el cuarto de baño, en más de una ocasión. No solo empezaba a invadir su espacio físicamente, sino también a dictar órdenes. Reprobaba su trabajo en la agencia de publicidad y creía que debía ponerse a escribir otra obra de arte, y por cierto, ¿no estaba a punto de salir ya la primera, que estaba deseando leer? Entretanto, *La mano muerta te*

ama permanecía agazapada, y Jack tenía la esperanza de que el editor se hubiera dejado el manuscrito en un taxi.

Pero no quiso la suerte que así fuera, puesto que, al igual que la mano amputada de su título, *La mano muerta te ama* se abrió camino a zarpazos hasta la superficie e hizo su debut en las estanterías de los comercios de todo el país. Él entonces ya disponía de algunos muebles, entre los que se incluían un puf y un buen equipo de música, además de tres trajes, con sus corbatas a juego. Lamentaba no haber firmado el libro con un seudónimo: ¿y si sus nuevos jefes pensaban que era un pervertido trastornado por escribir una historia así? Lo único que podía hacer era mantener la cabeza gacha y confiar en que pasara inadvertida.

Una vez más, no quiso la suerte que así fuera. Cuando Irena descubrió que en realidad su obra maestra ya había aparecido y que Jack no se lo había dicho, tuvieron una desagradable pelea. Luego hubo más palabras duras cuando Irena leyó la novela y se dio cuenta de la clase de obra maestra que era —un desperdicio de su talento, una claudicación, una bajeza intelectual descarada, completamente indigna de él— y de que los personajes que figuraban en ella eran retratos mal disimulados de los tres antiguos compañeros de piso de Jack, incluida ella.

—¡O sea, que esto es lo que piensas de nosotros en realidad!

—¡Pero si Violet es guapísima! —replicó él—. ¡El héroe la adora!

No consiguió ablandarla. Según Irena, el amor de una mano acartonada, por muy perdidamente enamorada que estuviera, no resultaba halagador en absoluto.

La puntilla llegó después de que Irena husmeara en el correo de Jack un día que él estaba fuera de casa —nunca debería haberle dado una llave— y descubriese que Jack estaba embolsándose el dinero de los *royalties* en lugar de repartirlo entre sus socios accionistas. ¡Estaba incumpliendo el contrato! Era un escritor de pacotilla, un amante de pacotilla y un fraude como ser humano, dijo. Se pondría en contacto con Jaffrey y Rod de inmediato, y ya podía imaginar lo que ambos tendrían que decir al respecto.

—Pero es que —repuso Jack— se me había olvidado lo del contrato. No es un contrato de verdad, fue solo una broma, no fue más que una manera de…

—Pues claro que es un contrato de verdad —replicó Irena con frialdad, quien para entonces ya había aprendido mucho sobre contratos de verdad—. Es una prueba de intencionalidad.

—Está bien. Pensaba repartirlo, pero no he encontrado el momento.

—Eso es mentira y tú lo sabes.

—¿Desde cuándo me lees el pensamiento? Te crees que lo sabes todo de mí. Solo porque te folle no…

—No pienso tolerar ese lenguaje —lo interrumpió Irena, que era una mojigata en lo tocante a las palabras, pero no en otros terrenos.

—¿Y cómo quieres que lo diga? Bien que te gusta cuando te lo hago. De acuerdo, solo porque meta la zanahoria en tu muy transitado…

Pum, pum, pum. Cruzó la habitación, salió. Portazo. Y Jack ¿qué sintió en ese instante? ¿Alegría o tristeza?

Enseguida llegó la carta del abogado que representaba a los tres airados accionistas. Exigencias. Amenazas. Luego, por parte de Jack, claudicación. No tenía escapatoria. Como había dicho Irena, había existido intencionalidad manifiesta.

Jack lamentó la marcha de Irena, más de lo que se atrevía a reconocer. Aunque hizo algún que otro intento de reconciliación. ¿Qué había hecho él?, le preguntó. ¿Por qué le daba con la puerta en las narices?

No hubo manera. Irena había hecho una valoración de su persona, había echado sus cuentas y le encontraba muchas faltas, y no, no estaba dispuesta a hablarlo, y no, no había nadie más en su vida, y no, no iba a darle otra oportunidad. Pero había algo que Jack sí podía hacer —que ya debería haber hecho, dijo—, pero que no tuviera ni idea de qué era ese algo no hacía sino subrayar el motivo por el que Irena lo había dejado.

¿Qué quería de él?, imploró, sin demasiado convencimiento. ¿Por qué no podía decírselo? No hubo forma. Era un misterio.

Jack ahogó sus penas, pero estas, al igual que otras cosas que se ahogan, tenían la mala costumbre de salir a flote cuando menos se las esperaba.

Lo positivo fue que *La mano muerta te ama* se convirtió en todo un éxito en su campo, por abandonado que la intelectualidad tuviera dicho campo. Como dijo su editor: «Sí, es una mierda, pero una mierda de la buena». Y por si fuera poco, había una propuesta en perspectiva de llevarla al cine, ¿y quién más idóneo que el propio Jack para hacerse cargo del guion? ¿Y luego para producir una segunda parte de *La mano muerta te ama*, o si acaso otra mierda de la buena? Jack dejó su puesto en la agencia de publicidad y se entregó por entero a su pluma. O más bien a su Remington, que pronto sería reemplazada

por una IBM Selectric, con aquella bola saltarina que permitía cambiar el tipo de letra. ¡Qué pasada aquella máquina!

La vida de escribano de Jack ha tenido sus altibajos. A decir verdad, no ha cumplido las expectativas generadas por el éxito de su primer libro, que sigue siendo por el que se lo conoce y del que deriva la mayor parte de sus ingresos; unos ingresos que, gracias a aquel contrato firmado en su juventud, son tres veces menores de lo que debieran. Cosa que escuece. Y a medida que pasan los años y cada vez le resulta más difícil dar rienda suelta a su verborrea, escuece mucho más. *La mano muerta* fue su gran triunfo; ahora ya no se ve capaz de repetirlo. Encima, ha llegado a una edad en que otros escritores más agresivos, más morbosos y más jóvenes lo miran con paternalismo y desdén. *La mano muerta*, sí, bueno, fue una obra fundacional, pero para lo que hoy se estila, le falta garra. A Violet, por ejemplo, no le sacaban las tripas. No había escenas de tortura, a nadie le freían el hígado en una sartén ni había ninguna violación en grupo. Así que ya me dirás dónde está la gracia.

Lo más probable es que esos chavales de pelo pincho y argollas en la nariz reserven su respeto para la película en lugar del libro, pero para la original, no el *remake*. El *remake* estaba más logrado, cierto, si es que eso es lo que uno busca, claro. Contaba con mejores medios técnicos y con mejores efectos especiales, adónde va a parar, pero le faltaba frescura, no tenía la crudeza primitiva de la original. Era demasiado preciosista, demasiado afectada, le faltaba…

«Con ustedes, nuestro invitado especial de esta noche: Jack Dace, el viejo maestro del terror. Veamos, señor Dace, ¿qué opinión le merece la película? La segunda, el bodrio, la que fracasó. Ah. ¿El guion era suyo? Vaya, quién lo iba a decir. En aquel entonces ninguno de los participantes en esta mesa redonda había nacido todavía, ¿verdad, chicos? Ja, ja, ja, ya lo sé, Marsha, ya sé que no eres un chico, pero como si lo fueras. ¡Tienes más huevos que la mitad de los chavales del público!». Risitas tontas.

¿Él también había sido así de insolente, de inmaduro? Sí. También.

La semana anterior había recibido una propuesta para hacer una miniserie de televisión, unida al lanzamiento de un videojuego; ambos formatos sujetos, por desgracia, al contrato original de las cuatro partes, según su abogado. Y habrá también un simposio en Austin, Texas, hábitat de gafapastas ultramodernos, dedicado enteramente a Jack Dace y su trabajo, su obra completa, y en especial a *La mano muerta te ama*. Esta actividad renovada y

el bombardeo mediático del que suele venir acompañada revertirán en un repunte de las ventas del libro y en más derechos de redifusión, y en más de todo lo que, ¡hay que joderse!, toca dividir en cuatro partes. Este es su último estertor, su último hurra, y no podrá disfrutarlo; solo podrá disfrutar de una cuarta parte. Ese reparto a cuatro es una injusticia que clama al cielo y que ya ha durado demasiado. Algo tiene que cambiar, cueste lo que cueste, caiga quien caiga. O quienes caigan.

Pero ¿cómo lograr que parezca natural?

Los tiene localizados a los tres, no le ha quedado otro remedio: sus abogados se han encargado de que así sea.

Rod estuvo casado con Irena un tiempo, pero de eso hace ya mucho. Antes de la jubilación trabajaba en una agencia internacional de valores y ahora reside en Sarasota, Florida, donde colabora como asesor financiero voluntario en diversas asociaciones de teatro y danza.

Jaffrey, que también estuvo brevemente casado con Irena, pero después de Rod, reside en Chicago, donde ha sabido adaptar su talento para el debate filosófico a la política municipal. Hace catorce años estuvo a punto de ser condenado por un delito de soborno, pero salvó el pellejo y desde entonces continúa en activo como afamado hombre en la sombra, consejero y asesor electoral.

Irena sigue en Toronto, al frente de una empresa que recauda fondos para proyectos sin ánimo de lucro, como trasplantes de riñón, por ejemplo. Es viuda de un tipo al que le fue muy bien con el negocio de la potasa y muy dada a celebrar veladas de alto copete. Cada año le manda una felicitación navideña a Jack, con una circular adjunta en la que se relatan sus banales devaneos sociales.

Jack no está abiertamente enemistado con el trío, pues hace ya tiempo les dio a entender que se conformaba con lo que había. Aun así, hace años que no ve a ninguno de ellos. Décadas, mejor dicho. ¿Para qué iba a hacerlo? Nunca ha tenido el menor deseo de experimentar un regüeldo del pasado.

Hasta ahora.

Decide empezar por Rod, que es el que vive más lejos. En lugar de enviarle un correo electrónico, le deja un mensaje de voz: va a hacer un alto en Sarasota con motivo de una película que se está planteando aceptar —busca la

localización más idónea—, así que ¿qué tal si comen juntos y charlan sobre los viejos tiempos? Jack supone que se excusará con algún pretexto, pero, para su sorpresa, recibe un mensaje de Rod aceptando la invitación.

No quedan en un restaurante, ni siquiera en casa de Rod. El encuentro tiene lugar en la deprimente cafetería del centro budista de cuidados paliativos donde Rod está ingresado. Hombres blancos ataviados con túnicas de color azafrán trajinan de aquí para allá, con sonrisas benévolas; las campanillas tintinean; a lo lejos, se oyen cánticos.

El otrora corpulento Rod se ha encogido: tiene la tez gris amarillenta y parece un guante vacío.

—Cáncer de páncreas —le comunica a Jack—. Tengo los días contados.

Jack le dice que no sabía nada, lo cual es cierto. También le dice —¿de dónde saca esos tópicos?— que espera que esté recibiendo el acompañamiento espiritual adecuado. Rod le contesta que no es budista, pero que esa gente lleva bien lo de la muerte y, como no tiene familia, qué más da un sitio que otro.

Jack le dice que lo siente. Rod contesta que podría ser peor y que no puede quejarse. Ha tenido una buena vida, en parte gracias a Jack, tiene la gentileza de añadir, ya que el dinero de *La mano muerta* le dio el empujoncito que necesitaba al principio de su carrera profesional.

Se quedan mirando sus respectivos platos de gastronomía budista vegetariana. No hay mucho más que decir.

A fin de cuentas, para Jack es un alivio no tener que matar a Rod. ¿De veras pretendía llegar tan lejos? ¿Habría sido capaz? Probablemente no. En realidad, Rod nunca le había caído tan mal. No, falso: le caía mal, pero no tanto como para matarlo, ni entonces ni ahora.

—La verdad es que no eras Roland —le suelta.

Qué menos que una mentirijilla para un cabrón agonizante.

—Eso ya lo sé —replica Rod con un amago de sonrisa. Una señora con una túnica naranja les sirve té verde—. Lo pasábamos bien, ¿verdad? En el caserón aquel. Eran tiempos más inocentes.

—Sí —dice Jack—. Fue divertido.

Visto en retrospectiva, eso parece. Pero lo «divertido» es no saber cómo terminará todo.

—Tengo que contarte una cosa —dice Rod finalmente—. Sobre ese libro tuyo y el contrato.

—No te preocupes por eso —dice Jack.

—No, mira —dice Rod—. Hay un acuerdo paralelo.

—¿Cómo que paralelo? ¿A qué te refieres?

—Entre nosotros tres —responde Rod—. Si uno de nosotros muere, su parte se divide entre los otros dos. Fue idea de Irena.

Cómo no, piensa Jack. Irena nunca ha dado puntada sin hilo.

—Entiendo.

—Ya sé que no es justo —dice Rod—. Que esa parte debería corresponderte a ti. Pero Irena estaba enfadada por cómo ponías a Violet, en el libro. Se lo tomó como una burla contra ella. Después de lo… En fin, de lo bien que se había portado contigo…

—No me burlaba de ella —protesta Jack; otra media mentira—. ¿Y qué pasa si morís los tres?

—Pues que todas nuestras acciones revierten en ti —contesta Rod—. Irena quería que todo fuera a parar a su asociación benéfica para enfermos renales, pero ahí me planté.

—Gracias —dice Jack. O sea, que todo va a parar al último que quede en pie, solo puede quedar uno. Al menos ahora ya sabe cómo están las cosas—. Y gracias también por contármelo.

Estrecha la mano lánguida de Rod.

—No es más que dinero, Jack —dice Rod—. Hazme caso. A la hora de la verdad, el dinero no sirve para nada. Olvídate.

Jaffrey está encantado de tener noticias de Jack, o al menos eso dice. ¡Ay, los años mozos, qué tiempos aquellos! ¡Qué juergas se corrían! Jaffrey parece haber olvidado que, en parte, aquellos tiempos se emplearon en estafar a Jack, pero dado que ahora Jaffrey dedica su vida entera a la estafa a gran escala, aquella trapacería lejana e insignificante debe de haberse extraviado en la vorágine de su memoria. Aunque él bien forrado que tiene el nido gracias a los beneficios de Jack.

Se encuentran en un campo de golf, a propuesta de Jaffrey. Jugamos unos hoyos, nos tomamos unas cervecitas y tan a gusto. Jack detesta el golf, pero tiene buen perder, además de mucha práctica en ello: perder con productores de cine da mucho rodaje.

Qué listo Jaffrey: los campos de golf son la tapadera perfecta. Te permiten mantener una conversación en privado, pero siempre a la vista de otros, así que Jack no podrá partirle la cabeza a ese farsante viejo y charlatán sin que haya testigos delante. Porque Jaffrey está viejo, muy viejo: tiene cuatro pelos

blancos, chepa y el barrigón fofo. No es que Jack sea un pipiolo, pero al menos se ha mantenido en mejor forma.

Jaffrey parlotea sin ton ni son sobre el miserable caserón de ladrillo donde habían vivido tan felices y despreocupados: ¿sabe Jack que han colocado una placa conmemorativa en la fachada? ¡En homenaje a Jack y *La mano muerta*, ni más ni menos! ¡Tiene gracia que la gente de hoy día confunda aquella novelucha suya, torpe y llena de topicazos, con una especie de hazaña artística! Que lo digan los franceses, que tienen a Jerry Lewis por un genio, vale, pero ¿los demás? A Jaffrey *La mano muerta* siempre le ha parecido desternillante, y es incapaz de imaginar que Jack no la escribiera con ese propósito en mente. Pero, oye, fantástico que acabara convirtiéndose en semejante filón, ¿no? Por el bien de todos. Risita entre dientes, guiño.

—Pues a Irena no le pareció tan gracioso —dice Jack—. El libro. Se cabreó conmigo porque pensó que le había estado tomando el pelo. Ella me hacía escribiendo *Guerra y paz*, pero desde el primer momento la novela trataba…

—Irena sabía perfectamente de qué trataba —lo interrumpe Jaffrey con esa mueca suya de estudiante de Filosofía redicho—. Cuando lo estabas escribiendo.

—¿Cómo? —dice Jack—. ¿Qué insinúas? Nunca dije…

—Irena es la mujer más cotilla del mundo —dice Jaffrey—. Que me lo cuenten a mí, que estuve casado con ella. Tiene un sexto sentido. Solo le puse los cuernos siete u ocho veces, diez como máximo, y siempre me pilló a la primera. Jugando al golf también es tremenda. No hay quien le sise un centímetro.

—Es imposible que lo supiera —asegura Jack—. Llevaba la novela en secreto.

—¿Crees que no metía la nariz en el manuscrito a la más mínima oportunidad? —dice Jaffrey—. Si ibas al váter, allí estaba ella ojeando unas páginas. La tenía fascinada. Quería ver si ibas a matar a Violet. Y tenía olfato, se dio cuenta enseguida de que iba a ser un éxito de masas.

—Pues luego bien que me puteó. No lo entiendo. —Jack se siente un tanto aturdido. Puede que sea por el sol: no está acostumbrado a salir cuando da de pleno—. Rompió conmigo por culpa del libro. Que si había traicionado mi verdadero talento y bla, bla, bla.

—No fue por eso —dice Jaffrey—. Irena estaba enamorada de ti. ¿No te diste cuenta? Quería que le propusieras matrimonio, lo que quería era casarse.

Es muy convencional, Irena. Pero tú no estabas por la labor y se sintió muy rechazada.

Jack está sorprendido.

—¡Pero si ella estaba estudiando Derecho! —replica.

Jaffrey se echa a reír.

—Eso no es excusa.

—Si lo que quería era casarse —dice Jack malhumorado—, ¿por qué no me lo dijo?

—¿Y que le dieras calabazas? Ya la conoces. Nunca se habría puesto en una posición tan vulnerable.

—Pero a lo mejor le habría dicho que sí —señala Jack.

Qué distinta habría sido su vida de habérselo olido, y de haber dado el paso después. Pero ¿habría sido mejor o peor? Ni idea. Distinta, en cualquier caso. A lo mejor en este instante, sin ir más lejos, no se sentiría tan solo.

Jack nunca llegó a casarse con ninguna de las otras; con ninguna de sus fans, ni de las actrices que conoció gracias a las películas. Sospechaba que todas estaban más prendadas de su libro y/o de su dinero que de él. Pero Irena, ahora que lo piensa, había entrado en su vida antes de que *La mano muerta* llegara a las librerías; antes del éxito. Sería como fuera, pero no podía acusarla de actuar por interés.

—Para mí que sigue colada por ti —apunta Jaffrey.

—Pues me las hizo pasar canutas durante años —replica Jack—. Con lo de los *royalties*. Si tanto detestaba aquel libro, debería haber rechazado beneficiarse de él.

—Era su forma de mantenerse en contacto contigo —dice Jaffrey—. ¿Nunca se te ha pasado por la cabeza?

Su acuerdo de divorcio con Irena, le cuenta a Jack, fue bastante peculiar: ella se empeñó en que incluyera la participación de Jaffrey en *La mano muerta te ama*, cuyas ganancias se le ingresan a ella en cuanto Jaffrey las recibe. Cree que ella fue tu inspiración, y que por lo tanto está en su derecho.

—Puede que sí fuera mi inspiración.

Jack había estado contemplando los diversos métodos que podría emplear para liquidar a Jaffrey. ¿Un punzón para picar hielo en el servicio de caballeros, polvos radiactivos en la cerveza? Habría tenido que planificarlo minuciosamente, porque sin duda Jaffrey debe de haber hecho enemigos poderosos durante todo el tiempo que ha pasado en la trastienda de la política y seguro que huele el peligro a la legua. No obstante, parece que Jack no tendrá que poner en práctica ninguno de esos planes, puesto que Jaffrey ya no

pinta nada en lo que concierne a *La mano muerta*: ha dejado de percibir beneficio alguno por ella.

Jack le manda una nota a Irena. No un correo electrónico, sino una nota por escrito, con su sello y todo: su intención es envolver la cita de un halo romántico, infundirle una sensación de seguridad para poder atraerla hacia algún paraje remoto y tirarla por un barranco, metafóricamente hablando. ¿Qué tal si quedan para cenar?, propone. Tiene ciertas noticias sobre el futuro de esa novela que comparten y le gustaría comunicárselas. Mejor que sea ella quien escoja restaurante, el coste es lo de menos. Le haría muchísima ilusión verla después de tanto tiempo. Siempre ha sido una persona muy muy especial para él, y sigue siéndolo.

Pasan unos días; luego recibe una contestación: «Por supuesto, me parece oportuno. Será muy agradable rememorar el largo y complejo viaje en el que hemos estado inmersos, juntos en un principio y después cada uno por su lado, recorriendo sendas paralelas, distintas a la par que semejantes. Hay vibraciones invisibles que nos ligan el uno al otro, como tú mismo debes de percibir. Cordialmente, tu muy vieja amiga, Irena. P. D.: Nuestros horóscopos predecían este reencuentro».

¿Y eso cómo tiene que interpretarlo? ¿Amor, odio, indiferencia, camuflaje? ¿O es que Irena se está volviendo majara?

Se dan cita en el refinado Canoe, un restaurante muy alejado de los guisos de fideos con atún. Ha sido idea de Irena quedar allí. Les han dado una de las mejores mesas, con unas vistas a la ciudad, profusamente iluminada, que a Jack le provocan vértigo.

Aparta la vista de la ventana y fija la atención en Irena. Está un poco arrugada y mucho más flaca, pero en general se conserva bastante bien. Tiene los pómulos muy marcados, y aire de mujer distinguida, de gustos caros. Su mirada, con esos ojos asombrosamente azules, sigue siendo tan indescifrable como siempre. Va mucho mejor vestida que cuando compartían piso, pero también él, la verdad.

Les sirven el vino blanco, un sauvignon. Alzan las copas.

—Aquí estamos otra vez —dice Irena con una sonrisilla temblona.

¿Está nerviosa? Antes nunca se ponía nerviosa, o al menos él no lo notaba.

—Qué alegría verte —dice Jack.

Sorprendentemente, habla en serio.

—Aquí tienen un *foie gras* buenísimo —dice Irena—. Te va a gustar, lo sé. Por eso he escogido este sitio: siempre he sabido lo que te gusta.

Irena se pasa la lengua por los labios.

—Tú fuiste mi inspiración. —Él se sorprende al decirlo.

Qué cursilada, Jack, vergüenza debería darte, se reprende; pero al parecer desea complacerla. ¿A qué ha venido eso? Tiene que ir al grano, tirarla por un balcón, empujarla escalera abajo.

—Lo sé —dice ella con una sonrisa nostálgica—. Yo era Violet, ¿verdad que sí? Solo que ella era más guapa, y yo nunca fui tan egoísta.

—Para mí tú eras más guapa —salta Jack.

¿Es una lágrima eso que ve, es emoción eso que muestra Irena? Ahora Jack se asusta. De pronto comprende que siempre había contado con que Irena dominara sus impulsos. Será incapaz de matarla si lloriquea: para que la asesine, Irena tiene que mostrarse cruel.

—Me compré unos zapatos rojos como los suyos —dice Irena—. Iguales a los que llevaba en el libro.

—Vaya, qué… —dice Jack—. Impresionante.

—Aún los tengo. En su caja.

—Ah —responde Jack.

Esto se está poniendo muy raro. Irena está tan chalada como algunas de sus fans góticas, lo ha convertido en un fetiche. Quizá mejor que se olvide de lo de matarla. Que se largue de ahí. Que pretexte una indigestión.

—Aquel libro me abrió los ojos —afirma ella—. Me dio confianza en mí misma.

—¿Que una mano muerta te acosara? —pregunta Jack.

Está descolocado. ¿En serio se había propuesto llevar a Irena hasta un callejón oscuro y golpearla con un ladrillo? Serían solo fantasías, lo más seguro.

—Supongo que me habrás odiado todos estos años, por lo del dinero —dice Irena.

—No, odiarte no —miente Jack.

Vaya que si la ha odiado. Pero ahora no la odia.

—No fue por dinero —precisa Irena—. Mi intención no era hacerte daño, solo quería seguir en contacto contigo. No quería que te olvidaras de mí por completo, con todo el *glamour* de tu nueva vida.

—No tiene tanto *glamour* —dice Jack—. Y además, no me habría olvidado de ti. Nunca podría olvidarte.

¿Va de farol o lo dice en serio? Lleva tanto tiempo faroleando que ya le cuesta distinguir.

—Me gustó que no mataras a Violet. Bueno, que no la matara la Mano. Fue muy conmovedor que lo terminaras así. Precioso. Me hizo llorar.

En su momento, la intención de Jack era que la Mano estrangulara a Violet: parecía lo más justo, lo apropiado. La Mano le taparía la nariz, la boca, luego se cerraría en torno al cuello de Violet y lo apretaría con sus dedos arrugados y exangües, y los ojos de ella se girarían en sus órbitas como los de una santa en pleno éxtasis.

Sin embargo, en el último momento Violet se había sobrepuesto al pavor y la repulsión con valentía y había tomado la iniciativa. Había tendido la mano amorosamente y había acariciado a la Mano, puesto que en realidad sabía que se trataba de William, o de una parte de William. Después la Mano se había esfumado entre una neblina plateada. Eso lo había plagiado de *Nosferatu*: el amor de una mujer pura ejercía un poder extraño sobre las fuerzas de las tinieblas. Es posible que 1964 fuera el último año en que colara ese tipo de recursos; si alguien lo intentara hoy día, no arrancaría más que risotadas.

—Siempre he pensado que ese final contenía un mensaje —dice Irena—. Dirigido a mí.

—¿Un mensaje? —pregunta Jack.

¿Está zumbada? O quizá tenga razón. Los junguianos y los freudianos coincidirían con ella. Aunque, si contenía un mensaje, ni puta idea de lo que pretendía decir.

—Tenías miedo —dice Irena como si le hubiera leído el pensamiento—. Miedo de que si te tocaba de verdad, si tendía la mano y llegaba a tu corazón, si me dejabas acercarme demasiado al ser espiritual y maravilloso que en el fondo escondías, acabarías desvaneciéndote. Y por eso no pudiste, por eso no… Por eso se acabó lo nuestro. Pero ahora puedes.

—Habrá que verlo —dice Jack.

Sonríe con intencionada puerilidad. ¿De veras esconde un ser espiritual y maravilloso en su interior? En ese caso, Irena es la única persona que ha creído en él.

—Habrá que verlo —repite ella.

Vuelve a sonreír y posa una mano sobre la de Jack, que nota el tacto de sus huesos. Luego Jack cubre con la otra mano sus manos enlazadas y las

aprieta.

—Mañana te mando un ramo de rosas. Rojas. —La mira fijamente a los ojos—. Considéralo una proposición.

Ya está. Ha dado el paso, pero ¿el paso hacia dónde? Ve con cuidado, lozano y gallardo don Juan, se dice. Puede haber trampa. Quizá Irena sea demasiado para ti, y además, quizá no esté en sus cabales. No te equivoques. Pero ¿cuánto tiempo de vida le queda para preocuparse por equivocaciones?

COLCHÓN DE PIEDRA

Al principio Verna no había pretendido matar a nadie. Su intención era tomarse unas vacaciones, así de sencillo. Tomarse un descanso, hacer cuentas consigo misma, desembarazarse de piel muerta. El Ártico le sienta bien: hay cierta calma intrínseca en esas vastas y frías extensiones de hielo, rocas, mar y cielo, libres de ciudades, carreteras, árboles y demás estorbos que abarrotan el paisaje en el sur.

Entre esos estorbos Verna incluye a otra gente, y por «otra gente» quiere decir los hombres. Hace ya un tiempo que está harta de ellos. Se ha hecho el propósito de renunciar al coqueteo y a toda consecuencia que pudiera derivarse de él. No necesita el dinero, ya no. No es derrochadora ni codiciosa, se dice: lo único que siempre quiso fue envolverse con capas de amable y mullido dinero que la protegieran y la aislasen, de manera que nada ni nadie pudiera acercarse a ella hasta el punto de hacerle daño. Ese humilde objetivo sin duda lo ha alcanzado.

Pero la cabra tira al monte, y al poco rato Verna ya está evaluando y catalogando a sus compañeros de viaje que, forrados en sus polares, deambulan vacilantes arrastrando sus maletas de ruedas por el vestíbulo del hotel del aeropuerto donde está previsto que hagan noche el primer día. Su vista pasa de largo sobre las mujeres y marca a los machos del rebaño. A los que llevan hembras adyacentes, los descarta por principio: ¿para qué esforzarse más de lo necesario? Quitarse de encima a una esposa puede ser trabajoso, como experimentó vía su primer marido: las esposas desechadas se pegan como lapas.

Son los solitarios quienes le interesan, los que acechan en la retaguardia. Algunos de ellos ya están demasiado mayores para sus propósitos; a esos evita mirarlos a los ojos. Los vejestorios que abrigan la creencia de que todavía les queda cuerda para rato: esos son su blanco. No es que vaya a tirar a diana, se dice, pero qué mal hay en entrenarse un poco, aunque solo sea por demostrarse a sí misma que todavía es capaz de derribar a alguno si se lo propone.

Para el encuentro de esa noche, cuando se harán las presentaciones de rigor, Verna elige el jersey de color crema y se engancha muy cerquita del pecho izquierdo la etiqueta de Magnetic Northward con su nombre. Gracias al aquaeróbic y al fortalecimiento de tronco que ha logrado gracias al Pilates, todavía está de muy buen ver para su edad, o para cualquier edad, de hecho, al menos cuando está completamente vestida por fuera y cuidadosamente encorsetada por dentro. No correría el riesgo de tumbarse sobre una hamaca en biquini —empieza a acusar cierto fruncimiento superficial, pese a sus muchos desvelos—, a lo que obedece, entre otras razones, que haya elegido el Ártico en lugar de, pongamos, el Caribe. La cara todavía tiene un pase, y desde luego el mejor pase que el dinero puede comprar a estas alturas: con una base bronceadora, una sombra de ojos en tonos pálidos, un poco de rímel, un toque de polvos con brillo y una iluminación tenue, puede aparentar diez años menos.

—«Mucho se nos arrebata, mas mucho perdura» —susurra ante su imagen en el espejo.

Su tercer marido era un fanático en serie de las citas literarias, con especial inclinación por Tennyson. «Ven al jardín, Maud», solía decirle justo antes de irse a la cama. La ponía enferma que dijera eso.

Se echa un poco de colonia —una esencia sutil, floral, nostálgica— que luego seca con unos toquecitos para que quede apenas un rastro. No conviene excederse: aunque el olfato se pierda con la edad, siempre hay que tener en cuenta posibles alergias. Un hombre con un ataque de estornudos no está para muchas atenciones.

Verna hace su entrada con algo de retraso, la sonrisa distante pero alegre —no es bueno que una mujer sin acompañante parezca demasiado ansiosa—, acepta una copa del pasable vino blanco que están sirviendo y deambula entre la concurrencia, que sorbe y picotea. Los hombres serán sin duda profesionales jubilados: médicos, abogados, ingenieros, agentes de Bolsa, interesados en la exploración del Ártico, los osos polares, la arqueología, las aves, la artesanía inuit e incluso tal vez por los vikingos, la flora o la geología. Magnetic Northward atrae a una clientela seria y pone a su disposición a un concienzudo equipo de expertos para que guíe al rebaño de aquí para allá y lo culturice con sus charlas. Verna ha hecho sus indagaciones sobre los otros dos touroperadores que trabajan en la zona, pero ninguno de los dos la convence. Uno ofrece demasiadas caminatas y atrae a menores de cincuenta, que no es el objetivo de Verna, y el otro parece inclinarse demasiado por las cancioncillas y los disfraces ridículos, así que se ha conformado con Magnetic

Northward, que aporta el consuelo de lo conocido. Ya ha viajado con esta agencia en otra ocasión, tras la muerte de su tercer marido, hace cinco años, así que ya sabe más o menos a qué atenerse.

En la sala predomina la vestimenta deportiva, mucho *beige* entre los hombres, mucha camisa de cuadros, mucho chaleco multibolsillos. Verna se fija en las etiquetas con los nombres: un Fred, un Dan, un Rick, un Norm, un Bob. Otro Bob, y otro: cuánto Bob en este viaje. Varios de ellos parece que vuelan en solitario. Bob: un nombre que en otro tiempo tuvo un peso muy significativo para ella, aunque a estas alturas ya tiene que haber soltado ese lastre. Selecciona a uno de los Bobs más delgados pero todavía fuertes, se desplaza hacia él, levanta los párpados y los baja de nuevo. Bob dirige la vista hacia su pecho, entrecerrando los ojos.

—Verna —lee—. Un nombre muy bonito.

—Anticuado —dice ella—. En latín significa «primavera». Cuando todo renace y vuelve a la vida una vez más.

Esa frase, tan cargada de promesas de renovación fálica, había surtido efecto a la hora de conquistar a su segundo marido. Al tercero le contó que su madre la había bautizado así por influencia de James Thomson, el poeta escocés del siglo XVIII, y sus vernales brisas, lo cual era una mentira tan absurda como deliciosa, porque a decir verdad le pusieron ese nombre por una tía grandullona y mofletuda ya difunta. En cuanto a su madre, era una estricta presbiteriana con unas tenazas por boca, que despreciaba la poesía y difícilmente se habría dejado influir por algo más blando que un muro de granito.

Durante las etapas preliminares de la pesca y captura de su cuarto marido, a quien tenía fichado como pervertido, Verna fue todavía más lejos. Le contó que le habían puesto ese nombre por «El rito de la primavera», una danza de alto voltaje erótico que terminaba con torturas y sacrificios humanos. Él se rio, pero también se revolvió inquieto: señal evidente de que había mordido el anzuelo.

—Y tú eres… Bob —dice ahora Verna.

Le ha llevado años perfeccionar esa pequeña aspiración sofocada, garantía absoluta de que a su interlocutor se le aflojarán las rodillas.

—Sí, Bob Goreham —añade él, con un retraimiento que sin duda pretende ser seductor.

Verna esboza una gran sonrisa para disimular su estupor. Se siente sonrojar con una mezcla de rabia y un regocijo casi temerario. Lo mira de hito en hito: sí, pese al pelo ralo, las arrugas y la dentadura a todas luces

blanqueada y posiblemente postiza, es el mismo Bob, el Bob de hace cincuenta y tantos años. Bob el Rompecorazones, la Estrella de la liguilla, el Partidazo, el Bob de los barrios altos, donde circulaban los Cadillac y residían los peces gordos de la empresa minera. El Canalla, con su pose de bravucón imponente y su retorcida sonrisa burlona.

Qué sensación, entonces —no solo para todo el instituto, sino para todo el mundo en general, porque en aquella ciudad de mala muerte todos sabían muy bien quién bebía y quién no, y quién era ligera de cascos, y cuánta calderilla llevabas en el bolsillo—, qué sensación que el partidazo de Bob hubiera elegido nada más y nada menos que a la insignificante Verna como pareja para el baile de gala del instituto aquel invierno. La guapa Verna, tres años más joven que él, la estudiosa Verna que iba adelantada de curso; la inocente Verna, a la que toleraban pero no incluían, que se abría camino con uñas y dientes para obtener una beca que le permitiera despedirse para siempre de aquella ciudad. La ingenua Verna, que creía estar enamorada.

O que lo estaba de verdad. En lo tocante al amor, ¿acaso no era lo mismo creerse enamorada que estarlo de verdad? Esas creencias te comen la fuerza y te enturbian la visión. Verna nunca ha vuelto a dejarse atrapar en esa trampa engañosa.

¿Qué bailaron aquella noche? *Rock Around the Clock. Hearts Made of Stone. The Great Pretender*. Bob la llevó entre sus brazos por los márgenes del gimnasio, aplastada contra el clavel de su ojal, ya que la inexperta y torpe Verna de entonces no había pisado un baile hasta ese momento, y no era capaz de seguir las agotadoras y aparatosas piruetas de Bob. Para la sumisa Verna, la vida se limitaba a la iglesia, los estudios, las tareas domésticas y el trabajo de dependienta en una tienda de comestibles los fines de semana, todo ello bajo el férreo control de su adusta madre. Nada de citas con chicos; su madre no se las habría permitido, aunque tampoco es que le hubieran hecho nunca una proposición. Pero bien que su madre le dio permiso para ir con Bob Goreham al baile del instituto, donde no faltaría la vigilancia, porque ¿no era el tal Bob ese chico de buena familia que tanto prometía? La mujer incluso se permitió cierto regocijo ufano, por mudo que fuera. Mantener la cabeza erguida después de que el padre de Verna hubiese levantado campamento la había tenido ocupada en cuerpo y alma y le había dejado rígido el cuello. Visto desde la perspectiva actual, Verna lo comprendía.

Así que Verna salió por la puerta con su héroe adorado, embelesada como una ilusa, tambaleándose sobre sus primeros zapatos de tacón. Bob la acomodó galantemente en su descapotable rojo brillante, en cuya guantera

acechaba ya la traicionera petaquita de *whisky*, y Verna se sentó erguida como una vara, casi catatónica de pura timidez, oliendo a champú y crema hidratante y envuelta en la anticuada estola de conejo de su madre, impregnada de naftalina, y un vestido azul claro con falda de tul que parecía tan barato como en realidad era.

Barata. Barata y desechable. De usar y tirar. Así la había visto Bob, desde el primer momento.

Ahora Bob amaga una sonrisa. Parece satisfecho de sí mismo: tal vez haya visto deseo en el rubor de Verna. ¡Pero no la reconoce! ¡De verdad que no la reconoce! ¿Cuántas Vernas habrá conocido en su vida el muy cabrón?

Contrólate, se dice. Parece que no es una mujer invulnerable, después de todo. Está temblando de rabia, ¿o será de humillación? Da un trago del vino para disimular, y se atraganta al instante. Bob reacciona enseguida y le da unos golpecitos en la espalda, tan enérgicos como acariciantes.

—Disculpa —alcanza a decir Verna con voz entrecortada.

El perfume frío y seco a claveles la envuelve. Tiene que alejarse de él; de pronto se siente muy mareada. Se dirige a toda prisa hacia el servicio de señoras, que por suerte está desocupado, y vomita en un retrete el vino blanco y el canapé de queso cremoso y aceituna. Puede que aún esté a tiempo de cancelar el viaje. Pero ¿por qué va a tener que huir de Bob una vez más?

Entonces no le quedó otra opción. A finales de aquella semana, la noticia ya corría por toda la ciudad. El propio Bob se había encargado de difundirla, en una versión disparatada que difería mucho de la que ella recordaba. La putilla, la borracha de Verna, que se lo había puesto en bandeja; de risa, vamos. Hubo pandillas de muchachos calenturientos que la siguieron hasta casa a la salida del instituto, abucheándola y gritando: «¡Eh, tú, fresca! ¿Me llevas al huerto? ¡El bombón conquista, pero el alcohol enchispa!». Y esos fueron algunos de los requiebros más suaves. Hubo chicas que le dieron de lado por temor a contagiarse de aquella deshonra, de la ridícula y cómica indecencia de aquella historia.

Y luego, su madre. El escándalo no tardó en saltar a los círculos de la parroquia. Lo poco que salió por aquel cepo que la mujer tenía por boca fue contundente: ella se lo había buscado, así que a apechugar con las consecuencias. No, nada de llantos y lamentos: a lo hecho, pecho; el sambenito ya se lo habían colgado para los restos, porque la que se pierde una vez, está perdida para siempre, así era la vida. Cuando se hizo evidente que había ocurrido lo peor, la montó en un autocar y la facturó a una residencia religiosa para madres solteras que quedaba a las afueras de Toronto.

Allí Verna pasó los días pelando patatas, fregando suelos y restregando letrinas junto a sus compañeras de delito. Las vestían con sayos grises de embarazada, medias grises de lana y unos burdos zapatones de color marrón, sufragados todos gracias a generosos donativos, según les decían. Aparte de las tareas de fregoteo y pelado, las obsequiaban con tandas de rezos y reconvenciones moralizantes. Lo que les había ocurrido, predicaban los sermones, les estaba bien empleado por su conducta depravada, pero si trabajaban con tesón y dominaban sus impulsos aún estaban a tiempo de redimirse. Las prevenían contra el alcohol, el tabaco y los chicles, y les decían que si algún día un hombre decente estaba dispuesto a casarse con ellas, ya podían considerarlo un milagro.

Verna tuvo un parto largo y difícil. Le arrebataron al bebé de inmediato para que no creara ningún vínculo con él. Hubo una infección, con complicaciones y secuelas, pero mejor que mejor, oyó que una enfermera expeditiva le decía a otra, porque a fin de cuentas esa clase de chicas no estaban hechas para la maternidad. En cuanto Verna pudo caminar, le dieron cinco dólares y un billete de autocar y le ordenaron que volviera bajo la tutela de su madre, puesto que todavía era menor de edad.

Pero Verna no se vio capaz de enfrentarse a eso, ni a eso ni a la ciudad en general, así que emprendió camino hacia Toronto. ¿Qué pensamiento llevaba en la cabeza? En realidad no llevaba ningún pensamiento, solo sentimientos: tristeza, aflicción y, por último, una chispa de rabia desafiante. Si era un ser tan innoble y despreciable como todo el mundo parecía pensar, como tal se comportaría, de manera que, entre los turnos de camarera en bares y hoteles, eso hizo.

El azar quiso, sin embargo, que tuviera la gran suerte de toparse con un hombre casado, ya mayor, que se interesó por ella. Verna canjeó tres años de encuentros sexuales a mediodía por el coste de sus estudios. Un intercambio justo, en su opinión: no guardaba ningún rencor hacia aquel hombre. Aprendió mucho de él —como a andar con tacones, entre otras cosas más importantes— y levantó cabeza de una vez para siempre. Poco a poco logró tirar por la borda aquella imagen hecha añicos de Bob que, ¡lo que son las cosas!, todavía llevaba prendida junto al corazón como una flor marchita.

Se da unas palmaditas en la cara para reanimarse y se retoca el rímel, que se le ha corrido por las mejillas a pesar de su supuesta resistencia al agua. Valor, se dice. No piensa salir huyendo, esta vez no. Aguantará como una jabata;

ahora podría plantar cara a cinco Bobs. Además juega con ventaja, porque Bob no tiene idea de quién es ella. ¿Tanto ha cambiado? La verdad es que está muy distinta, sí. Está mucho mejor. Con ese pelo rubio plateado, y los retoques varios, claro. Pero la verdadera diferencia está en la actitud, en el aplomo con que ahora se desenvuelve. Sería difícil que Bob reconociera tras esa fachada a la pánfila llorona y tímida con el pelo de rata que Verna era a los catorce años.

Tras aplicarse una última capa de polvos, se suma de nuevo al grupo y hace cola en el bufet para servirse *roast beef* y salmón. No comerá mucho de lo que se sirva, de hecho nunca lo hace, al menos en público: una glotona comiendo a dos carrillos no es una criatura que cautive por su misterio. Contiene el impulso de buscar a Bob con la mirada entre la concurrencia —él podría hacerle un gesto indicándole que se acercara, pero Verna necesita tiempo para pensar— y escoge una mesa al fondo del salón. Pero, vaya, Bob ha corrido raudo a hacerse sitio a su lado sin preguntar siquiera si es bienvenido. Da por sentado que ya tiene meadita la farola, piensa Verna. Que ya tiene el muro grafiteado. Que ya ha cortado la cabeza del trofeo y se ha sacado la foto con el pie sobre la presa. Igual que hiciera tiempo atrás, aunque él no lo recuerde. Verna esboza una sonrisa.

Bob se muestra solícito. Pregunta si se encuentra bien. Oh, sí, responde ella. Se ha atragantado con algo, no es nada. Bob se lanza directo a los preliminares. ¿A qué se dedica? Está jubilada, responde Verna, pero ha disfrutado de una gratificante carrera profesional como fisioterapeuta, especializada en la rehabilitación de pacientes víctimas de infartos y embolias. «Qué interesante», dice Bob. Oh, sí, contesta ella. Uno se siente muy realizado ayudando a los demás.

La carrera de Verna había sido más que interesante. Un hombre pudiente en fase de recuperación tras un episodio coronario de extrema gravedad sabía apreciar la valía de una mujer atractiva y más joven que él, con manos diestras, actitud alentadora y la intuición necesaria para saber cuándo mantener la boca cerrada. O como decía su tercer marido, plagiando a Keats: dulces son las melodías que se oyen, pero aún más dulces las que no. Había algo en la intimidad de aquella relación —tan física— que daba pie a otras intimidades, aunque Verna siempre echaba el freno antes de pasar al sexo: su religión se lo impedía, según ella. Y si no cabía esperar una proposición de matrimonio, se desentendía del paciente en cuestión pretextando su deber para con otros que la necesitaban más. Eso era lo que había forzado la situación en dos ocasiones.

Verna elegía a sus pretendientes en función de la dolencia que les aquejara, y una vez casada hacía todo lo posible por ofrecer la mejor relación calidad-precio. Todos sus maridos habían dejado este mundo no solo contentos, sino también agradecidos, aunque quizá algo antes de lo que se esperaba. Todos ellos, sin embargo, habían fallecido por causas naturales: tras un segundo infarto o embolia que esta vez había sido mortal. Lo único que había hecho era darles autorización tácita para satisfacer hasta el último de sus deseos prohibidos: comer alimentos que les atascaran las arterias, beber cuanto les viniera en gana y retomar sus partidas de golf demasiado pronto. Verna se había abstenido de comentar el hecho de que, en rigor, se los estuviera medicando con excesivo celo. Ya le extrañaba a ella que la dosis fuera tan alta, decía después, pero ¿quién era ella para contradecir a un médico?

Y si resultaba que un señor olvidaba que ya se había tomado las pastillas que le tocaban esa noche y se las encontraba cuidadosamente colocadas en el lugar de costumbre y se las tomaba otra vez, ¿a qué asombrarse? Los anticoagulantes podían ser muy peligrosos en dosis excesivas. Podían provocar hemorragias cerebrales.

Luego estaba el sexo: la puntilla, el golpe de gracia. A Verna no le interesaba el sexo en sí, pero sabía lo que podía funcionar. «Solo se vive una vez», solía decir mientras alzaba la copa de champán durante una cena a la luz de las velas, y luego sacaba el Viagra, un adelanto revolucionario, pero con efectos peligrosos sobre la presión sanguínea. Era fundamental llamar a la ambulancia con rapidez, pero tampoco mucha. «Me lo encontré así cuando me desperté», era un pretexto plausible. Como también: «Oí un ruido extraño en el cuarto de baño, y cuando fui a ver qué pasaba…».

Verna no siente remordimientos. Les hizo un favor a todos: mejor una retirada rápida que un deterioro prolongado, ¿no?

Con dos de sus maridos, habían surgido complicaciones con los hijos respecto al testamento. Verna había tenido la deferencia de acompañarlos en el sentimiento. Y luego les había untado la mano, con más de lo que era estrictamente justo habida cuenta de sus desvelos. Verna siempre tuvo y sigue teniendo un sentido de la justicia presbiteriano: no desea mucho más de lo que le corresponde, pero tampoco mucho menos. Le gusta que las cuentas cuadren.

Bob se inclina hacia ella y desliza el brazo por el respaldo de la silla de Verna. ¿La ha acompañado su marido al crucero?, le pregunta más cerca de su oído de lo que debería, echándole el aliento. No, responde ella, ha enviudado

hace poco —aquí baja la vista hacia la mesa con la esperanza de transmitir su pena en silencio— y este es para ella una especie de viaje de sanación. Bob dice que lo lamenta mucho, pero qué casualidad, porque su esposa también falleció hace seis meses. Fue un mazazo, porque estaban deseando disfrutar juntos de la tercera edad. Se habían hecho novios en la universidad, un flechazo. ¿Cree Verna en el amor a primera vista? Sí, dice Verna, claro que sí.

Bob sigue haciendo confidencias: habían esperado a que él terminara la carrera de Derecho para casarse y luego tuvieron tres hijos, y ahora ya va por cinco nietos; está muy orgulloso de todos ellos. Como me enseñe fotos de las criaturas, le suelto un sopapo, piensa Verna.

—Se queda uno como si le faltara algo, ¿verdad? —dice Bob—. Deja como un vacío.

Verna conviene en que así es. ¿Le apetecería a Verna compartir una botella de vino con él?

Serás farsante, piensa ella. Así que te casaste, tuviste hijos e hiciste una vida normal, como si nunca hubiera pasado nada. Mientras que yo… Se le revuelven las tripas.

—Me encantaría —responde—. Pero mejor una vez que hayamos embarcado. Así nos la tomaremos con más calma. —Nueva caída de pestañas —. Ahora tengo que irme a dormir, que mañana hay que estar presentable.

Verna sonríe y se levanta de la mesa.

—Uy, seguro que a ti no te hace falta —dice Bob con galantería.

El muy imbécil incluso le aparta la silla. Antes no tenía modales tan corteses. Mezquino, tosco y corto, como decía su tercer marido, parafraseando a Hobbes a propósito de la condición natural del hombre. Hoy día cualquier chica habría sabido que había que denunciarlo a la policía. Hoy día Bob iría a la cárcel por mucho que mintiera, puesto que Verna era menor de edad. Pero en aquellos tiempos no existían palabras precisas con las que definir aquel acto: violación era cuando un psicópata agazapado tras unos arbustos se te echaba encima, no cuando tu pareja oficial de baile te llevaba hasta un camino perdido del desolado y reforestado bosque que rodeaba una ciudad minera de mala muerte y te decía venga, nena, sé buena, y bébetelo de un trago, y luego te arrancaba la ropa capa tras capa y te destrozaba entera. Por si fuera poco, el mejor amigo de Bob, Ken, había aparecido en su propio vehículo para echar una mano. Qué risa les entró a los dos. Se quedaron la faja de Verna de recuerdo.

Después, Bob la echó a empujones del coche a medio camino de vuelta, contrariado por su llanto. «Como no te calles, te vuelves a pata», le dijo.

Verna se recuerda renqueando a orillas de la carretera helada, con los pies desnudos embutidos en aquellos tacones teñidos de azul claro para que hicieran juego con el vestido, mareada, dolorida, temblando y —para mayor ridículo y humillación— dando hipidos. Lo que más le preocupaba en aquel momento eran sus medias de nylon: ¿dónde estaban sus medias? Las había comprado con su paga de dependienta. Seguramente se encontraba en estado de *shock*.

¿Lo recordaba como realmente había sucedido? ¿Era verdad que Bob se había encasquetado la faja del revés en la cabeza y se había puesto a dar saltitos por la nieve con las perneras aleteando alrededor de su cara como los cascabeles de un bufón?

La faja, piensa. Qué cosa tan prehistórica. La faja y toda la arqueología ya desaparecida que llevaba aparejada. Hoy día cualquier chica se tomaría la píldora o abortaría sin pensárselo dos veces. Qué paleolítico seguir sintiéndose dolida por toda aquella historia…

Fue Ken, no Bob, quien regresó a recogerla, quien le dijo de malos modos que se metiera en el coche, quien la llevó a casa. Él al menos tuvo la decencia de fingir vergüenza. «No digas nada», masculló. Y Verna no dijo nada, pero ese silencio no le hizo ningún bien.

¿Por qué había tenido que ser ella la única que sufriera por lo de aquella noche? Fue muy tonta, cierto, pero Bob se ensañó. Y se fue de rositas, sin consecuencias ni remordimientos, mientras que a ella se le torció la vida entera. La Verna del día anterior había muerto, y una nueva Verna tomó cuerpo en su lugar: menguada, retorcida, machacada. Fue Bob quien le enseñó que solo los fuertes ganan, que la debilidad debe explotarse sin piedad. Fue Bob quien hizo de ella —¿por qué no decirlo abiertamente?— una asesina.

A la mañana siguiente, durante el vuelo chárter fletado para trasladarlos al norte, hasta el barco fondeado en el mar de Beaufort, Verna se plantea sus opciones. Podría juguetear con Bob hasta el último momento, como un gato con un ratoncillo, y luego dejarlo plantado con los pantalones por los tobillos: una satisfacción, aunque menor. Podría evitarlo durante todo el crucero y que las cosas siguieran como han estado a lo largo de los últimos cincuenta y tantos años: sin resolver. O podría matarlo. Verna contempla esa tercera opción con fría lógica. En el supuesto caso de que se propusiera matar a Bob durante el crucero, ¿cómo podría hacerlo sin que la descubrieran? Su habitual

cóctel de sexo y medicamentos sería demasiado lento y, además, quizá no surtiera efecto, porque Bob no parecía aquejado de ninguna dolencia. Tirarlo por la borda del barco no es una opción viable. Bob es demasiado corpulento, las barandillas están demasiado altas y Verna sabe, por su crucero anterior, que siempre hay alguien en cubierta, contemplando las espectaculares vistas y tomando fotos. Un cadáver en un camarote atraería a la policía y desencadenaría la consiguiente búsqueda de rastros de ADN, tejidos y demás, como en las películas. No, tendría que planearlo de manera que la muerte se produjera durante alguna de las excursiones a tierra. Pero ¿cómo? ¿Dónde? Consulta el itinerario y el mapa con la ruta propuesta. En una colonia inuit, imposible: los perros ladrarían, los niños los seguirían. En cuanto a las demás escalas, se harán en parajes donde sería difícil encontrar un lugar en el que esconderse. Y estarán acompañados por personal con armas para protegerlos de los osos polares. ¿Y un accidente con alguna de esas armas? En ese caso tendría que cronometrar sus movimientos al segundo.

Fuera cual fuese el método, tendría que actuar al principio de la travesía, antes de que a Bob le diera tiempo a hacer nuevas amistades, gente que luego pudiera percatarse de su ausencia. Además, hay que tener en cuenta la posibilidad de que Bob la reconozca de pronto. Si eso ocurre, se acabó el juego. Entretanto, será mejor que no se deje ver mucho con él. Lo justo para mantener su interés, pero sin dar pie a rumores de, pongamos, un romance en ciernes. En los cruceros, los rumores se propagan como la gripe.

Ya a bordo del barco —el Resolute II, que Verna conoce de su anterior travesía— los pasajeros hacen cola para depositar sus pasaportes en recepción. Luego se reúnen en el salón de proa para asistir a una charla sobre las normas de seguridad a cargo de tres de los miembros de la tripulación, quienes dan muestras de una competencia desalentadora. Cada vez que desembarquen, dice el primero de ellos con severo ceño vikingo, deberán pasar por el panel donde se encuentran las tarjetas identificativas y girarlas de verde a rojo. Cuando regresen al barco, deberán darles la vuelta otra vez para que la cara verde quede a la vista. Los traslados a tierra se realizarán en zódiac y durante el trayecto deberán llevar puesto en todo momento el chaleco salvavidas; son chalecos nuevos, de esos ligeros que se hinchan una vez en el agua. Al llegar a la orilla, deberán depositar los chalecos dentro de los petates de lona blanca que les proporcionarán, y volvérselos a poner antes de zarpar. Si a alguna tarjeta no se le ha dado la vuelta o queda algún chaleco

salvavidas en los petates, la tripulación sabrá que alguien se ha quedado rezagado en tierra. No querrán que los dejen allí abandonados, ¿verdad? Y ahora una serie de detalles sobre el funcionamiento general del barco. En los camarotes encontrarán bolsas para la ropa sucia. Las consumiciones del bar se cargarán a su cuenta, y las propinas se abonarán al final del viaje. En el barco rige una política de puertas abiertas para facilitar el trabajo del personal de limpieza, pero, por supuesto, pueden cerrar con llave sus camarotes si así lo desean. Disponen de un servicio de objetos perdidos en recepción. ¿Alguna duda? Bien.

En segundo lugar toma la palabra la arqueóloga, que, a ojos de Verna, aparenta no más de doce años. Harán excursiones a distintos tipos de emplazamientos, dice, como a los enclaves de Independence I, Dorset y Thule, pero nunca, bajo ningún concepto, deben llevarse nada de los lugares que visiten. Ni objetos de interés arqueológico, ni mucho menos huesos. Esos huesos podrían ser de seres humanos, por lo que deben tener mucho cuidado de no tocarlos. Pero incluso si se tratara de huesos animales, estos son una importante y preciada fuente de calcio para cuervos, roedores y zorros y, en fin, para todo el conjunto de la cadena alimentaria, ya que en el Ártico todo se recicla. ¿Alguna duda? Bien.

Y ahora, dice el tercer tripulante, un tipo con la cabeza afeitada a la moda y aspecto de entrenador personal, pasaremos a hablar de las armas. Los rifles son esenciales, ya que los osos polares no tienen miedo de nada. Pero el personal siempre disparará al aire primero para ahuyentar al animal. Disparar a un oso siempre es el último recurso, pero son animales peligrosos y la seguridad del pasaje es prioritaria. No teman por la presencia de los rifles: se descargan durante los trayectos de ida y vuelta en la zódiac, así que es imposible que se produzcan disparos por accidente. ¿Alguna duda? Bien.

Está claro que un percance con un rifle queda descartado, piensa Verna. Ningún pasajero se acercará a esos rifles.

Después de comer, les ofrecen una charla sobre morsas. Corre el rumor de que hay morsas solitarias que se alimentan de focas, que les clavan los colmillos y les succionan la grasa con las potentes fauces. Las dos señoras sentadas a uno y otro lado de Verna están haciendo punto. «Liposucción», dice una. La otra se echa a reír.

Cuando terminan las charlas, Verna sale a cubierta. El cielo está despejado, y una formación de nubes lenticulares planea como si fueran naves espaciales; sopla una brisa cálida; el mar es de color aguamarina. A babor se alza el clásico iceberg, con un centro tan azul que parece teñido, y por delante

se ve un espejismo, una fata morgana, que se eleva imponente como un castillo de hielo en el horizonte, completamente real de no ser por la leve reverberación de sus contornos. Hay marinos que han encontrado la muerte atraídos por sus efectos; se han cartografiado montañas donde en realidad no las había.

—Hermoso, ¿verdad? —dice Bob, materializándose a su lado—. ¿Qué tal si nos tomamos esa botella de vino esta noche?

—Espectacular —dice Verna risueña—. Esta noche no va a poder ser…, ya me he comprometido con unas compañeras.

Mentira no es: ha quedado con las que hacían calceta a su lado.

—¿Mañana, entonces? —Bob la mira muy sonriente y pone en su conocimiento que dispone de un camarote individual—. El número 222, los tres patitos —bromea, y añade que es muy cómodo porque está situado en el centro del barco—. Apenas se nota el bamboleo.

Verna contesta que ella también dispone de un camarote individual: merece la pena pagar un poco más, así te aseguras cierto relax. Pronuncia la palabra «relax» como evocando un revolcón voluptuoso entre sábanas de satén.

Durante su paseo por el barco después de la cena, Verna echa un vistazo al panel donde se encuentran las tarjetas identificativas y advierte que la de Bob no queda muy lejos de la suya. Luego compra unos guantes baratos en la tienda de regalos. Es una gran lectora de novela negra.

El día siguiente empieza con una charla sobre geología ofrecida por un joven y vigoroso científico que ha despertado cierto interés entre el pasaje, sobre todo entre el sector femenino. Han tenido la gran suerte, anuncia el geólogo, de que gracias a un cambio en el itinerario debido al desplazamiento de las placas de hielo, se haya programado una escala imprevista, donde podrán contemplar una maravilla del mundo geológico, un espectáculo reservado a muy pocos. Tendrán el privilegio de ver los primeros estromatolitos fosilizados del mundo, que se remontan a la asombrosa antigüedad de mil novecientos millones de años —antes de los peces, los dinosaurios, los mamíferos— y son la primera forma de vida preservada del planeta. ¿Qué es un estromatolito?, pregunta el geólogo retóricamente, con los ojos chispeantes. El término es un compuesto de la palabra griega *stroma*, colchón, y la raíz *lithos*, piedra. Colchón de piedra: una sedimentación fosilizada, formada por capas superpuestas de unas algas verde azuladas que se han

acumulado hasta configurar una especie de montículo o bóveda. Estas algas verde azuladas son las que dieron origen al oxígeno que ahora mismo están ustedes respirando. Asombroso, ¿verdad?

A la hora de comer, un viejito acartonado con aspecto de elfo que comparte mesa con Verna rezonga que ojalá vean algo más emocionante que cuatro piedras. Es otro de los Bobs: Verna ha hecho inventario. Mejor guardar a un Bob en la reserva por si acaso.

—Pues a mí me hace ilusión ver esos colchones de piedra —replica Verna, confiriéndole a la palabra «colchones» un levísimo tono insinuante, y Bob II le guiña un ojo con complicidad.

Hay que ver, ni de viejos se resisten a coquetear.

En cubierta, después del café, Verna otea con los prismáticos el paraje al que se acercan. Ahí es otoño: las hojas de los minúsculos árboles que serpentean a ras de suelo como parras son de color rojo, naranja, amarillo y morado, y entre ellos surgen rocas que forman ondulaciones y pliegues. Verna avista una cresta de peñascos, detrás otra más alta y a continuación otra más alta aún. En la segunda de ellas es donde se encuentran los mejores estromatolitos, por lo que ha dicho el geólogo.

Si alguien resbalara por detrás de la tercera cresta ¿lo verían desde la segunda? Verna cree que no.

Todos se han embutido ya en los pantalones impermeables y las botas de agua; ya les están cerrando las cremalleras y hebillas de los chalecos salvavidas como si fueran niños de parvulario gigantes; ya están dándoles la vuelta a las tarjetas identificativas para dejar la cara roja a la vista; ya están desfilando pasito a pasito por la pasarela y montando en las zódiacs negras uno tras otro. Bob se las ha ingeniado para meterse en la de Verna. Levanta la cámara y le hace una foto.

A Verna se le acelera el corazón. Si de pronto me reconoce, no lo mataré, piensa. Si le digo quién soy y me reconoce y se disculpa, tampoco lo mataré. Ya son dos oportunidades más de escapatoria de las que él le dio a ella. Eso significará renunciar a la ventaja del factor sorpresa, un paso que podría tener sus riesgos —Bob es mucho más corpulento que ella—, pero Verna pretende ser más que justa.

Han desembarcado, se han desprendido de los chalecos salvavidas y las botas de agua y están atándose los cordones de las botas de montaña. Verna se acerca con disimulo a Bob y advierte que no se ha molestado en ponerse las botas de agua. Lleva una gorra de béisbol roja; mientras Verna lo mira, Bob se la coloca del revés.

Los cruceristas se están desperdigando. Algunos se quedan junto a la orilla; otros suben a la primera cresta. El geólogo está plantado en lo alto con el martillo en la mano y a su alrededor se ha formado un corrillo de voces. Está en plena perorata: se ruega que nadie se lleve ningún estromatolito, pero como el barco tiene autorización para la recogida de muestras, si alguien encuentra algún fragmento particularmente interesante, sobre todo algún corte transversal, que lo consulte primero con él y lo expondrán en la mesa de piedras que montará a bordo para que todos tengan la oportunidad de verlo. Aquí pueden observar unos cuantos ejemplares, por si alguno no se atreve a explorar la segunda cresta…

Se bajan cabezas; se sacan cámaras. Perfecto, piensa Verna. Cuantas más distracciones, mejor. Siente que Bob está cerca sin necesidad de mirar. Ahora ya han llegado a la segunda cresta, aunque algunos la escalan con más facilidad que otros. Aquí es donde se encuentran los mejores estromatolitos, una colonia entera de ellos. Hay algunos intactos, como burbujas o forúnculos, otros pequeños, y otros grandes como media pelota de fútbol. Otros han perdido la parte superior y parecen huevos con el cascarón roto. Y otros se han desmoronado, y lo único que queda de ellos es una serie de elevaciones oblongas y concéntricas, como esos bollitos de canela con forma de espiral o los anillos que marcan el crecimiento de un árbol.

Y aquí hay uno que se ha partido en cuatro, como un queso holandés cortado en cuñas. Verna coge uno de los cuartos, observa las capas que se han ido formando año tras año, negra, gris, negra, gris, negra, y en el fondo el núcleo amorfo. Es un ejemplar pesado, con aristas afiladas. Verna lo levanta y se lo guarda en la mochila.

En ese momento aparece Bob, como si le hubieran dado entrada en escena, subiendo la cuesta con andares de zombi en dirección a ella. Se ha quitado el cortavientos, lo lleva remetido entre las tiras de la mochila. Está sin aliento. Verna siente una fugaz compunción: ha remontado la cumbre; le flaquean las fuerzas. ¿No debería hacer borrón y cuenta nueva? Los chicos a esa edad ya se sabe. No son más que marionetas hiperhormonadas, ¿no? ¿Debería uno juzgar a un ser humano por algo que hizo en otra época, hace ya tanto tiempo que casi podría decirse que son siglos?

Un cuervo sobrevuela la cresta, trazando círculos. ¿Se lo habrá olido? ¿Estará a la espera? Verna se mira a través de los ojos del ave, ve a una vieja —porque, reconozcámoslo, vieja es— que se dispone a asesinar a un hombre todavía más viejo movida por una rabia que ya se desvanece en la distancia de

un tiempo consumido. Es mezquino. Es salvaje. Es normal. Como la vida misma.

—Qué día tan estupendo —dice Bob—. Viene bien poder estirar un poco las piernas.

—Sí, ¿verdad? —dice Verna, que se encamina hacia el extremo de la segunda cresta—. Quizá por allí haya algo más interesante. Pero nos han dicho que no nos alejemos tanto, ¿no? Que no había que perderse de vista.

Bob ríe insinuando que las reglas están para saltárselas.

—Quien paga manda —afirma.

De hecho, toma la delantera, pero no sube a la tercera cresta, sino que la bordea por detrás. Eso es lo que él quiere, perderse de vista.

El guía armado que monta guardia en la segunda cresta está dando voces a unos que se han desviado hacia la izquierda. Está de espaldas. Verna da unos pasos más y vuelve la vista por encima del hombro: no ve a nadie, lo que quiere decir que nadie la ve a ella. Atraviesan chapoteando una zona encharcada. Verna se saca los guantes finos del bolsillo y se los pone. Ahora se hallan en el extremo más apartado de la tercera cresta, al fondo del declive.

—Ven y siéntate aquí —le dice Bob, palmeando la roca. Ha dejado la mochila a un lado—. He traído algo de beber.

A su alrededor se extiende una gasa deshilachada de liquen negro.

—Fantástico —dice Verna. Se sienta y abre la cremallera de su mochila —. Mira, he encontrado una muestra perfecta.

Se vuelve hacia él, coloca el estromatolito entre ambos sujetándolo con las dos manos y toma aliento.

—Creo que tú y yo nos conocemos de antes —dice—. Soy Verna Pritchard. Del instituto.

Bob ni se inmuta.

—Ya decía yo que me sonaba tu cara —contesta.

Incluso esboza una sonrisa de suficiencia.

Verna recuerda esa sonrisita. Tiene grabada una imagen muy vívida de Bob dando brincos triunfales por la nieve, riéndose como un crío de diez años. Y de ella encogida, hecha un trapo.

Sabe que asestarle un revés sería una torpeza. Así que levanta el estromatolito y, de un golpe certero, se lo hinca con todas sus fuerzas debajo de la mandíbula. Se oye un crujido, nada más. La cabeza de Bob cae hacia atrás como tronchada. Se ha quedado desparrancado sobre la roca. Verna

levanta el estromatolito y lo deja caer sobre la frente de Bob. Otra vez. Y otra más. Ya. Parece que ya está.

Bob tiene un aspecto grotesco, con los ojos abiertos y fijos, la frente machacada y la sangre cayéndole a chorros por ambos lados de la cara.

—Estás hecho un asco —le dice.

Da risa verlo, y Verna se ríe. Como bien sospechaba, la dentadura era postiza.

Se toma un momento para controlar la respiración. Luego recoge el estromatolito, con cuidado de no mancharse la ropa ni los guantes con la sangre, y lo lava en el agua encharcada. La gorra de béisbol se ha caído al suelo; Verna la mete en su mochila, junto con la chaqueta de Bob. Luego vacía la mochila de él: dentro no lleva más que la cámara, unos mitones de lana, una bufanda y seis minibotellas de *whisky*. El muy iluso, cuántas ilusiones se había hecho. Enrolla la mochila, la encaja dentro de la suya y mete también la cámara, que más tarde lanzará al mar. A continuación seca el estromatolito con la bufanda, se asegura de que no quede ningún rastro visible de sangre y lo esconde asimismo en la mochila. De Bob ya se encargarán los cuervos, los roedores y el resto de la cadena alimentaria.

Luego rodea la base de la tercera cresta, recolocándose la chaqueta por el camino. Si hay alguien mirando, pensará que ha ido a hacer pis. En las excursiones es normal que la gente se escabulla con ese fin. Pero no hay nadie mirando.

Localiza al joven geólogo, que sigue en la segunda cresta junto con su corrillo de admiradores, y le muestra el estromatolito.

—¿Puedo llevármelo al barco? —pregunta con voz meliflua—. Para exponerlo en la mesa.

—¡Qué ejemplar tan fantástico! —exclama él.

Los cruceristas se dirigen ya hacia la orilla, de vuelta a las zódiacs. Cuando llega al lugar donde han depositado los petates con los chalecos salvavidas, Verna se entretiene con los cordones de las botas, haciendo tiempo hasta que los demás miren para otro lado y así poder embutir otro chaleco salvavidas más en su mochila. Está mucho más abultada que al salir del barco, pero sería raro que alguien se fijara en eso.

Una vez en la pasarela, se entretiene trasteando con la mochila hasta que todos los demás han pasado por el panel con las tarjetas identificativas y gira la de Bob para dejarla por la cara verde. Y la suya también, evidentemente.

De camino a su camarote, espera a que el pasillo esté despejado y luego se cuela en el de Bob, que tiene la puerta abierta. La llave del camarote está

sobre la cómoda; allí la deja. Cuelga el chaleco salvavidas, el impermeable y la gorra de Bob, deja un rato abierto el grifo del lavabo y ensucia una toalla. Luego vuelve a su camarote por el pasillo todavía desierto, se quita los guantes, los lava y los pone a secar. Se ha roto una uña, qué mala suerte, pero eso tiene arreglo. Se mira al espejo: se ha quemado un poco la cara con el sol, pero nada grave. Para la cena de esa noche, se viste de rosa y se esfuerza por coquetear con Bob II, quien le sigue el juego de buena gana, pero está a todas luces demasiado decrépito para ser un serio candidato. Mejor que mejor, porque la adrenalina de Verna está cayendo en picado. Si la aurora boreal se deja ver, lo anunciarán por megafonía, según les han dicho, pero Verna no tiene intención de levantarse para salir a contemplarla.

Por el momento está fuera de toda sospecha. Ahora lo único que tiene que hacer es mantener el espejismo de Bob girando religiosamente su tarjeta de verde a rojo y de rojo a verde, según convenga. Bob desplazará objetos de un lado a otro del camarote, se pondrá su vestuario *beige* y de cuadros, dormirá en su cama, se duchará y dejará las toallas en el suelo. Recibirá una invitación informal, con su nombre de pila solamente, para cenar con los miembros de la tripulación, invitación que aparecerá silenciosamente bajo la puerta de algún otro Bob, y nadie reparará en el cambio. Se cepillará los dientes. Pondrá el despertador. Enviará ropa sucia a la lavandería, aunque sin rellenar el resguardo, eso sería demasiado arriesgado. Al personal de limpieza no le llamará la atención: mucha gente se olvida de rellenar esos resguardos.

El estromatolito quedará expuesto sobre la mesa con las demás muestras geológicas, donde la gente lo manoseará, lo examinará y comentará sus características, y donde irá adquiriendo múltiples huellas dactilares. Al término del viaje será arrojado por la borda. La travesía del Resolute II durará catorce días; recalará en dieciocho enclaves distintos para realizar las consabidas excursiones. Navegará entre casquetes glaciares y acantilados abruptos, y entre montañas de oro, cobre, negro ébano y gris plateado; discurrirá entre bancos de hielo; echará el ancla junto a largas playas inclementes y explorará fiordos esculpidos por glaciares a lo largo de millones de años. Entre un esplendor tan riguroso y exigente, ¿quién va a acordarse de Bob?

La verdad saldrá a la luz al final de la travesía, cuando Bob no se presente para saldar la cuenta y recoger el pasaporte; tampoco hará el equipaje. Habrá un revuelo de alarma, seguido de una reunión de la tripulación, a puerta cerrada para no alarmar al pasaje. Por último, se hará pública la noticia: es muy probable que, por desgracia, Bob se cayera al mar durante la última

noche de la travesía al inclinarse por la borda para conseguir con la cámara un mejor ángulo de la aurora boreal. No existe otra explicación posible.

Entretanto, los pasajeros ya se habrán desperdigado cada uno por su lado, Verna incluida. Eso siempre y cuando consiga llevar a cabo su plan. ¿Lo conseguirá o no lo conseguirá? Debería centrarse más en eso, debería tomárselo como un reto estimulante, pero en este momento solo se siente cansada y un tanto vacía.

Y al mismo tiempo en paz, y segura. Con la mente en calma, toda pasión consumida, como su tercer marido tenía la exasperante costumbre de repetir tras sus sesiones de Viagra. Los victorianos aquellos siempre mezclaban el sexo y la muerte. ¿De qué poeta era la cita? ¿Keats? ¿Tennyson? Empieza a fallarle la memoria. Pero ya recordará los detalles más adelante.

A LA HOGUERA CON LOS CARCAMALES

Los enanitos están trepando por la mesilla de noche. Hoy vienen vestidos de verde: las mujeres con sobrefaldas abombadas, sombreros aterciopelados de ala ancha y corpiños con el escote cuadrado salpicados de cuentas brillantes; los hombres con pantalones bombachos de satén, zapatos de hebilla, múltiples lazos que les revolotean en torno a los hombros y sombreros de tres picos con penachos gigantescos. Esta gente, qué poco respeto por el rigor histórico. Es como si un figurinista aburrido se hubiera emborrachado entre bastidores y asaltado el almacén del vestuario: un escote de comienzos de la época Tudor aquí, una camiseta de gondolero allí, un traje de arlequín allá. Wilma no puede evitar admirar el descuido chapucero con el que se visten.

Ya suben, poniendo una mano por encima de la otra. Cuando llegan a la altura de los ojos de Wilma, enlazan los brazos y se ponen a bailar, y con bastante garbo teniendo en cuenta los obstáculos con que se topan: la lamparilla, la lupa de joyero que le mandó su hija Alyson —un bonito detalle, pero no muy útil—, el libro electrónico que amplía la letra. En este momento Wilma está lidiando con la lectura de *Lo que el viento se llevó*. A lo sumo consigue leer una página en un cuarto de hora, aunque afortunadamente todavía recuerda lo principal de cuando lo leyó por primera vez. Es posible que las telas verdes que visten los enanitos salgan de ahí: de las famosas cortinas de terciopelo con las que la obstinada Scarlett se confeccionó su vestido para estar presentable.

Los enanitos dan vueltas, y las faldas de las mujeres se hinchan. Hoy están de buen humor: se hacen reverencias, sonríen, abren y cierran la boca como si hablaran.

Wilma es perfectamente consciente de que estas apariciones no son reales. Son meros síntomas: el síndrome de Charles Bonnet, una afección bastante común a su edad, sobre todo para quienes padecen problemas de vista. Ella puede considerarse afortunada, porque sus manifestaciones —sus Chuckis, como los llama el doctor Prasad— son por lo general benévolas. Sus enanitos raras veces se muestran huraños, crecen de manera desproporcionada o se

disgregan en fragmentos. Incluso cuando están enfadados o malhumorados, es evidente que sus arrebatos de mal genio nada tienen que ver con ella, puesto que siempre hacen como si no existiera, lo cual, según el doctor, también es lo habitual.

A Wilma le caen simpáticos esos Chuckis en miniatura, las más de las veces, aunque le gustaría que le dirigieran la palabra. Cuidado con lo que deseas, sentenció Tobias cuando se lo hizo saber. En primer lugar, porque una vez que rompan a hablar puede que no haya manera de acallarlos, y en segundo, ¿quién sabe qué dirían? Luego Tobias le refirió la historia de uno de sus amoríos del pasado; de un pasado lejano, ni que decir tiene. Era una mujer despampanante, con los pechos de una diosa india y los muslos marmóreos de una estatua griega —Tobias es muy dado a las comparaciones hiperbólicas y arcaicas—, pero cada vez que abría la boca brotaban por ella tales banalidades que Tobias por poco no explotaba de exasperación reprimida. Llevársela a la cama requirió de una campaña prolongada y desesperante: hubo bombones de por medio, en una caja dorada con forma de corazón, bombones de primerísima calidad, sin reparar en gastos. También champán; aunque con ello no logró acrecentar su disposición, solo su fatuidad.

Según Tobias, era más complicado seducir a una mujer tonta que a una inteligente porque las tontas no captaban las indirectas y ni siquiera eran capaces de asociar causa y efecto. El hecho de que una cena dispendiosa debiera ir seguida, como la noche del día, de la apertura complaciente de sus inigualables piernas se les escapaba por completo. Wilma no ha querido cometer la indiscreción de sugerirle que las miradas aleladas y la cerrazón bien podrían haber sido puro teatro por parte de aquellas beldades, quienes no serían reacias a cenar de balde si el único gasto que comportaba era abrir como platos sus ojazos bobalicones cargados de pestañas. Wilma recuerda intercambios de confidencias en los tocadores de señoras, en los tiempos en que todavía se llamaban «tocadores»; recuerda los cuchicheos cómplices, los consejos solícitos que se compartían aludiendo a la simpleza de los hombres, entre retoques de carmín y perfilados de cejas. Pero ¿para qué disgustar al galán de Tobias revelándole esas cosas? Ya es demasiado tarde para que encuentre utilidad alguna en esa información de primera mano, lo único que conseguiría sería empañar sus entrañables recuerdos.

—Ay, si te hubiera conocido en aquella época —le dice Tobias a Wilma durante sus evocaciones de cuando los bombones y el champán—. ¡Chispas habrían saltado!

Wilma medita en silencio esa declaración: ¿está llamándola «inteligente», y por lo tanto «facilona»? O facilona en aquel entonces. ¿Es consciente de que una mujer más susceptible podría interpretarlo como una ofensa?

No, Tobias no es consciente. Pretendía ser galante. No puede evitarlo, el pobre, con eso de que es medio húngaro de origen, según dice; así que Wilma lo deja explayarse a gusto, que si pechos divinos por aquí, que si muslos marmóreos por allá, y no le señala con resquemor las redundancias —como tal vez hubiera hecho en otro tiempo— en las que incurre cuando relata por enésima vez la misma conquista. Tenemos que ser amables el uno con el otro, se dice. No nos queda nadie más.

Lo primordial es que Tobias aún ve. Wilma no puede dejar que la enfaden los exasperantes atractivos físicos de esas beldades ya caducas mientras Tobias pueda mirar por la ventana y contarle qué está pasando abajo, en los jardines que se extienden ante la imponente entrada principal de Ambrosia Manor. A Wilma le gusta saber lo que se cuece, si es que se cuece algo.

Escudriña su reloj, uno especial con dígitos grandes, y luego se lo coloca a un lado de la cabeza para verlo mejor. Como siempre, es más tarde de lo que creía. Palpa a tientas la mesilla de noche en busca del puente dental y se lo encaja en la boca.

Los enanitos, ya en pleno vals, ni siquiera pierden el paso: los dientes postizos de Wilma no les interesan lo más mínimo. Ni a ellos ni a nadie, pensándolo bien, aparte de a ella misma y tal vez al doctor Stitt, dondequiera que esté ahora. Fue el doctor Stitt quien la convenció para que le arrancaran varias muelas que estaban a punto de astillarse y le colocaran los implantes —catorce o quince años hará ya de eso—, para así tener donde engarzar un puente en caso de necesitarlo en un futuro. Y él pronosticaba que lo necesitaría, puesto que la dentadura de Wilma, al ser anterior a los tiempos de la fluorización, no tardaría en desmoronarse como yeso mojado.

—En el futuro me lo agradecerá —afirmó el doctor Stitt.

—Si vivo para contarlo —le contestó ella entre risas.

Entonces Wilma todavía tenía una edad en la que la divertía hablar de la muerte con ligereza y demostrar así que era una abuelita animosa que tenía cuerda para rato.

—Usted vivirá eternamente —repuso él, y a Wilma le sonó más a advertencia que a consuelo. Aunque tal vez el doctor solo estuviera haciéndose ilusiones con el dinero que le reportaría como paciente en el futuro.

Pero el futuro ya ha llegado y, en efecto, Wilma le da las gracias en silencio al doctor Stitt cada mañana. Sería un horror estar desdentada.

Insertada la afable y blanca sonrisa, Wilma se levanta con cuidado, tantea el suelo con los pies buscando las zapatillas de rizo y se dirige arrastrando los pasos hacia el cuarto de baño. Allí todavía se maneja bien: sabe dónde está cada cosa, y además, no está ciega del todo. Si mira con el rabillo del ojo todavía distingue algo, pero tal como le advirtieron que ocurriría, el vacío central de su campo de visión se está extendiendo. Por culpa de tanto jugar al golf sin gafas de sol, y para colmo la vela —el efecto de los rayos de sol se duplica por el reflejo en el agua—; pero ¿quién sabía esas cosas en aquella época? El sol se consideraba bueno para la salud. Estar bronceado era sano. En sus tiempos se embadurnaban en aceite, se freían como croquetas. Aquel acabado broncíneo, impecable y retostado de las piernas provocaba un contraste maravilloso con los *shorts* blancos.

Degeneración macular. «Macular» suena tan inmoral, lo contrario a «inmaculado». «Soy una degenerada», bromeaba Wilma poco después de que le comunicaran el diagnóstico. Cuántas bromitas animosas, en otro tiempo.

A vestirse todavía alcanza siempre que no haya botones de por medio: hace dos años, ¿o hará más?, los desterró por completo de su vestuario. Ahora hay velcro por todas partes, y también cremalleras, que no le dan problemas siempre que sean de las de tope fijo: lo de encajar un chisme en otro chisme ya es imposible.

Se atusa el pelo, se palpa la cabeza por si lleva alguna greña. Ambrosia Manor dispone de su propio salón de belleza con peluquería incluida, alabado sea el cielo, y Wilma confía en Sasha para que le arregle el peinado. Lo más preocupante del aseo matutino es la cara. Apenas la distingue en el espejo: es como una de esas siluetas blancas que antes aparecían en las cuentas de internet si no incluías tu foto. O sea que es inútil intentar perfilarse las cejas o aplicarse rímel, y lápiz de labios casi que tampoco, aunque en los días optimistas se engaña con que todavía puede pintárselos a ciegas. ¿Y si probara hoy? Lo mismo acababa hecha un payaso. Pero si así fuera, ¿a quién iba a importarle?

A ella. Y quizá a Tobias. Y al personal del centro, aunque en otro sentido. Si pareces demente es más probable que te traten como a una demente de verdad. Así que mejor evitar el lápiz de labios.

Localiza el frasco de colonia en su lugar de costumbre —las limpiadoras tienen órdenes estrictas de no cambiar nada de sitio— y se da unos toquecitos detrás de las orejas. Attar de rosas, con un toque de algo distinto, una esencia cítrica. Wilma inspira hondo: gracias a Dios todavía puede oler, no como otros. Cuando pierdes el olfato se te quita el apetito y acabas quedándote escuchimizada.

Al apartarse del espejo sí consigue captar su imagen de refilón, o al menos la de alguien: una mujer que guarda un inquietante parecido con su madre ya de mayor, el mismo pelo blanco, el mismo cutis arrugado y fino como el papel; aunque, como ella mira al través, se ve más picarona. Tal vez más malévola también, como un elfo que se hubiera pasado al lado oscuro. Esa mirada de través no posee la franqueza de una vista frontal completa, algo que Wilma jamás volverá a ver.

Aquí llega Tobias, tan puntual como de costumbre. Siempre desayunan juntos.

Primero llama con los nudillos, como el perfecto caballero que pretende ser. Según él, el tiempo que un hombre debería esperar antes de acceder a la alcoba de una dama es el mismo que al otro hombre le llevaría esconderse bajo la cama. Hay que guardar las formas en lo que a esposas se refiere, y Tobias ha tenido que sufrir a varias. No hubo una que no lo engañara, aunque ya no les guarda rencor, porque sería difícil respetar a una mujer que no fuera deseada por otros hombres. Él nunca les dio a entender que estuviera al corriente, y siempre las engatusó para recuperarlas y se aseguró de que lo adoraran de nuevo antes de darles la patada de improviso, sin ninguna explicación, porque ¿para qué rebajarse con acusaciones? Un buen portazo era más decoroso. A las mujeres de uno había que tratarlas así.

En cuanto a las amantes, sin embargo, es más fácil dejarse llevar por los impulsos. Un amante suspicaz, loco de celos y herido en su amor propio, es natural que sienta la tentación de irrumpir sin llamar a la puerta, y entonces se producirá el consabido derramamiento de sangre, en el mismo lugar de los hechos, con un cuchillo o con las mismas manos, o bien de resultas de un duelo, posteriormente.

—¿Tú mataste a alguno? —le preguntó Wilma un día, en el transcurso de tal relato.

—Mis labios están sellados —respondió Tobias con solemnidad—. Pero una botella de vino, una botella de vino llena, puede partir un cráneo, bien

asestada en la sien. Y yo tenía una puntería de primera.

Wilma apretó los labios, porque ella no puede ver a Tobias, pero él a ella sí, y le habría dolido ver en ellos una sonrisa socarrona. A Wilma esa clase de datos le resultan rocambolescos, como lo de las famosas cajas doradas de bombones, y sospecha que son inventos de Tobias, aunque no de su cosecha, sino sacados de operetas rancias y alambicadas, de novelas del viejo continente otrora populares y de remembranzas de algún pariente petimetre. Tobias debe de pensar que la sosa e ingenua de Wilma, como buena norteamericana que es, ve en él a un caballero decadente y glamuroso, todo un libertino; debe de pensar que se traga todos sus cuentos. O puede que él mismo se los crea.

—Pasa —le dice ahora. Un bulto aparece en el umbral. Wilma lo mira de lado, olfatea el aire. Es Tobias sin duda, reconoce su loción para después del afeitado: Brut, si no se equivoca. ¿Se le ha agudizado el olfato a medida que ha ido perdiendo la vista? Probablemente no, aunque consuela que pueda ser así—. Qué alegría verte, Tobias.

—Mi querida señorita, está usted radiante —dice Tobias.

Avanza hacia ella y le planta un beso en la mejilla con sus labios finos y resecos. Rasca: no se ha afeitado todavía, solo se ha rociado de Brut. Al igual que a ella, debe de preocuparle el olor que desprende: ese olor ácido y rancio a cuerpo que envejece, tan perceptible cuando todos los residentes de Ambrosia Manor están congregados en el comedor, ese rastro a lenta descomposición y escapes involuntarios enmascarado con la aplicación de capas de perfume; aromas florales delicados en las mujeres, especiados y tonificantes en los hombres, la imagen de rosa en flor o de rudo pirata que todos ellos acarician todavía en su interior.

—Espero que hayas dormido bien —dice Wilma.

—¡Qué sueño he tenido! —exclama Tobias—. Púrpura. Granate. Muy erótico, con música incluida.

Los sueños de Bob suelen ser muy eróticos y estar acompañados de música.

—Espero que terminara bien —dice Wilma. Hoy está abusando de la palabra «espero».

—No muy bien —responde Tobias—. Cometía un asesinato. Y me desperté. ¿Qué tenemos hoy para desayunar? ¿Los inventos de avena o los de salvado?

Tobias nunca se refiere por su verdadero nombre a los cereales de desayuno que conforman el repertorio de Wilma: le parecen una vulgaridad.

No tardará en hacer algún comentario sobre la ausencia de buenos cruasanes en este sitio, o mejor dicho, de cualquier tipo de cruasanes.

—Escoge tú. Yo tomaré un poco de cada.

Salvado para el tránsito intestinal, avena para el colesterol, aunque los expertos no hacen más que cambiar de opinión al respecto. Lo oye trastear por la habitación: Tobias conoce bien su pequeña cocina americana, sabe dónde están guardados los paquetes. En Ambrosia Manor, las comidas y cenas se sirven en el comedor, pero cada cual desayuna en su apartamento; al menos en el Ala Residencial Asistida. En la de Grandes Dependientes las cosas son distintas. Pero Wilma prefiere no imaginarse hasta qué punto.

Oye un traqueteo de platos y un estrépito de cubiertos: Tobias está sirviendo el desayuno en la mesita que está al lado de la ventana. Su silueta oscura se recorta contra el cuadrado de luz solar.

—Voy por la leche —dice Wilma.

Eso al menos sí lo puede hacer: abrir la puerta de la neverita, localizar el frío rectángulo de cartón plastificado y llevarlo hasta la mesa sin que se derrame.

—Listo —dice Tobias.

Ahora está moliendo el café, a juzgar por el ronroneo como de minisierra. Hoy Tobias no le cuenta lo de que sería mucho mejor moler el café con un molinillo manual, de aquellos rojos con manivela de bronce, como los que se usaban en su juventud, o posiblemente en la juventud de su madre. En la juventud de alguien. Wilma ha oído hablar tanto de ese molinillo rojo con manivela de bronce que lo siente casi como suyo, aunque ella nunca tuvo ninguno. Aun así lamenta su pérdida; ha pasado a formar parte de su inventario, se ha sumado a los objetos que sí ha perdido de verdad.

—Deberíamos desayunar huevos —sugiere Tobias.

A veces se los preparan, aunque la última vez tuvieron un pequeño percance. Tobias no los dejó hervir el tiempo suficiente, así que Wilma armó un estropicio con el suyo y se puso la delantera perdida de huevo. Quitar la parte superior de la cáscara es una operación que requiere cierta destreza y ella ya no atina con la cucharilla. La próxima vez le propondrá que haga una tortilla, aunque quizá las habilidades culinarias de Tobias no estén a la altura. A lo mejor dándole las instrucciones, paso a paso… No, demasiado peligroso: solo faltaba que Tobias se quemara. Quizá mejor que se calienten algo en el microondas; unas torrijas, por ejemplo, hechas en el horno para que no haya que freír. O algún platillo con queso fundido; antes ella los hacía, cuando

tenía familia. Pero ¿de dónde va a sacar la receta? Y luego habrá que seguirla. ¿Venderán audiolibros de cocina?

Se sientan a la mesa y mascan sus cereales, que son curruscantes, amazacotados y hay que masticarlos mucho. A Wilma el sonido que hacen en su cabeza le recuerda al crujido de las pisadas sobre la nieve o a las bolitas de porexpan para embalar. Quizá sería mejor que se pasara a algún tipo de cereal más blando, a las papillas de avena instantáneas, por ejemplo. Pero puede que Tobias arrugara la nariz con solo mencionarlas: él detesta todo lo instantáneo. Plátanos: probará con los plátanos. Crecen en árboles, o plantas, o matas. Imposible que Tobias tenga nada que objetar contra los plátanos.

—¿Por qué los hacen con forma de aritos? —pregunta Tobias, y no por primera vez—. Los inventos estos de avena.

—Es la letra O —dice Wilma—. Para que recuerdes la marca.

La cabeza borrosa de Tobias se balancea a contraluz.

—Preferiría un cruasán. Los cruasanes también tienen su forma, son medias lunas, de cuando los moros estuvieron a punto de conquistar Viena. No veo por qué… —Pero Tobias se interrumpe—. Está pasando algo en la verja.

Wilma tiene unos prismáticos que le mandó su Alyson para avistar pájaros, aunque los únicos pájaros que había logrado avistar eran principalmente estorninos y los prismáticos ya no le sirven para nada. Su otra hija le manda sobre todo zapatillas; Wilma tiene un arsenal de zapatillas. Su hijo le manda tarjetas postales. No parece entender que ahora ya no puede leer lo que ponen.

Wilma siempre deja los binoculares en la repisa de la ventana, y Tobias los empuña para otear el recinto: el sinuoso camino de entrada; el jardín con los arbustos podados —ella los recuerda de cuando llegó a la residencia, hace tres años—; la fuente con una reproducción de una famosa estatua belga, un niño desnudo, con cara de querubín, orinando en un aljibe de piedra; el alto muro de ladrillo; la imponente verja de entrada coronada por un arco y flanqueada por dos ostentosos leones de piedra con aire deprimido. Ambrosia Manor había sido una casa de campo solariega, en los tiempos en que la gente todavía construía casas solariegas, cuando todavía había campo. De ahí los leones, seguramente.

A veces Tobias no ve nada interesante, más allá de las entradas y salidas de costumbre. Llegan visitantes a diario —«civiles», como él los llama— que recorren el aparcamiento reservado para las visitas con paso enérgico y se

dirigen a la puerta principal cargados con macetas de begonias o geranios, arrastrando a nietos jóvenes y reacios, armándose de alegría forzada, confiando en saldar lo más rápido posible la visita de rigor al pariente rico. Luego está el personal, tanto médico como de cocina y limpieza, que cruza la verja en coche y rodea el edificio en dirección al aparcamiento reservado para el personal y las entradas laterales. Hay también camionetas de reparto con rótulos de colores vistosos que llevan comestibles y sábanas limpias, y a veces arreglos florales encargados por familiares con mala conciencia. Los vehículos menos elegantes, como los camiones de la basura, disponen de su propia e ignominiosa entrada por la parte trasera.

Alguna que otra vez ocurre un drama. Un residente del ala de Grandes Dependientes se escapa pese a todas las precauciones, y luego se lo ve vagando sin rumbo por el recinto, en pijama o a medio vestir, meando donde le place —una actividad acogida con beneplácito en una fuente ornamental querúbica, pero inaceptable en un ser humano decrépito—, tras lo cual se da una persecución serena pero eficaz para acorralar al anciano errabundo y conducirlo de nuevo al interior del edificio. Anciano o anciana, porque a veces es una mujer, aunque los hombres parecen mostrar más iniciativa para la huida.

O bien llega una ambulancia con una pareja de sanitarios que entran apresurados, cargados con toda la impedimenta —«como en la guerra», observó Tobias en una ocasión, aunque seguramente se refería a las películas, porque él no ha estado en ninguna guerra, que Wilma sepa—, y al rato salen ya sin tanta prisa, tirando de un bulto en una camilla. Según Tobias, que otea con los prismáticos, desde allí no se aprecia si el cuerpo está vivo o muerto. «Pero igual desde abajo tampoco», ha llegado a añadir con el humor morboso que lo caracteriza.

—¿Qué pasa? —pregunta Wilma ahora—. ¿Es una ambulancia?

No han sonado sirenas: de eso está segura, todavía oye muy bien. En momentos así es cuando más la desmoraliza su discapacidad. Preferiría ver lo que está pasando con sus propios ojos; no se fía de la interpretación de Tobias; sospecha que hay cosas que se reserva. Para protegerla, diría él. Pero Wilma no desea esa clase de protección.

En respuesta tal vez a su frustración, una falange de enanitos forma en la repisa de la ventana. No hay mujeres esta vez, es una especie de desfile militar. Su comunidad de liliputienses es socialmente conservadora: las

mujeres no tienen permitido asistir a los desfiles. Su indumentaria sigue siendo verde, pero es un verde más oscuro, no tan festivo. Los que marchan a la cabecera van provistos de prácticos cascos de acero. Las tropas que van en las filas posteriores llevan un atuendo más ceremonial: capas con ribetes dorados y sombreros verdes de piel. ¿Desfilarán al final caballitos en miniatura? No sería la primera vez.

Tobias no le responde enseguida.

—No es una ambulancia —contesta al rato—. Es más bien una especie de piquete. Parece algo organizado.

—Puede que sea una huelga —dice Wilma.

Pero ¿qué empleados de Ambrosia Manor convocarían una huelga? Los de limpieza tendrían más razón que nadie, por lo mal que les pagan, pero también son los menos interesados porque los que peor están son ilegales, y los que mejor, tienen mucha necesidad de ese dinero.

—No —responde Tobias con parsimonia—. No creo que sea una huelga. Hay tres vigilantes de seguridad hablando con ellos ahora mismo. Y un polizonte también. Dos polizontes.

Wilma da un respingo cada vez que Tobias emplea términos coloquiales como «polizonte». No cuadran en el conjunto de su jerga habitual, mucho más esmerada y comedida. Aunque puede que se permita decir «polizonte» porque es una palabra ya en desuso. Una vez dijo «Okey-Makey» y otra «Date el piro». Puede que saque esas expresiones de los libros: de trasnochadas novelas de misterio de segunda mano y folletines por el estilo. Pero ¿quién es ella para burlarse de él? Ahora que ni siquiera puede tontear por internet ya no está al día de cómo se expresa la gente. La gente de verdad, la gente joven. Aunque lo cierto es que tampoco tonteaba mucho. Nunca participaba activamente, era más bien una convidada de piedra, y apenas había empezado a pillarle el tranquillo cuando la vista comenzó a fallarle.

Una vez le dijo a su marido —cuando todavía vivía, no durante aquel largo año de luto y pesadilla en que siguió hablándole después de muerto— que quería que en su lápida pusieran como epitafio: «Convidada de piedra». Al fin y al cabo, ¿no se había pasado gran parte de su vida cumpliendo el mero papel de espectadora? Eso es lo que siente ahora, pero entonces no tenía esa impresión, porque entre unas cosas y otras siempre andaba ajetreada. Había estudiado Historia en la universidad —una opción no demasiado arriesgada mientras esperabas a casarte—, pero maldito el servicio que le está haciendo toda esa historia en estos momentos, porque ya apenas se acuerda de nada. Tres dirigentes políticos que murieron en pleno acto sexual y poca cosa

más. Genghis Khan, Clemenceau y como se llame. Ya le vendrá luego el nombre.

—¿Qué hacen? —pregunta.

Los enanitos que desfilaban por el alféizar han ido desplazándose hacia la derecha, pero de pronto dan media vuelta y marchan a paso ligero hacia la izquierda. Han incorporado lanzas con puntas rutilantes, y algunos llevan tambores. Wilma procura no distraerse mucho con ellos, aunque es todo un placer poder ver algo con tanta precisión y lujo de detalles. Pero como Tobias se molesta si intuye que no le está prestando toda su atención, se obliga a regresar al presente sólido e invisible.

—¿Están entrando?

—Están ahí parados. Haraganeando —añade Tobias con tono reprobatorio —. Son gente joven.

Tobias opina que todos los jóvenes son unos zánganos y que deberían ponerse a trabajar. No parece percatarse de que hay muy pocos trabajos a su disposición. Pues si no los hay, que los creen, dice él.

—¿Cuántos son? —pregunta Wilma.

Si son solo unos doce, más o menos, no será para tanto.

—Unos cincuenta, calculo —responde Tobias—. Llevan pancartas. Los polizontes no, los otros. Ahora están intentando cerrarle el paso a la camioneta de Lavanderos por la Vida. Mira, se han plantado delante de ella.

Tobias se ha olvidado de que ella no puede ver.

—¿Qué pone en las pancartas? —pregunta Wilma.

Cerrar el paso a la camioneta de Lavanderos por la Vida es una crueldad: hoy es el día que se cambian las sábanas a los que no necesitan mudas extra ni protector de colchón. En el ala de Grandes Dependientes se las cambian más a menudo; dos veces al día, según tiene entendido Wilma. Ambrosia Manor no es una residencia barata, y las familias no verían con buenos ojos que sus seres queridos se llagaran. Desean que se los trate conforme a lo que pagan, o eso dicen. Seguramente lo que desean en realidad es un final célere y exento de culpa para los vejestorios. Así luego podrán hacer limpieza, recoger lo que quede del patrimonio neto —la herencia, las sobras, los restos— y decirse que se lo merecen.

—En algunas pancartas hay imágenes de bebés —dice Tobias—. Bebés regordetes y risueños. En algunas pone: «Apaga y vámonos».

—¿Apaga y vámonos? —pregunta Wilma—. ¿Bebés? ¿Qué quiere decir eso? Esto no es una maternidad.

Más bien lo contrario, piensa Wilma con humor corrosivo: aquí se viene a salir de la vida, no a entrar. Pero Tobias no le contesta.

—Los polizontes están abriéndole paso a la camioneta —anuncia.

Bien, piensa Wilma. Cambio de sábanas para todos. No oleremos tan mal.

Tobias se va para dar su cabezadita matinal —volverá a la hora del almuerzo para conducirla del brazo hasta el comedor— y después de varios intentos fallidos y de tirar al suelo una tabla de queso, Wilma encuentra la radio que tiene sobre la encimera de la cocina y la enciende. Es un aparato especial para personas con visión reducida: solo tiene un botón de encendido y apagado y un dial, y todo él está forrado con un plástico rugoso e impermeable de color verde lima. Otro regalo de Alyson, que vive en la Costa Oeste y está preocupada porque cree no hacer todo lo que debería por Wilma. Sin duda la visitaría más a menudo de no ser por sus gemelas adolescentes con esos problemas sin especificar que las aquejan y las exigencias de su carrera en una importante empresa auditora internacional. Wilma tendrá que llamarla por teléfono más tarde para tranquilizarla dando señales de vida, momento en que obligarán a las gemelas a ponerse y saludar. Qué pesadas deben de resultarles esas llamadas… ¿Y cómo no? A ella también le resultan pesadas.

Es posible que la huelga, o lo que quiera que sea, salga en las noticias locales. Las escuchará mientras lava los platos del desayuno, para lo que se maneja bastante bien si lo hace con calma. Si rompe algún cristal tendrá que ponerse en contacto con Servicios a través del interfono y luego esperar a que Katia, la limpiadora particular que tiene asignada, se presente y limpie el desaguisado, algo que Katia hará sin dejar de chasquear la lengua y de lamentarse con su acento eslavo. Las esquirlas de cristal afiladas pueden ser muy traicioneras, y sería imprudente exponerse a un corte, sobre todo porque ahora mismo no recuerda en qué cajón del baño guarda las tiritas.

Los charcos de sangre en el suelo podrían malinterpretarse en Dirección. En realidad no la creen capaz de manejarse sola; solo están esperando una excusa para meterla en el ala de Grandes Dependientes y arramblar con lo que queda de sus muebles, con su porcelana y su plata, para luego venderlos y mantener su margen de beneficios. Ese es el trato, Wilma así lo firmó; ese era el precio de la entrada, del confort, de la seguridad. El precio de no ser una carga. Wilma conserva dos de sus antigüedades de valor, el pequeño buró y el tocador: las últimas reliquias de su antiguo hogar. El resto fue a parar a sus tres hijos, a quienes esas cosas les hacían poco servicio —no eran de su estilo

— y seguro que terminaron arrumbándolas en el sótano, por mucho que, al recibirlas, mostraran un agradecimiento reverencial.

Sintonías alegres en la radio, charla jovial entre los dos presentadores, un hombre y una mujer, más música, el parte del tiempo. Ola de calor en el norte, inundaciones en el oeste, más tornados. Un huracán se dirige hacia Nueva Orleans, otro golpea el litoral oriental, lo habitual en junio. En India, en cambio, ocurre todo lo contrario: los monzones no llegan y se teme una incipiente hambruna. Australia continúa asolada por la sequía; no obstante, está cayendo un diluvio en la zona de los Cairns, donde los cocodrilos han invadido las calles. Incendios forestales en Arizona, en Polonia y también en Grecia. Aquí, sin embargo, todo bien: es el momento de ir a la playa a que nos dé un poquito el sol, no se olviden de la protección solar, aunque cuidado porque se avecina una borrasca. ¡Feliz día!

Ahora vienen las noticias principales. La primera, caída del régimen en Uzbekistán; la segunda, un tiroteo indiscriminado en un centro comercial de Denver, cuyo autor, sin duda un desequilibrado, ha sido abatido por un francotirador. Pero en tercer lugar —Wilma aguza el oído—, en las afueras de Chicago, una turba disfrazada con caretas de bebé ha prendido fuego a una residencia de la tercera edad; y en otra residencia cerca de Savannah, Georgia, y en una tercera de Akron, Ohio. Una de ellas era una residencia pública, pero las otras dos eran centros privados con servicio de seguridad propio, y los residentes, algunos de los cuales han acabado carbonizados, tenían un buen nivel económico.

No ha sido un hecho fortuito, afirma el comentarista. Se trata de incendios provocados y coordinados: un grupo que se hace llamar Nostoka ha reivindicado la autoría de los hechos en una página web a cuyos propietarios intenta localizar la policía. Naturalmente, los familiares de los ancianos fallecidos se encuentran en estado de *shock*, dice el locutor. Da comienzo una entrevista con un familiar lloroso, que farfulla incoherencias. Wilma apaga la radio. No han mencionado la concentración a las puertas de Ambrosia Manor, seguramente porque son pocos y demasiado pacíficos para llamar la atención.

Nostoka. Eso ha creído entender; no han dado más datos. Le pedirá a Tobias que vea los informativos por televisión —una actividad que según él no le gusta, pero a la que se entrega continuamente— y le cuente un poco más. Wilma hace caso omiso al jolgorio que los enanitos tienen montado en las proximidades del microondas; todos ellos se han vestido de rosa y naranja, con profusión de volantes, pelucas descomunalmente altas y floripondios. Wilma se acuesta a echar su siesta matinal. Antes detestaba las siestas, y las

sigue detestando: no quiere perderse nada. Pero si se las salta, ya no aguanta el resto del día.

Tobias la conduce por el pasillo en dirección al comedor. Les corresponde el segundo turno, porque Tobias considera de mal tono comer antes de la una del mediodía. Camina más rápido que de costumbre y Wilma le pide que vaya más despacio.

—Faltaría más, señorita —le dice, y le aprieta el codo del que se sirve para propulsarla.

En una ocasión quiso llevarla de la cintura —Wilma todavía tiene algo de cintura, no como otras residentes—, pero al rodearla con el brazo perdió el equilibrio, y casi acaban los dos en el suelo. Tobias no es muy alto y lleva una prótesis en la cadera. Ha de tener cuidado de no perder el equilibrio.

Wilma no sabe qué aspecto tiene Tobias, ya no. Es probable que lo haya embellecido con el tiempo; que lo haya hecho más joven, menos ajado, más despierto. Con más pelo en la cabeza.

—Tengo mucho que contarte —le dice Tobias, arrimándose demasiado a su oído. Le entran ganas de decirle que no grite, que ni que estuviera sorda—. Me he enterado de que no son huelguistas, esa gente. No van de retirada, cada vez son más.

El giro que han tomado los acontecimientos le ha insuflado vida; casi vibra de emoción.

Ya en el comedor le aparta una silla, coloca a Wilma delante del asiento y luego empuja la silla en el momento justo en que las posaderas de ella descienden. Es un arte en vías de extinción, piensa Wilma, la galantería de acomodar a la señora en su asiento, igual que herrar caballos o emplumar flechas. Después se sienta frente a ella; su silueta es un borrón oscuro contra el papel parduzco de la pared. Wilma gira la cabeza hacia un lado y percibe difusamente su rostro y sus ojos oscuros e intensos. Porque ella los recuerda intensos.

—¿Qué hay para comer? —le pregunta.

En cada comida se les proporciona el menú impreso, una sola hoja de papel con un emblema fraudulento en relieve. Es un papel suave y cremoso, como el de los programas teatrales de antaño, antes de que se convirtieran en folletos endebles y plagados de publicidad.

—Crema de champiñones —responde Tobias. Por lo general se explaya con las ofrendas del día, las denigra con delicadeza a la vez que rememora los

exquisitos banquetes de sus tiempos y concluye que ya nadie sabe cocinar como es debido, particularmente la ternera, pero hoy se salta todo eso—. He estado haciendo indagaciones —dice—. En la sala de terapia ocupacional. He estado «troleando».

Lo que Tobias quiere decir es que se ha sentado al ordenador y ha entrado en internet para indagar. En Ambrosia Manor no está permitido el uso de ordenadores personales; la explicación oficial es que el sistema no tiene capacidad suficiente. Wilma sospecha, sin embargo, que en realidad temen que las féminas se dejen embaucar por estafadores cibernéticos y entablen relaciones amorosas inconvenientes de las que puedan salir desplumadas, y que los varones sucumban a las páginas porno y de resultas de la sobreexcitación les dé un infarto, con la consiguiente demanda contra Ambrosia Manor por parte de los indignados familiares, que acusarían al personal de no haber vigilado más de cerca a sus muchachos.

O sea que nada de ordenadores personales, pero pueden usar los de la sala de terapia ocupacional, que ya tienen restringidos los accesos, como los de los preadolescentes. No obstante, la dirección del centro trata de apartar a sus residentes de las adictivas pantallas: prefieren que la parroquia trastee entre montañas de arcilla húmeda o construya figuras geométricas a base de cartulina y pegamento; o que juegue al *bridge*, que por lo visto retrasa la aparición de la demencia. Aunque, como dice Tobias, con los jugadores de *bridge* ¿quién sabe? Wilma, que en otro tiempo fue muy aficionada al *bridge*, se reserva la opinión.

Shoshanna, la terapeuta ocupacional, hace su ronda a la hora de la cena y les da la tabarra sobre la necesidad de encontrar una vía de expresión a través del Arte. Wilma, cuando la instan a participar en las actividades de pintura a dedo, en la confección de collares de pasta o en cualquiera de las brillantes ideas que Shoshanna se haya sacado de la manga con el propósito de darles a todos una razón para seguir en el mundo y ver un amanecer más, se escuda en sus limitaciones visuales. Una vez Shoshanna quiso venderle la idea con no sé qué cuento sobre ceramistas ciegos, ya que al parecer algunos habían alcanzado renombre internacional gracias a sus hermosas obras de artesanía; ¿no le gustaría a Wilma ampliar sus horizontes e intentarlo? Pero Wilma le paró los pies. «Loro viejo —repuso, sonriendo con su recia dentadura postiza — no aprende a hablar».

En cuanto al porno cibernético, hay viejos verdes espabilados que tienen móvil y gozan del grotesco circo por esa vía. Eso según dice Tobias, siempre dispuesto a chismorrear con el primero que se le pone a tiro cuando no está

chismorreando con Wilma. Él asegura que ni se molesta en entrar en esas páginas zafias y vulgares a través del móvil, porque las mujeres que se exhiben son diminutas. El cuerpo femenino no se puede reducir así como así, se corre el peligro de convertirlo en una hormiga con glándulas mamarias. Wilma no acaba de creerse ese cuento de abstinencia, aunque quizá Tobias no mienta: es muy posible que sus rocambolescas historias le resulten más eróticas que cualquier cosa salida de un simple móvil, porque tienen la virtud añadida de que es él quien las protagoniza.

—¿Qué más has averiguado? —le pregunta Wilma.

A su alrededor se oye el choque de las cucharas contra los platos, el rumor de las voces temblorosas, una vibración de insectos.

—Dicen que es su turno —contesta Tobias—. Por eso llevan escrito «Nos toca» en las pancartas.

—Anda —dice Wilma. De pronto cae en la cuenta: no era «Nostoka», sino «Nos toca», no lo había entendido—. Pero ¿su turno de qué?

—De vivir, dicen. He oído a uno de ellos por televisión; como era de esperar, los están entrevistando en todas partes. Dicen que nosotros, que la gente de nuestra edad, ya hemos tenido una oportunidad y la hemos pifiado. Que hemos acabado con el planeta con nuestra avaricia y tal.

—En eso llevan razón —dice Wilma—. Es verdad que la hemos pifiado. Pero no adrede.

—Son una panda de socialistas —dice Tobias, que no tiene en mucha estima a los socialistas; todo el que le desagrada es un socialista bajo un disfraz u otro—. Una panda de haraganes socialistas nada más, siempre intentando apoderarse de lo que los demás han conseguido gracias a su trabajo.

Wilma nunca ha tenido muy claro cómo hizo Tobias su dinero, dinero suficiente no solo para mantener a todas sus exesposas, sino también una *suite* de tamaño considerable en Ambrosia Manor. Sospecha que se dedicaba a negocios turbios en países donde todos los negocios son turbios, pero Tobias se muestra hermético respecto a las finanzas de su vida anterior. Solo dice que era propietario de varias empresas dedicadas al comercio internacional y que supo invertir bien su dinero, aunque no se considera un hombre rico. Claro que la gente rica nunca se considera rica, solo acomodada.

También ella había llevado una vida acomodada, cuando su marido todavía vivía. Y quizá la siga llevando. Ya no presta demasiada atención a sus ahorros: una agencia de inversión se ocupa de ello. Alyson está al cuidado, en la medida que se puede estar al cuidado viviendo en la Costa Oeste. Ambrosia

Manor no la ha puesto de patitas en la calle, así que las facturas deben de seguir pagándose.

—¿Qué quieren de nosotros? —pregunta Wilma, tratando de ocultar su irritación—. Esa gente de las pancartas. Por el amor de Dios. Como si nosotros pudiéramos hacer algo.

—Dicen que quieren que hagamos sitio. Que nos echemos a un lado. Es lo que pone en algunas pancartas: «Hagan sitio».

—Supongo que eso significa «muéranse» —dice Wilma—. ¿Han puesto bollitos hoy?

A veces les dan unos panecillos deliciosos, recién salidos del horno. Para ayudar a que la parroquia se sienta como en casa, los nutricionistas de Ambrosia Manor se esfuerzan en recrear los menús de hace setenta u ochenta años, tal como ellos imaginan que eran. Macarrones gratinados, suflés, natillas, arroz con leche, gelatina con nata montada. Esos menús tienen la virtud añadida de ser blandos, exentos, pues, de riesgo para dientes bailones.

—No —dice Tobias—. Hoy no hay bollitos. Ahora están sirviendo las empanadas de pollo.

—¿Tú crees que esa gente es peligrosa? —pregunta Wilma.

—Aquí no —responde Tobias—. Pero en otros países están quemando cosas. Esa banda. Dicen que son un movimiento internacional. Que hay millones de personas sublevándose.

—Bueno, en otros países siempre queman cosas —dice Wilma, restándole importancia.

«Si vivo para contarlo», se oye diciéndole a su antiguo dentista. Con la misma frivolidad de entonces: «A mí eso nunca me pasará, imposible».

Idiota, se dice. Ya quisieras tú. Pero lo cierto es que no consigue sentirse amenazada, al menos por las tonterías que están sucediendo al otro lado de la verja.

Por la tarde, Tobias se invita a tomar el té en la habitación de Wilma. La suya está en el otro extremo del edificio. Da a los jardines de atrás, con sus sendas de gravilla, sus abundantes bancos para los que se fatigan con facilidad, sus elegantes cenadores en los que refugiarse del sol y su césped para el cróquet y otros juegos apacibles. Todo eso tiene a la vista Tobias, y se lo ha descrito a Wilma regodeándose en los detalles, pero desde allí no se ve la verja de entrada. Y además no tiene prismáticos. Está en la habitación de Wilma por la vista.

—Ahora hay más gente —observa—. Un centenar quizá. Algunos llevan caretas.

—¿Caretas? —pregunta Wilma, intrigada—. ¿Como en Halloween, quieres decir? —Se imagina duendes, dráculas, hadas, brujas y Elvis Presleys —. Yo pensaba que las máscaras estaban prohibidas. En las concentraciones públicas.

—No son como las de Halloween —dice Tobias—. Son caretas de bebé.

—¿De color rosa? —pregunta Wilma.

Siente un ligero escalofrío de miedo. Una muchedumbre con caretas de bebés: es desconcertante. Una horda de bebés de tamaño adulto y potencialmente agresivos. Descontrolados.

Unos veinte o treinta enanitos se dan la mano y forman un corrillo en torno a lo que seguramente sea el azucarero: a Tobias le gusta el té con azúcar. Las mujeres llevan faldas que parecen confeccionadas con pétalos de rosa superpuestos, los hombres destellan vestidos de un iridiscente azul pavo real. ¡Qué refinamiento, qué bordados! Cuesta creer que no sean reales de tan físicos como parecen, con todo ese lujo de detalles.

—Algunas sí —contesta Tobias—. Otras son amarillas. Y otras marrones.

—Pretenderán darle un efecto interracial al acto —dice Wilma.

Con sigilo desliza la mano sobre la mesa centímetro a centímetro en dirección a los bailarines: ojalá pudiera agarrar a uno, ojalá pudiera sostener a uno con los dedos, entre el pulgar y el índice, como si fuera un escarabajo. Tal vez así le hicieran caso, aunque fuera dando patadas y mordiscos.

—¿Y también van disfrazados de bebés?

Con pañales tal vez, o peleles con eslóganes, o baberos con imágenes incongruentes de feroces piratas y zombis, por ejemplo. Hubo un tiempo en que esos estampados hacían furor.

—No, solo con caretas —dice Tobias.

Los bailarines diminutos se niegan a concederle a Wilma la satisfacción de pasar los dedos al través, lo que demostraría de una vez por todas su irrealidad. Más bien desplazan el corro para esquivarla, así que puede que, al fin y al cabo, sí sean conscientes de su presencia. Quizá estén burlándose de ella, los muy bribones.

No seas boba, se dice Wilma. Lo que tú tienes es un síndrome. El síndrome de Charles Bonnard. Está perfectamente documentado, hay más personas que lo padecen. Ah, no, que era Bonnet. Bonnard era un pintor, está casi segura. ¿O era Bonnivert?

—Ahora le están cerrando el paso a otra camioneta —dice Tobias—. La de los pollos.

El pollo, y también los huevos, se los traen de una granja ecológica de la zona donde las gallinas se crían en libertad: las Gallinitas Felices de Barney & Dave. El reparto siempre se hace los jueves. Ya se han quedado sin pollo y sin huevos: eso a la larga podría ser un drama, piensa Wilma. Cundirá el descontento en el interior. Habrá voces airadas. «Esto es una estafa».

—¿Hay algún polizonte? —pregunta Wilma.

—Yo no veo ninguno —responde Tobias.

—Tenemos que preguntar en recepción —dice Wilma—. ¡Tenemos que protestar! Deberían dispersarlos o yo qué sé… a esa gente.

—Ya he preguntado —dice Tobias—. Tienen tan poca idea de lo que está pasando como nosotros.

Esa noche en la cena hay más animación que de costumbre: más cháchara, más ruido de platos y cubiertos, más explosiones súbitas de risas aflautadas. Da la sensación de que el comedor está falto de personal, lo que en una noche normal podría traducirse en un aumento de la irascibilidad, pero tal como están las cosas el ambiente es de carnaval contenido. Una bandeja cae al suelo, se rompe un cristal, estalla una ovación. Se advierte a la parroquia del peligro de los cubitos de hielo que se han derramado, porque apenas se ven y son resbaladizos. No queremos que nadie se rompa la cadera, ¿verdad?, dice la voz de Shoshanna, que es quien empuña el micrófono.

Tobias pide una botella de vino para la mesa.

—¡A vivir, que son dos días! —exclama—. «¡Esta va por ti, muñeca!».

Todos brindan. Tobias y Wilma no están solos esta noche, están sentados a una mesa de cuatro. Ha sido idea de Tobias, y Wilma se sorprendió al aceptar: si la unión no hace la fuerza, al menos la aparenta. Unidos pueden mantener a raya lo desconocido.

Las otras dos comensales son Jo-Anne y Noreen. Lástima que no pueda haber otro representante masculino, piensa Wilma, pero en su franja de edad el número de mujeres es cuatro veces superior al de hombres. Según Tobias, las mujeres viven más porque tienen menos capacidad de indignación y toleran mejor que se las humille; al fin y al cabo, ¿qué es la vejez sino un largo historial de vejaciones? ¿Qué persona decente puede aguantar eso? A veces, cuando se harta de dieta blanda o cuando la artritis hace de las suyas, Tobias amenaza con volarse la tapa de los sesos —lástima de no tener a mano

un arma— o con cortarse las venas en el baño con una cuchilla de afeitar, como un noble romano. Cuando Wilma protesta, Tobias la tranquiliza: es solo el húngaro morboso que lleva dentro; en Hungría todos los hombres dicen esas cosas. No hay húngaro que no amenace con suicidarse al menos una vez al día, aunque —bromea Tobias— son pocos los que llevan a cabo esas amenazas.

¿Y las húngaras por qué no?, le ha preguntado Wilma en varias ocasiones. ¿Por qué ellas no se cortan las venas en la bañera? A Wilma le divierte repetirle esas preguntas porque las respuestas de Tobias a veces coinciden y a veces no. Tobias ha nacido al menos en tres lugares distintos y ha asistido a cuatro universidades distintas, al mismo tiempo. Tiene infinidad de pasaportes.

—Porque las húngaras no son capaces —le respondió en una ocasión—. No saben dar la partida por terminada, ni en el amor, ni en la vida, ni en la muerte. Coquetean con el enterrador, coquetean con el sepulturero que les echa la tierra sobre el ataúd. Nunca se dan por vencidas.

Ni Jo-Anne ni Noreen son húngaras, pero también ellas están haciendo gala de un impresionante talento para el coqueteo. Si tuvieran abanicos de plumas estarían dándole toquecitos a Tobias con ellos, si tuvieran ramos de flores le lanzarían un capullo de rosa, y si tuvieran tobillos estarían exhibiéndolos. Pero dado que ya no poseen nada de eso, sonríen tontamente. Wilma arde en deseos de decirles que se comporten como corresponde a su edad, pero ¿qué pasaría si lo hicieran?

A Jo-Anne la conoce de la piscina. Wilma intenta hacer unos cuantos largos dos veces por semana, un propósito factible siempre y cuando alguien la ayude a entrar y salir del agua y la acompañe al vestidor. Y a Noreen debe de haberla conocido en alguna actividad de grupo, en algún concierto o algo por el estilo: le suena esa risa de paloma, ese trémulo zureo. No tiene ni idea de cómo serán físicamente esas mujeres, pero su visión lateral le advierte que ambas visten de magenta.

Tobias no está ni mucho menos molesto con su nuevo público femenino. Ya le ha dicho a Noreen que esta noche está radiante, y le ha insinuado a Jo-Anne que si él fuera el de antes, correría peligro a su lado en la oscuridad.

—Ay, si los jóvenes supieran y los viejos pudieran… —añade.

¿Qué es eso que ha oído, un besamanos? Las dos sueltan risitas nerviosas, o lo que en otro tiempo habrían sido risitas nerviosas. Ahora suenan más bien a graznidos, a cloqueos o estertores: a ráfagas repentinas de aire soplando

entre la hojarasca otoñal. Las cuerdas vocales se acortan, piensa Wilma con tristeza. Los pulmones se encogen. Todo se reseca.

¿Qué le inspira ese coqueteo que se traen entre manos ante la crema de almejas? ¿Está celosa, quiere a Tobias para ella sola? No, para ella sola no; tanto no diría. No siente ningún deseo de revolcarse con él en el metafórico heno, porque no siente deseo. O no mucho. Pero sí desea su atención. O, mejor dicho, desea que él desee su atención, aunque parece que no le está yendo nada mal con los dos pobres sucedáneos que tiene a mano. Los tres flirtean como si estuvieran en una novela romántica ambientada en el siglo XIX, y a Wilma no le queda más remedio que escuchar porque no encuentra otra distracción a su alrededor: los enanitos no han hecho acto de presencia.

Intenta convocarlos. «Salid», les ordena en silencio, fijando lo que antes habría sido su mirada en dirección al arreglo de flores artificiales dispuesto en el centro de la mesa; de primerísima calidad, según Tobias, apenas se aprecia la diferencia. Es amarillo, eso es lo único que Wilma es capaz de distinguir.

Pero nada. No aparece ningún enanito. Wilma no puede controlar ni sus apariciones ni sus desapariciones, lo cual se le antoja injusto, puesto que son producto de su propio cerebro, no del de otro.

A la crema de almejas le sigue un guiso de carne picada con champiñones, y a este un arroz con leche y pasas. Wilma se concentra en comer: tiene que localizar el plato con el rabillo del ojo y dirigir el tenedor como si fuera una pala a vapor: acercarlo, girarlo, cargarlo, levantarlo. La tarea requiere esfuerzo. Por fin depositan sobre la mesa la bandeja con las pastas: galletas de mantequilla y chocolatinas, como de costumbre. Por un instante vislumbra a siete u ocho señoras con enaguas de volantes de color hueso, un fugaz can-can de piernas enfundadas en medias de seda, pero las bailarinas se transforman en galletas de mantequilla casi de inmediato.

—¿Qué está pasando fuera? —pregunta, aprovechando un hueco en la red de lisonjas que se ha ido tejiendo entre los tres—. En la verja de la entrada.

—¡Pero si estábamos intentando olvidarnos de todo eso! —exclama Noreen muy dicharachera.

—Sí —conviene Jo-Anne—, es tan deprimente… Nosotros queremos vivir el momento, ¿verdad, Tobias?

—¡Vino, mujeres y música! —declara Noreen—. ¡Que empiece la danza del vientre!

Las dos cacarean de risa.

Para sorpresa de Wilma, Tobias no las secunda, sino que le coge la mano; Wilma siente los dedos huesudos, cálidos y resecos de él estrechándole los suyos.

—Cada vez son más. Mi querida señorita, la situación es más grave de lo que calibramos en un principio —advierte Tobias—. No sería prudente subestimarla.

—Uy, pero si no la subestimábamos —replica Jo-Anne, esforzándose por seguir manteniendo en el aire sus pompas de jabón conversacionales—. ¡Lo que hacíamos era volverle la espalda!

—¡Bendita sea la ignorancia! —gorjea Noreen.

Pero a Tobias sus palabras ya no lo afectan. Se ha despojado de sus perifollos de aristócrata petimetre a lo *Pimpinela Escarlata* y ha adoptado el papel de Hombre de Acción.

—Hay que estar preparados para lo peor —dice—. No podemos dormirnos en los laureles. Y ahora, mi querida señorita, la acompañaré a sus aposentos.

Wilma suspira aliviada: Tobias ha vuelto a ella. La acompañará hasta la misma puerta de su apartamento; lo hace cada noche, sin falta. ¿Qué temía? ¿Que la dejara encontrar el camino de vuelta palpando a ciegas por los pasillos ignominiosamente? ¿Que la abandonara a la vista de todos y se escabullera hacia los arbustos con Noreen y Jo-Anne para llevar a cabo actos sexuales a tres bandas en algún cenador? Eso es imposible: los de seguridad los habrían sacado de allí en volandas y se los habrían llevado a rastras hasta el ala de Grandes Dependientes. Los agentes patrullan el recinto por las noches, con linternas y sabuesos.

—¿Estamos preparados? —le pregunta Tobias.

A Wilma ese «estamos» le llega al alma. Ahí se quedan Jo-Anne y Noreen, que vuelven a ser una mera tercera persona del plural. Wilma se apoya en Tobias, que la toma del codo, y juntos hacen lo que ella es libre de representarse como una digna salida de escena.

—¿A qué te refieres con «lo peor»? —le pregunta en el ascensor—. ¿Y cómo vamos a prepararnos? ¡No pensarás que van a prendernos fuego! ¡Aquí! La policía se lo impediría.

—No podemos contar con la policía —le contesta Tobias—. Ya no.

Wilma está a punto de replicarle —«¡Su deber es protegernos!»—, pero se contiene. Porque si tan preocupada estuviera la policía, a estas alturas ya habría intervenido. Están a la expectativa.

—Al principio se mostrarán prudentes —dice Tobias—. Procederán paso a paso. Todavía nos queda algo de tiempo. Pero tú no te preocupes, debes dormir bien para hacer acopio de fuerzas. Yo tengo ciertos preparativos por delante. No te fallaré.

Es curioso lo reconfortante que le resulta a Wilma ese simulacro de melodrama: Tobias tomando las riendas, maquinando un plan concienzudo, engañando al Destino. Si no es más que un anciano endeble y artrítico, se dice. Aun así, la tranquiliza y reconforta.

En la puerta de su apartamento, se despiden besándose fugazmente en la mejilla, como de costumbre, y Wilma escucha los pasos renqueantes de Tobias alejándose por el pasillo. ¿Es pesar lo que siente? ¿Acaso es un aleteo del ardor de antaño? ¿De veras desea que Tobias la envuelva en sus brazos enjutos, que desbroce el camino de velcros y cremalleras hasta llegar a su piel, que amague una reposición artrópoda, decrépita, espectral, de un acto que en el pasado debe de haber realizado sin el menor esfuerzo cientos, o incluso millares de veces? No. Sería demasiado doloroso para ella, las comparaciones silenciosas a las que daría pie: las amantes voluptuosas con sus bombones, los senos divinos, los muslos marmóreos. Para luego encontrarse simplemente con ella.

Creías que con la edad serías capaz de trascender el cuerpo, se dice. Que podrías elevarte por encima de él, instalarte en un reino de serena inmaterialidad. Pero eso solo se consigue a través del éxtasis, y el éxtasis se alcanza a través del cuerpo precisamente. Sin el esqueleto y la nervadura de las alas, no hay vuelo. Sin ese éxtasis solo queda que el cuerpo te arrastre aún más abajo, hacia el interior de su maquinaria. Su brutal, vengativa, chirriante y cada vez más oxidada maquinaria.

Cuando ya no oye los pasos de Tobias, cierra la puerta y emprende su rutina habitual de todas las noches. Cambio de zapatos por zapatillas, y mejor sin prisas. Luego desvestirse, tira tras tira de velcro, colocar las prendas en perchas, como buenamente pueda, y colgarlas en el armario. La ropa interior, al canasto de la ropa sucia, y sin demora: Katia se encargará de ella mañana. Micción superada sin demasiado esfuerzo, cisterna vaciada. Los suplementos vitamínicos y demás pastillas para dentro con bastante agua, porque es desagradable que se te disuelvan en el esófago. Muerte por atragantamiento sorteada.

Evita también la caída en la ducha. Se agarra a las asas y no abusa del resbaladizo gel de baño. Para secarse, mejor sentada: muchos han acabado mal por intentar secarse los pies en posición vertical. Toma nota mentalmente

de que tiene que llamar a Servicios y que le den hora en el salón de belleza para recortarse las uñas de los pies, otra cosa que ya no puede hacer sola.

El camisón, limpio y doblado, ya lo tiene dispuesto sobre la cama gracias a esas manos silenciosas que trabajan entre bastidores mientras ellos cenan, y le han abierto la cama. Siempre hay un bombón sobre la almohada. Wilma lo busca a tientas, lo encuentra, retira el envoltorio plateado y devora el bombón. Ambrosia Manor se distingue de la competencia por su atención a los detalles, rezaba el folleto. Mímese. Se lo merece.

A la mañana siguiente, Tobias se retrasa para el desayuno. Wilma presiente ese retraso, y después lo confirma gracias al reloj parlante de la cocina, otro regalo de Alyson: pulsas el botón, si aciertas a dar con él, y una voz con el tono condescendiente de una maestra de primaria dando clase de aritmética te dice la hora. «Son las ocho y treinta y dos. Ocho y treinta y dos». Luego dan las ocho y treinta y tres, las ocho y treinta y cuatro, y Wilma siente que la tensión sanguínea se le dispara con cada minuto que pasa. ¿Y si le ha ocurrido algo? ¿Una embolia, un infarto? Son cosas que suceden todas las semanas en Ambrosia Manor: un alto poder adquisitivo no te inmuniza contra ellas.

Por fin, ahí está ya.

—Tengo noticias —le dice casi antes de cruzar el umbral—. He estado en la clase de Yoga al Amanecer.

A Wilma le entra risa. No puede evitarlo. Le hace gracia imaginarse a Tobias haciendo yoga, o simplemente dentro de una sala donde se esté haciendo yoga. ¿Qué atuendo habrá elegido para la ocasión? El chándal no le pega ni con cola.

—Comprendo su hilaridad, mi querida señorita —dice Tobias—. Ese asunto del yoga no es santo de mi devoción, pero no quedaba alternativa. He tenido que sacrificarme en aras de la investigación. De todos modos, no ha habido clase, porque el profesor no se ha presentado. Así que las señoras y yo hemos podido… charlar.

Wilma se pone seria.

—¿Y cómo es que no se ha presentado el profesor? —pregunta.

—Han puesto barricadas ante la verja —anuncia Tobias—. No dejan entrar a nadie.

—¿Dónde se ha metido la policía? ¿Y los guardias de seguridad de la residencia?

«Barricadas»: la cosa va en serio. Una barricada requiere levantar pesos pesados.

—Se han esfumado todos —responde Tobias.

—Pasa y siéntate —dice Wilma—. Vamos a tomar un café.

—Es verdad —contesta Tobias—. Hay que reflexionar.

Se sientan a la mesita auxiliar y se toman su café y sus cereales de avena; ya no queda salvado y, como bien advierte Wilma, tampoco esperanzas de conseguirlo. Tengo que saborear estos cereales, piensa mientras los oye crujir dentro de su cabeza. Tengo que disfrutar de este momento. Hoy los enanitos están muy alterados, giran sin parar en un vals veloz, sus lentejuelas doradas y plateadas lanzan destellos por doquier, están ofreciéndole todo un espectáculo; pero en este momento no puede entretenerse con ellos porque otros asuntos más serios requieren su atención.

—¿Dejan salir a la gente? —le pregunta a Tobias—. Por las barricadas.

¿Cómo se titulaba aquel libro que había leído sobre la Revolución francesa? Las barricadas de Versalles, y la familia real muerta de angustia y preocupación dentro del palacio.

—Solo al personal —responde Tobias—. Los están obligando a irse, prácticamente. Pero a los residentes no. Nosotros tenemos que quedarnos. O eso parecen haber decretado.

Wilma reflexiona un instante. O sea que el personal puede salir, pero, una vez fuera, ya no los dejarán volver a entrar.

—Y nada de camionetas de reparto —dice Wilma a modo de afirmación más que de pregunta—. Como la de los pollos, por ejemplo.

—Evidentemente —dice Tobias.

—Entonces es que quieren matarnos de hambre.

—Eso parece —responde Tobias.

—Podríamos disfrazarnos —propone Wilma—. Para salir de aquí. Podríamos disfrazarnos de, no sé, de limpiadoras. De limpiadoras musulmanas, con la cabeza tapada. O algo así.

—Mi querida señorita, dudo mucho que pasáramos inadvertidos. Es una cuestión generacional. El tiempo deja sus huellas.

—Hay limpiadoras bastante mayorcitas —replica Wilma en tono esperanzado.

—Es una cuestión de grado —afirma Tobias. Suspira, ¿o es un resuello? —. Pero no desesperes, que recursos no me faltan.

Wilma quisiera decirle que no está desesperada, pero se contiene porque sería demasiado lioso. No sabría decir qué siente exactamente. No es

desesperación, en absoluto. Y tampoco esperanza. Solo quiere saber qué sucederá a continuación. Que a buen seguro no será la rutina diaria.

Antes que nada, Tobias insiste en llenar de agua la bañera de Wilma, en previsión de eventualidades. La suya ya la ha llenado. Tarde o temprano les cortarán la luz, dice, con lo cual dejará de correr el agua; es solo cuestión de tiempo.

A continuación hace un inventario de las provisiones de la cocina y el minifrigorífico de Wilma. No hay gran cosa, porque no almacena ingredientes básicos con los que hacer comidas y cenas. ¿Para qué iban a almacenarlos, ni ella ni nadie? Nunca cocinan en el apartamento.

—Hay pasas para el yogur —dice Wilma—. Creo. Y un bote de aceitunas.

Tobias suelta un bufido.

—No podemos alimentarnos a base de eso —dice mientras agita un paquete de cartón con algo dentro como si la emprendiera con él.

Ayer, le cuenta, tuvo la precaución de darse una vuelta por la tienda de la planta baja y hacer un discreto acopio de barritas energéticas, palomitas garrapiñadas y frutos secos.

—¡Qué astuto! —exclama Wilma.

Sí, reconoce Tobias. Fue astuto. Pero con esas raciones de emergencia no aguantarán mucho tiempo.

—Tengo que bajar a explorar la cocina —dice—. Antes de que se les ocurra a los demás. Es probable que saqueen las despensas y se pisoteen unos a otros. No sería la primera vez que veo algo así.

A Wilma le gustaría acompañarlo; en caso de atropellos, quizá le sirviera de parachoques, porque ¿quién iba a considerarla una amenaza? Y si resulta que se adelantan a las hordas de saqueadores, podría cargar algunas de las provisiones en su bolso y subirlas al apartamento. Pero no se lo propone a Tobias, porque es evidente que sería un estorbo: bastante atareado estará como para encima tener que llevarla de la manita de aquí para allá.

Tobias parece haber intuido su deseo de ser útil. Ha tenido la consideración de pensar en un cometido para ella: se quedará en el apartamento encargada de escuchar las noticias; de la obtención de información estratégica, como lo llama él.

Una vez que Tobias se ha marchado, Wilma enciende la radio de la cocina y se dispone a cumplir con su misión. El boletín informativo aporta poca cosa más: Nos Toca es un movimiento, un movimiento de ámbito internacional, y

según parece su objetivo es limpiar lo que uno de los manifestantes califica como «los parásitos de la cúspide de la pirámide», y otro, como «la pelusa de debajo de la cama».

Las autoridades competentes están actuando de manera esporádica, cuando lo hacen. Cierto es que tienen otros asuntos más importantes que atender: más inundaciones, más incendios forestales provocados, más tornados, con los que están tan ocupados que no dan abasto. Retransmiten fragmentos de declaraciones breves y efectistas pronunciadas por diversos mandamases. Se aconseja a los residentes de las instituciones geriátricas contra las que va dirigido el ataque que no se dejen llevar por el pánico ni salgan a deambular por las calles, donde no podrían garantizar su seguridad. Varias personas que cometieron la imprudencia de enfrentarse al tumulto han perecido en el intento; una de ellas despedazada. Se ruega a los asediados que permanezcan donde están, ya que el orden no tardará en restablecerse. Es posible que se efectúe un despliegue de helicópteros. Se aconseja a los familiares de los sitiados que no se expongan a intervenir por su cuenta y riesgo, puesto que la situación no está controlada. Y que obedezcan todos a la policía, a los militares o a las fuerzas especiales. A los que llevan megáfonos. Sobre todo, tengan presente que la ayuda está en camino.

Wilma duda que así sea, pero deja la radio encendida para escuchar el debate que va a continuación. El presentador empieza proponiendo que los invitados a la tertulia se presenten indicando su edad y ocupación, cosa que hacen: profesor universitario, treinta y cinco, antropólogo; ingeniero especializado en el sector energético, cuarenta y dos; experto en finanzas, cincuenta y seis. Después se enredan en una polémica inútil sobre si esto que está ocurriendo es un estallido de vandalismo, un ataque contra el principio mismo de la tercera edad, el civismo y la familia o si no será, por otra parte, una reacción comprensible teniendo en cuenta los problemas y las provocaciones y, francamente, el desbarajuste, tanto económico como medioambiental, con que se ha cargado a quienes están en la franja de, pongamos, los veinticinco para abajo.

Hay indignación en las calles, y sí, es triste que uno de los sectores más vulnerables de nuestra sociedad haya servido de cabeza de turco, pero este giro de los acontecimientos no carece de precedentes históricos, y en muchas sociedades —afirma el antropólogo—, los ancianos se retiraban dignamente para hacer sitio a los que venían al mundo, ya fuera perdiéndose en la nieve o haciendo que los trasladaran a lo alto de una montaña donde los abandonaban. Pero eso era cuando se disponía de menos recursos materiales, replica el

experto financiero: de hecho, la tercera edad es una gran generadora de empleo. Sí, pero está agotando los recursos sanitarios, que en su mayoría se destinan al cuidado de quienes se encuentran en las últimas etapas de… sí, todo eso está muy bien, pero se está acabando con vidas inocentes, si me permite una interrupción, eso dependerá de lo que entendamos por inocente, algunas de esas personas… no estará defendiendo, por supuesto que no, pero tendrá que admitir que…

El moderador anuncia que van a abrir el micrófono a las llamadas de los oyentes.

—No hay que fiarse de los menores de sesenta —dice el primero.

Todos se ríen.

El segundo oyente dice que no comprende cómo pueden tomarse la situación tan a la ligera. Las personas de cierta edad se han pasado toda la vida trabajando a base de bien, han pagado sus impuestos durante décadas, probablemente aún sigan pagándolos, ¿y qué papel está desempeñando el gobierno en todo esto? ¿No se dan cuenta de que los jóvenes no votan nunca? Como no reaccionen y pongan orden ahora mismo, los representantes electos pagarán las consecuencias en las próximas elecciones. Más cárceles, eso es lo que se necesita.

El tercer radioyente empieza diciendo que él sí vota, pero que nunca le ha servido de nada. Luego añade: «A la hoguera con los carcamales».

—No he oído lo que ha dicho —dice el moderador.

El radioyente se pone a dar gritos:

—¡Claro que me ha oído! ¡A la hoguera con los carcamales! ¡Claro que me ha oído!

Cortan la comunicación. Sintonía alegre.

Wilma apaga la radio: basta de información estratégica por hoy.

Mientras revuelve en la cocina en busca de una bolsita de té —peligroso, hacerse un té, podría escaldarse, pero pondrá mucho cuidado—, suena el teléfono. Es un aparato con los números grandes, de los antiguos, con auricular; Wilma ya no es capaz de usar un móvil. Localiza el aparato con su visión periférica, hace caso omiso de los diez o doce enanitos que en este momento patinan sobre la encimera de la cocina ataviados con largas capas de terciopelo ribeteadas de piel y manguitos plateados, y levanta el auricular.

—Ay, gracias a Dios —dice Alyson—. He visto lo que está pasando, tu residencia ha salido en televisión con toda esa gente en la calle y la camioneta de la lavandería volcada; ¡estaba preocupadísima! Ahora mismo cojo un avión y…

—No —la interrumpe Wilma—. No pasa nada. Estoy bien. Está todo controlado. Quédate ahí, que…

De pronto se corta la comunicación.

Así que ahora les cortan la línea telefónica. Lo siguiente será dejarlos sin luz. Pero Ambrosia Manor dispone de un generador, así que podrán aguantar un tiempo tal como están.

Mientras está tomándose el té, se abre la puerta, pero no es Tobias: no huele a Brut. Hay pasos apresurados, olor a sal y a bayeta húmeda, un arrebato de llanto. Unos brazos envuelven y despeinan a Wilma con efusión.

—¡Dicen que tengo que dejarla! ¡Que es una orden! Nos han dicho que tenemos que abandonar el edificio, todos, los trabajadores, los enfermeros, todos, o si no…

—Katia, Katia, tranquilízate —dice Wilma, que se zafa primero de un brazo y luego del otro.

—¡Pero es que usted es como una madre para mí!

Wilma sabe demasiado sobre la madre tirana de Katia para tomárselo como un cumplido, pero la intención es buena.

—No te preocupes por mí.

—Pero ¿quién le hará la cama, quien le traerá toallas limpias y recogerá lo que rompa y le pondrá el bombón en la almohada por las noches…?

Otra vez sollozos.

—Ya me las apañaré —dice Wilma—. Tú pórtate bien y no des problemas. Enviarán al ejército. El ejército nos ayudará.

Es mentira, pero Katia debe irse. ¿Por qué iba a tener que quedarse atrapada en lo que cada vez más parece una fortaleza asediada?

Wilma le pide a Katia que le acerque el bolso y luego le entrega el poco dinero que había dentro. Al menos que alguien le dé uso, porque ella desde luego no tiene perspectivas de salir de compras en un futuro inmediato. También le pide que se lleve la reserva de jabones florales, con su envoltorio intacto, que tiene escondida en el cuarto de baño, pero que le deje dos pastillas por si acaso.

—¿Por qué hay agua en la bañera? —pregunta Katia. Al menos ya ha dejado de llorar—. ¡Pero si está fría! ¡Ahora mismo se la caliento!

—Está bien así —dice Wilma—. Deja eso. Venga, date prisa. ¿Y si ponen barricadas delante de la puerta? Solo faltaría que llegaras tarde.

Cuando Katia se marcha, Wilma va hacia la zona de estar arrastrando los pies, tira algo de una estantería sin querer —el portalápices, a juzgar por el ruido de palitos— y se desploma en la butaca. Su objetivo es hacer balance de la situación, hacer repaso de su vida o algo por el estilo, pero antes intentará desentrañar alguna que otra frase de *Lo que el viento se llevó* en su lector electrónico que amplía el tamaño de la letra. Enciende el aparato y se encuentra ante el punto donde había dejado la lectura, algo portentoso ya de por sí. ¿Será el momento de aprender Braille? Sí, pero ya es improbable que eso suceda.

«Oh, Ashley, Ashley, pensaba, y el latido de su corazón se aceleraba…». Idiota, piensa Wilma. ¿Con el desastre que se avecina y tú suspirando por ese mequetrefe? Atlanta arderá. Tara acabará reducida a cenizas. Todo será arrasado.

Sin darse cuenta, se queda traspuesta.

La despierta Tobias, zarandeándola con suavidad del brazo. ¿Estaba roncando, tenía la boca abierta, se le habrá desencajado el puente?

—¿Qué hora es? —pregunta.

—Hora de almorzar —dice Tobias.

—¿Has encontrado algo de comer? —pregunta Wilma irguiéndose.

—Me he agenciado un paquete de fideos —contesta Tobias—. Y una lata de judías con tomate. Pero la cocina estaba ocupada.

—Ah —dice Wilma—. ¿Se ha quedado alguien? ¿El personal de cocina?

Sería un consuelo que así fuera: nota que tiene hambre.

—No, se han ido todos —dice Tobias—. Estaban Noreen y Jo-Anne, y algunos de los demás. Han hecho una sopa. ¿Me acompaña al salón, señorita?

El comedor bulle de animación, a juzgar por la algazara: todo el mundo está metiéndose en ambiente, sea este el que sea. Más bien de histeria, se dice Wilma. Deben de estar sacando la sopa de la cocina, haciendo el papel de camareras. Se oye un estrépito, seguido de grandes risotadas.

La voz de Noreen retumba, justo detrás de su oído.

—¿Has visto? —dice—. ¡Todo el mundo se ha arremangado para echar una manita! ¡Igual que en un campamento de verano! ¡Ja, que no íbamos a ser capaces de apañárnoslas, ¿eh?!

—¿Qué te parece nuestra sopa? —Ahora es Jo-Anne la que habla, pero la pregunta no va dirigida a Wilma, sino a Tobias—. ¡La hemos hecho en un caldero!

—Deliciosa, querida —responde Tobias cortésmente.

—¡Hemos asaltado el congelador! ¡Hemos echado de todo! —exclama entonces Jo-Anne—. ¡No falta de nada! ¡Ojo de tritón! ¡Dedo de rana! ¡Dedo de criatura estrangulada al nacer!

Suelta una risita espasmódica.

Wilma intenta identificar los ingredientes. ¿Un pedazo de salchicha, un haba, un champiñón?

—Es una vergüenza cómo tienen esa cocina —dice Noreen—. No sé para qué pagábamos a esa gente, esos que se llamaban el «personal». ¡Desde luego para limpiar no era! He visto una rata.

—Chitón —dice Jo-Anne—. Ojos que no ven, corazón que no siente.

Las dos ríen con mucho regocijo.

—Yo no me asusto por una simple rata —dice Tobias—. He visto cosas peores.

—Pero es horrible, lo del ala de Grandes Dependientes —señala Noreen —. Hemos ido a ver si podíamos llevarles un poco de sopa, pero han cerrado con llave las puertas que comunican con esa ala.

—No hemos conseguido abrirlas —dice Jo-Anne—. Y no queda nadie del personal. Lo que significa que…

—Es horrible, horrible —dice Noreen.

—No podemos hacer nada —afirma Tobias—. De todos modos, no hay nadie en esta sala que pueda ocuparse de esas personas. No estamos capacitados.

—Pero deben de sentirse muy confundidos —replica Noreen con un hilo de voz.

—Pues cuando acabemos de comer —dice Jo-Anne—, creo que todos deberíamos sacar fuerzas de flaqueza, formar en filas de a dos y ¡salir de aquí marchando con la cabeza bien alta! Cuando informemos a las autoridades, vendrán a abrir las puertas y trasladarán a esa pobre gente a un lugar como es debido. ¡Esto es un escándalo! En cuanto a esas absurdas caretas de bebé que llevan puestas…

—No te dejarán salir —dice Tobias.

—¡Pero saldremos todos juntos! Habrá prensa ahí fuera. No se atreverán a detenernos, ¡y menos con el mundo entero mirándonos!

—Yo no contaría con eso —dice Tobias—. En ocasiones así, al mundo entero se le despierta la sed de espectáculo. La quema de brujas y los ahorcamientos públicos siempre estuvieron muy concurridos.

—Me estáis asustando —dice Jo-Anne, aunque no parece muy asustada.

—Yo primero voy a echarme una siesta —interviene Noreen—. Así cojo fuerzas para cuando emprendamos la marcha. Al menos no tendremos que lavar los platos en esa cocina asquerosa, porque saldremos pronto de aquí.

Tobias ha hecho una ronda por el recinto: la verja de atrás también está bajo asedio, dice, como era de esperar. Pasa el resto de la tarde en el apartamento de Wilma, observando con sus prismáticos. Se está congregando más gente al otro lado de la verja de los leones; enarbolan las pancartas habituales, dice, y otras nuevas: EL TIEMPO SE HA AGOTADO. A LA HOGUERA CON LOS CARCAMALES. DENSE PRISA, POR FAVOR, HA LLEGADO LA HORA.

Nadie se aventura a cruzar el muro que rodea el recinto, al menos que Tobias haya advertido. El día está nublado, lo cual empeora la visibilidad. La noche va a ser más fría de lo que acostumbra para esta época del año, o eso estaban diciendo por televisión antes de que se apagara. Su móvil no está operativo, le explica a Wilma: esos jóvenes de ahí fuera, por vagos y comunistas que sean, se dan maña para manipular la tecnología digital. Crean túneles de información secretos por todo internet, como termitas. Seguramente se han hecho con una lista de los residentes de Ambrosia y accedido a sus cuentas para desconectarlas.

—Tienen bidones de gasolina —anuncia Tobias—. Con fogatas dentro. Están preparando perritos calientes. Y sospecho que bebiendo cerveza.

A Wilma no le importaría tomarse un perrito caliente. Se imagina saliendo a la calle y preguntando muy educadamente si tendrían a bien compartirlos. Pero también se imagina la respuesta.

Alrededor de las cinco, apenas un puñado de residentes de Ambrosia Manor se reúne delante de la puerta principal. Son solo unos quince, dice Tobias. Están formando en doble hilera, como para una procesión: en grupos de a dos, y uno suelto de tres. El griterío de fuera se calma: están observando. Uno de los ambrosios ha encontrado un megáfono: es Jo-Anne, dice Tobias. Se emiten órdenes, indescifrables a través de los cristales de la ventana. La fila avanza, titubeante.

—¿Han llegado a la verja? —pregunta Wilma.

¡Ojalá pudiera verlo! ¡Es la misma sensación de cuando iba a los partidos de fútbol en sus tiempos de estudiante! La tensión, los equipos rivales, los megáfonos. Wilma siempre formaba parte del público, nunca del juego, porque las chicas no jugaban al fútbol: su papel consistía en lanzar exclamaciones ahogadas. Y tener una idea bastante confusa de las reglas, igual que ahora.

Con tanto suspense se le está acelerando el corazón. Si el grupo de Jo-Anne consigue pasar al otro lado, el resto podrán organizarse e intentarlo a su vez.

—Sí —dice Tobias—. Pero ha ocurrido algo. Ha habido un incidente.

—¿A qué te refieres? —pregunta Wilma.

—No pinta bien. Se están dando la vuelta.

—¿Corriendo? —pregunta Wilma.

—Mal que bien —responde Tobias—. Esperaremos a que oscurezca. Luego habrá que salir a toda prisa.

—¡Pero si no podemos salir! —replica Wilma casi gimiendo—. ¡No nos dejarán!

—Podemos salir del edificio y esperar en los jardines. Hasta que se vayan y nos dejen el camino libre.

—¡Pero si no tienen intención de marcharse!

—Se marcharán cuando todo esto termine —afirma Tobias—. Mientras, comamos algo. Abriré esta lata de judías con tomate. Es inaudito que la humanidad todavía no haya logrado inventar un abrelatas que funcione como es debido. El diseño del abrelatas no ha mejorado desde la guerra.

¿Qué quieres decir con «cuando todo esto termine»?, quisiera preguntarle Wilma, pero no lo hace.

Wilma se prepara para la excursión propuesta. Tobias le ha dicho que quizá tengan que pasar unas horas a la intemperie, incluso días tal vez; todo depende. Se pone una chaqueta de punto y coge un chal y un paquete de galletas; además de la lupa de joyero y el lector electrónico, que es tan ligero que puede llevarse a cualquier parte. Hay ciertas minucias que le preocupan; es consciente de que son minucias, pero aun así, ¿dónde va a meter los dientes esa noche? Con lo caros que le costaron. ¿Y la muda limpia? Tobias ha dicho que no pueden ir muy cargados.

Se aventuran por fin a salir, como ratones a la luz de la luna. Es el momento idóneo, dice Tobias. Guía a Wilma de la mano, bajan la escalera de

atrás, recorren el pasillo hasta la cocina, luego cruzan la despensa y la zona de los contenedores de basura. Tobias va nombrando todas las etapas del trayecto para que ella se haga una idea de por dónde van, y hace un alto cada vez que atraviesan un umbral.

—No te preocupes, que aquí no queda nadie —le dice—. Se han marchado todos.

—Es que he oído algo —susurra Wilma. Efectivamente, ha oído un correteo, un crujido. Un chillido, como de vocecillas agudas: ¿será que por fin los enanitos le están hablando? El corazón le late a una velocidad alarmante. ¿Qué es ese olor? Es un tufo animal, como a cuero cabelludo recalentado, a sobacos sucios.

—Son ratas —dice Tobias—. Siempre las hay en estos lugares, escondidas. Saben cuándo pueden salir sin peligro. Son más listas que nosotros, según parece. Agárrame del brazo, hay un escalón.

Han franqueado la puerta trasera; están fuera. Se oyen voces distantes, corean algo; debe de ser la muchedumbre concentrada en la verja de la entrada. ¿Qué dicen? «Hora de irse. Sin demora. El fuego se desboca. Ahora Nos Toca». El ritmo no augura nada bueno.

Pero llega de lejos; en la parte trasera del edificio donde ellos se encuentran reina el silencio. El aire es fresco, la noche es fría. A Wilma le inquieta que alguien los vea, que los tomen por intrusos o fugitivos del ala de Grandes Dependientes, aunque seguro que por allí no queda nadie. Ni los vigilantes con sus sabuesos. Tobias alumbra sus pasos con la linterna, y por extensión los de ella; la apaga y la enciende una y otra vez.

—¿Hay luciérnagas? —susurra Wilma.

Espera que así sea, porque de lo contrario, ¿qué son esos destellos de luz que ve en los extremos de su visión, como señales intermitentes? ¿Será alguna anomalía neurológica, su cerebro cortocircuitándose como una tostadora caída en la bañera?

—A montones —contesta Tobias, también susurrando.

—¿Adónde vamos?

—Ya lo verás cuando lleguemos.

A Wilma se le pasa por la cabeza un pensamiento innoble y después uno aterrador: ¿y si resulta que todo ha sido una invención de Tobias? ¿Y si no hay una multitud de manifestantes con caretas de bebé ante la verja? ¿Y si todo eso es una alucinación colectiva, como las estatuas que lloran sangre y las apariciones de la Virgen entre las nubes? O peor aún: ¿y si todo ha sido

una enrevesada artimaña de Tobias para sacarla a un sitio donde poder estrangularla? ¿Y si es un psicópata que disfruta matando por matar?

Pero ¿y los informativos de la radio? Eso se simula fácilmente. Pero ¿y Noreen y Jo-Anne, con su sopa boba? Actrices a sueldo. ¿Y los cánticos que está oyendo ahora mismo? Una grabación. O un grupo de estudiantes reclutados para la ocasión: esa gente correaría tan feliz a cambio de una paga mínima. Nada de todo eso sería imposible para un lunático bien organizado y con dinero.

Demasiadas novelas de misterio, Wilma, se dice. Si quisiera matarte, podría haberlo hecho antes. Y aun suponiendo que así fuera, ya no puede volver atrás: no tendría ni la más remota idea de qué dirección tomar.

—Ya hemos llegado —anuncia Tobias—. Asientos de tribuna. Aquí estaremos la mar de cómodos.

Se hallan en uno de los cenadores, el del extremo izquierdo del jardín. Está al otro lado del estanque ornamental y, según Tobias, ofrece una vista parcial de la entrada principal de Ambrosia Manor. Se ha llevado los prismáticos.

—Toma unos cacahuetes —le dice.

Se oye un crujido (el paquete), y Tobias traspasa un puñado de granos ovoides a la palma de la mano de su acompañante. ¡Qué reconfortante su tacto! El pánico de Wilma remite. Tobias ha hecho una escapada a la luz del día y ha escondido en el cenador una manta y un par de termos con café. Ahora se los presenta a Wilma y los dos se acomodan para disfrutar de su peculiar merienda campestre. Al igual que durante otras meriendas que recuerda vagamente del pasado, a las que Wilma había acudido con otros jóvenes —acampadas al calor de una hoguera, con perritos calientes y cervezas—, un brazo se materializa en la oscuridad y se desliza firme pero tímidamente sobre sus hombros. ¿De verdad está ahí, el brazo, o se lo está imaginando?

—Conmigo está usted a salvo, mi querida señorita.

Todo es relativo, piensa Wilma.

—¿Qué están haciendo ahora? —pregunta con un ligero escalofrío.

—Pululando —responde Tobias—. Primero se pulula. Luego la gente se desmanda.

Tobias la tapa, solícito, con la manta. Hay una hilera de enanitos, hombres y mujeres esta vez, vestidos con trajes de terciopelo rojo pálido, con texturas suntuosas y brocados dorados; lo más seguro es que hayan trepado por la barandilla del cenador, que Wilma no alcanza a ver. Bailan una danza

majestuosa, cogidos del brazo, en parejas; dan unos pasitos hacia delante, se detienen, se vuelven, inclinan la cabeza, hacen una reverencia y luego avanzan de nuevo, con los deditos dorados en punta. Las mujeres van tocadas con floridas coronas en forma de alas de mariposa; los hombres con mitras, como los obispos. Debe de haber alguna música de acompañamiento, en una frecuencia inaudible para el oído humano.

—Ahí están —dice Tobias—. Las primeras llamas. Tienen antorchas. Y explosivos, sin duda.

—Pero los demás… —dice Wilma.

—No puedo hacer nada por los demás —dice Tobias.

—Pero Noreen… Y Jo-Anne. Siguen ahí dentro. Los…

Wilma advierte que está retorciéndose las manos. Siente como si no fueran suyas.

—Siempre ha sido así —dice Tobias con pesar. ¿O es con frialdad? Wilma no es capaz de distinguirlo.

El rugido de la marabunta va en aumento.

—Han cruzado la verja —dice Tobias—. Están apilando objetos contra la puerta principal. Y supongo que estarán haciendo lo mismo en la lateral. Para impedir que salga ni entre nadie. También en la puerta de atrás; no dejarán cabos sin atar. Ahora están metiendo los bidones de gasolina a rastras y han subido un coche por la escalinata de la puerta principal, para impedir cualquier intento de huida.

—Esto no me gusta nada —dice Wilma.

Se oye una súbita explosión. Ojalá fueran petardos.

—Está ardiendo —dice Tobias—. Ambrosia.

Hay gritos agudos, lejanos. Wilma se tapa los oídos, pero sigue oyéndolos. Los chillidos persisten, estridentes al principio, luego cada vez más débiles.

¡¿Cuándo vendrán los camiones de bomberos?! No se oyen sirenas.

—No puedo soportarlo —dice Wilma.

Tobias le da unas palmaditas en la rodilla.

—A lo mejor saltan por las ventanas —dice Tobias.

—No —contesta Wilma—. No saltarán.

Ella no lo haría, de estar en su pellejo. Ella se daría por vencida, y ya está. De todos modos, el humo se los llevará antes.

Las llamas se han propagado. Cómo brillan. Wilma es capaz de verlas incluso mirando de frente. Y entre ellas, chispeando y elevándose en el aire, están los enanitos; sus vestiduras rojas refulgen en el interior con destellos

escarlata, naranja, amarillo y oro. Dan vueltas en el aire, ¡qué felices se los ve! Se encuentran y se abrazan, se separan; es una danza aérea.

Mirad. ¡Mirad! ¡Están cantando!

AGRADECIMIENTOS

Estos nueve cuentos deben mucho a los cuentos de todos los tiempos. Llamar «cuento» a una narración breve supone distanciarla en cierta medida del prosaico reino de los trabajos y los días, puesto que el término evoca el mundo del folclore popular, de los cuentos de hadas y de los cuentacuentos de antaño. Podemos afirmar sin temor a equivocarnos que todo cuento es una ficción, mientras que un relato bien podría ser una narración verídica acerca de lo que convenimos en denominar «la vida real», así como una narración breve que se circunscribe al realismo social. *La balada del viejo marinero* cuenta un cuento. «Dame una moneda de cobre y te daré un cuento de oro», como le gustaba decir al difunto Robertson Davies.

Varios de los cuentos que aquí se recogen son cuentos acerca de otros cuentos; dejaré al lector que descubra cuáles. Tres de ellos ya se habían publicado:

«Colchón de piedra» comenzó a gestarse durante un viaje por el Ártico organizado por Adventure Canada, con la idea de entretener a mis compañeros de expedición. Graeme Gibson hizo una contribución sustanciosa a la historia, dado que ya parecía tener en mente el método para que un individuo liquidara a otro en un viaje de esas características sin ser descubierto. Puesto que todo el pasaje mostró interés en saber cuál sería el final del cuento —especialmente los múltiples Bobs a bordo—, lo terminé. Se publicó en la revista *The New Yorker* (19 y 26 de diciembre de 2011), por lo cual doy gracias a su editora, Deborah Triesman.

«*Lusus naturae*» lo escribí para Michael Chabon, que estaba compilando una antología de cuentos raros: *McSweeney's Enchanted Chamber of Astonishing Stories*, ed. Michael Chabon, Vintage Books, 2004.

«Sueño con Zenia, la de los colmillos rojo brillante» se escribió para *The Walrus* (número de verano, 2012). Se instaba a los escritores a retomar un personaje de alguna de sus obras de ficción previas, y yo elegí a Zenia y a las inocentonas de sus amigas, Roz, Charis y Tony, personajes de *La novia ladrona*.

Deseo expresar mi gratitud, como siempre, a mis editoras: Ellen Seligman de McClelland & Stewart, Random House (Canadá); Nan Talese de Doubleday, Random House (Estados Unidos), y Alexandra Pringle de Bloomsbury (Reino Unido). Así como a la correctora Heather Sangster de Strongfinish.ca.

Gracias también a mis primeros lectores: Jess Atwood Gibson y Phoebe Larmore, mi agente en Estados Unidos, y a mis agentes en Reino Unido, Vivienne Schuster y Karolina Sutton de Curtis Brown.

También debo mi agradecimiento a Betsy Robbins y Sophie Baker de Curtis Brown, que gestionan los derechos en el extranjero. Gracias también a Ron Bernstein de ICM. Así como a Louise Dennys de Vintage, LuAnn Walther de Anchor y Lennie Goodings de Virago, además de a mis muchos agentes y editores repartidos por todo el mundo. Y a Alison Rich, Ashley Dunn, Madeleine Feeny y Judy Jacobs.

Gracias al personal de mi oficina, Suzanna Porter, Sarah Webster y Laura Stenberg; así como a Penny Kavanaugh, y a VJ Bauer, Joel Rubinovich y Sheldon Shoib. También a Michael Bradley, Sarah Cooper, Coleen Quinn y Xiaolan Zhao. Y a la Universidad de East Anglia —en especial a Andrew Cowan— y al Writers' Centre de Norwich —en especial a Chris Gribble—, donde pasé parte de un trimestre impartiendo clases como profesora invitada del programa de la UNESCO «Ciudad de la Literatura», y donde se escribieron dos de los cuentos que aquí se recogen.

Finalmente, un agradecimiento especial para Graeme Gibson, que siempre ha tenido una mente retorcida.